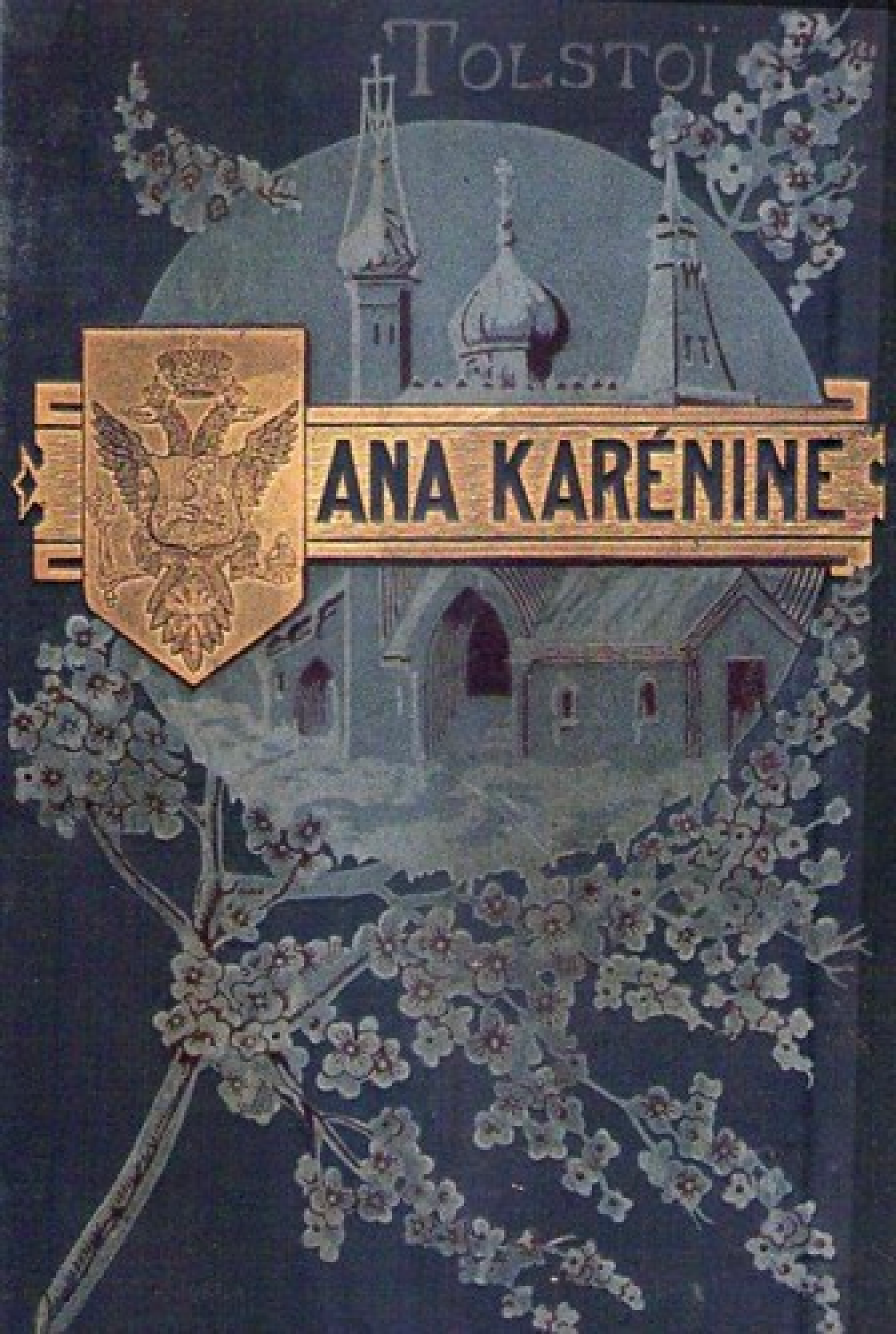

TOLSTOÏ
ANA KARÉNINE

ANA KARENINE



CONDE LEÓN TOLSTOÏ

ANA KARENINE

NOVELA RUSA

Traducción de Enrique L. de Verneuil

ILUSTRACIÓN DE

ISIDRO GIL

TOMO I

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887



Establecimiento tipografico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª



«Me he reservado la venganza», dice el Señor.

I

Todas las felicidades se asemejan, pero cada infortunio tiene su aspecto particular.

La casa Oblonsky estaba trastornada, porque habiendo sabido la princesa que su esposo tenía relaciones amorosas con una institutriz francesa recientemente despedida, declaró que no quería ya vivir bajo el mismo techo.

Esta situación se prolongaba, produciendo profundo disgusto hacía tres días, no sólo á los cónyuges y á todos los individuos de la familia, sino también á los mismos criados. Todos comprendían que eran más cordiales las relaciones entre personas reunidas por la casualidad en una posada, que no entre las que habitaban en aquel momento la casa Oblonsky. La señora no salía de sus habitaciones; el marido estaba fuera

todo el dia; los niños corrían abandonados de una habitación á otra; el aya inglesa acababa de escribir á una amiga suya, encargando que le buscase casa, á consecuencia de una disputa con el ama de gobierno; el cocinero había salido sin permiso la víspera, precisamente á la hora de comer; y la cocinera y el cochero pedían su cuenta.

Tres días después de la cuestión promovida con su esposa, el príncipe Estéfano Arcadievitch Oblonsky Stiva, según se le llamaba en sociedad, despertó á su hora de costumbre, es decir, á las ocho de la mañana, no en su alcoba, sino en su despacho, en un diván de cuero; volvióse de otro lado, para continuar su sueño, rodeó la almohada con ambos brazos, apoyando en ella la mejilla, é incorporándose después de improviso, sentóse y abrió los ojos.

«Sí, sí, ¿cómo sucedía aquello? pensó, tratando de recordar lo que soñaba. ¿Cómo era? Sí, Alabina daba una comida en Darmstad; no, no, en Darmstad no... Había algo americano; sí... Darmstad estaba en América; Alabina obsequiaba con un banquete en mesas de cristal, y estas cantaban «Il mio tesoro»; aún había algo mejor... unas botellitas que eran mujeres.»

Los ojos de Estéfano Arcadievitch brillaron de alegría, y díjose sonriendo: «Sí, era agradable, muy agradable; pero esto no se cuenta con palabras, ni se explica tampoco cuando se está despierto.» Y observando un rayo de luz que penetraba en la habitación, á través de la persiana, sentó los pies en tierra, y buscó como de costumbre sus zapatillas de marroquí bordado de oro, regalo de su esposa el día de su santo; y siempre bajo el imperio de una costumbre de nueve años, alargó el brazo sin levantarse, para tomar su bata del sitio en que solía estar colgada. Sólo entonces recordó cómo y por qué no estaba en su alcoba; la sonrisa desapareció de sus labios, y frunció el entrecejo. «¡Ah, ah!» murmuró, recordando lo que había pasado; y mentalmente representóse todos los detalles de la escena ocurrida con su esposa, y la situación excepcional en que se hallaba por su propia falta.

«No, ella no me perdonará ni puede perdonarme; y lo más terrible es que, á pesar de ser yo causa de todo, no soy, sin embargo culpable. He aquí el drama... ¡Ah, ah, ah!...» Y en su desesperación recordaba todas las impresiones penosas que le produjera aquella escena.

Lo más desagradable habia sido el primer momento, cuando al volver del teatro, alegre y feliz, con una enorme manzana en la mano para su esposa, no encontró á esta última en el salón. Extrañando la ausencia, buscó á su mujer en el gabinete, y la encontró por fin en su alcoba, con el fatal billete que le revelara todo entre las manos.

La buena Dolly, mujer á quien preocupaban mucho los quehaceres domésticos, y poco perspicaz, en concepto de su esposo, estaba sentada, con la carta en la mano, y mirábale con expresión desesperada, de terror é indignación á la vez.

«¿Qué es eso?»—preguntó Estéfano, señalando el papel.

Como sucede á menudo, no era el hecho mismo lo que le afectaba, sino la manera de contestar de su esposa. Á semejanza de aquellas personas que se ven complicadas en un asunto feo sin sospecharlo, no había sabido comunicar á su fisonomía una expresión conforme con el caso en que se hallaba; y en vez de darse por ofendido, de negar, de justificarse, de pedir perdón ó mostrar indiferencia, lo cual hubiera sido mucho mejor, su rostro tomó sin que él pudiese remediarlo (acción refleja, pensó Estéfano Arcadievitch, muy aficionado á la fisiología) un aire risueño, con su acostumbrada sonrisa bonachona, que necesariamente debia ser tonta.

Esta sonrisa necia era la que Estéfano no se podía perdonar. Dolly se había estremecido al observarla, como sobrecogida de un dolor físico, y después, con su acostumbrado arrebato, agobió á su esposo con un diluvio de palabras amargas y fué á refugiarse en su habitación, negándose desde entonces á verle más.

«La culpa es de esa necia sonrisa—pensaba Estéfano Arcadievitch.—¿Qué hacer, qué hacer?» repetía con desesperación sin hallar una respuesta.

II

Estéfano Arcadievitch era sincero consigo mismo é incapaz de hacerse ilusiones hasta el punto de persuadirse que experimentaba remordimientos de conciencia. Un joven de treinta y cuatro años, ¿cómo hubiera podido arrepentirse de no

estar ya enamorado de su esposa, madre de siete niños, de los cuales vivían cinco, y que sólo contaba un año menos que él? Sólo se arrepentía de no haber sabido disimular la situación. Tal vez habría ocultado mejor sus infidelidades si le hubiese sido dado prever el efecto que producirían en su esposa. Jamás había reflexionado con detención sobre este punto; imaginábase vagamente que su mujer sospechaba y cerraba los ojos para no ver sus faltas; y hasta parecíale que por un sentimiento de justicia su esposa debía mostrarse indulgente. ¿No estaba ya marchita, envejecida y gastada? Todo el mérito de Dolly consistía en ser una buena madre de familia, muy vulgar por lo demás, y sin ninguna cualidad que la distinguiese. ¡El error había sido grande! «¡Es terrible, es terrible!» repetía Estéfano Arcadievitch sin hallar una idea consoladora. «¡Y todo iba tan bien, y éramos tan felices! Ella estaba contenta, era feliz con sus hijos, yo no la molestaba en lo más mínimo y dejábala en libertad de hacer lo que mejor le pareciese en casa. Ciertamente es enojoso que *ella* haya sido institutriz en nuestra familia; esto no me parece bien, porque hay algo de vulgar y de cobarde en hacer el amor á la que enseña á nuestros hijos; pero ¡qué institutriz! (recordó vivamente los ojos negros y picarescos de la señorita Roland y su sonrisa). Mientras estuvo con nosotros nada me permití; lo peor es que... No sé qué hacer, no lo sé.» Estéfano Arcadievitch no hallaba contestación, ó sólo esa respuesta general que en la vida se da á todas las preguntas más complicadas, en las cuestiones difíciles de resolver: vivir al día, es decir, olvidar; mas no siéndole posible hallar el olvido en el sueño, por lo menos hasta la noche siguiente, era preciso aturdirse en el de la vida.

«Más tarde veremos»—pensó Estéfano Arcadievitch, decidiéndose al fin á levantarse.

Púsose su bata de color gris forrada de seda azul, anudó los cordones, aspiró el aire con fuerza en su ancho pecho, y con el paso firme que le era peculiar, y que no revelaba pesadez alguna en su vigoroso cuerpo, acercóse á la ventana, levantó la celosía y llamó vivamente. Matvei, su antiguo ayuda de cámara, casi amigo suyo, entró al punto llevando la ropa, las botas de su amo y un telegrama; y detrás apareció el barbero con sus utensilios.

—¿Han traído papeles del tribunal?—preguntó Estéfano Arcadievitch, tomando el telegrama y sentándose delante del espejo.

—Están sobre la mesa—contestó Matvei, dirigiendo á su amo una mirada interrogadora y de simpatía. Y después de una pausa, añadió con maliciosa sonrisa:

—Se ha recibido un recado del alquilador de coches.

Estéfano Arcadievitch, en vez de contestar, miró á Matvei por el espejo, y esta mirada demostró hasta qué punto se comprendían aquellos dos hombres. «¿Por qué dices eso?» parecía preguntar Estéfano.

Matvei, con las manos en los bolsillos de su chaquetón y las piernas algo entreabiertas, contestó con imperceptible sonrisa:

—He dicho que vuelvan el domingo próximo, y que hasta entonces no molesten al señor inútilmente.

Estéfano Arcadievitch abrió el telegrama, recorrióle con la vista, corrigió lo mejor que pudo el sentido figurado de las palabras y su rostro se serenó.

—Matvei, mi hermana Ana Arcadievna llegará mañana—dijo Estéfano, deteniendo un instante la mano regordeta del barbero, que con ayuda de su peinecillo disponíase á trazar una raya en su rizada barba.

—¡Dios sea loado!—repuso Matvei con un tono que demostraba que, así como su amo, comprendía la importancia de aquella noticia, en el sentido de que Ana Arcadievna, la hermana querida de su amo, podía contribuir á la reconciliación del marido y de la mujer.

—¿Viene sola ó con su esposo?—preguntó Matvei.

Estéfano no podía contestar, porque el barbero se había apoderado de su labio superior, pero levantó un dedo; y Matvei hizo con la cabeza un movimiento que se reflejó en el espejo.

—Sola. ¿Se habrá de preparar su habitación arriba?

—Donde Daría Alexandrovna lo tenga por conveniente.

—¿Daría Alexandrovna?—preguntó Matvei con aire de duda.

—Sí; y llévale este telegrama; veremos lo que le parecerá.

—Quiere usted probar—comprendió Matvei; pero limitóse á contestar: «Está bien.»

Estéfano Arcadievitch, lavado ya y peinado, comenzaba á vestirse, después de salir el barbero, cuando Matvei, andando con precaución, volvió á entrar en el cuarto, llevando el telegrama.

—Daría Alexandrovna—dijo—anuncia que se pone en marcha. «Haga él lo que guste,» ha contestado.

Y al pronunciar estas palabras, el antiguo servidor miró á su amo, siempre con las manos en los bolsillos, inclinada la cabeza y los ojos alegres.

Estéfano Arcadievitch guardó silencio algunos instantes, y después una dulce sonrisa iluminó sus hermosas facciones.

—¿Qué piensas tú, Matvei?—preguntó encogiéndose de hombros.

—Eso no importa, señor, todo se arreglará—replicó Matvei.

—¿Que se arreglará?

—Ciertamente, señor.

—¿Lo crees así?... ¿Quién anda por ahí?—preguntó Estéfano Arcadievitch, que acababa de oir el roce de un vestido de seda junto á la puerta.

—Soy yo señor—contestó una voz femenina, firme y agradable á la vez.

Y dejóse ver en la puerta el semblante de expresión grave de Matrona Filemonovna, la niñera.

—¿Qué hay, Matrona?—preguntó Estéfano, acercándose á la puerta.

Aunque había caído en falta respecto á su esposa, como lo reconocía él mismo, tenía sin embargo toda la casa en su favor, incluso la niñera, la principal amiga de Daría Alexandrovna.

—¿Qué hay?—preguntó tristemente.

—Debería usted ir de nuevo á ver á la señora, para pedirle otra vez perdón, pues acaso el Señor será misericordioso. La señora se desconsuela, da lástima verla, y toda la casa está trastornada. Es necesario compadecer á los niños, caballero.

—No me recibirá...

—Siempre habrá hecho usted lo posible. Dios es misericordioso.

—Pues bien, haré como dices—repuso Estéfano, sonrojándose de pronto. Y volviéndose hacia Matvei, mientras se des-

pojaba de la bata resueltamente, añadió:—Vamos, dame mi ropa pronto.

Matvei, soplando sobre la almidonada camisa de su amo unas partículas invisibles de polvo, entregósela con evidente satisfacción.

III

Una vez vestido, Estéfano Arcadievitch se perfumó, arreglóse los puños, puso en los bolsillos, según su costumbre, los cigarrillos, la cartera, los fósforos y el reloj con doble cadena y dijes; después arrugó el pañuelo; y á pesar de sus desgracias, sintiéndose remozado y físicamente feliz, dirigióse hacia el comedor, donde le esperaba ya su café, y junto á éste sus cartas y papeles.

Recorrió las cartas rápidamente; una de ellas le desagradó; era la de un traficante que compraba madera en una tierra de su mujer; era forzoso venderla; pero mientras no se efectuase la reconciliación, no se podía tratar de este asunto, porque sería muy enojoso mezclar una cuestión de interés con la principal, que era la reconciliación. La idea de que se creyese que él la buscaba por amor al dinero, le parecía ofensiva. Después de leer las cartas, Estéfano acercó á sí los papeles; hojeó vivamente dos escrituras, escribió algunas notas con un lápiz muy grueso; y rechazando al fin los documentos comenzó á almorzar: mientras tomaba el café, desdobló un diario de la mañana y leyó.

Este diario, aunque liberal, no era muy avanzado, y sus tendencias convenían á la mayoría del público. Por más que Oblonsky no se interesase mucho en la ciencia, ni en las artes ni en la política, no por eso dejaba de aferrarse á las opiniones de aquel diario en todas estas materias, sin cambiar de parecer hasta que todo el público juzgaba de otro modo. Mejor dicho, sus opiniones le abandonaban de por sí, después de haberlas aceptado él sin tomarse la molestia de escogerlas; adoptábalas como las formas de sus sombreros y de sus levitas, porque todo el mundo las llevaba; y viviendo en una sociedad en que se hace obligatoria con los años cierta activi-

dad intelectual, las opiniones le eran tan necesarias como los sombreros. Si tenía tendencias liberales más bien que con-



servadoras, como las de muchas personas de su sociedad, no era porque juzgase á los liberales más razonables, sino porque sus opiniones cuadraban mejor con su género de vida. El partido liberal sostenía que todo iba mal en Rusia; lo mismo podía decir de sí Estéfano Arcadievitch, que tenía muchas

deudas y poco dinero. El partido liberal pretendía que el matrimonio era una institución envejecida, por lo cual urgía reformarla; y para Arcadievitch, la vida conyugal ofrecía, en efecto, pocos atractivos, pues obligábale á mentir y á disimular, cosa que repugnaba á su carácter. Los liberales decían, ó más bien daban á entender, que la religión no es un freno sino para la parte inculta de la población; y Estéfano Arcadievitch, que no podía asistir á la misa más corta sin resentirse de las piernas, no comprendía porqué la gente se inquietaba con temor del otro mundo cuando tan bueno es vivir en éste. Añádase que á Oblonsky no le disgustaba alguna buena broma, y que le divertía escandalizar á las personas timoratas, sosteniendo que cuando alguno se glorifica de sus antecesores no conviene detenerse en Rurick y renegar del hombre primitivo—el mono.

Las tendencias liberales llegaron á ser también una costumbre para Estéfano, y amaba su diario como su cigarro después de comer, sólo por el gusto de que una ligera bruma rodease su cerebro.

Estéfano Arcadievitch recorrió el artículo de fondo, en el cual se explicaba que en nuestro tiempo nadie debe inquietarse al ver que el radicalismo amenaza absorber todos los elementos conservadores; y que es un error suponer que el gobierno deba adoptar medidas para aplastar á la *hidra revolucionaria*. «Á nuestro modo de ver, por el contrario, el peligro no proviene de esa famosa hidra, sino de la terquedad tradicional que contiene todo progreso, etc., etc.» Estéfano recorrió igualmente el segundo artículo, sobre la hacienda, en el cual se hablaba de Bentham y de Mill, con algunas indirectas al ministerio; y rápido para asimilárselo todo, comprendía todas las alusiones, adivinaba su origen, y las personas que eran blanco de ellas, lo cual solía divertirle mucho; pero esta vez su goce se acibaraba al recordar los consejos de Matrona Filemonovna, y por el sentimiento de malestar que en su casa reinaba. Sin embargo, recorrió todo el diario: supo que el conde de Beust había marchado á Wiesbaden; que ya no había cabello gris; que se vendía una carretela; y que una joven buscaba casa donde colocarse. Estas noticias no le produjeron la satisfacción tranquila y ligeramente irónica que solía experimentar. Terminada su lectura, tomó una

segunda taza de café con pan y manteca, levantóse, sacudió las migas que habían caído en su chaleco, y sonrió de placer al ponerse en pie, no porque tuviera alegre el alma, sino por efecto de una excelente digestión.

Pero aquella sonrisa le recordó todo, y comenzó á reflexionar.

Dos voces infantiles charlaban detrás de la puerta; Estéfano Arcadievitch reconoció las de Grisha, su hijo menor, y Tania, su hija mayor: discutían sobre alguna cosa que habían dejado caer.

«Bien decía yo que no se debía poner á los viajeros en la imperial, gritaba la niña en inglés. ¡Recógelos ahora!»

«Todo va al revés, pensó Estéfano Arcadievitch; ya no se vigila á los niños», y acercándose á la puerta los llamó. Las criaturas abandonaron su caja, que representaba un camino de hierro, y acudieron al punto.

Tania entró atrevidamente y colgóse sonriendo del cuello de su padre, de quien era la favorita, divirtiéndose, como de costumbre, en respirar el perfume bien conocido que se exhalaba de sus patillas; después de besar aquel rostro que se había sonrojado, tanto por la emoción de ternura, como por la postura inclinada de la cabeza, la niña se desasió y quiso huir, pero su padre la retuvo.

—¿Qué hace mamá?—preguntó, pasando la mano por el blanco y delicado cuello de Tania.—Buenos días—añadió, sonriendo al ver á su hijo, que se acercaba á su vez. Estéfano reconocía que amaba menos á su hijo y trataba siempre de disimularlo; pero el niño, comprendiendo la diferencia, no contestó á la sonrisa forzada de su padre.

—Ya se ha levantado mamá—dijo Tania.

Estéfano suspiró.

«Esta noche pasada no habrá dormido»—pensó para sí.

—¿Ya se ha levantado?—añadió.

La niña sabía que pasaba algo grave entre sus padres; que su madre no podía estar alegre, y que su padre fingía ignorarlo al hacerle la pregunta tan ligeramente; ruborizóse por su padre, y comprendiéndolo éste, se sonrojó á su vez.

—No sé—contestó la niña;—no quiere que tomemos nuestras lecciones esta mañana, y nos envía con la señorita Hull á casa de la abuela.

—Ya puedes ir, Tania; mas espera un momento—añadió Estéfano, acariciando la delicada mano de su hija.

Acercóse á la chimenea para coger una cajita de confites que dejara allí la víspera, y dió dos á la niña, escogiendo los que ella prefería siempre.

—¿Es para Grisha uno?—preguntó Tania.

—Sí, sí.

Y haciendo una última caricia á su hija, besóle en el cabello y el cuello y la dejó marchar.

—El coche ha llegado—dijo Matvei, entrando de pronto; y ha venido también una solicitante.

—¿Hace mucho tiempo?—preguntó Estéfano Arcadievitch.

—Cerca de media hora.

—¿Cuántas veces habré de ordenar que se me avise inmediatamente?

—Preciso era dejarle concluir su almuerzo—replicó Matvei con tono de mal humor, aunque amistoso, que alejaba el deseo de reñir.

—Pues bien, que éntre al punto—dijo Oblonsky, frunciendo el entrecejo con enojo.

La solicitante, esposa de cierto capitán Kalinine, pedía una cosa imposible, sin sentido común; pero Estéfano Arcadievitch la invitó á sentarse, escuchóla sin interrumpirla, díjole cómo y á quién debería dirigirse, y hasta le escribió una carta, con su bonito carácter de letra, para la persona que podía ayudarla. Después de despedir á la mujer del capitán, Estéfano cogió su sombrero, y se detuvo, preguntándose si se le olvidaba alguna cosa. No había olvidado sino aquello que deseaba no tener que recordar: su mujer.

Su hermoso semblante tomó entonces una marcada expresión de descontento. «¿Deberé ir ó no?» preguntóse inclinando la cabeza. Una voz interior le decía que mejor era abstenerse, porque sólo habría falsedad y engaño si esperaba una reconciliación. ¿Cómo era posible que Dolly tuviese para él los atractivos de otro tiempo, ni que él pudiera hacerse viejo é incapaz de amar?

«Y sin embargo, preciso será llegar á esto, porque las cosas no pueden quedar así»—decíase Estéfano, esforzándose para armarse de valor. Entonces se irguió, encendió un cigarrillo,

lanzó al aire dos bocanadas de humo, volvió á dejarle, y cruzando al fin el salón con largos pasos, abrió una puerta que comunicaba con la habitación de su esposa.

IV

Daría Alexandrovna, vestida con un sencillo peinador y rodeada de varios objetos diseminados acá y allá, registraba en una canastilla; habíase recogido apresuradamente el cabello, escaso ya, pero en otro tiempo abundante y magnífico, y sus ojos, al parecer más grandes, por efecto de la flacura del rostro, conservaban una marcada expresión de espanto. Al oir los pasos de su esposo, volvióse hacia la puerta, y se esforzó para ocultar bajo un aire severo y desdeñoso la turbación que le causaba aquella entrevista tan temida. Hacía tres días que trataba en vano de reunir sus efectos y los de sus hijos para ir á refugiarse en casa de su madre, comprendiendo que era preciso castigar al infiel de una manera ú otra, humillarle, y devolverle una pequeña parte del mal que había causado; pero aunque se repitiese que le abandonaría, faltábale resolución para ello, porque no podía perder la costumbre de amarle, considerándole como su esposo. Además, confesábase que si en su propia casa le costaba trabajo gobernar á sus cinco hijos, peor sería allí donde se proponía llevarlos. El más pequeño se había resentido ya del desorden de la casa, y hallábase indispuesto á consecuencia de haber tomado un caldo pasado; y los otros no habían comido casi la víspera... Y comprendiendo que nunca tendría valor para marcharse, procuraba engañarse á sí misma, reuniendo sus objetos.

Al ver que la puerta se abría, continuó revolviendo sus cajones sin levantar la cabeza hasta que su esposo estuvo junto á ella. Entonces, en vez del aire severo que se proponía tomar, volvió el rostro, en el que se pintaban el sufrimiento y la vacilación.

—¡Dolly!—dijo Estéfano dulcemente, con acento triste y sumiso.

La ofendida esposa le examinó con rápida mirada, y al verle rebosando lozanía y salud, pensó para sí: «Es feliz y está

contento; mientras que yo... ¡Ah, cómo me subleva esa bondad que en él se admira!» Y su boca se contrajo nerviosamente.

—¿Qué me quiere usted?—preguntó con sequedad.

—Dolly—repitió Estéfano conmovido—Ana llega hoy.

—Me es indiferente; no puedo recibirla.

—Sin embargo, es preciso, Dolly.

—¡Salga usted de aquí, pronto!—gritó Dolly sin mirar á su esposo, y como si un dolor físico le arrancase aquella exclamación.

Estéfano Arcadievitch había podido permanecer sereno y hacerse ilusiones lejos de su esposa; pero cuando vió aquel semblante descompuesto, y oyó el grito de su mujer, su respiración se suspendió, parecióle que algo le obstruía la garganta, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío! ¿qué falta he cometido, Dolly?

No pudo decir más, porque un sollozo ahogó las palabras en su garganta.

Dolly cerró violentamente un cajón, y volviéndose hacia su esposo, miróle con fijeza.

—Dolly—exclamó al fin—¿qué puedo decir yo? Sólo una cosa: ¡perdóname! Nueve años de mi vida compensan un minuto de...

Dolly bajó la vista, escuchando lo que su esposo iba á decir, con el aire de una persona que espera que la convencerán.

—Un minuto de extravío—añadió Estéfano; y quiso continuar; mas al oir estas palabras, Dolly oprimió los labios como por efecto de un dolor, y los músculos de su mejilla derecha se contrajeron otra vez.

—¡Váyase usted de aquí!—gritó con más fuerza—y no me hable de sus extravíos y villanías.

Así diciendo quiso salir; pero faltóle poco para caerse, y cogióse al respaldo de una silla para conservar el equilibrio. Estéfano tenía los ojos preñados de lágrimas.

—¡Dolly!—dijo casi llorando;—en nombre de Dios piensa en los niños, que no son culpables; solamente yo lo soy; castígame, y dime cómo he de expiar mi falta: estoy dispuesto á todo. No encuentro palabras para expresar mi aflicción. ¡Perdóname!

Dolly tomó una silla y sentóse; escuchaba con la respiración oprimida y con aire de piedad, y varias veces trató de hablar sin conseguirlo.

—Tú piensas en los niños—dijo al fin—cuando se trata de jugar con ellos; pero yo pienso, comprendiendo lo que han perdido.—Esta era una de las frases que Dolly había preparado durante aquellos tres días.

Dolly le había dicho *tú;* miróla con agradecimiento é hizo ademán de coger una de sus manos; pero ella se desvió con expresión de disgusto.

—Haré todo lo posible por los niños—dijo;—pero aún no sé lo que debo resolver. ¿Convendrá alejarlos de su padre, ó dejarlos en compañía de un libertino, sí, de un libertino? Después de lo que ha pasado, ¿cree usted posible que vivamos juntos? ¡Conteste usted!—añadió levantando la voz.—Cuando mi esposo, el padre de mis hijos, mantiene relaciones ilícitas con su institutriz...

—Pero ¿qué hacer, qué hacer?—interrumpió Estéfano con voz dolorida, inclinando la cabeza y sin saber ya qué decir.

—Me irrita usted y me repugna—gritó Dolly animándose cada vez más;—esas lágrimas no son más que agua, porque jamás me amó usted, y veo que no tiene corazón ni dignidad. No es usted más que un extraño para mí, sólo un extraño!

Y Dolly repitió con acento de cólera la palabra *extraño*, tan terrible para ella.

Estéfano la miró sorprendido y atemorizado, sin comprender hasta qué punto irritaba á Dolly con su compasión, el único sentimiento que le inspiraba su esposa, como ésta lo había comprendido ya; el amor se había extinguido para siempre.

En aquel instante, uno de los niños lloró en la habitación contigua, y la fisonomía de Daría Alexandrovna se dulcificó, como la de una persona que vuelve á la realidad; pareció vacilar un momento, pero al fin levantóse vivamente y se dirigió hacia la puerta.

«Sin embargo, ama á *mi* hijo—pensó Oblonsky, observando el efecto producido por el grito de la criatura.—Siendo así, ¿cómo me ha de aborrecer?»

—¡Dolly, una palabra más!—dijo Estéfano.

—¡Si me sigue usted, llamaré á los criados y á los niños,

para que sepan que es usted un cobarde! Hoy mismo me marcho, y así podrá usted vivir aquí con su querida.

Y salió, cerrando violentamente la puerta.

Estéfano Arcadievitch suspiró, pasóse el pañuelo por el rostro, y salió de la habitación silenciosamente.

«Matvei—se dijo—pretende que esto se arreglará; pero no veo cómo. ¡Esto es terrible! ¡Y ha gritado como una mujer ordinaria!—añadió mentalmente, al pensar en las palabras *cobarde* y *querida*.—¡Con tal que los sirvientes no hayan oído nada!

Era un viernes: el relojero estaba en el comedor arreglando el péndulo, y Oblonsky, al verle, recordó que la regularidad de aquel alemán calvo le había inducido á decirle una vez que él debía estar compuesto toda la vida para componer bien los relojes: el recuerdo de esta broma hizo sonreir á Estéfano.

«¡Quién sabe—pensó después—si al fin y al cabo tendrá razón Matvei, y se arreglará la cuestión!»

—Matvei—gritó—haz preparar todo en la sala pequeña para recibir á Ana Arcadievna.

—Está bien—contestó el anciano servidor, apareciendo al punto.—¿No comerá el señor en casa?—preguntó, mientras ponía el sobretodo de pieles á su amo.

—Según y cómo. Toma, ahí tienes para el gasto—añadió Oblonsky, sacando de su cartera un billete de diez rublos.—¿Tienes bastante?

—Haya ó no suficiente, nos arreglaremos—replicó Matvei, cerrando la portezuela del coche.

Entre tanto, Dolly, advertida de la marcha de su esposo por el ruido del coche al alejarse, volvió á su habitación, su único refugio en medio de tantos sinsabores. La inglesa y el aya la habían agobiado con sus preguntas. ¿Qué vestido se pondría á los niños? ¿Se daría leche al pequeño? ¿Se iría á buscar otro cocinero?

—Dejadme en paz—habíales contestado Dolly al entrar en su habitación, y sentándose en el mismo sitio donde acababa de hablar con su esposo.

Cuando estuvo sola, cruzó sus manos enflaquecidas, cuyos dedos no conservaban ninguna sortija, y repasó en su memoria la conversación con su esposo.

«¡Ha marchado!—murmuró.—¿Habrá roto con *ella?* ¿Será posible que aún *la* vea? ¿Por qué no se lo habré preguntado? No, no, veo que no podremos vivir ya juntos, y que estando bajo el mismo techo, seremos siempre extraños uno para otro... ¡extraños para siempre!—repitió, recalcando sobre esta palabra tan cruel.—¡Cuánto le amaba yo, Dios mío, y cuánto le amo aún... tal vez no le haya amado nunca tanto! Y lo más duro es...»

Aquí la interrumpió la entrada de Matrona Filemonovna.

—Ordene usted al menos, señora—dijo—que se vaya á buscar á mi hermano para que haga la comida, pues si no sucederá lo de ayer, y llegará la tarde sin que los niños tomen alimento.

—Está bien; ahora iré yo á dar órdenes. ¿Han ido á buscar leche fresca? Y sin esperar contestación, Dolly se entregó á sus reflexiones cuotidianas, ahogando en ellas un momento su dolor.

V

Estéfano Arcadievitch había hecho buenos estudios, gracias á sus felices dotes naturales; pero era perezoso y frívolo, y á causa de esos efectos fué siempre el más atrasado de la escuela. Aunque había observado una vida disipada y tenía poca fortuna, siendo además muy joven, no por eso dejaba de ocupar un cargo honroso, el de presidente de uno de los tribunales de Moscou, cargo que le reportaba muy buen sueldo.—Había obtenido este empleo por la protección de su cuñado, Alejo Alexandrovitch Karenine, uno de los hombres más influyentes del ministerio; pero á falta de Karenine, centenares de personas, hermanos, hermanas, primos, tíos y tías le hubieran facilitado aquel cargo, ó cualquier otro del mismo género, así como los seis mil rublos que necesitaba para vivir, pues sus negocios prosperaban poco, á pesar de la considerable fortuna de su mujer. Estéfano Arcadievitch contaba la mitad de Moscou y de San Petersburgo entre su parentela y sus relaciones amistosas, pues había nacido entre los poderosos de este mundo. Una tercera parte de los personajes

agregados á la corte y al gobierno habían sido amigos de su padre, y habíanle conocido cuando aún estaba en pañales; los demás le tuteaban, ó eran sus «buenos amigos;» de modo que tenía por aliados á todos los dispensadores de los bienes de la tierra en forma de empleos, fincas, concesiones, etc. Oblonsky, pues, no hubo de molestarse mucho para obtener un cargo ventajoso. Tratábase sólo de evitar negativas, envidias, disputas y susceptibilidades, lo cual le era fácil, á causa de su bondad natural. Le habría parecido gracioso que le hubieran rehusado la plaza y el tratamiento que solicitaba. ¿Qué exigía él de particular? Sólo pedía lo que sus contemporáneos obtenían, y creíase tan capaz como ellos para desempeñar sus funciones.

No se apreciaba sólo á Estéfano Arcadievitch por su amable carácter y su lealtad indiscutible: en su brillante exterior había atractivo; en sus ojos de mirada penetrante, en sus negras cejas, en su cabello y en el conjunto de su persona predominaba una influencia física que producía su efecto en cuantos trataban á Estéfano. «¡Ah! ¡ahí tenemos á Stiva Oblonsky!» exclamaban todos casi siempre, con una sonrisa de placer, apenas le divisaban; y aunque no resultase nada de particular de aquel encuentro, no por eso causaba menos placer ver á Estéfano Arcadievitch uno y otro día.

Después de haber desempeñado durante tres años la plaza de presidente, Estéfano se conquistó, no solamente la amistad, sino también la consideración de sus colegas, inferiores y superiores, así como la de las personas que por sus asuntos debían ponerse en relaciones con él. Las cualidades que le valieron este aprecio general eran: primeramente, una extremada indulgencia para cada cual, fundada en el sentimiento de lo que le faltaba á él mismo; y en segundo lugar, un liberalismo absoluto, no el que predicaba su diario, sino el que circulaba naturalmente por sus venas, induciéndole á ser afable con todo el mundo, fuera cual fuese su condición. Además de esto, distinguíale su completa indiferencia por los asuntos en que se ocupaba, gracias á lo cual no se apasionaba nunca, y de consiguiente no podía incurrir en errores.

Llegado al tribunal, dirigióse á su gabinete particular, gravemente acompañado del suizo que llevaba su cartera, á fin de revestir el uniforme antes de pasar á la sala del Consejo.

Todos los empleados de servicio levantáronse á su paso y le saludaron con respetuosa sonrisa. Estéfano Arcadievitch se apresuró, como siempre, á ir á ocupar su asiento, después de estrechar la mano á sus compañeros. Se chanceó un poco y habló en la justa medida de las conveniencias, y abrió la sesión. Nadie sabía tan bien como él conservar el tono oficial con cierto viso de sencillez y bondad, muy útil para despachar agradablemente los negocios. El secretario se acercó con aire desenvuelto, aunque respetuoso, común á todos aquellos que rodeaban á Estéfano Arcadievitch, presentóle varios papeles y le dirigió la palabra con el tono *familiar* y *liberal* introducido por el presidente.

—Por fin hemos conseguido obtener los informes sobre la administración del gobierno de Penza—dijo;—helos aquí.

—¡Muy bien!—repuso Estéfano Arcadievitch, hojeando los papeles con la punta del dedo.—Señores, vamos á dar principio á la sesión.

«¡Si pudieran saber—pensaba Estéfano, inclinando la cabeza mientras leían el informe, qué aspecto de pillete culpable tenía su presidente hace media hora!»

El consejo debía prolongarse hasta las dos, á cuya hora se almorzaba; y aún no habían dado, cuando las grandes puertas vidrieras de la sala se abrieron, y entró alguno. Todos los individuos del consejo, satisfechos de que se ofreciera alguna distracción, volvieron la cabeza; pero el hujier de guardia mandó salir inmediatamente al intruso y cerró las puertas tras él.

Terminada la lectura del informe, Estéfano Arcadievitch se levantó, y en honor del liberalismo de la época, sacó sus cigarrillos en plena sala del consejo antes de pasar á su gabinete. Dos de sus colegas, Nikitine, veterano militar, y Grinewitch, individuo de la cámara, le siguieron allí.

—Tendremos tiempo de terminar después del almuerzo—dijo Oblonsky.

—Así lo creo—contestó Nikitine.

—Debe ser un redomado tunante ese Famine—repuso Grineswitch refiriéndose á uno de los personajes de la cuestión que se acababa de tratar.

Estéfano Arcadievitch hizo un ligero ademán como para dar á entender á su colega que no era conveniente anticipar juicio, y no contestó.

—¿Quién había entrado en la sala?—preguntó al hujier.

—Alguno se introdujo sin permiso, mientras yo estaba vuelto de espaldas; preguntaba por vuecencia, y yo le contesté que esperase á que salieran los individuos del consejo.

—¿Dónde está?

—Probablemente en el vestíbulo, pues hace poco le ví allí... Hele aquí—añadió el hujier—designando á un hombre muy robusto, de barba rizada, que franqueaba ligera y rápidamente los gastados peldaños de la escalera de piedra, sin quitarse su gorro de pieles. Un empleado que bajaba con su cartera debajo del brazo, detúvose para mirar con expresión poco benévola los pies del desconocido, y volvióse para interrogar á Oblonsky con la mirada. El presidente, de pie en lo alto de la escalera, fijó la vista en el recién venido, y su rostro expresó alegría al reconocerle.

»¡Es él! Levine—exclamó Estéfano, sonriendo afectuosamente, aunque con cierta expresión burlona, al mirar al extranjero que se acercaba.

—¡Cómo!—le gritó—¿te atreves á venir á buscarme en este mal sitio?—Y no contento con estrechar la mano de su amigo, abrazóle con efusión.

—¿Desde cuándo estás aquí?—le preguntó.

—Acabo de llegar, y tenía grandes deseos de verte—contestó Levine con timidez, mirando á su alrededor con desconfianza é inquietud.

—Pues bien, pasemos á mi gabinete—dijo Estéfano Arcadievitch, que conocía la rusticidad mezclada de amor propio, y el carácter susceptible de su amigo.—Y como si se tratara de evitar algún riesgo, cogióle de la mano para conducirle.

Estéfano Arcadievitch tuteaba á casi todos sus conocidos, lo mismo á los viejos de sesenta años que á los jóvenes de veinte, así á los actores como á los ministros, comerciantes y generales, y en fin, á todos aquellos con quienes bebía champaña, y á los que no le bebían. Entre las personas así tuteadas en ambas extremidades de la escuela social, algunos se hubieran asombrado mucho al saber, gracias á Oblonsky, que había algo de común entre ellas; pero cuando el presidente encontraba, en presencia de sus inferiores, á uno de esos *tuteados vergonzosos*, como llamaba en broma á varios

de sus amigos, tenía el buen tacto de evitarles una impresión desagradable.

Levine no era uno de esos *vergonzosos;* era un compañero de la infancia; pero Oblonsky comprendió que le sería penoso dar á conocer su intimidad á todo el mundo, y he aquí por qué se apresuró á llevársele. Levine tenía casi la misma edad que Oblonsky, y no le tuteaba sólo por razón del champaña; apreciábanse á pesar de la diferencia de su carácter y de sus inclinaciones, como se aprecian los amigos que fueron compañeros desde su primera juventud; pero, como sucede á menudo á los hombres cuya esfera de acción es muy distinta, cada uno de ellos, aprobando por el razonamiento la carrera de su amigo, despreciábala en el fondo del alma, creyendo que su profesión y género de vida eran los más racionales.

Al ver á Levine, Oblonsky no pudo reprimir una sonrisa irónica. Muchas veces le había visto llegar del campo, donde hacía «alguna cosa» (Estéfano Arcadievitch no sabía á punto fijo el qué, ni tampoco le interesaba mucho), agitado, presuroso, algo inquieto, y manifestando generalmente ideas del todo nuevas é inesperadas sobre la vida y las cosas. Estéfano Arcadievitch se reía y divertíase con esto; mientras que Levine despreciaba el género de vida de su amigo en Moscou, chanceábase sobre su profesión y se burlaba; pero Estéfano le escuchaba complaciente, como hombre que sabe mejor á qué atenerse; mientras que Levine se reía sin convicción y enfadábase.

—Hace mucho tiempo que te esperábamos—dijo Estéfano Arcadievitch al entrar en su gabinete y soltando la mano de Levine, como para demostrar que ya no había ningún peligro.—Me alegro mucho verte. ¿Cómo te va? ¿Qué haces? ¿Cuándo has llegado?

Levine guardaba silencio, mirando las figuras, desconocidas para él, de los dos colegas de Oblonsky; la mano del elegante Grinewitch, con sus blancos y afilados dedos, de largas uñas amarillentas y encorvadas en la extremidad, y los enormes botones que brillaban en los puños, absorbían visiblemente toda su atención. Oblonsky sonrió al notarlo.

—Permitidme, señores, hacer las presentaciones.—Y dirigiéndose á Levine, añadió:—Estos dos caballeros son mis colegas, Felipe Ivanitch Nikitine y Miguel Stanislavowitch Grine-

witch.—Volvióse después hacia los que acababa de nombrar y les dijo:—Os presento un propietario, hombre nuevo, que se ocupa de negocios, un gimnasta de notable fuerza, ganadero y célebre cazador; todo esto es mi amigo Constantino de Dmitrievitch Levine, hermano de Sergio Ivanitch Kosnichef.

—Me alegro conocerle—dijo el consejero de más edad.

—Tengo el honor de ser amigo de su hermano Sergio Ivanitch—repuso Grinewitch, ofreciendo su mano de perfilados dedos.

El rostro de Levine se oscureció; estrechó fríamente la mano que se le presentaba y volvióse hacia Oblonsky. Aunque respetaba mucho á su semi-hermano, el escritor conocido de toda la Rusia, no le era menos desagradable que se dirigiesen á él, no como á Constantino Levine, sino como al hermano del célebre Kosnichef.

—No, ya no me ocupo de negocios—contestó, dirigiendo la palabra á Oblonsky;—me he indispuesto con todo el mundo, y no asisto á las asambleas.

—Eso se ha hecho muy pronto—repuso Oblonsky sonriendo;—pero ¿cómo y por qué?

—Larga historia es la que te referiré algún día—replicó Levine;—mas para ser breve, te diré que me he convencido de que no se ha ejecutado ni se puede ejecutar acto alguno formal en nuestras cuestiones provinciales. Por una parte, se juega al parlamento, y yo no soy bastante joven, ni tampoco viejo, para divertirme con juguetes; y por otra (aquí vaciló) sólo veo en eso un medio para que ciertos hombres del distrito ganen algunos cuartos. En otro tiempo teníamos las tutelas, los juicios; ahora es el *semstvo,* no para beber algunos vasos de vino, sino para obtener sueldos.

Levine dijo estas palabras con calor, como hombre que cree que su opinión será combatida.

—¡Hola, hola!—exclamó Arcadievitch—paréceme que entras en una nueva fase, haciéndote conservador. Ya hablaremos de eso despacio.

—Sí, más tarde; pero deseaba verte—replicó Levine, fijando siempre una mirada de aversión en la mano de Grinewitch.

Estéfano sonrió imperceptiblemente.

—Pues tú decías—repuso este último, examinando la ropa enteramente nueva de su amigo, obra de un sastre francés,

que no vestirías ya traje europeo.—Vamos, te digo que estás en una nueva fase.

Levine se sonrojó de pronto, no como un hombre de edad madura, sin notarlo, sino como un joven tímido y ridículo: este rubor infantil comunicó á su rostro, inteligente y enérgico, una expresión tan extraña, que Oblonsky dejó de mirarle.

—Pero ¿dónde nos veremos?—preguntó Levine;—necesito mucho hablar contigo.

Oblonsky reflexionó.

—Si quieres—repuso—iremos á almorzar en casa de Gourine, donde podemos hablar cuanto quieras; estoy libre hasta las tres.

—No—contestó Levine, después de meditar un momento: —debo evacuar antes una diligencia.

—Pues entonces, comeremos juntos.

—¿Comer? No tengo que decirte más que dos palabras en particular; ya comeremos otro día.

—En ese caso, di las dos palabras al punto, y ya hablaremos de la comida.

—He aquí las dos palabras—dijo Levine;—no tienen nada de particular.

Su rostro tomó una expresión maliciosa, debida sólo al esfuerzo para vencer su timidez, y preguntó:

—¿Qué hacen los Cherbatzky? ¿No hay novedad?

Estéfano Arcadievitch sabía, hacía largo tiempo, que Levine estaba enamorado de su cuñada, Kitty; sonrióse, y sus ojos brillaron de alegría.

—Has dicho dos palabras—replicó;—pero no puedo contestar á ellas, porque... Dispénsame un momento.

El secretario acababa de entrar, siempre con respetuosa familiaridad, con ese sentimiento de modestia propio de todos los secretarios, que están penetrados de su superioridad en los negocios respecto á su jefe; acercóse á Oblonsky, y en forma interrogativa comenzó á explicarle una dificultad cualquiera; mas sin esperar el fin, Estéfano Arcadievitch le puso amistosamente la mano sobre el brazo.

—No, haga usted como le he indicado—dijo, dulcificando su observación con una sonrisa;—y después de explicar brevemente cómo comprendía el asunto, rechazó los papeles, añadiendo:—Ruego á usted que lo haga así, Zahar Nikitich.

El secretario se alejó confuso. Durante esta breve conferencia, Levine había tenido tiempo para reponerse, y de pie detrás de la silla en que se apoyaba, escuchó el diálogo con atención irónica.

—No comprendo—dijo—no comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?—repuso Oblonsky sonriendo también, y buscando un cigarrillo.

—No comprendo lo que haces—repuso Levine encogiéndose de hombros—ni me explico cómo puedes hacer eso formalmente.

—¿Por qué?

—Porque eso no significa nada.

—¿Lo crees así? Pues mira, estamos agobiados de trabajo.

—Todo se reduce á papeles y garrapatos; y por cierto que tú tienes un dón especial para esas cosas.

—¿Quieres decir que falta algo?

—Tal vez. Sin embargo, no puedo menos de admirar tu grave aspecto, y vanagloriarme de tener por amigo un hombre de tal importancia. Entre tanto, no has contestado á mi pregunta—añadió, haciendo un esfuerzo desesperado para mirar á Oblonsky de frente.

—Vamos, vamos, ya llegaremos á eso. Todo irá bien mientras que tengas tierras en el distrito de Karasinsk, músculos de acero, y la frescura de una niña de doce años. Para contestar de una vez á lo que me preguntas, te diré que no hay cambios; pero es de sentir que no hayas venido en tanto tiempo.

—¿Por qué?—preguntó Levine.

—Porque... ya hablaremos de eso más tarde. ¿Qué te ha traído aquí?

—También hablaremos de eso más tarde—replicó Levine, sonrojándose hasta las orejas.

—Muy bien; ya comprendo—dijo Estéfano Arcadievich.—Yo te hubiera rogado que vinieras á comer á casa; pero mi esposa está enferma; si quieres *verlas*, las hallarás en el Jardín zoológico de cuatro á cinco, pues Kitty patina. Puedes ir; yo me reuniré allí contigo, é iremos á comer á cualquiera parte.

—Está muy bien; pues hasta luego.

—¡No lo olvides! Te conozco y sé que eres capaz de marcharte inmediatamente al campo—repuso Estéfano Arcadievitch sonriendo.

—No; te aseguro que iré.

Levine salió del gabinete, y sólo cuando hubo traspasado el umbral de la puerta recordó que había olvidado saludar á los colegas de Oblonsky.

—Ese hombre debe ser muy enérgico—dijo Grinewitch cuando Levine hubo salido.

—Sí—contestó Estéfano Arcadievitck encogiéndose de hombros—es un mozo de suerte; propietario en el distrito de Karasinsk; tiene un gran porvenir y mucha juventud. ¡No es como nosotros!

—Tampoco tiene usted motivos para quejarse, señor Arcadievitch.

—Sí, todo va mal—contestó Oblonsky suspirando profundamente.

VI

Cuando Arcadievitch preguntó á Levine para qué había venido á Moscou, su amigo se había sonrojado á pesar suyo, siendo así que hubiera podido contestar: «Vengo á pedir la mano de tu cuñada.» Tal era el único objeto de su viaje.

Las familias Levine y Cherbatzky, ambas de Moscou, y de antigua nobleza, habían mantenido siempre relaciones amistosas, y su intimidad se había estrechado durante los estudios de Levine en la Universidad de aquel punto, á causa de su intimidad con el joven príncipe Cherbatzky, hermano de Dolly y de Kitty, que estudiaba los mismos cursos. En aquella época, Levine iba muy á menudo á casa de Cherbatzky, y por extraño que esto parezca, estaba enamorado de toda la casa, particularmente de la parte femenina de la familia. Habiendo perdido á su madre sin conocerla, y teniendo sólo una hermana de mucha más edad que él, en la casa de Cherbatzky fué donde encontró ese interior inteligente y honrado, propio de las antiguas familias nobles, del cual se veía privado por la muerte de sus padres. Todos los individuos de aquella fa-

milia, y especialmente las mujeres, parecíanle rodeados de una aureola misteriosa y poética; no solamente no descubría en ellos defecto alguno, sino que les suponía los más elevados sentimientos, las perfecciones más ideales. ¿Por qué aquellas tres señoritas hablaban el inglés y el francés un día sí y otro no? ¿Por qué tocaban sucesivamente el piano? ¿Por qué los maestros de literatura francesa, de música, de baile y de dibujo, se sucedían en la casa, y por qué á ciertas horas del día iban las tres en carretela, acompañadas de la señorita Linón, y paseaban en el bulevar de Tverskoï, escoltadas por un lacayo de brillante librea, y luciendo sus pellizas de seda? (Dolly llevaba una larga, Natalia una mediana, y Kitty una muy corta). Estas cosas y otras muchas eran incomprensibles para Levine; pero sabía que todo cuanto pasaba en aquella esfera misteriosa era perfecto, y aquel misterio le enamoraba.

Había comenzado por enamorarse de Dolly, la mayor, durante sus años de estudio; pero ésta se casó con Oblonsky; entonces creyó amar á la segunda, pues parecíale que debía amar necesariamente á una de las tres, sin saber á punto fijo cuál de ellas; mas apenas hizo su entrada en el mundo, Natalia se unió con el diplomático Lvof; y en cuanto á Kitty, aún era una niña cuando Levine dejó la universidad. El joven Cherbatzky se ahogó en el Báltico poco después de haber ingresado en la marina, y las relaciones de Levine con la familia comenzaron á ser más raras, á pesar de la amistad que tenía con Oblonsky. Sin embargo, á principios del invierno, habiendo ido á Moscou, y después de pasado un año en el campo, volvía á ver á los Cherbatzky, y comprendió entonces cuál de las tres hijas debía amar. Nada más sencillo, al parecer, que pedir la mano de la joven princesa Cherbatzky: un hombre de treinta y dos años, de buena familia, y de no escasa fortuna, debia considerarse como un buen partido, y era verosímil que se le acogiera bien; pero Levine estaba enamorado; Kitty le parecía un sér perfecto, superior é ideal; y él se juzgaba, por el contrario, muy desfavorablemente, tanto, que no admitía que se le creyese digno de aspirar á semejante alianza.

Después de pasar en Moscou dos meses, que fueron como un sueño, viendo á Kitty todos los días en aquella sociedad, en que volvía á introducirse por causa de ella, volvió á mar-

char repentinamente al campo, después de haberse persuadido de que aquel matrimonio era imposible. ¿Qué posición en el mundo, ni qué carrera bien definida tenía él para halagar á los padres? Mientras sus compañeros eran, los unos coroneles ó ayudantes de campo, los otros profesores distinguidos, directores de banco ó de caminos de hierro, ó presidentes de tribunal, como Oblonsky, ¿qué hacía él, ó qué era á los treinta y dos años? Ocupábase en sus tierras y en la cría de ganados, construía granjas y cazaba la becada, es decir, había tomado el camino de aquellos que, á los ojos del mundo, no han sabido seguir otro; no se forjaba ninguna ilusión sobre el juicio que de él se podría formar, y parecíale que se le consideraría como un pobre muchacho sin gran capacidad.

Por otra parte, ¿podría la encantadora y poética joven amar á un hombre tan feo, y sobre todo, tan poco brillante como él? Sus antiguas relaciones con Kitty eran de un hombre con una niña, y parecíanle un obstáculo más.

Se podría, pensaba, amar amistosamente á un buen muchacho tan ordinario como él; mas era preciso ser bien parecido y estar dotado de las cualidades de un hombre superior para ser amado con un amor comparable al que él experimentaba. Ciertamente había oído decir que las mujeres se enamoran á menudo de hombres feos y medianos; pero no creía en esto, y juzgaba á los demás por él mismo, que no podía amar sino á una mujer notable, hermosa y poética.

No obstante, después de pasar dos meses en el campo, convencióse de que el sentimiento que le absorbía no se asemejaba á los entusiasmos de su primera juventud, y que no podría vivir sin resolver aquella gran cuestión. ¿Se le aceptaría ó no? Nada probaba, bien mirado, que se rehusaría su petición. En su consecuencia, marchó á Moscou resuelto á declararse y contraer matrimonio si se le admitía. De lo contrario... no podría imaginar lo que sería de él.

VII

Levine, llegado á Moscou en el tren de la mañana, habíase detenido en casa de su semi-hermano Kosnichef: después de

arreglarse un poco, entró en el despacho de aquél, proponiéndose darle cuenta de todo y pedirle consejo; pero su hermano tenía visita; hablaba con un célebre profesor de filosofía, llegado de Kharhoff expresamente para aclarar una mala inteligencia surgida entre ellos con motivo de una cuestión científica. El profesor estaba en guerra contra el materialismo. Sergio Kosnichef continuaba la polémica con interés, y habíale hecho algunas objeciones después de leer su último artículo. Censuraba al profesor por sus tolerancias sobre aquella doctrina, y éste había venido á explicarse él mismo. La conversación versaba sobre el asunto de moda: ¿hay un límite entre los fenómenos psíquicos y fisiológicos en los actos del hombre? ¿Dónde se halla este límite?

Sergio Ivanitch recibió á su hermano con la fría y amable sonrisa que le era habitual, y después de haberle presentado al profesor prosiguió el debate. El profesor era un hombrecillo que usaba anteojos, y detúvose un momento para contestar al saludo de Levine, continuando después la conversación sin hacer más caso del recién venido.

Levine tomó asiento para esperar hasta que se marchase, y muy pronto se interesó en el asunto de la discusión. Había leído en unas revistas los artículos de que se hablaba, con la atención que generalmente puede dispensar un hombre, cuando ha estudiado las ciencias naturales en la universidad, al desarrollo de este asunto; jamás había hecho comparación alguna entre estas cuestiones sabias sobre el origen del hombre, sobre la acción refleja, la biología, la sociología, y todas aquellas que le preocupaban cada vez más: el objeto de la vida y la muerte.

Siguiendo el debate, observó que los dos interlocutores establecían cierta relación entre las cuestiones científicas y las que se referían al alma; á veces creía que por fin abordarían este asunto; pero siempre que se acercaban, sólo era para alejarse en seguida con cierto apresuramiento, y profundizar después en el dominio de las distinciones sutiles, de las refutaciones, de las citas y de las alusiones; de modo que apenas podía comprenderlos.

—No puedo aceptar la teoría de Keis—decía Sergio Ivanitch en un elegante y correcto lenguaje—ni admitir tampoco que toda mi concepción del mundo exterior se derive únicamente

de mis sensaciones. El principio de todo conocimiento, el sentimiento del *sér*, de la existencia, no vino por los sentidos, ni existe órgano especial para producir esa concepción.

—Sí, pero Wurst, Knaust y Pripasof contestarán que usted tiene conocimiento de su existencia únicamente por efecto de una acumulación de sensaciones, en una palabra, que sólo es el resultado de estas últimas. Wurst dice además que allí donde la sensación no existe, la conciencia de la vida falta.

—Yo diría, por el contrario...—replicó Sergio Ivanitch.

Levine observó de nuevo que en el momento de tocar en el punto capital, según él, iban á rehuirle de nuevo, y entonces atrevióse á dirigir al profesor la siguiente pregunta:

—En ese caso, si mis sensaciones no existen ya, y si mi cuerpo ha muerto, ¿no hay existencia posible?

El profesor miró con expresión de contrariedad al que así le preguntaba, cual si le ofendiera aquella interrupción, y examinó al intruso, cuyo aspecto era más bien de campesino que de filósofo. Después volvióse hacia Sergio Ivanitch; pero éste no era tan exclusivo como el profesor, y sin dejar de discutir, podía comprender el punto de vista sencillo y racional que había sugerido la pregunta, á la que contestó sonriendo:

—Aún no tenemos derecho para resolver esta cuestión.

—No tenemos datos suficientes—continuó el profesor, siguiendo el hilo de sus razonamientos. No, yo pretendo que si las sensaciones se fundan en impresiones, como lo dice claramente Propasof, debemos distinguir más severamente estas dos nociones.

Levine no escuchaba ya, esperando sólo la salida del profesor.

VIII

Cuando éste hubo marchado, Sergio Ivanitch se volvió hacia su hermano.

—Me alegro verte—le dijo.—¿Has venido para mucho tiempo? ¿Cómo van los negocios?

Levine sabía que su hermano mayor se interesaba poco en

las cuestiones agronómicas, y que le hacía una concesión al hablarle de ellas; por eso se limitó á contestar sobre la venta del trigo y la cantidad realizada en sus tierras. Su verdadera intención había sido hablar con su hermano sobre sus proyectos de matrimonio, y pedirle parecer; pero después de la conversación con el profesor, y ante el tono involuntario de protección con que Sergio le había interrogado sobre los asuntos del campo, no se sintió con valor para hablar, pareciéndole que su hermano no vería las cosas como él deseaba.

—¿Cómo van los asuntos del *semstvo?*—preguntó Sergio Ivanitch, que se interesaba por las asambleas provinciales designadas con ese nombre, atribuyéndoles mucha importancia.

—No sé nada.

—¿Cómo es eso? ¿No formas parte de la administración?

—No, he renunciado; ya no asisto á las asambleas.

—Es una lástima—murmuró Sergio, frunciendo el entrecejo.

Para disculparse, Levine dió cuenta de lo que sucedía en las reuniones de distrito.

—¡Siempre es así!—interrumpió Sergio Ivanitch;—he aquí cómo somos nosotros los rusos. Tal vez deba considerarse como un buen rasgo de nuestro carácter esa facultad de reconocer los errores; pero los exageramos, y nos complace la ironía, que nunca falta en nuestra lengua. Si se concedieran nuestros derechos y esas mismas instituciones provinciales á cualquier otro pueblo de Europa, alemanes ó ingleses, sabrían extraer la libertad, mientras que nosotros nos contentamos con reir.

—¿Cómo ha de ser?—replicó Levine con la expresión de un hombre culpable.—Era mi último ensayo; lo tomé con mucho afán, pero ya no puedo hacer nada; soy incapaz de...

—¡Incapaz!—interrumpió Sergio Ivanitch;—tú no consideras el asunto como deberías.

—Es posible—repuso Levine agobiado.

—¿Sabes que nuestro hermano Nicolás está otra vez aquí?

Nicolás era el hermano mayor de Constantino y semi-hermano de Sergio; era un perdido que había devorado la ma-

yor parte de su fortuna, indisponiéndose con sus hermanos para vivir en una sociedad tan perjudicial como extraña.

—¿Qué dices?—preguntó Levine atemorizado.—¿Cómo lo sabes?

—Prokofi le ha visto en la calle.

—¿Aquí en Moscou? ¿Dónde está?

Y Levine se levantó como si hubiera querido correr á buscarle.

—Siento habértelo dicho—replicó Sergio, encogiéndose de hombros al notar la emoción de su hermano.—He enviado una persona para averiguar dónde vivía, remitiéndole su letra de cambio sobre Trubina, la cual he pagado ya. Hete aquí lo que me ha contestado....

Y Sergio tomó de la mesa una carta, presentándola á Levine.

Este último leyó el billete, cuya escritura era muy extraña, y que decía lo siguiente:

«Pido humildemente que se me deje en paz; es todo cuanto solicito de mis queridos hermanos.

Nicolás Levine.»

Constantino permaneció en pie ante Sergio, con la carta en la mano, sin levantar la cabeza.

—Por lo visto, quiere ofenderme—continuó Sergio;—pero esto es imposible; yo deseaba de todo corazón poder ayudarle, aunque sabiendo que no lo conseguiría.

—Sí, sí—repuso Levine—comprendo y aprecio tu conducta con él; pero iré á verle.

—Si te place, puedes ir—dijo Sergio;—mas no te lo aconsejaré; y no es que le tema por lo que hace á las relaciones que median entre tú y yo, pues no podría indisponernos; si te aconsejo no ir, es por ti mismo, porque nada conseguirás. Sin embargo, obra como te parezca.

—Tal vez no haya verdaderamente nada que hacer; pero en este momento... no podría estar tranquilo...

—No te comprendo—replicó Sergio;—lo único que veo es que aquí hay para nosotros una lección de humildad. Desde que nuestro hermano Nicolás ha llegado á ser lo que es, considero con más indulgencia lo que llaman una «bajeza.» ¿Sabes lo que hace?

—¡Ay de mí, es verdaderamente espantoso!—contestó Levine.

Después de pedir las señas de Nicolás al criado de Sergio Ivanitch, Levine se puso en camino para ir á buscarlo; pero cambiando luego de idea, aplazó su visita hasta la noche. Ante todo, á fin de tener la conciencia tranquila, quería resolver la cuestión que le había llevado á Moscou; y por eso fué á buscar á Oblonsky. Cuando supo dónde estaban los Cherbatzky, dirigióse al sitio en que pensaba encontrar á Kitty.

IX

Á eso de las cuatro, Levine dejó su *isvostchik* á la puerta del Jardín zoológico, y procurando contener los latidos de su corazón, siguió la senda que conducía á las montañas de hielo, cerca del sitio donde se patinaba. Sabía que *la* encontraría allí, pues acababa de ver el coche de los Cherbatzky á la entrada.

Hacía muy buen tiempo para patinar: á la puerta del Jardín veíanse, alineados en fila, trineos, coches de lujo, isvotschiks y gendarmes. El público se oprimía en las angostas sendas abiertas al rededor de los *izbas*, adornados con esculturas de madera; los añosos abedules del Jardín tenían sus ramas sobrecargadas de escarcha y de nieve.

Siguiendo el sendero, Levine se decía á sí mismo: «¡Calma, calma! Es preciso no turbarse. ¿Qué quieres, qué tienes, imbécil?» Así interpelaba á su corazón.

Pero cuanto más procuraba calmarse, más le embargaba la emoción, impidiéndole casi respirar. Una persona conocida le llamó al poco, y Levine no se fijó siquiera en ella. Acercóse á las montañas; los trineos deslizábanse con rapidez y remontaban luego por medio de cadenas, oyéndose un incesante crujido, y rumor de voces alegres y animadas. Á pocos pasos de allí se patinaba, y entre los que se entregaban á este ejercicio, *la* reconoció muy pronto; supo que estaba á su lado por la alegría y el temor que embargaron su alma.

De pie, junto á una señora, en el lado opuesto al en que Levine se hallaba, la señorita de Cherbatzky no se distinguía de las personas que la rodeaban ni por su actitud ni por su

tocado; mas para Levine resaltaba entre la multitud como una rosa entre ortigas, iluminando con su sonrisa y su presencia cuánto había allí. ¿Me atreveré, pensó, á bajar hasta el hielo y acercarme á ella? El sitio donde estaba le pareció un santuario, al que temía acercarse; y tanto miedo tuvo, que poco le faltó para retroceder. No obstante, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, llegó á persuadirse que estaba rodeado de personas de toda especie, y que en rigor también tenía derecho para patinar. En su consecuencia, bajó al hielo, guardándose tanto de fijar en *ella* los ojos como de mirar al sol, aunque no necesitaba esto para verla.

Era costumbre reunirse en el hielo una vez á la semana, siendo conocidos casi todos los concurrentes; había allí maestros en el arte de patinar, que iban para lucir su destreza; otros que hacían su aprendizaje detrás de los sillones, por lo regular muy jóvenes; y también caballeros que practicaban aquel ejercicio por higiene. Á Levine le parecieron todos hombres favorecidos del cielo, porque estaban cerca de Kitty; aquellos patinadores deslizábanse á su alrededor, corrían detrás, alcanzábanla, y hasta la hablaban, divirtiéndose al parecer con el espíritu del todo libre, como si la presencia de la hermosa joven hubiera bastado para su felicidad.

Nicolás Cherbatzky, primo de Kitty, que vestía chaqueta y pantalón ceñido, estaba sentado en un banco, con los patines en los pies, cuando divisó á Levine.

—¡Ah!—exclamó—¡he aquí el primer patinador de Rusia! ¿Hace mucho tiempo que estás aquí? ¡Vamos, ponte los patines pronto, que el hielo está excelente!

—No los he traído—contestó Levine, admirado de que se pudiese hablar en presencia de Kitty con aquella libertad y audacia, y sin perderla de vista un segundo, aunque no la miraba. La joven, visiblemente temerosa, con sus altas botinas de patines, se lanzó hacia él desde el rincón donde se hallaba, seguida de un mancebo que vestía traje ruso y trataba de adelantarse, haciendo los ademanes desesperados de un patinador torpe.

Kitty no avanzaba con seguridad; había retirado sus manos del manguito sostenido en su cuello por una cinta, y parecía dispuesta á cogerse á cualquiera cosa; miraba á Levine, á quien acababa de reconocer, y reíase de su propio temor.

Cuando al fin hubo tomado felizmente su impulso, dió un ligero golpe con el tacón de su botina y deslizóse hasta su primo Cherbatzky, cogió su brazo y envió á Levine un saludo amistoso. Jamás la había soñado éste tan encantadora.

Bastábale, sin embargo, pensar en ella para evocar vivamente el recuerdo de toda su persona, sobre todo de su linda cabeza rubia, de su infantil expresión de candor y de bondad, y de sus redondeados hombros. Aquella mezcla de gracia de niña y de hermosura de mujer tenía un encanto particular que Levine comprendía muy bien; pero lo que más le llamaba la atención era su mirada modesta, tranquila y sincera, que juntamente con su sonrisa transportábale á un mundo encantado donde todo se dulcificaba en él, con los buenos sentimientos de su primera infancia.

—¿Desde cuándo está usted aquí?—preguntó ofreciéndole la mano.—Gracias—añadió—al verle coger el pañuelo que se le había caído del manguito.

—¿Yo? He llegado hace poco, ayer, es decir hoy—contestó Levine tan conmovido que no pudo comprender bien la pregunta.—Quería ir á su casa...—añadió;—y recordando al punto con qué objeto, ruborizóse y se turbó...—No sabía que usted patinase tan bien.

Kitty le miró atentamente, como para adivinar la causa de su confusión.

—Ese elogio—dijo—es precioso para mí, pues conservamos una tradición de la destreza de usted como patinador. —Y sacudió con su pequeña mano, cubierta con guante negro, el polvo de nieve que cubría su manguito.

—Sí, en otro tiempo patinaba con pasión, pues quería llegar á ser maestro.

—Me parece que todo lo hace usted con pasión—repuso Kitty sonriendo.—¡Cuánto me agradaría verle patinar un poco! póngase usted los patines y correremos juntos.

«¡Patinar juntos! ¡Será posible!»—pensó Levine mirando á la joven.

—Voy á ponérmelos al momento—contestó.

Y corrió á buscar los patines.

—Hace mucho tiempo, caballero, que no viene usted aquí —dijo el alquilador sosteniendo el pie de Levine para ajustar el patín;—desde que usted no nos favorece, no hay quien

lo entienda. ¿Está bién así?—añadió estrechando la correa.

—Perfectamente; pero despáchate—replicó Levine sin po-



der disimular la sonrisa, que á pesar suyo iluminaba su rostro.—«¡He aquí la vida, he aquí la felicidad!—pensaba.—¿Deberé hablarla ahora? No me atrevo, porque soy muy dichoso en este instante, dichoso por lo menos con la esperanza; mientras que... Pero es preciso... es preciso; dejemos á un lado la dignidad!

Levine se despojó del paletó, y después de hacer una corta prueba, lanzóse sobre el hielo unido; deslizóse sin esfuerzo alguno, tan pronto despacio como rápidamente; y después se acercó á Kitty con temor; pero una sonrisa de ésta le tranquilizó una vez más.

Dióle la mano y patinaron juntos, acelerando poco á poco su carrera; cuánto mayor era la rapidez, más estrechaba Kitty la mano de su compañero.

—Aprendería mucho con usted—dijo la joven—pues sin saber por qué, tengo mucha más confianza.

—También la tengo yo en mí cuando se apoya usted en mi brazo—contestó Levine, sonrojándose después, como espantado de lo que había dicho. Efectivamente, apenas hubo pronunciado estas palabras cuando, así como el sol se oculta detrás de una nube, la expresión de amabilidad de la joven desapareció al punto, y Levine observó un cambio de fisonomía que conocía muy bien, y que indicaba un esfuerzo del pensamiento: en la tersa frente de Kitty se formó un ligero pliegue.

—¿Se siente usted disgustada por alguna cosa?—exclamó Levine;—no tengo derecho para preguntarlo; pero...

—¿Por qué? No tengo nada—contestó Kitty friamente.—Y añadió al punto:—¿No ha visto usted aún á la señora Linón?

—Todavía no.

—Pues vaya usted á verla, porque le quiere mucho.

—«¿Qué le pasará? ¿La habré disgustado? Señor, compadeceos de mí»—pensó Levine dirigiéndose hacia la anciana francesa de cabello gris, que le observaba desde su banco. La dama le recibió como á un antiguo amigo, y mostróle todos sus dientes al sonreirse.

—Crecemos y avanzamos en años—dijo la señora Linón señalando á Kitty con una mirada;—la pequeña se hace grande—añadió con una sonrisa.—Y le recordó sus chanzas sobre las tres señoritas, á quienes llamaba los tres *oseznos* del conde inglés.

—¿Recuerda usted que las llamaba así?

Levine lo había olvidado completamente; pero la dama se reía de aquella broma hacía diez años, sin olvidarla nunca.

—Vamos, vaya usted á patinar. ¿No es verdad que nuestra Kitty comienza á saber algo?

Cuando Levine se acercó de nuevo á la joven, observó que la expresión de su rostro no era ya severa; sus ojos revelaban una franqueza cariñosa; mas parecióle que hablaba con cierto tono tranquilo, y se entristeció. Después de hablar de la anciana aya y de sus rarezas, hízole preguntas sobre su género de vida.

—¿No se aburre usted en el campo, señor Levine?

—No, porque siempre estoy muy ocupado—contestó Levine comprendiendo que la joven le llevaba á la conversación tranquila que parecía resuelta á sostener.

—¿Ha venido usted para mucho tiempo?—preguntó Kitty.

—No lo sé—replicó Levine sin pensar en lo que decía. La idea de seguir su conversación en tono amistoso y tranquilo y volver tal vez á su casa sin haber resuelto cosa alguna, le impulsó á rebelarse.

—¿Cómo es que no lo sabe usted?—preguntó Kitty.

—No sé nada; todo dependerá de usted—repuso Levine asustado de sus propias palabras.

¿No las oyó la joven ó no quiso oirlas? El caso es que fingió dar un paso en falso en el hielo, deslizóse hasta llegar á la señora Linón, díjola algunas palabras y dirigióse hacia la casita donde se dejan los patines.

«¡Dios mío ¿qué mal puedo haber hecho? Ayudadme, protegedme, decíase Levine interiormente. Y comprendiendo que necesitaba hacer algún movimiento desordenado, descricribió con furor varias curvas en el hielo.

En aquel instante, un joven, el más hábil de los nuevos patinadores, salió del café con sus patines en los pies y el cigarrillo en la boca; sin detenerse corrió hacia la escalera, franqueó los peldaños saltando, sin cambiar siquiera la posición de sus brazos, y lanzóse sobre el hielo.

«Otro contratiempo»—pensó Levine, subiendo á su vez la escalera.

—¡No se fatigue usted; se necesita costumbre—le gritó Nicolás Cherbatzky.

Levine patinó algún tiempo antes de tomar impulso y después bajó la escalera, procurando conservar el equilibrio con sus manos; en el último peldaño se enganchó, é hizo con violencia un movimiento para desprenderse, recobró el equilibrio, y lanzóse en el hielo sonriendo.

«¡Qué buen muchacho!—pensaba entretanto Kitty al entrar en la casita, seguida de la señora Linón, y mirando á Levine con cariñosa sonrisa, como si fuera un hermano querido.—¿Es culpa mía? ¿Me he conducido mal? Sé muy bien que no es él á quien amo, mas no por eso dejo de estar menos contenta en su compañía. ¡Es tan bueno! Pero ¿por qué me habrá dicho eso?

Al ver á Kitty salir con su madre, que iba á buscarla, Levine, muy colorado aún á causa del ejercicio violento que acababa de hacer, detúvose y reflexionó, quitóse los patines y fué á reunirse con la madre y la hija á la salida.

—Me alegro mucho de ver á usted—dijo la princesa;—recibimos los jueves, como siempre.

—Entonces será hoy.

—Nos complacerá mucho verle á usted—contestó la princesa con sequedad.

Este tono afligió á Kitty, que no pudo menos de hacer algo para dulcificar el efecto producido por la frialdad de su madre. Volvióse hacia Levine y díjole sonriendo:

—¡Hasta después!

En aquel momento Estéfano Arcadievitch, con el sombrero de lado y las facciones muy animadas, entraba con aire triunfante en el jardín; mas al ver á su suegra, su rostro tomó una expresión triste y confusa para contestar á las preguntas que le dirigió sobre la salud de Dolly. Después de haber hablado en voz baja con aspecto humilde, irguióse y tomó el brazo de Levine.

—¿Nos vamos?—preguntó;—no he dejado de pensar en ti, y me alegro mucho que no hayas faltado—añadió, mirándole con aire significativo.

—Vamos, vamos—contestó el feliz Levine, que creía oir aún el acento de Kitty al decirle «hasta después», representándose la sonrisa con que acompañó sus palabras.

—¿Iremos al hotel de Inglaterra ó á la Ermita?

—Me es igual.

—Pues vamos al hotel de Inglaterra—dijo Estéfano Arcadievitch, que elegía aquel restaurant porque debía allí más dinero que en el otro, pareciéndole indigno de él no darle la preferencia.—Me alegro que hayas venido en tu coche porque yo he despedido el mío.

Durante todo el trayecto, los dos amigos no hablaron palabra. Levine pensaba en lo que podía significar el cambio sobrevenido en Kitty, y tranquilizábase un momento para desesperarse después, repitiéndose que era una insensatez confiar en nada. Á pesar de todo, parecíale ser otro hombre, que no se parecía ya al que había existido antes de la sonrisa y de las palabras de Kitty.

Estéfano Arcadievitch reflexionaba sobre el *menú* de la comida.

—¿Te gusta el salmón?—preguntó á Levine al entrar en el restaurant.

—Deliro por él.

X

El mismo Levine no pudo menos de notar la expresión de contento que rebosaba en la fisonomía y en toda la persona de Estéfano Arcadievitch. Este último se quitó el paletó y el sombrero, adelantóse hasta el comedor, dando al paso sus órdenes al camarero, que le seguía con la servilleta debajo del brazo; saludó por derecha é izquierda á las personas conocidas que allí como en todas partes le veían siempre con placer, acercóse al aparador, y tomó una copita de aguardiente. La señorita del mostrador, una francesa de cabello rizado, con muchos afeites, cubierta de cintas y de encajes, fué al punto el objeto de su atención, y dirigióle algunas palabras que la hicieron reir á carcajadas.

En cuanto á Levine, la vista de aquella mujer, con su cabello postizo y empolvado el rostro, hízole perder la gana de comer, y alejóse con disgusto: su alma estaba llena del recuerdo de Kitty, y en sus ojos brillaba el triunfo y la felicidad.

—Por aquí, Excelencia, por aquí no le molestará nadie—decíale obsequiosamente el mozo, cuyas robustas espaldas mantenían tirantes los paños de su levita.

—Tenga usted la bondad de acercarse—dijo también á Levine, en señal de respeto á Estéfano Arcadievitch de quien era convidado.

En un instante extendió una servilleta limpia sobre la mesa redonda cubierta ya con su mantel; acercó dos sillas de asiento de terciopelo, y con la servilleta en una mano y la lista en la otra, permaneció en pie ante Estéfano Arcadievitch esperando sus órdenes.

—Si vuecencia lo desease, tendría un gabinete particular á su disposición en pocos instantes, pues el príncipe de Galitzine que le ocupa con una dama, saldrá muy pronto. Hemos recibido ostras frescas.

—¡Ah, ostras!—exclamó Arcadievitch reflexionando.

—¿Cambiaremos nuestro plan de campaña, Levine?—preguntó pasando el dedo por la lista y con expresión de duda. —Pero ¿serán buenas las ostras?

—Son de Flensburgo, Excelencia; no hay de Ostende.

—Vaya por las ostras de Flensburgo, si son frescas.

—Llegaron ayer.

—¿Qué te parece, Levine? ¿Quieres que comencemos por las ostras, cambiando después todo el *menú*?

—Á mí me es igual; lo mejor sería chtchi (1), y kacha (2); pero aquí no habrá.

—Se puede hacer kacha á la *rusa*, si lo desea—dijo el camarero, inclinándose hacia Levine como una niñera sobre la criatura que guarda.

—Lo que tú elijas estará bien—dijo Levine á su amigo—pues he patinado y tengo mucha gana; no creas—añadió al notar una expresión de descontento en el rostro de Arcadievitch—que no sepa apreciar tu *menú*, pues no me desagradará una buena comida.

—¡Sólo faltaría eso! Por más que se diga, éste es uno de los placeres de la existencia—repuso Arcadievitch.—Pues bien —añadió—tráenos dos ó tres docenas de ostras, sopa con legumbres...

—Primaveral—dijo el camarero.

Pero Arcadievitch, sin dejarle tiempo para enumerar los platos con sus pomposos títulos, continuó:

—Con legumbres, ya sabes cómo. Después traerás salmón

(1) *Chtchi:* sopa de col

(2) *Kacha:* especie de gachas con harina de trigo, alimento habitual del pueblo.

con la salsa un poco espesa, luego rosbif, cuidando de que esté bien á punto; á esto seguirá un capón, y por último conservas.

El camarero, recordando que á Estéfano Arcadievitch no le agradaba nombrar los platos según la lista francesa, le dejó hablar; pero después, complacióse en repetir el *menú* según las reglas: «sopa primaveral, salmón á la Beaumarchais, pollo á la estragón, macedonia de frutos.» Dicho esto, y como movido por un resorte, hizo desaparecer una lista para presentar otra, la de los vinos, que puso delante de Estéfano Arcadievitch.

—¿Qué beberemos?

—Lo que tú quieras, con tal que haya un poco de Champagne—contestó Levine.

—¡Cómo! ¿desde el principio? En fin, no hay inconveniente. ¿Te gusta la marca blanca?

—*Cachet blanc*—dijo el camarero en francés.

—Bien, con las ostras será bastante.

—¿Qué vino de mesa serviré?

—Danos el clásico vino tinto.

—Está bien. ¿Serviré queso?

—Sí, parmesano, si mi amigo no prefiere otro.

—No, me es igual—contestó Levine, que no podía menos de sonreirse.

El camarero se alejó presuroso, comunicando un rápido movimiento á los faldones de su frac, y cinco minutos después volvía con una bandeja llena de ostras en una mano y una botella en la otra.

Estéfano Arcadievitch arrugó su servilleta, se tapó el chaleco, alargó tranquilamente las manos y tomó la primera ostra.

—No son malas—dijo, separando los moluscos de su concha con un diminuto tenedor de plata, y sorbiéndolos con marcado placer...

—No son malas—repitió, fijando sucesivamente en Levine y en el camarero una mirada brillante.

Levine comió las ostras, aunque hubiera preferido pan y queso; pero no podía menos de admirar á Oblonsky. El mismo camarero, después de destapar la botella y de escanciar el espumoso vino en las finas copas de cristal, miró á Estéfa-

no Arcadievitch con una sonrisa de satisfacción, arreglando al mismo tiempo su corbata blanca.

—Á ti no te gustan mucho las ostras—dijo Oblonsky, vaciando su copa—ó tal vez estés preocupado ¿eh?

Quería alegrar á Levine; pero éste, sin estar triste, experimentaba cierto malestar. Con lo que tenía en el alma, sentíase á disgusto en aquel sitio, por el continuo movimiento, y en la inmediación de los gabinetes donde caballeros y damas comían alegremente; todo le ofuscaba, el gas, los espejos, y hasta el camarero: temía manchar el sentimiento que llenaba su alma.

—Sí, estoy preocupado—contestó;—pero además, todo me molesta aquí. No podrías imaginarte hasta qué punto es extraño para un campesino todo esto. Es como las uñas de aquel caballero que ví en tu despacho.

—Sí, ya observé que las uñas del bueno de Grinewitch te interesaban mucho.

—No puedo remediarlo—contestó Levine;—procura comprenderme y ponte en mi lugar. Nosotros los campesinos, tratamos de tener manos buenas para trabajar; por eso nos cortamos las uñas, y muy á menudo nos remangamos para tener los brazos más libres. Aquí, por el contrario, se acostumbra dejar crecer las uñas todo lo posible; y para tener la seguridad de no poder hacer nada con las manos, se adornan los puños con una especie de platillos á guisa de botones.

Estéfano Arcadievitch sonrió agradablemente.

—Esto prueba—dijo—que no hay necesidad de trabajar con ellas, y que la cabeza es la que lo hace todo.

—Es posible: pero esto no obsta para que me parezca tan extraño, como lo que hacemos aquí. En el campo nos hartamos de alimento á fin de poder trabajar; y aquí se procura comer, alargar la comida todo lo posible sin comer bastante; por eso se toman ostras.

—Es verdad—replicó Estéfano Arcadievitch;—pero ¿no es objeto de la civilización cambiarlo todo en goces?

—Si tal es su objeto, prefiero seguir siendo bárbaro.

—Ya lo eres un poco; todos los de vuestra familia sois salvajes.

Levine suspiró, pensando en su hermano Nicolás; oscure-

cióse su rostro y acometióle una profunda tristeza; pero Oblonsky le habló sobre un asunto que muy pronto le distrajo.

—¿Vendrás esta noche á casa, es decir, á la de los Cherbatzky?—preguntó Arcadievitch, guiñando un ojo, mientras desviaba las conchas del marisco para tomar el queso.

—Sí, seguramente—contestó Levine—aunque me ha parecido que la princesa no me invitaba de buena gana.

—¡Vaya una ocurrencia! Siempre se conduce como gran *dama*—dijo Arcadievitch.—Yo también iré cuando salga de una reunión que debe haber en casa de la condesa Bonine. ¿Cómo no he de tratarte de salvaje? Explícame, por ejemplo, tu fuga de Moscou. Los Cherbatzky me han atormentado más de una vez con sus preguntas respecto á ti, como si yo pudiera saber alguna cosa. Lo único que sé es que tú haces siempre lo que nadie pensaría en hacer.

—Sí—contestó Levine lentamente y con cierta emoción;—soy un salvaje, pero no es mi marcha lo que lo ha demostrado, sino mi regreso. He venido ahora...

—¡Eres feliz!—interrumpió Oblonsky mirando fijamente á Levine.

—¿Por qué?

—Reconozco en los ojos á los jóvenes enamorados—replicó Estéfano Arcadievitch;—el porvenir es tuyo.

—¿Y no le hay también para ti?

—Yo no tengo más que el presente y te aseguro que no todo son rosas.

—¿Pues que hay?

—¡La cosa no marcha! Pero no quiero hablarte de mí, tanto más, cuanto que no podría explicártelo todo—repuso Estéfano Arcadievitch.—Pero dime ¿por qué has venido á Moscou?...—¡Eh, mozo, ven á servirnos!

—Sin duda lo adivinas—replicó Levine, sin separar la vista de su amigo.

—Sí, lo adivino; pero no he de ser el primero en hablarte de ello. Por este detalle podrás comprender si lo acierto ó no—dijo Arcadievitch, mirando á Levine con malicia.

—¿Y qué me dirás?—preguntó Levine con voz temblorosa, conociendo que se estremecían los músculos de su rostro.—¿Cómo consideras tú el asunto?

Arcadievitch apuró lentamente el contenido de su vaso, sin separar la vista de su amigo.

—Yo—contestó—lo desearía tanto como tú.

—Pero ¿no te engañas? ¿Sabes de qué hablamos?—murmuró Levine, mirando ansiosamente á su interlocutor.—¿Crees verdaderamente que sea posible?

—¿Por qué no ha de serlo?

—¿Lo dices con toda sinceridad? ¡Vamos! Manifiéstame todo lo que piensas. Me expongo á una negativa, y estoy casi seguro de ella.

—¿Por qué?—preguntó Arcadievitch, sonriendo al observar aquella emoción.

—Yo tengo esa idea; y sería terrible, así para mí como para ella.

—¡Oh! en todo caso, no veo nada de terrible para ella: á una joven la lisonjea siempre que pidan su mano.

—Á las jóvenes en general, tal vez; pero no á ella.

Estéfano Arcadievitch sonrió: conocía muy bien los sentimientos de Levine, y no ignoraba que para él todas las jóvenes del universo podían dividirse en dos categorías: en una, figuraban las jóvenes que participan de todas las debilidades humanas y son las más comunes; y la otra, componíase de *ella* sola, sin la menor imperfección, y superior á todas las mujeres.

—Toma un poco de salsa—dijo Arcadievitch, conteniendo la mano de Levine, que la rechazaba.

Levine hizo humildemente lo que le decían, pero no dejó á Oblonsky comer.

—Escucha, y compréndeme bien antes, porque para mí es una cuestión de vida ó muerte. Con nadie he hablado nunca sobre el particular, ni puedo hablar tampoco de ello más que á ti. Por más que haya tanta diferencia entre tú y yo, y tengamos otras inclinaciones, viendo las cosas bajo distintos puntos de vista, sé que no por eso me quieres menos y que me comprendes: por lo mismo te aprecio yo también. En nombre del cielo, háblame con franqueza.

—No te he dicho sino lo que pienso—contestó Estéfano Arcadievitch sonriendo;—pero te diré más: mi esposa, mujer extraña—Oblonsky se detuvo un momento suspirando al recordar el caso en que se hallaba con su mujer...—tiene el dón

de segunda vista, y adivina lo que pasa en el corazón de los demás; pero prevé sobre todo el porvenir cuando se trata de matrimonios. Así, por ejemplo, pronosticó el de la Chahawskoï con Brenteln; nadie quiso creerlo, y sin embargo, se efectuó. Pues bien, mi mujer está por ti.

—¿Cómo lo entiendes?

—Entiendo que ella te quiere mucho, y que asegura que Kitty será tu esposa.

Al oir estas palabras, el rostro de Levine se iluminó con una sonrisa que casi rayaba en profundo enternecimiento.

—¡Ha dicho eso!—exclamó.—Siempre pensé que tu mujer era un ángel; pero ya hemos hablado bastante—añadió, levantándose de pronto.

—¡Pero hombre, siéntate!—exclamó Arcadievitch.

Levine no podía permanecer quieto; dió dos ó tres vueltas por la sala con paso firme, guiñando los ojos á fin de ocultar una lágrima, y volvió á sentarse más tranquilo.

—Compréndeme bien—dijo;—no es amor lo que siento, aunque estaba enamorado; lo que me impulsa es una fuerza interior que me domina. Yo me puse en marcha en la persuasión de que semejante felicidad no podía existir, pues me parece que no tendría nada de humana; pero aunque luche contra mí mismo, comprendo que toda mi vida está en esa cuestión. Por lo tanto es preciso que esto se decida.

—Pero ¿por qué te marchaste?

—¡Ah! tú no sabes cuantos pensamientos se agolpan en mi espíritu, y cuantas cosas quisiera pedirte. Escucha; no puedes figurarte qué servicio me has prestado; soy tan feliz, que me vuelvo egoísta y todo lo olvido. Sin embargo, he sabido hoy que mi hermano Nicolás—ya sabes—se halla aquí, y no he vuelto á pensar en él. Me parece que también debe ser dichoso... Una cosa me parece terrible: tú que estás casado, debes comprenderla... los que somos ya viejos, y sin conocer verdaderamente el amor, hemos sido pecadores, ¿no es casi espantoso que osemos acercarnos á un sér puro é inocente? ¿No se justifica, pues, que yo me crea indigno?

—No creo que tengas mucho que echarte en cara.

—Sin embargo—repuso Levine—al repasar mi vida con disgusto, tiemblo, me maldigo y quéjome amargamente...

—¡Cómo ha de ser! El mundo es así—dijo Oblonsky.

—Sólo hay un consuelo, y es esa oración que siempre me agradó tanto: «Perdónanos según la grandeza de tu misericordia, y no según nuestros méritos.» Sólo así podría ella perdonarme.

XI

Levine apuró el contenido de su copa, y durante unos momentos los dos amigos permanecieron silenciosos.

—Debo decirte otra cosa. ¿Conoces á Wronsky?—preguntó Arcadievitch.

—No. ¿Á qué viene esa pregunta?

—Tráenos otra botella—dijo Oblonsky al camarero que llenaba los vasos.—Wronsky—añadió—es uno de tus rivales.

—¿Y qué hombre es ese?—preguntó Levine, cuya fisonomía, tan alegre y animada antes, sólo expresó ya el descontento.

—Wronsky es uno de los hijos del conde Cirilo Wronsky, y uno de los más bellos tipos de la juventud dorada de San Petersburgo. Yo le conocí en Tver cuando estaba en el servicio, en ocasión de presentarse como recluta. Es inmensamente rico, buen mozo, ayudante de campo del Emperador; tiene muy buenas relaciones, y á pesar de todo esto, es un buen muchacho. Según lo que yo he visto de él, no sólo es un buen chico, sino que se distingue por su instrucción é inteligencia; en fin, es hombre que hará carrera.

Levine se entristecía más y callaba.

—Pues bien—continuó Arcadievitch—parece que después de tu marcha, según dicen, se enamoró de Kitty; ya comprenderás que la madre...

—Dispénsame, yo no comprendo nada—contestó Levine, cada vez más sombrío, pues le asaltaba el recuerdo de Nicolás, y tenía remordimientos por haberle olvidado.

—Espera—dijo Arcadievitch, tocándole el brazo y sonriendo;—te he dicho lo que sabía, pero repito que en mi concepto las ventajas están de tu parte en ese delicado asunto.

Levine palideció y apoyóse en el respaldo de su silla.

—¿Por qué no has venido á cazar nunca en mis tierras, se-

gún me lo prometiste?—preguntó de pronto.—No dejes de ir cuando llegue la primavera.

Levine se arrepentía ahora sinceramente de haber tratado de aquel asunto con Oblonsky; sus más íntimos sentimientos resentíanse por lo que acababa de saber sobre las pretensiones rivales de un oficial de San Petersburgo, y también por los consejos y suposiciones de Estéfano Arcadievitch. Éste comprendió lo que pasaba en el alma de su amigo y no pudo menos de sonreir.

—Bien quisiera ir un día ú otro—contestó;—pero ya lo ves. las mujeres son el resorte que todo lo mueve en este mundo. El caso en que me encuentro es grave, muy grave, y todo á causa de las mujeres. Dame un consejo con franqueza—añadió Arcadievitch, con el cigarro en una mano y la copa en la otra.

—¿Sobre qué te he de dar consejo?

—Voy á decírtelo: supón que eres casado, que amas á tu esposa y que te enamoras de otra mujer.

—Dispénsame—repuso Levine;—no te comprendo; eso es para mí como si al acabar de comer robase un pan al pasar por delante de una tahona.

Al oir esto, los ojos de Arcadievitch brillaron más que de costumbre.

—¿Y por qué no habías de hacerlo? El pan tierno tiene á veces tan buen gusto, que podría ser difícil resistir á la tentación.

Levine no pudo menos de sonreirse.

—Dejemos las obras á un lado—continuó Oblonsky;—imagina una mujer encantadora, modesta, cariñosa, que todo lo ha sacrificado, que es pobre y está aislada: ¿sería justo abandonarla una vez hecho el mal? Supongamos que sea necesario romper para no perturbar la vida doméstica; en este caso se ha de tener lástima, y dulcificar la separación, pensar en el porvenir.

—Ya sabes—repuso Levine—que para mí hay dos clases de mujeres, ó mejor dicho, hay mujeres y... Yo no he hallado nunca bellas arrepentidas, sino damas como esa francesa del mostrador, con sus rizos y adornos; todas ellas me repugnan, así como las que han caído en el lodo.

—¿Y qué me dices del Evangelio?

—Déjame en paz con tu Evangelio; Jesucristo no hubiera pronunciado jamás las palabras que dijo si le hubiera sido dado conocer el mal uso que de ellas se haría; eso es todo lo que se retiene del Evangelio. Por lo demás, reconozco que es una impresión personal y no otra cosa. Á mí me disgustan las mujeres caídas, como á ti las arañas; para esto no has tenido necesidad de estudiar las costumbres de esos insectos, ni yo las de esos seres.

—Es muy cómodo juzgar así; tú haces como aquel personaje de Dickens que arrojaba con la mano izquierda por encima del hombro derecho todas las preguntas espinosas; pero negar un hecho no es contestarme. ¿Qué hacer? Dime qué debo hacer.

—No robar el pan tierno.

Estéfano Arcadievitch soltó la carcajada.

—¡Oh moralista! Pero hazte cargo de la situación: hay dos mujeres; la una se prevale de sus derechos, y éstos se reducen á tu amor, que ya no puedes otorgarle; mientras que la otra los sacrifica todos sin exigir nada. ¿Qué se ha de hacer? ¿Cómo se procederá en este caso? Es un drama espantoso.

—Si quieres conocer mi opinión, te diré que no creo en el drama, y voy á explicarte por qué. Á mi modo de ver, el amor, ó más bien los dos amores, tales como los caracteriza Platón en su *Banquete*, ya te acordarás, sirven de piedra de toque á los hombres; los unos, sólo comprenden uno de aquellos; los otros no los comprenden; y los que no conocen el amor platónico no tienen motivo alguno para hablar de drama. ¿Y puede existir en tales condiciones? «Estoy muy agradecido por el recreo de que he disfrutado;» he aquí todo el drama. El amor platónico no puede conocer otra cosa, porque en él todo es claro y puro, porque...

De repente, Levine recordó sus propias faltas y las luchas interiores que había debido sostener, y añadió de una manera inesperada:

—Bien mirado, tal vez tengas razón; es muy posible. Yo no sé nada, absolutamente nada.

—Ya lo ves—repuso Estéfano Arcadievitch—tú eres hombre de una sola pieza; es tu mejor cualidad y también tu defecto. Porque tienes ese carácter, querrías que toda la vida se compusiera de acontecimientos también de una pieza. Así,

por ejemplo, desprecias el servicio del Estado porque no ves ninguna influencia social útil, y porque, según tú, cada acto debería responder á un objeto preciso; quisieras que el amor y la vida conyugal no fuesen sino una cosa. Todo esto no existe; y además, el encanto, la variedad y la belleza de la vida consisten precisamente en los matices.

Levine suspiró sin contestar; ya no escuchaba, y pensaba sólo en sus propios asuntos.

De pronto, comprendieron los dos que aquella comida, que hubiera debido acrecentar su intimidad, los desunía, aunque sin alterar su afecto; cada cual no pensó ya sino en lo que le concernía, sin cuidarse de su compañero. Oblonsky conocía este fenómeno, por haber hecho la experiencia varias veces después de comer, y también sabía lo que debía hacerse en tal caso.

—¡La cuenta!—gritó.

Y levantóse para pasar á un gabinete inmediato, donde encontró un ayudante de campo amigo suyo, con quien trabó al punto conversación sobre una actriz y su protector. Esta conversación alivió á Oblonsky del efecto que le produjera la que había tenido con Levine, pues su amigo le ocasionaba una tensión de espíritu muy fatigosa siempre.

Cuando el mozo se presentó con la cuenta de veintiocho rublos y los cigarros, sin olvidar la propina, Levine, que como campesino se habría espantado en cualquiera otra ocasión al ver que debía pagar catorce rublos por su parte, no fijó la atención en ello; pagó y se fué á su casa para cambiar de traje á fin de asistir á la reunión de los Cherbatzky, donde se iba á decidir su suerte.

XII

La joven princesa Kitty Cherbatzky tenía diez y ocho años, y aquel invierno presentábase por primera vez en el mundo aristocrático; pero ya tenía más partido que sus dos hermanas mayores, más del que su madre hubiera esperado. Sin hablar de toda la juventud danzante de Moscou, más ó menos enamorada de Kitty, habíanse presentado ya dos pretendien-

tes muy notables: Levine, y después de su marcha el conde Wronsky.

Las frecuentes visitas de Levine, y su evidente amor á Kitty habían servido de asunto á las primeras conversaciones serias entre el príncipe y la princesa sobre el porvenir de su hija menor, conversaciones que degeneraron á menudo en debates muy vivos. El príncipe optaba por Levine, diciendo que no deseaba mejor partido para Kitty; pero la princesa, con esa habilidad peculiar de las mujeres para cambiar el giro de la conversación, contestaba que Kitty era muy joven, que no manifestaba mucha inclinación por Levine, y que éste no parecía abrigar intenciones formales... Sin embargo, no era este el fondo de su pensamiento; lo que no decía era que esperaba un partido más brillante, que Levine no le era simpático, ni le comprendía tampoco; por eso se alegró tanto cuando se marchó inopinadamente.

—Ya ves que yo tenía razón—dijo con aire triunfante á su esposo.

Mayor fué su satisfacción cuando Wronsky ingresó en las filas de los pretendientes, pues con esto acrecentóse su esperanza de casar á Kitty, no solamente bien, sino con un hombre de brillante posición.

Para la princesa no había comparación posible entre los dos pretendientes: lo que le disgustaba en Levine era su manera brusca y extravagante de juzgar las cosas, su rudeza en sociedad, que atribuía á orgullo, y su género de vida salvaje en el campo, donde sólo se ocupaba de sus trabajadores y de los animales. Y desagradábale sobre todo que Levine, enamorado de Kitty, hubiera frecuentado la casa durante seis semanas con el aire de un hombre que, vacilando y observando, se preguntase si, al declararse, no dispensaría demasiado honor á la familia. ¿Cómo no comprendía que es un deber explicar sus intenciones cuando se visita con asiduidad á una familia que tiene una hija casadera?

«Es una fortuna—pensaba la princesa—que tenga tan poco atractivo, y que Kitty no se haya enamorado de él.»

Wronsky, por el contrario, llenaba todos sus deseos: era rico, inteligente y de noble familia; tenía una brillante carrera en la corte ó en el ejército; y además distinguíase por su físico. ¿Qué más se podía ambicionar? Hacía la corte á

Kitty, bailaba con ella, y habíase hecho presentar á los padres. ¿Cómo dudar de sus intenciones? Y sin embargo, la pobre madre pasaba el invierno muy inquieta.

Cuando la princesa se casó, hacía unos treinta años, habíase arreglado su matrimonio por mediación de una tía. El novio, á quien conocía ya algún tiempo antes, fué á verla y á dejarse ver; la entrevista fué favorable; y la tía, encargada del asunto, había dado cuenta al uno y á la otra de la impresión producida; después se hizo á los padres la demanda oficial en el día indicado, y una vez admitida, todo se hizo sencilla y naturalmente. La princesa recordaba esto; pero cuando se trató de casar á sus hijas, aprendió por experiencia hasta qué punto esta cuestión, tan sencilla al parecer, era en realidad difícil y complicada.

¡Cuántas inquietudes y preocupaciones, cuánto dinero gastado, y cuántas luchas con su esposo cuando fué preciso casar á Dolly y á Natalia! Ahora era preciso pasar por las mismas inquietudes y discusiones, más penosas aún. El anciano príncipe, como todos los padres en general, era comunmente quisquilloso en todo lo referente al honor y á la pureza de sus hijas, y miraba sobre todo por Kitty, su favorita. Á cada instante promovía altercados con la princesa, acusándola de comprometer á la niña. La madre, acostumbrada á esas escenas desde antes de casarse sus hijas mayores, confesábase ahora que la susceptibilidad exagerada de su esposo tenía su razón de ser. Muchas cosas habían cambiado en las costumbres de la sociedad, y los deberes de una madre iban siendo cada vez más difíciles. Las contemporáneas de Kitty se reunían libremente, iban á las reuniones, eran muy desenvueltas en sus costumbres con los hombres; paseábanse solas en coche; muchas de ellas no hacían ya reverencias; y lo más grave de todo era que cada cual se creía íntimamente convencida de que la elección de esposo le correspondía á ella sola y no á los padres. «Ahora no se casa nadie como otras veces», pensaban y decían todas las jóvenes, y hasta las viejas. ¿Pues cómo se casan ahora? preguntaba la princesa. Nadie la informaba sobre este punto. La costumbre francesa, que concede á los padres el derecho de resolver sobre la suerte de sus hijos, no se aceptaba, y hasta criticábase vivamente; la costumbre inglesa, que deja en completa libertad á las hijas,

no se juzgaba admisible; y la costumbre rusa, que consiste en casar por mediación de tercero, considerábase como un resto de barbarie. ¿ Pues cómo arreglarse para proceder bien? Nadie sabía nada. Todos aquellos con quienes la princesa había hablado, le contestaban la misma cosa. «Ya es tiempo, decían, de renunciar á esas antiguas ideas; los jóvenes son los que se casan y no los padres; de modo que ellos son los que se han de arreglar como lo entiendan.» Razonamiento muy cómodo para aquellos que no tienen hijas. La princesa comprendía que al permitir á Kitty tratar con jóvenes, se exponía á verla enamorada de alguno que no agradara á sus padres y que no sería un buen esposo; y, por más que le dijeran, las costumbres adoptadas sobre el particular le parecían defectuosas. He aquí por qué Kitty la preocupaba más aún que sus hermanas.

En aquel instante temía sobre todo que Wronsky se limitase á ser hombre amable; Kitty estaba enamorada; comprendíalo muy bien, y sólo podía tranquilizarse al pensar que Wronsky era un caballero; pero con la libertad de relaciones últimamente admitida en la sociedad, era fácil trastornar la cabeza á una joven, sin que esta especie de delito inspirase el menor escrúpulo á un hombre de mundo. La semana anterior, Kitty había referido á su madre una de sus conversaciones con Wronsky durante el cotillón, y el diálogo pareció tranquilizador á la primera, aunque sin desvanecer todos sus temores. Wronsky había dicho á Kitty que su hermano y él estaban tan acostumbrados á someterse en todo á su madre, que no hacían nunca nada importante sin consultar su voluntad. «En este momento, había añadido, espero la llegada de mi madre como una gran felicidad.»

Kitty repitió estas palabras sin darles importancia, pero la madre las tomó en un sentido conforme con su deseo. Sabía que se esperaba á la anciana condesa, y que ésta quedaría satisfecha de la elección de su hijo; pero entonces, ¿por qué parecía temer ofenderla declarándose antes de su llegada? Á pesar de estas contradicciones, la princesa interpretó favorablemente las palabras, sin duda por su deseo de desvanecer su inquietud.

Por mucho que sintiese el infortunio de su hija mayor, Dolly, que pensaba en separarse de su esposo, absorbíanla

completamente sus preocupaciones respecto á Kitty, á quien veía dispuesta á decidirse. La llegada de Levine aumentó su inquietud, pues temió que su hija, por un exceso de delicadeza, rehusase la petición de Wronsky, respetando el recuerdo del cariño que un momento profesó á Levine. Á su modo de ver, aquel regreso lo embrollaría todo, retardando un desenlace tan deseado.

—¿Ha llegado hace mucho tiempo?—preguntó á su hija al entrar.

—Hoy mismo, mamá.

—Sólo quiero advertirte una cosa...—comenzó á decir la princesa.

Por su expresión de gravedad, Kitty adivinó de qué se trataba.

—Mamá—interrumpió ruborizándose vivamente—ruego á usted que no diga nada; ya lo sé todo.

Participaba de las ideas de su madre; pero los motivos que determinaban el deseo de ésta la ofendían.

—Quiero decir solamente que habiendo dado esperanzas al uno...

—Querida mamá, por Dios no me digas nada, porque temo hablar.

—No diré nada—contestó la madre, viendo lágrimas en los ojos de su hija;—pero sólo una palabra: tú me has prometido no tener secretos para mí.

—Jamás—exclamó Kitty, mirando á su madre de frente y ruborizándose;—nada tengo que decir ahora, ni podría aunque quisiera; yo no soy...

«No, con esos ojos no se puede mentir»—pensó la madre, sonriendo al observar la emoción de Kitty, y pensando cuán grave era para la pobre niña lo que pasaba en su corazón.

XIII

Después de comer y á la entrada de la noche, Kitty experimentó una impresión análoga á la que siente un joven en la víspera de un primer lance de honor: su corazón latía con violencia, y érale imposible coordinar sus ideas.

Aquella noche en que *ellos* se encontrarían por primera vez, decidiría de su suerte; Kitty lo pensaba así, y en su imaginación creía verle tan pronto á su lado como lejos. Al pensar en el tiempo pasado, fijábase con placer, casi con ternura, en los recuerdos que se referían á Levine, y todo les comunicaba un encanto poético: la amistad que le unía con su hermano, muerto ya, y sus relaciones de la infancia; érale grato pensar en él y decirse que la amaba, pues Kitty no dudaba de su amor, y enorgullecíase de él. Hasta experimentaba cierto malestar cuando pensaba en Wronsky, pareciéndole ver en sus relaciones algo falso, porque poseía en alto grado la calma y la sangre fría de un hombre de mundo, manteniéndose siempre igualmente amable y natural. Todo era claro y sencillo en sus relaciones con Levine; pero mientras que Wronsky la presentaba perspectivas deslumbradoras y un porvenir brillante, el que la ofrecía Levine quedaba oscurecido entre la bruma.

Después de comer, Kitty subió á su cuarto para vestirse: de pie ante su espejo, convencióse de que era una belleza, y, cosa importante aquella noche, que disponía de todas sus fuerzas, porque estaba tranquila y en plena posesión de sí misma.

Cuando bajaba al salón, á eso de las siete y media, un criado anunció: «Constantino Dmitrievitch Levine.» La princesa estaba todavía en su cuarto, y el príncipe no había llegado aún. «Ya está aquí», pensó Kitty; y toda su sangre afluyó á su corazón. Al pasar por delante de un espejo, asustóla su palidez.

Ya no podía dudar que Levine había venido temprano para encontrarla sola y declararse; y la situación se le apareció por primera vez bajo un nuevo aspecto; no se trataba de ella sola, ni de saber con quién sería feliz y á quién debía dar la preferencia; comprendió que sería preciso zaherir el amor propio de un hombre á quien amaba, y ofenderle cruelmente. ¿Y por qué? Porque el pobre muchacho estaba enamorado de ella; pero Kitty no podía hacer nada.

«¡Dios mío, es posible que haya de hablarle yo misma—preguntábase Kitty—y que deba decirle que no le amo? Esto no es verdad; pero ¿le diré que amo á otro? Es imposible. Huiré, sí, huiré.»

Ya se acercaba á la puerta, cuando oyó los pasos de Levine. «No—se dijo,—esto no sería leal. ¿De qué he de tener miedo? Yo no he hecho daño á nadie; y suceda lo que quiera, diré la verdad. Con él no debo inquietarme... ahí está»—añadió mentalmente al verle aparecer, con sus robustas formas y sus ojos brillantes, pero siempre tímido.



Kitty le miró fijamente, con una expresión que parecía implorar su auxilio, y ofrecióle la mano.

—Me parece que he venido demasiado pronto—dijo Levine, paseando su mirada por el salón vacío. Y comprendiendo que no se había defraudado su esperanza y que nada le impediría hablar, anublóse su frente.

—¡Oh, no!—contestó Kitty sentándose cerca de la mesa.

—Precisamente yo lo deseaba así, á fin de encontrar á usted sola—comenzó á decir Levine sin sentarse ni mirar á la joven, á fin de no perder su ánimo.

—Pronto vendrá mamá—contestó Kitty;—ayer se cansó mucho, y...

La joven hablaba sin darse cuenta de lo que decía, y mirando siempre á su interlocutor con expresión suplicante y cariñosa.

Levine se volvió hacia ella, y esto la hizo ruborizarse.

—Manifesté á usted ayer—dijo—que ignoraba si permanecería aquí largo tiempo, y que esto dependía de usted.

Kitty inclinaba la cabeza cada vez más, no sabiendo qué contestaría á lo que iban á decirla.

—Que esto dependía de usted—repitió Levine.—Quería decir... decir... para eso he venido... que... ¿Consentiría usted en ser mi esposa?—murmuró sin saber lo que decía, aunque con la idea de haber dado el paso más difícil. Hecha esta pregunta, detúvose y miró á la joven.

Kitty no levantó la cabeza; respiraba fatigosamente, y su corazón rebosaba de contento; jamás había creído que aquella declaración amorosa pudiera causarle una impresión tan viva; pero fué instantánea. Kitty se acordó de Wronsky, y fijando en Levine su mirada sincera y límpida, contestóle con acento breve, á pesar de su expresión desesperada:

—No puede ser... Dispénseme usted.

¡Qué cerca de él estaba un minuto antes, y qué necesaria era para su vida! ¡Cuánto se alejaba de improviso, y hasta qué punto convertíase para él en una extraña!

—No podía ser de otro modo—replicó sin mirarla.

Y saludándola, quiso alejarse.

XIV

La princesa entró en el mismo instante, y en sus facciones pintóse el terror al ver á los dos jóvenes solos, con la fisonomía alterada. Levine se inclinó sin decir cosa alguna, y Kitty guardaba silencio sin levantar la vista. «Á Dios gracias, habrá rehusado»—pensó la madre; y en sus labios reapareció la sonrisa.

Sentóse é interrogó á Levine sobre su género de vida en el campo; su interlocutor tomó asiento también, con la esperanza de esquivarse cuando llegaran otras personas.

Cinco minutos después anunciaron á una amiga de Kitty, casada desde el invierno anterior: era la condesa de Nordstone, mujer seca, de cutis amarillento, nerviosa y enfermiza, y que se hacía notar por sus grandes ojos negros y brillantes. Amaba á Kitty, y su afecto, como el de toda mujer casada á una joven, traducíase por un vivo deseo de que contrajese matrimonio según sus ideas de felicidad conyugal: deseaba que se uniese con Wronsky. Levine, á quien encontraba con frecuencia en casa de los Cherbatzky á principios del invierno, le desagradó siempre, y su mayor placer, cuando le encontraba, consistía en mortificarle.

« Me agrada bastante que me mire desde su encumbrada posición y no me entretenga con sus conversaciones sabias, porque soy demasiado ignorante para que consienta en tratarse conmigo. Me alegro mucho de serle antipática »—decía siempre al hablar de él.

Tenía razón en el sentido de que Levine, efectivamente, no podía sufrirla, despreciando en ella aquello de que más se gloriaba la condesa, considerándolo como una buena cualidad: era su temperamento nervioso, su indiferencia y su desdén para todo lo que juzgaba material y tosco.

Entre Levine y la condesa Nordstone se estableció, pues, ese género de relaciones que con frecuencia se encuentran en el mundo, y por las que dos personas, amigas al parecer, se desprecian en el fondo de tal manera, que ya no se pueden ofender por lo que se digan mutuamente.

La condesa la emprendió al punto con Levine.

—¡Ah, Constantino Dmitrievitch!—exclamó, ofreciendo su pequeña mano seca—ya está usted de vuelta en nuestra abominable Babilonia, como llamaba á Moscou el invierno pasado. ¿Es Babilonia la que se ha convertido, ó es usted quien se ha viciado?—preguntó, mirando de soslayo á Kitty con burlona sonrisa.

—Me lisonjea mucho, condesa, que recuerde usted con tanta exactitud mis palabras—contestó Levine, que habiendo tenido tiempo para recobrarse, tomó al pronto el tono agridulce propio de sus relaciones con aquella dama;—se conoce que la impresionaron á usted muchísimo.

—¡Ya lo creo! ¡Como que tomé nota de ellas! ¿Y qué tal, Kitty, has patinado hoy también?

Y comenzó á conversar con su joven amiga.

Aunque no fuera conveniente retirarse en aquel momento, Levine hubiera preferido esta torpeza al suplicio de permanecer allí toda la noche, viendo á Kitty observarle á hurtadillas y evitando su mirada. En su consecuencia, intentó levantarse; pero la princesa lo echó de ver y díjole al punto:

—¿Cuenta usted permanecer mucho tiempo en Moscou? ¿No es usted ya juez de paz en su distrito? Esto le impedirá sin duda ausentarse largo tiempo.

—No, princesa, he renunciado á esas funciones, y estaré aquí sólo algunos días.

«Alguna cosa ha pasado aquí—pensó la condesa, observando la fisonomía severa y grave de Levine;—no quiere pronunciar alguno de sus discursos acostumbrados, pero yo le haré hablar; nada me divierte tanto como ponerle en ridículo delante de Kitty.»

—Levine—dijo—usted que lo sabe todo, hágame el favor de explicarme cómo es que en nuestra tierra de Kalouga los campesinos y sus mujeres se comen todo cuanto tienen y rehusan pagar sus arriendos. Usted, que siempre elogia á los campesinos, me podría decir qué significa esto.

En aquel momento entró una dama en el salón, y Levine se levantó.

—Dispénseme usted, condesa—replicó—pues yo no sé nada de eso, y no puedo contestarle.

Así diciendo, fijó su atención en un oficial que entraba detrás de la dama.

«Ese debe ser Wronsky»—pensó; y para asegurarse dirigió una mirada á Kitty, que había tenido ya tiempo para ver á Wronsky y observar á Levine. Este último se convenció, al ver los brillantes ojos de la joven, que amaba de veras, y comprendiólo tan claramente como si ella se lo hubiera confesado.

¿Qué era aquel hombre á quien Kitty amaba? Quiso saberlo, y pensó que debia quedarse de buena ó de mala gana.

En presencia de un rival feliz, muchos hombres están dispuestos á negar sus buenas cualidades, sin ver más que sus defectos; mientras que otros, por el contrario, sólo piensan en averiguar qué méritos le han valido el triunfo; y con el corazón ulcerado, solamente descubren aquéllos. Esto último

le sucedía á Levine, y no le fué difícil reconocer que Wronsky tenía atractivos, porque esto saltaba á la vista. Moreno, de



mediana estatura y bien formado, tenía bellas facciones, de expresión benévola y serena; y todo en su persona, desde el

cabello, negro y corto, hasta su uniforme, era sencillo y elegante.

Wronsky dejó pasar á la dama, que entraba al mismo tiempo, acercóse en seguida á la princesa, y después á Kitty. Parecióle á Levine que al aproximarse á la joven sus ojos tomaban una expresión de ternura, y que su sonrisa era de triunfo; presentó su mano, algo pequeña, é inclinóse respetuosamente.

Después de saludar á las personas presentadas y de cambiar algunas palabras, sentóse sin haber dirigido una mirada é Levine, que no le perdía de vista.

—Permítanme ustedes, caballeros—dijo la princesa, indicando con un ademán á Levine—presentarles uno á otro;—y dirigiéndose sucesivamente á los dos, añadió: — Constantino Dmitritch Levine; el conde Alejo Kirilovitch Wronsky.

Este último se levantó y fué á estrechar amistosamente la mano de Levine.

—Me parece—dijo con franca sonrisa—que debí comer con usted el invierno pasado; pero su repentina marcha al campo lo impidió.

—Levine desprecia la ciudad y sus habitantes, y huye de una y otros—dijo la condesa.

—Supongo que mis palabras la impresionan á usted vivamente, puesto que tan bien las recuerda — dijo Levine. Y echando de ver que repetía las mismas palabras que antes, se ruborizó.

Wronsky miró á Levine y á la condesa y sonrió.

—¿Con que sigue usted viviendo en el campo? — preguntó Wronsky.—Debe ser muy triste en invierno.

—No cuando hay ocupación — replicó Levine con tono adusto—y además, nadie se aburre solo.

—Á mí me gusta mucho el campo—dijo Wronsky, notando el tono de Levine, pero sin darse por entendido.

—Supongo que no consentiría usted en vivir siempre allí—dijo la condesa.

—No lo sé, porque nunca he residido mucho tiempo; pero debo decir que nunca eché tanto de menos el campo, es decir la verdadera campiña rusa, como durante el invierno que pasé en Niza con mi madre. Esta ciudad es muy triste; y en cuanto á Nápoles y Sorrento, no valen tanto como se dice.

Allí es donde se recuerda más vivamente la Rusia, y sobre todo su campiña...

Wronsky hablaba tan pronto á Kitty como á Levine, fijando su mirada benévola sucesivamente en una y en otro.

La conversación no languideció un instante, tanto que la anciana princesa no necesitó apelar á los recursos extremos para animarla en el caso de que el silencio se hubiese prolongado; en cuanto á la condesa, no tuvo ocasión para mortificar á Levine.

Este último quería tomar parte en la conversación general y no podía; repetíase á cada momento que iba á retirarse, y sin embargo, permanecía allí cual si hubiera esperado alguna cosa.

Hablóse de las mesas giratorias y de los espíritus; y la condesa, que era espiritista, comenzó á referir las maravillas que había presenciado.

—Condesa, en nombre del cielo, hágame usted ver esas cosas—dijo Wronsky sonriendo—pues jamás he conseguido descubrir nada de extraordinario, por mucha que fuera mi voluntad.

—Muy bien, esto se hará el sábado próximo—repuso la condesa.—¿Y usted cree en ello, amigo mío?—preguntó á Levine.

—¿Por qué me pregunta usted eso, sabiendo muy bien lo que contestaré?

—Porque quisiera conocer su opinión.

—Pues mi opinión es—contestó Levine—que las mesas giratorias nos prueban hasta qué punto la buena sociedad está atrasada, no siendo por tal concepto muy superior á nuestros campesinos. Estos creen en el mal de ojo, en los hechizos, en las metamórfosis, y nosotros...

—¿Entonces no cree usted?

—No puedo creer, señora.

—¿Pero y si le dijese á usted que yo misma he visto?

—Las campesinas dicen también que han visto el *damavoï* (1).

(1) Demonio familiar que, según la superstición del pueblo, forma parte de la casa.

—¿Entonces cree usted que yo no digo la verdad?

Y comenzó á reir alegremente.

—Nada de eso, María—interrumpió sencillamente Kitty, ruborizándose;—el señor dice tan sólo que no cree en el Espiritismo.

Levine iba á contestar con más enojo aún, cuando Wronsky intervino, y con su amable sonrisa, consiguió que la conversación se mantuviera en los límites de una cortesía que amenazaba desaparecer.

—¿No admite usted en absoluto la posibilidad?—preguntó. ¿Por qué? ¿No admitimos la existencia de la electricidad, sin comprenderla tampoco? ¿Por qué no habría una fuerza nueva, desconocida aún, que...?

—Cuando se descubrió la electricidad—interrumpió Levine con viveza—sólo se habían visto los fenómenos, sin saber qué los producía, ni de dónde provenían; y han pasado siglos antes que se pensara en hacer la aplicación. Los espiritistas, por el contrario, comenzaron por sus mesas giratorias, evocando á los espíritus, y hasta más tarde no se ha tratado de una fuerza desconocida.

Wronsky escuchaba atentamente, como siempre lo hacía, interesándose al parecer en aquellas palabras.

—Sí—repuso;—pero los espiritistas dicen: ignoramos aún qué fuerza es esa, aunque reconociendo que existe y obra en condiciones determinadas; á los sabios es á quienes corresponde descubrir ahora en qué consiste. ¿Por qué no existiría efectivamente una nueva fuerza si...

—Porque—interrumpió Levine—siempre que frote usted lana con resina producirá en electricidad un efecto seguro y conocido; mientras que el Espiritismo no da ningún resultado cierto; de modo que sus efectos no se podrían considerar como fenómenos naturales.

Wronsky, comprendiendo que el diálogo tomaba un carácter demasiado serio para un salón, no contestó, y á fin de cambiar el giro, dijo á las damas, sonriendo alegremente:

—¿Por qué no haríamos un ensayo desde luego, condesa?

Pero Levine quería apurar su demostración.

—La tentativa de los espiritistas para explicar sus milagros por una fuerza nueva—dijo—no puede dar resultado alguno

en mi concepto; proclaman una fuerza sobrenatural, y quieren someterla á una prueba material.

Todos esperaban que acabase de hablar, y Levine lo comprendió.

—Yo creo—dijo la condesa—que usted sería un médium excelente, porque no le falta entusiasmo.

Levine abrió la boca para contestar, pero no dijo nada, y ruborizóse.

—Vamos, señoras—hagamos la prueba con las mesas—dijo Wronsky.—¿Lo permite usted, princesa?

Y el joven se levantó buscando con la vista una mesa.

Kitty se puso en pie, y sus ojos se encontraron con los de Levine, de quien se compadecía tanto más cuanto que era la causa de su dolor. «¡Perdóneme usted, si puede—decía su mirada;—soy tan feliz!» «Aborrezco el mundo entero, incluso usted y yo—contestaba la mirada de Levine.» Y buscó su sombrero.

Pero la suerte le fué adversa esta vez también; apenas se colocaban todos al rededor de las mesas, y cuando se disponía á salir, el anciano príncipe entró, y después de saludar á las damas, apoderóse de Levine.

—¡Ah!—exclamó con alegría;—ignoraba que estuvieses aquí. ¿Desde cuándo? Me complace muchísimo ver á usted.

El príncipe trataba á Levine tan pronto de *tú* como de *usted;* cogióle del brazo, y no hizo aprecio de Wronsky, que estaba en pie detrás, esperando tranquilamente á que el príncipe le viera para saludarle.

Kitty comprendió que la amistad de su padre debía parecer dura á Levine después de lo ocurrido; y también observó que el anciano príncipe contestaba fríamente al saludo de Wronsky. Este último, sorprendido por aquella glacial acogida, parecía preguntarse con un asombro de buen humor, por qué el príncipe no podría estar amistosamente dispuesto en su favor.

—Príncipe—dijo la condesa—devuélvanos usted á Levine, pues queremos hacer un experimento.

—¿Qué experimento? ¿Se trata de hacer girar las mesas? Pues bien, me dispensarán ustedes, señoras y caballeros; pero á mi modo de ver, el juego de la ardilla sería más divertido—dijo el príncipe, mirando á Wronsky, á quien consideraba

como el autor de la diversión;—este juego, por lo menos, tiene algún sentido.

Wronsky fijó una mirada de asombro en el anciano príncipe, y volvióse hacia la condesa de Nordstone sonriendo: un momento después hablaban de un baile que se debía celebrar la semana siguiente.

—Espero que no faltará usted—dijo á Kitty.

Apenas el anciano príncipe le hubo dejado, Levine se esquivó; y la última impresión que conservó de aquella noche fué el rostro risueño de Kitty al contestar á Wronsky sobre el baile.

XV

Aquella misma noche, Kitty refirió á su madre lo que había pasado entre ella y Levine. Aunque sentía haberle contristado, halagaba su amor propio que la hubiera pedido por esposa; pero aun teniendo la convicción de haber obrado bien, pasó mucho tiempo sin que pudiera dormir. Lo que más la impresionaba era recordar el aspecto de su pretendiente cuando, de pie junto al anciano príncipe, fijaba en ella y en Wronsky una mirada sombría y triste. Entonces, las lágrimas se agolparon á sus ojos; mas pensando al punto en aquel que le reemplazaba, representóse vivamente sus varoniles y hermosas facciones, su calma llena de distinción y su expresión benévola; recordó el amor que la manifestaba, y en su alma renació la alegría.

«¡Esto es triste, muy triste—se decía;—pero yo no puedo hacer nada, ni tengo la culpa.» Sin embargo, una voz interior le repetía lo contrario, y por eso no era su dicha tan completa; de modo que hasta el momento de dormirse no dejó de repetir: «¡ Señor, Señor, compadeceos de mí !»

Entre tanto, en el gabinete del príncipe se había producido una de esas escenas que tan á menudo se renovaban entre los esposos acerca de su hija preferida.

—¡Ya te diré lo que es!—repetía el príncipe, levantando un brazo.—No tienes orgullo ni dignidad, y estás perdiendo á nuestra hija, buscándola esposo de una manera baja y ridícula.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué he hecho yo?—contestaba la princesa casi llorando.

Había ido á dar las buenas noches á su esposo como de costumbre, muy satisfecha de la conversación que acababa de tener con su hija; y sin decir la menor palabra sobre la petición de Levine, habíase permitido hacer una alusión sobre el proyecto de matrimonio con Wronsky, considerando el asunto como cosa resuelta. Con este motivo, el príncipe se había incomodado, dirigiéndole las palabras más duras.

—¿Lo que has hecho?—repetía;—voy á decírtelo. En primer lugar, has atraído aquí un hombre para casarle, de lo cual se hablará en Moscou con justa razón. Si quieres tener reuniones, tenlas en buenhora; pero invita á todo el mundo, y no á los pretendientes de tu elección. Haz venir á todos esos pisaverdes (así era como el príncipe llamaba á los jóvenes de Moscou), y á los elegantes bailarines; pero ¡vive Dios! no arregles entrevistas como la de esta noche. Esto me disgusta, aunque llene tu objeto. Has trastornado el seso á la pequeña con ese lechuguino; Levine vale mil veces más que ese fatuo, hecho á máquina, como sus semejantes, que están todos cortados por el mismo patrón. Aunque fuese un príncipe de la sangre, mi hija no necesita ir á buscar á ninguno.

—Pero, ¿de qué soy culpable?

—De que...—gritó el príncipe encolerizado.

—Bien sé que si hubiera de escucharte—interrumpió la princesa—no casaríamos nunca á nuestra hija, y para esto, tanto valdría irnos al campo.

—Seguramente sería mucho mejor.

—Pero advierte que yo no aseguro nada de antemano. Porque un hombre joven, bien parecido y enamorado, y que ella también...

—¡Eso es lo que á ti te parece! ¿Y si al fin se enamora la niña de veras y él no tiene la menor intención de casarse? Entonces no quisiera tener ojos para ver lo que sucederá. ¡Bien satisfechos podremos estar cuando hayamos hecho desgraciada á la pequeña Catalina, y ella se empeñe...

—Pero, ¿por qué piensas eso?

—Yo no lo pienso; lo sé; para esto tenemos los ojos, nosotros los hombres, mientras que las mujeres estáis ciegas. Por una parte veo un hombre de intenciones formales, que es

Levine; y por la otra un lechuguino como ese caballerito que sólo quiere divertirse.

—¡Vaya unas ideas!

—Ya las recordarás, aunque demasiado tarde, como sucedió con Dachinka.

—¡Vamos! está bien; no hablemos más de ello—replicó la princesa, á quien el recuerdo de la pobre Dolly hizo enmudecer.

—¡Tanto mejor; buenas noches!

Los esposos se abrazaron, haciéndose mutuamente la señal de la cruz, según costumbre, pero conservando cada cual su opinión, y después retiráronse.

La princesa, persuadida poco antes de que la suerte de Kitty había quedado asegurada aquella noche, sintió debilitada su convicción por las frases de su esposo; y cuando volvió á su cuarto, pensando con terror en aquel porvenir desconocido, hizo como Kitty; repitió muchas veces las palabras: «¡Señor, Señor, compadeceos de nosotros!»

XVI

Wronsky no había conocido nunca la vida de familia; su madre, mujer de mundo, muy brillante en su juventud, había tenido durante su estado de casada, y sobre todo después, aventuras novelescas, de las cuales todo el mundo habló. No había conocido á su padre, y se educó en el Cuerpo de pajes.

Terminados sus estudios de una manera brillante, y apenas salió del colegio con el grado de oficial, ingresó en el Círculo militar más elegante de San Petersburgo. Presentábase en sociedad de vez en cuando, pero ninguna cuestión de amor le atraía.

En Moscou fué donde experimentó por primera vez el encanto de la sociedad familiar y del trato con una joven distinguida, amable y cándida, de la cual comprendió que era amado. Este contraste con la vida lujosa, pero ruda, de San Petersburgo le sedujo, y no pensó que pudieran tener inconveniente sus relaciones con Kitty. En el baile la invitaba de

preferencia á ninguna otra, visitábala en casa de sus padres, hablaba con ella de bagatelas, como se hace en sociedad; todo cuanto la decía hubiera podido ser escuchado por cualquiera; y, sin embargo, no se le ocultaba que sus palabras tomaban un sentido particular al dirigirlas á Kitty, estableciéndose así entre ellos un lazo que cada día le era más querido. Lejos de creer que semejante conducta pudiera calificarse de tentativa de seducción, sin idea de matrimonio, imaginábase simplemente haber descubierto una nueva diversión, y aprovechábase de ella.

¡Cuál hubiera sido su asombro al saber que ocasionaría un profundo pesar á Kitty no casándose con ella! Seguramente no lo habría creído. ¿Cómo admitiría que aquellas agradables relaciones pudiesen ser peligrosas, y sobre todo que le obligaran á casarse? Jamás había tomado en consideración la posibilidad del matrimonio; no solamente no comprendía la vida en familia, sino que bajo su punto de vista como célibe, esta última, y en particular el marido, eran cosas extrañas, y sobre todo ridículas. Aunque Wronsky no sospechase en lo más mínimo la conversación á que había dado lugar, salió de casa de los Cherbatzky con la persuasión de haber consolidado más aún el misterioso lazo que le unía con Kitty, tan íntimo ya, que era preciso adoptar una resolución, aunque ignoraba cuál.

«Lo más gracioso y agradable es—se decía—que sin pronunciar una palabra ni uno ni otro, nos entendemos tan perfectamente en el mudo lenguaje de las miradas y de las entonaciones, que hoy he podido comprender muy bien que me amaba, tan claramente como si me lo hubiese dicho. ¡Qué amable es, qué sencilla, y sobre todo qué confiada! Esto me hace mejor de lo que soy, pues siento que en mí hay un corazón y alguna cosa de bueno. ¡Qué lindos son esos ojos enamorados! ¿Y después?... Nada... esto me seduce, y á ella también.»

Wronsky reflexionó luego sobre lo que había de hacer para terminar la noche. «¿Iré al club—se preguntó—para beber un poco de champaña con Ignatina? ¿Iré al castillo de las Flores donde veré á Oblonsky, y me distraerá el canto y el can-can? No; esto sería enojoso. He aquí precisamente por qué me gusta ir á casa de los Cherbatzky; me parece que soy mejor

cuando salgo de allí. Volveré á mi alojamiento.» Así lo hizo efectivamente, dirigiéndose á casa de Dussaux, donde tenía su habitación; sirviéronle la cena, se desnudó, y apenas hubo apoyado la cabeza en la almohada, durmióse profundamente.

XVII

Al día siguiente, á las once de la mañana, Wronsky fué á la estación de San Petersburgo para buscar á su madre, que debía llegar de un momento á otro, y la primera persona á quien encontró en la escalera fué Oblonsky, que iba á esperar á su hermana.

—Buenos días, conde—le gritó Arcadievitch;—¿qué buscas por aquí?

—Á mi madre—contestó Wronsky con la sonrisa habitual de todos aquellos que encontraban á Oblonsky; y estrechándole la mano, subió la escalera con su amigo.

—Hoy debe llegar—dijo Wronsky.

—¡Y yo te he esperado hasta las dos de la mañana! ¿Á dónde has ido al salir de casa de los Cherbatzky?

—Á mi alojamiento—contestó Wronsky.—Á decir verdad, no tenía deseos de ir á ninguna otra parte; tan agradable me había parecido la reunión de los Cherbatzky.

—Conozco á los cojos en el modo de andar, y en los ojos á los jóvenes enamorados—dijo Estéfano Arcadievitch.

Wronsky sonrió, cambiando al punto de conversación.

—¿Y á quién vienes á buscar?—preguntó.

—Á una mujer muy bonita.

—¿De veras?

—No hay que pensar nada malo; esa mujer es mi hermana Ana.

—¡Ah! ¿la señora Karenine?—preguntó Wronsky.

—Seguramente la conoces.

—Me parece que sí, aunque tal vez podría engañarme—repuso Wronsky con aire distraído.—El nombre de Karenine evocaba en el joven el recuerdo de una persona enojosa y afectada.

—Pero ¿conoces por lo menos á mi cuñado, Alejo Alexandrovitch? Es conocido del mundo entero.

—Solamente le conozco de reputación y de vista; sé que es muy sabio como hombre de ciencia; pero debes tener presente que ese no es mi género—dijo Wronsky.

—Sí, es un hombre notable, algo conservador, pero célebre—repuso Estéfano Arcadievitch.

—Mejor para él—replicó Wronsky sonriendo.—¡Ah! ya te veo—gritó al divisar á la puerta de entrada á un anciano servidor de su madre;—entra por aquí.

Wronsky, así como todos los demás, experimentaba el mayor placer cuando veía á Estéfano Arcadievitch; pero este placer era mucho mayor hacía algún tiempo, pues cuando le encontraba parecíale acercarse á Kitty. Cogióle del brazo y le dijo alegremente:

—¿Obsequiaremos con una cena á la diva el domingo?

—Seguramente, Para ello he abierto una suscripción. Y dime tú, ¿no trabaste anoche conocimiento con mi amigo Levine?

—Sí; pero se marchó muy pronto.

—¿No te parece un buen muchacho?

—No sé por qué—dijo Wronsky—todos los moscovitas, excepto naturalmente aquellos á quienes hablo—añadió sonriendo—tienen algo de rudo; todos se incomodan por la menor cosa y quieren siempre enseñar á los demás.

—Es cierto—contestó Estéfano Arcadievitch, sonriendo también.

—¿Llega ya el tren?—preguntó Wronsky dirigiéndose á un empleado?

—Ya ha salido de la última estación.

El movimiento creciente, las idas y venidas, la aparición de los gendarmes y de los empleados superiores, y la llegada de las personas que iban á esperar viajeros, todo indicaba que el tren estaba cerca. El tiempo era frío, y á través de la niebla veíanse obreros con sus abrigos de invierno, que pasaban silenciosamente entre los rails de la vía; oíase el silbido de la máquina, y un cuerpo monstruoso parecía avanzar lentamente.

—No—dijo Estéfano Arcadievitch, que deseaba revelar á Wronsky las intenciones de Levine respecto á Kitty—tú no

eres justo en tu opinión sobre mi amigo: es un hombre muy nervioso, que á veces podría hacerse desagradable, pero también muy bueno.—Ayer podía tener motivos particulares para ser muy feliz ó muy desgraciado—añadió Arcadievitch con una significativa sonrisa, olvidando completamente la simpatía que le inspirara Levine la víspera, por la que sentía en aquel instante en favor de Wronsky.

Este último se detuvo, y preguntó á su vez:

—¿Quieres decir que ha pedido la mano de tu cuñada?

—Podría ser muy bien—contestó Arcadievitch;—anoche me pareció así; y si se marchó temprano y de mal humor, fué sin duda porque no se atendió á su demanda. Hace tanto tiempo que está enamorado, que verdaderamente me da lástima.

—¡De veras! Pues yo creo que la niña podría pretender mejor partido—dijo Wronsky continuando su marcha.—Por lo demás, no conozco semejante situación; pero debe ser muy penosa; por eso muchos hombres prefieren otra clase de mujeres, pues si no son admitidos, sólo pueden echar la culpa á su bolsa... ¡Ah! ya llega el tren.

En efecto, la pesada máquina se acercaba, y produjose cierta agitación, divisándose muy pronto la locomotora, que disipaba á su paso la helada niebla. Lentamente y á compás, la biela de la gran rueda central parecía plegarse y desplegarse; el maquinista, con su abrigo cubierto de escarcha, hizo el saludo á la estación, y muy pronto apareció el furgón de los bagajes, que hizo retemblar el pavimento; detrás de él viéronse por fin los coches de viajeros, á los cuales imprimió una ligera sacudida la súbita detención del tren.

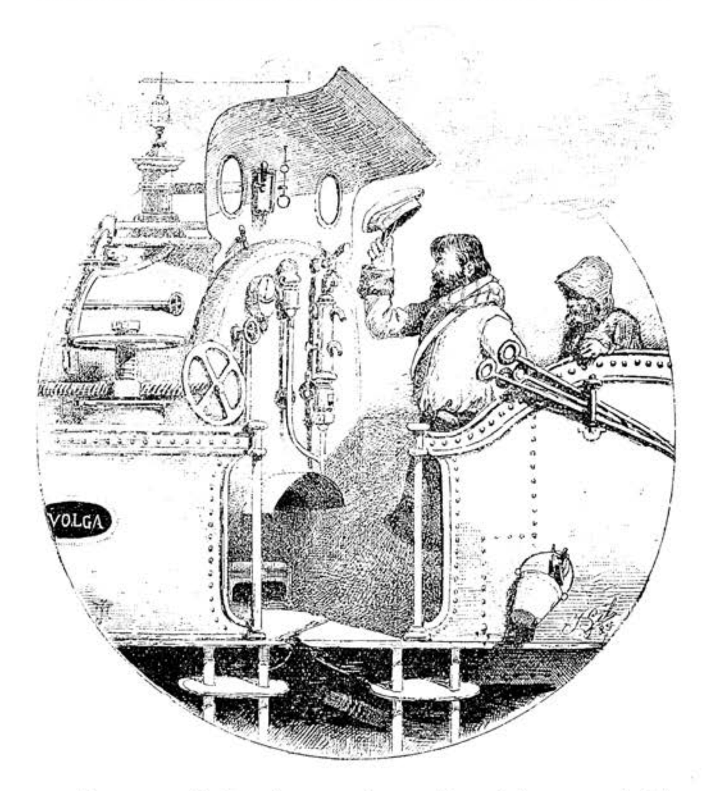
Un conductor de buena presencia, con pretensiones á la elegancia, saltó ligeramente del coche, dando un silbido, y casi detrás de él bajaron los viajeros más impacientes: un oficial de la guardia, de aspecto marcial, un traficante afanoso y risueño, con su morral al hombro, y un campesino, provisto de su calabaza.

Wronsky, de pie, junto á Estéfano Arcadievitch, contemplaba aquel espectáculo, olvidando por completo á su madre. Lo que acababa de saber respecto á Kitty producíale á la vez emoción y alegría; sus ojos brillaban, y enorgullecíale la idea de su triunfo.

El conductor se acercó al joven y le dijo:

—La condesa Wronsky está en ese coche.

Estas palabras hicieron volver en sí á Wronsky, obligándole á pensar en su madre y en su próxima entrevista. Sin que



pudiese remediarlo ni convenir en ello, el joven no había profesado nunca mucho respeto á su madre, á la cual no amaba; pero su educación y las costumbres de la sociedad en que vivía impedíanle admitir que pudiese haber en sus relaciones con ella la menor falta de consideración. Cuanto menos cariño y afecto experimentaba por su madre, más exageraba las formas exteriores.

XVIII

Wronsky siguió al conductor; al entrar en el coche detúvose para dejar paso á una dama que salía, y con ese tacto propio de un hombre de mundo, bastóle una mirada para reconocer que pertenecía á la alta sociedad. Después de dirigirle una palabra de atención, iba á pasar adelante, pero involuntariamente volvióse para mirar una vez más, no á causa de su hermosura, de su gracia y elegancia, sino porque la expresión de su rostro le había parecido tan dulce como cariñosa.

También la dama volvió la cabeza en el mismo instante, y sus ojos garzos, sombreados por espesas cejas, lanzáronle una mirada benévola, como si aquella mujer conociese al joven; un momento después perdióse entre la multitud, buscando al parecer una persona. Por rápida que fuese una mirada, bastóle á Wronsky para observar en aquella fisonomía mucha viveza, que se revelaba en la ligera sonrisa de dos frescos labios y en la expresión animada de los ojos; en toda su persona había como un exceso de juventud y de alegría que la dama hubiera querido disimular, pero que se traslucía en el fulgor de sus ojos.

Wronsky entró en el coche: su madre, una anciana con bucles de cabello blanco, de ojos negros y pequeños, le recibió con una ligera sonrisa de sus delgados labios; levantóse de su asiento, entregó á su doncella el saquito que llevaba, y presentó á su hijo su pequeña mano seca, que el joven besó con respeto.

—¿Recibiste mi telegrama? Supongo que todo va bien.

—¿Ha hecho usted buen viaje?—replicó el hijo sentándose á su lado, y prestando oído al mismo tiempo á una voz de mujer que hablaba junto á la puerta, pues reconoció que era la de la dama á quien encontrara antes.

—No participo de su parecer—decía la voz.

—Es un punto de vista propio de San Petersburgo, señora.

—Nada de eso, es simplemente un punto de vista de mujer—replicó la voz.

—Pues bien, permítame usted besarle la mano.

—Hasta la vista, Iván Petrovitch; hágame el favor de buscar á mi hermano y enviármele—dijo la dama, volviendo á entrar en el coche.

—¿Le ha encontrado usted ya?—preguntó la señora Wronsky.

El joven reconoció entonces á Ana Karenine.

—El hermano de usted se halla aquí—dijo, levantándose al punto—y ruégola me dispense por no haberla reconocido antes; he tenido tan rara vez el honor de encontrarla, que seguramente no se acuerda usted tampoco de mí.

—¡Oh! sí—contestó la dama—siempre le hubiera reconocido, pues su señora madre y yo no hemos hablado más que de usted durante todo el viaje.—Al pronunciar estas palabras su semblante expresó la mayor alegría.—Pero mi hermano no viene—añadió.

—Llámale, Alejo—dijo la anciana condesa.

Wronsky salió del coche y gritó:

—¡Oblonsky, por aquí!

Al ver á su hermano, la señora Karenine no esperó á que se acercara, sino que saliendo del coche corrió á su encuentro, y con un ademán, lleno á la vez de gracia y de energía, rodeóle el cuello con un brazo, atrájole hacia sí y le besó.

Wronsky no la perdía de vista; mirábala y sonreía sin saber por qué; y recordando al fin que su madre le esperaba, entró en el coche.

—¿No es verdad que es encantadora?—dijo la condesa refiriéndose á la señora Karenine;—su esposo me la ha confiado, con gran satisfacción mía, y hemos hablado mucho. ¿Y qué te haces tú?... Me han dicho que estabas enamorado. Tanto mejor, amigo mío, tanto mejor.

—No sé á quién se refiere usted, mamá—contestó fríamente.—¿Quiere usted que salgamos?

En aquel momento, la señora Karenine entró en el coche para despedirse de la condesa.

—Vamos, condesa—exclamó—usted ha encontrado á su hijo y yo á mi hermano; y como ya he agotado todas mis historias, ya no me queda qué contar á usted.

—No importa—repuso la condesa cogiendo su mano;—con usted daría la vuelta al mundo sin aburrirme, porque es una de esas mujeres amables cuya compañía recrea. En cuanto á

su hijo, no se inquiete usted, porque un día ú otro es preciso separarse.

Los ojos de la señora Karenine parecían sonreir, mientras que escuchaba inmóvil.

—Ana Arcadievna tiene un niño de ocho años—añadió la condesa como para dar una explicación á su hijo;—siempre ha vivido á su lado, y ahora está inquieta por haberle dejado solo.

—Hemos hablado de nuestros hijos, yo del mío y la condesa del suyo—dijo Ana Karenine dirigiéndose á Wronsky con esa sonrisa cariñosa que iluminaba su rostro.

—Esto debe haber sido enojoso para usted—replicó el joven con otra sonrisa.

—Gracias mil veces—dijo Ana volviéndose hacia la condesa;—el día de ayer ha transcurrido demasiado pronto. ¡Hasta la vista!

—Adiós, querida amiga—contestó la anciana;—permítame usted besar otra vez ese lindo rostro, y decirle de nuevo, como yo lo puedo hacer, que me deja encantada de su trato.

Por trivial que pareciese esta frase, Ana pareció agradecerla mucho; ruborizóse, se inclinó ligeramente, acercando su lindo rostro al de la anciana condesa, y presentó después su mano á Wronsky, con aquella misma sonrisa que parecía serle peculiar. El joven estrechó aquella pequeña mano, considerando como una cosa extraordinaria sentir su dulce á la vez que firme presión.

Ana Karenine salió con paso rápido.

—¡Encantadora!—murmuró la condesa.

Su hijo era sin duda del mismo parecer, pues siguió con la vista á la dama mientras pudo; vióla acercarse á su hermano, cogerle del brazo y hablar con él vivamente; era claro que su conversación no tenía nada que ver con Wronsky, y esto pareció contrariar al joven.

—¿Y qué tal, mamá, está usted del todo buena?—preguntó á su madre.

—Muy bien; Alejandro ha sido muy amable, y Waria se ha embellecido mucho.

La condesa habló después de lo que más la preocupaba; del bautismo de su nieto, principal objeto de su viaje á San

Petersburgo, y de la benevolencia del emperador para con su primogénito.

—Ahí está Lorenzo—dijo Wronsky al ver al anciano criado; —ya podemos salir, pues hay poca gente.

Así diciendo ofreció el brazo á su madre, mientras que el criado, la camarera y un faquín se encargaban del equipaje. Al bajar del coche, vieron varios hombres que corrían hacia la extremidad del tren, seguidos del jefe de la estación: acababa de ocurrir un accidente, y todo el mundo se dirigía hacia allí.

—¿Qué hay, dónde ha caído?—preguntaban algunos.

Estéfano Arcadievitch y su hermana habían vuelto también, y muy inquietos, permanecían junto al coche para no tropezar contra la multitud.

Las damas subieron de nuevo, mientras que Wronsky y Estéfano Arcadievitch iban á ver lo que ocurría.

Un hombre embriagado ó que llevaba la cabeza demasiado cubierta á causa del frío, impidiéndole esto oir la señal cuando el tren retrocedía, acababa de ser cogido por las ruedas.

Las damas supieron lo ocurrido antes de que Wronsky y Oblonsky volvieran; éstos acababan de ver el cadáver desfigurado, y Arcadievitch parecía á punto de llorar.

—¡Qué espantoso!—decía.—¡Más vale que no le hayas visto, Ana!

Wronsky guardaba silencio; tenía la expresión grave, pero del todo serena.

—¡Si lo hubiera usted visto, condesa!

—Y lo más terrible es que su mujer está ahí, y se ha precipitado sobre el cadáver. Dicen que el infeliz sostenía una familia numerosa. ¡Qué horror!

—¿No se podría hacer algo por ella?—murmuró Ana.

Wronsky la miró.

—Vuelvo al momento—dijo, volviéndose hacia la condesa.

Y salió del coche.

Cuando volvió, al cabo de pocos minutos, Estéfano Arcadievitch hablaba ya á la condesa de una nueva cantante, y la anciana miraba impaciente hacia la puerta.

—Salgamos ahora—dijo Wronsky.

Todos bajaron al punto; el joven conde iba delante con su madre, siguiéndoles Ana Karenine y su hermano. Muy pron-

to les alcanzó el jefe de la estación, que iba en busca de Wronsky.

—Ha entregado usted doscientos rublos á mi compañero—dijo;—sírvase usted indicar á quién destina esa cantidad.

—Es para la viuda—contestó Wronsky, encogiéndose de hombros.—¿Á qué viene la pregunta?

—¿Eso has dado?—exclamó Oblonsky.

Y estrechando la mano de su hermana, añadió:

—¡Muy bien, muy bien! Es un muchacho encantador. Felicito á usted, condesa.

Y se detuvo para buscar con la vista á la camarera de la anciana.

Cuando salieron de la estación, el coche de Wronsky había marchado ya; por todas partes se hablaba de la desgracia que había ocurrido.

—¡Qué muerte tan espantosa!— exclamó un caballero junto á ellos—hubiérase dicho que han dividido el cuerpo en dos partes.

—¡Hermosa muerte! por el contrario—observó otro—porque ha sido instantánea.

—¿Por qué no se adoptan más precauciones?—preguntó un tercero.

Ana Karenine subió al coche que la esperaba, y su hermano observó con asombro que tenía los labios pálidos y que apenas podía contener sus lágrimas.

—¿Qué tienes, Ana?—preguntó, cuando se hubieron alejado un poco.

—Es un presagio funesto.

—¡Qué locura! Tú estás aquí y esto es lo esencial. Nunca podrías imaginarte cuántas esperanzas me infunde tu visita.

—¿Conoces á Wronsky hace mucho tiempo?—preguntó Ana.

—Sí. Ya sabes que confiamos en que se casará con Kitty.

—¿De veras?—replicó Ana dulcemente.—Muy bien, ahora marchemos—añadió, moviendo la cabeza cual si hubiera querido rechazar una idea importuna y penosa.—Hablemos de tus asuntos. He recibido tu carta, y aquí me tienes.

—Sí, en ti fundo mi esperanza—dijo Estéfano Arcadievitch.

—Pues cuéntamelo todo.

Estéfano Arcadievitch comenzó su relato.

Al llegar á la casa, su hermana se apeó del coche, y después de estrecharle la mano suspirando, marchó á evacuar sus diligencias.

XIX

Cuando Ana entró, Dolly estaba sentada, en su gabinete, ocupada en hacer leer en francés á un rollizo muchacho de cabello rubio, vivo retrato de su padre.

El chico leía, tratando de arrancar de su chaqueta un botón que apenas se sostenía; su madre le había reñido varias veces, pero la manita volvía siempre á dar tormento al pobre botón; y al fin fué preciso arrancarlo del todo y guardarlo.

—¡ Quietas las manos, Grisha !—decía la madre, tomando una colcha de punto á medio hacer, obra en que se ocupaba hacía largo tiempo y que no proseguía sino en las circunstancias difíciles; en aquel momento trabajaba con afán y como si estuviese nerviosa, contando los puntos rápidamente. Aunque hubiese dicho la víspera á su esposo que le importaba poco la llegada de su hermana, no por eso había dejado de prepararlo todo para recibirla.

Absorta, aniquilada por su dolor, Dolly no podía olvidar, sin embargo, que Ana era esposa de un personaje oficial importante, y por lo tanto una gran dama en San Petersburgo.

«Al fin y al cabo—se decía—Ana no es culpable; todo cuanto de ella sé la favorece, y nuestras relaciones han sido siempre amistosas.» El recuerdo que conservaba del interior de los Karenine en San Petersburgo no le era, sin embargo, agradable, pues había creído observar algo falso en su género de vida.

« Mas ¿por qué no he de verla ?—pensaba Dolly.—¡Con tal que no se mezcle en nuestros asuntos para consolarme! Conozco muy bien esas resignaciones y consuelos cristianos, y sé lo que valen.»

Dolly había pasado aquellos últimos días sola con sus hijos; no quería hablar de sus penas á nadie, ni se sentía con fuerzas para hablar de cosas indiferentes; pero ahora debería confiar sus cuitas á Ana; y tan pronto se alegraba de poder

desahogar al fin su corazón, como se afligía al pensar en



aquella humillación ante su hermana, de la cual debería escuchar los razonamientos y consejos.

Á cada momento esperaba ver entrar á su cuñada y seguía con la vista el péndulo; pero como sucede á menudo en semejante caso, absorbióse y no oyó la campanilla; de modo que, cuando unos ligeros pasos y el roce de un vestido junto á la puerta llamaron su atención, su rostro expresó el asombro y el placer.

—¿Cómo, ya estás aquí?—exclamó, corriendo á su encuentro para abrazarla.

—Dolly, me alegro mucho de verte.

—Y yo también—contestó Dolly con una ligera sonrisa, tratando de adivinar por la expresión del rostro de Ana si habría averiguado algo.—«Todo lo sabe»—pensó, al observar el aire compasivo que manifestaban sus facciones.—Ven y te conduciré á tu estancia—añadió, tratando de alejar el momento de la explicación.

—¿Es ese Grisha?—preguntó Ana, besando al niño, sin separar la vista de Dolly.—¡Cómo ha crecido!— Y después de un momento de pausa, dijo á su amiga ruborizándose:—Permíteme permanecer aquí.

Despojóse de su chal, y moviendo con gracia la cabeza, separó los rizos de su cabello negro, que se habían enredado con el sombrero.

—Tú rebosas de dicha y de salud—dijo Dolly casi con envidia.

—Sí—replicó Ana;—pero ¿es esa Tania, la contemporánea de mi pequeño Sergio?—preguntó de pronto, volviéndose hacia una niña que acababa de entrar corriendo, y á la cual besó cariñosamente.—¡Qué hermosá criatura! —exclamó.—¡Vamos, enséñamelos todos!

No sólo recordaba el nombre y la edad de los niños, sino también su carácter y sus ligeras dolencias: Dolly se conmovió.

—Pues bien—repuso—vamos á verlos; pero Wasia duerme.

Después de ver á los niños, volvieron al salón, esta vez solas, y hallaron ya el café servido. Ana fué á sentarse delante de la bandeja, y rechazándola después, dijo á su cuñada:

—Estéfano me ha hablado.

Dolly miró á su interlocutora friamente, sin contestar; esperaba alguna frase de falsa simpatía; pero Ana no dijo la menor cosa que tuviera este carácter.

—Amiga mía—continuó—no quiero hablarte en su favor,

ni consolarte tampoco; esto es imposible, pero sí te diré que me entristezco hasta el fondo del alma.

Algunas lágrimas brillaron en sus ojos, acercóse á su cuñada, y cogióle una mano, sin que Dolly se opusiese, á pesar de su aspecto de frialdad.

—Nadie puede consolarme—dijo;—todo ha concluído para mí.

Al pronunciar estas palabras, la expresión de su fisonomía se dulcificó un poco; Ana acercó á sus labios la mano enflaquecida de Dolly y la besó.

—Pero, amiga mía—dijo—¿qué haremos para salir de esta triste situación?

—Todo acabó; yo no puedo hacer ya nada—repuso Dolly;—y lo peor es, compréndelo bien, verme sujeta por los niños, porque no puedo abandonarlos, y me es imposible vivir con él; sólo el verle me contrista.

—Dolly, amiga mía, él me ha hablado; pero yo quisiera oirte á ti; cuéntamelo todo.

Dolly fijó en su amiga una mirada interrogadora: los ojos de Ana expresaban sólo el afecto y la simpatía.

—Voy á complacerte—contestó;—pero debo decírtelo todo desde el principio. ¿Sabes tú cómo me casé? La educación que de mi madre recibí, no sólo me dejó inocente, sino que me hizo del todo necia... yo no sabía nada... dícese que los maridos cuentan su pasado á sus esposas; mas Estéfano Arcadievitch no me comunicó jamás cosa alguna. Tú no creerías lo que voy á decirte: hasta ahora me había imaginado que Estéfano no trató nunca más mujer que yo; he vivido ocho años en esta persuasión, y no solamente no le suponía infiel, sino que creía imposible semejante cosa. Con tales ideas, imagínate lo que habré experimentado al conocer de improviso esa villanía... Creer en mi felicidad sin la menor sospecha—añadió Dolly, tratando de ahogar sus sollozos—y recibir una carta de él... una carta de él á su querida, la institutriz de mis hijos... ¡Oh! ¡esto es demasiado cruel!

Y cogiendo el pañuelo, ocultóse el rostro para llorar.

—Hubiera podido dispensar un momento de extravío—continuó Dolly al cabo de un instante;—mas no ese disimulo, esa constante astucia para engañarme. ¿Y por quién? ¡Ah! ¡esto es horrible, y tú no puedes comprenderlo!

—¡Ah! sí que lo comprendo, pobre Dolly—dijo Ana estrechando su mano.

—¿Y crees tú que él se hace cargo de mi dolorosa situación?—continuó Dolly.—¡Nada de eso; es feliz y se divierte!

—¡Oh! eso no—interrumpió vivamente Ana;—á mí me ha inspirado compasión; su remordimiento es sincero.

—¿Es acaso capaz de arrepentirse?—preguntó Dolly, fijando en Ana una mirada penetrante.

—Sí; le conozco muy bien, y no he podido mirarle sin que me causara lástima. Ya sabes que es bueno, pero altivo, á pesar de lo cual se ha humillado. Lo que más siente (Ana adivinó lo que debía impresionar sobre todo á Dolly) es la situación de los niños; reconoce que te ha ofendido cruelmente, y esto le hace sufrir tanto más cuanto que te ama... sí, sí, te ama más que á todo. Siempre está repitiendo: «No, ella no me perdonará nunca.»

Dolly escuchaba atentamente á su cuñada sin mirarla.

—Ya comprendo que padece—dijo al fin:—el culpable debe sufrir más que el inocente, sobre todo cuando está persuadido que es la causa de todo el mal; pero ¿cómo he de perdonarle? ¿Cómo puedo ser su esposa después de la otra? Vivir con él sería ahora un tormento, al recordar mi amor de antes...

Los sollozos ahogaron sus palabras, y como suele suceder en tales casos, apenas se calmaba un poco, acordábase de lo que más la afligía.

—Ella es joven y bonita—continuó;—mas ¿por quién sino por él he perdido yo mi belleza y mi juventud? La perdí para cuidar de sus hijos; todo cuanto tenía se ha sacrificado por él; y ahora, naturalmente, prefiere una mujer más joven y fresca. Seguramente habrán hablado de mí, ó tal vez ni siquiera se habrán acordado de mi persona.

Los celos hacían brillar más los ojos de Dolly.

—¿Y qué vendrá á decirme después de eso?—continuó;—yo no podré creerlo. No; todo ha concluído para mí, todo lo que constituía la recompensa de mis afanes y padecimientos... ¿Lo creerás? Hace poco daba lección á Grisha; otras veces esto era una alegría para mí; mas ahora me molesta. ¿Porqué tendré hijos? Lo más terrible es que mi alma se ha trastornado completamente; en vez de mi amor y de mi ternura, sólo hay odio, sí, odio; hasta podría matar á ese hombre y...

—Querida Dolly, comprendo todo eso; pero no te atormentes así; ahora estás demasiado agitada para considerar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Dolly se calmó, y durante algunos minutos, las dos guardaron silencio.

—¿Qué hacer, Ana?—dijo al fin Dolly;—piensa y ayúdame. Yo he buscado, y no encuentro medio.

Ana no hablaba tampoco; pero su corazón respondía á cada palabra, á cada mirada dolorosa de Dolly.

—Te diré lo que pienso—repuso al fin; —como hermana, conozco su carácter, y su facultad de olvidarlo todo (hizo el ademán de tocarse la frente), facultad favorable para seguir el impulso del momento, mas también para arrepentirse. Estoy segura que ahora no cree ni comprende que haya podido hacer lo que hizo.

—No, lo ha comprendido y lo comprende aún—replicó Dolly— y debes advertir que el daño es mayor para mí.

—Espera—dijo Ana. — Debo confesarte que cuando él me habló, yo no medí más que la extensión de vuestra desgracia, y únicamente veía la desunión de la familia, lo cual me contristó. Después de hablar contigo, veo, como mujer, otra cosa más, y es tu padecimiento; pero, querida Dolly, aun comprendiendo tu infortunio, ignoro una parte de la cuestión: yo no sé hasta qué punto le amas todavía. Tú sola puedes comprender si le amas bastante para perdonar; y si te es posible, perdona.

—No...—comenzó á decir Dolly, pero Ana le interrumpió, besándole la mano.

—Conozco el mundo mejor que tú—dijo—y la manera de ser de los hombres como Estéfano. Tú pretendes que han hablado de ti... No lo creo. Los hombres como tu esposo pueden cometer infidelidades; pero la mujer y el hogar doméstico son siempre para ellos un santuario. Entre ciertas mujeres y su familia levantan una barrera infranqueable. Yo no comprendo bien cómo puede ser así; pero te aseguro que es.

—Pero piensa que la ha tenido en sus brazos...

—Escucha, Dolly: yo he visto á Estéfano cuando estaba enamorado de ti; recuerdo el tiempo en que iba á llorar á mi lado; sé á qué altura te colocaba; y conozco que cuánto más tiempo ha vivido contigo, más digna de admiración has sido

para él. Siempre fuíste y serás el ídolo de su adoración; y esto no por capricho.

—¿Pero y si volviera á enamorarse de otra?

—Imposible.

—¿Hubieras perdonado tú?

—No sé, no puedo decirlo... sí puedo—añadió Ana después de reflexionar un momento;—tal vez no fuera ya la misma; pero perdonaría, y de tal modo, que no pensaría ya en el pasado.

—¡Oh! por supuesto—interrumpió vivamente Dolly, como si contestara á un pensamiento secreto;—de lo contrario, no sería perdón.—Vamos, ahora te conduciré á tu cuarto—añadió levantándose, y rodeando con un brazo la cintura de su cuñada.—Querida Ana, me alegro mucho que hayas venido, porque me siento más aliviada.

XX

Pasó Ana todo el dia en casa de los Oblonsky, sin recibir á ninguna de las personas que, noticiosas de su llegada, se presentaron para hacer su visita. Consagró toda la mañana á Dolly y á sus hijos, y escribió dos palabras á su hermano, invitándole á que fuera á comer á casa. «Dios es misericordioso», le decía.

Estéfano Arcadievitch se presentó á comer; la conversación se generalizó, y Dolly tuvo á bien tutear á su esposo, cosa que no había hecho hacía ya tiempo; su trato fué algo frío, mas ya no se habló de separación, y Estéfano Arcadievitch vió la posibilidad de un arreglo.

Kitty llegó después de haberse terminado la comida: apenas conocía á Ana, é inquietábase un poco sobre el recibimiento que merecería de aquella señora de San Petersburgo tan ensalzada por todos. Ésta se conmovió un poco al ver la juventud y belleza de Kitty; que, por su parte, quedó prendada de Ana, como las niñas pueden prendarse de las mujeres de más edad. En ella no había cosa alguna que hiciera pensar en la mujer de mundo ó en la madre de familia; hubiérase dicho que era una joven de veinte años, á juzgar

por su esbelto talle y la frescura y animación de su rostro; pero notábase en éste cierta expresión grave, casi triste, que llamó la atención de Kitty y la sedujo. Aunque muy sencilla y sincera, Ana parecía llevar en sí un mundo superior, inaccesible para una niña.

Después de comer, Ana se acercó vivamente á su hermano, que fumaba un cigarrillo, mientras que Dolly volvía á su habitación.

—¡Estéfano—dijo, señalándole la puerta de aquella estancia—entra, y que Dios te ayude!

Arcadievitch comprendió, y arrojando su cigarro desapareció detrás de la puerta.

Ana se sentó en un canapé, rodeada de los niños; los dos mayores, y por imitación el menor, se habían cogido á su nueva tía aun antes de sentarse á la mesa, y entreteníanse en estrechar sus manos, abrazarla, tocar sus sortijas, y esconderse entre los pliegues de su vestido.

—Vamos—dijo Ana—cada cual en su sitio.

Grisha, muy orgulloso al parecer, colocó su blonda cabeza bajo la mano de su tía, apoyándola en las rodillas.

—¿Y cuándo es el baile?—preguntó Ana á Kitty.

—La semana próxima; será un baile magnífico, uno de aquellos en que siempre se halla diversión.

—¿Con que hay bailes que siempre divierten?—dijo Ana con dulce ironía.

—Parece extraño, pero es así. En casa de los Bobristhchiff nadie se aburre nunca; lo mismo sucede en la de los Nikitine; pero las reuniones de los Wejekof causan tedio invariablemente. ¿No ha observado usted nunca eso?

—No, hija mía, porque ya no hay para mí baile divertido. —Al pronunciar Ana estas palabras, Kitty entrevió en sus ojos algo desconocido, cerrado para ella.—Todas esas reuniones son para mí más ó menos enojosas—añadió la dama.

—¿Cómo es posible que se aburra usted en un baile?—preguntó Kitty.

—¿Por qué no podría aburrirme?

La joven pensó que Ana adivinaría su contestación.

—Porque es usted la más bella siempre.

Ana se ruborizaba fácilmente, y esta vez sucedió lo mismo.

—No es así—replicó;—y aunque fuese, poco me importaría.

—¿Irá usted á ese baile?—preguntó Kitty.

—No podré dispensarme de ello, á mi modo de ver.

—Me alegraría mucho verla á usted allí.

—Pues bien, si he de ir, me consolaré con la idea de que la complaceré á usted... Grisha—añadió—no me despeines más. —Y arrolló una trenza que servía de juguete al niño.—Vamos, hijos míos—añadió—id al corredor, pues oigo á vuestra aya que os llama para tomar el té. Ya se ve—dijo á Kitty—por qué desea usted que asista yo á ese baile; me han dicho que espera usted allí un gran resultado.

—¿Lo sabe usted ya? Sí, es cierto.

—¡Qué hermosa edad la de usted!—dijo Ana;—me hace pensar en esa nube azul semejante á las que se observan en las montañas de Suiza; todo se ve á través de ella en la edad feliz en que la infancia termina, y todo lo que cubre es hermoso y encantador. Después aparece poco á poco un sendero que se va estrechando, y en el cual se entra con emoción, por luminoso que parezca... ¡Quién no le ha recorrido!

Kitty escuchaba sonriendo. «¿Cómo habrá pasado ella por allí? pensaba la joven. ¡Cuánto daría por conocer su historia!» Y recordó el exterior poco poético del esposo de Ana.

—Estoy al corriente de todo—dijo esta última—porque Estéfano me lo ha dicho. Esta mañana encontré á Wronsky en la estación de la vía férrea, y me agradó mucho.

—¡Ah! ¿con que estaba allí?—preguntó Kitty ruborizándose. —¿Y qué le ha contado á usted Estéfano?

—Ha charlado un poco. Me alegraría mucho de que eso se realizase. Ya he viajado con la madre de Wronsky y no ha dejado de hablarme un momento de su querido hijo; sé que las madres no son imparciales, pero...

—¿Y qué le ha dicho la condesa?

—Muchas cosas, y en primer lugar que es su favorito; parece que tiene un carácter caballeresco; su madre me aseguró que había querido ceder toda su fortuna á un hermano, y que ya en su infancia salvó á una mujer la vida. En fin, es un héroe—añadió Ana, sonriendo al recordar el donativo de doscientos rublos que el joven hizo en la estación.

Y al pensar en este rasgo, Ana experimentó cierta inquietud, comprendiendo que Wronsky había procedido así en obsequio á ella.

—La condesa—continuó Ana—ha insistido para que vaya á verla; mañana iré... Vamos, veo que Estéfano permanece mucho tiempo con Dolly—añadió levantándose con cierto enojo.

—¡Yo quiero ser primero!—gritaban todos los niños, que acababan de tomar su té y entraban en el salón corriendo hacia su tía.

—¡Todos juntos!—dijo Ana saliéndoles al encuentro; y cogiéndolos en sus brazos, echólos en un diván, riendo de la mejor gana al oir sus gritos de alegría.

XXI

Dolly salió de su cuarto á la hora de tomar el té; Estéfano Arcadievitch lo había hecho antes por otra puerta.

—Temo que tengas frío allá arriba—dijo Dolly, dirigiéndose á Ana—y quisiera hacerte bajar para que estuviésemos más cerca.

—No te inquietes por mí—replicó Ana, tratando de adivinar por el semblante de Dolly si se había efectuado la reconciliación.

—Tal vez haya demasiada claridad.

—Te aseguro que duermo bien en todas partes, y siempre profundamente.

—¿De qué se trata?—preguntó Estéfano Arcadievitch, entrando en el salón y dirigiéndose á su esposa.

El tono de la voz indicó ya por sí solo á Ana y Kitty que los cónyuges se habían reconciliado.

—Quisiera instalar á Ana aquí—contestó Dolly;—pero se deberían bajar las cortinas, y nadie sabrá hacerlo sino yo.

«¡Sabe Dios si la reconciliación habrá sido completa!»—pensó Ana al notar el tono frío de Dolly.

—No compliques las cosas, amiga mía—dijo el esposo;—si quieres, yo lo arreglaré.

«Se han reconciliado»—pensó Ana.

—Ya sé cómo te arreglarás—contestó Dolly con burlona sonrisa;—darás á Matvei una orden que él no entenderá, después te irás á la calle, y se enredará todo.

«Á Dios gracias—pensó Ana—han hecho las paces del todo.»—Y muy satisfecha de haber conseguido su objeto, acercóse á Dolly y la besó.

—No sé por qué nos desprecias tanto á Matvei y á mí—dijo Estéfano Arcadievitch á su esposa, sonriendo ligeramente.

Durante aquella noche, Dolly se mostró un poco irónica con su marido, manifestándose éste contento, aunque en una justa medida, cual si hubiese querido dar á conocer que el perdón no le hacía olvidar sus errores.

Á eso de las nueve y media habíase entablado una conversación muy viva y animada al rededor de la mesa, mientras se tomaba el té, cuando sobrevino un incidente, harto común al parecer, pero que se consideró extraño.

Se hablaba de un amigo de San Petersburgo, y Ana se levantó de improviso, diciendo:

—Tengo su retrato en mi álbum, voy á buscarle, y os enseñaré á la vez el de mi pequeño Sergio.

Por lo regular, solía dar las buenas noches á su hijo, cuando éste debía acostarse, á eso de las diez; y con frecuencia le dejaba en su lecho antes de irse al baile. En el instante de recordar esto, sobrecogióle profunda tristeza por hallarse tan lejos de él; y por más que hablase de otra cosa, su pensamiento volvía al niño, con sus rosadas mejillas y su cabello rizado. Por esto sintió el deseo de ir á mirar su retrato, para decirle una palabra desde lejos.

Salió del salón con el paso ligero y decidido que le era peculiar, y acercábase ya á la escalera que conducía á su cuarto, y que daba sobre el vestíbulo de la entrada principal, cuando sonó un campanillazo.

—¿Quién puede ser?—dijo Dolly.

—Es demasiado pronto para que vengan á buscarme—observó Kitty—y muy tarde para una visita.

—Sin duda traen papeles para mí—dijo Estéfano.

Ana vió al criado correr para anunciar al visitante; mientras que éste esperaba, iluminado por la lámpara del vestíbulo.

Inclinóse sobre la rampa para mirar, y reconoció al punto á Wronsky; su presencia le produjo una extraña impresión de alegría y de temor; estaba de pie, sin quitarse el paletó, y buscaba una cosa en el bolsillo. Cuando Ana llegaba á la mi-

tad de la escalera, el joven levantó los ojos, y al verla, pintóse en su rostro una expresión de humildad y timidez.

Ana le saludó con un movimiento de cabeza, y pudo oir á Estéfano llamar á Wronsky ruidosamente, mientras que el joven rehusaba entrar.

Cuando Ana bajó con su álbum, Wronsky se había marchado ya, y Estéfano Arcadievitch estaba diciendo que sólo se había presentado para preguntar la hora de una comida que debía darse el día siguiente en honor de un ilustre viajero.

—Nunca quiere entrar—añadió Arcadievitch.—¡ Qué hombre tan extraño !

Kitty se ruborizó; creía ser la única que comprendiese porqué Wronsky rehusó penetrar en el salón.

«Habrá ido á casa—pensó—y no habiendo encontrado á nadie, ha supuesto sin duda que yo estaba aquí; seguramente no ha subido por hallarse aquí Ana, y porque es tarde.»

Todos se miraron sin hablar, y examinóse el álbum de Ana.

Nada tenía de extraordinario que Wronsky se presentase á las nueve y media de la noche para hacer una pregunta á un amigo, rehusando entrar en el salón; pero todos quedaron sorprendidos, y Ana más que nadie, no pareciéndole aquello del todo bien.

XXII

Apenas comenzaba el baile cuando Kitty y su madre franquearon la escalera principal, brillantemente iluminada y llena de flores; en toda su longitud veíanse lacayos muy empolvados, con librea roja; y desde el vestíbulo, donde madre é hija se detuvieron para arreglar su traje y su tocado, oíase un rumor semejante al de una colmena; los músicos preparaban sus instrumentos para tocar el primer vals.

Un anciano de escasa estatura, que se atusaba su escaso cabello blanco ante un espejo, esparciendo á su alrededor penetrantes perfumes, miró á Kitty con admiración; habíala encontrado en la escalera, y se apartó para dejarla pasar. Un

joven imberbe, de aquellos á quienes el anciano príncipe Cherbatzky llamaba pisaverdes, con chaleco en forma de corazón y corbata blanca, saludó á las dos damas al paso, y después acercóse á Kitty, solicitándo una contradanza. La primera estaba prometida á Wronsky, pero accedió á bailar la segunda con el joven. Un militar, que se abotonaba los guantes á la puerta del salón, pareció admirar la belleza de Kitty y retorcióse el bigote.

El traje, el tocado, y todos los preparativos necesarios para aquel baile habían sido asunto de muchas preocupaciones para Kitty; pero nadie lo hubiera sospechado al verla entrar, tanta era la sencillez y naturalidad con que lucía sus galas: sólo una rosa adornaba su linda cabeza. Kitty estaba realmente bella y satisfecha de sí misma; su vestido, sus zapatos y guantes le parecían bien; pero lo que más le agradaba era la estrecha cinta de terciopelo negro que hacía las veces de collar. Á su modo de ver, esto era lo más característico; tal vez se pudiese criticar todo lo demás, pero nunca aquella cinta. Los ojos de Kitty brillaban de contento, sus carmíneos labios sonreían involuntariamente, y, en fin, la joven tenía la persuasión de estar en aquel momento encantadora.

Apenas hubo entrado en el salón, y cuando estuvo cerca del grupo de damas cubiertas de tul, de flores y de cintas, que esperaban á los jóvenes bailarines, Kitty fué invitada para el primer vals por el principal caballero, según la jerarquía del baile, el célebre director de cotillones, el elegante Jorge Korsunsky, hombre ya casado. Acababa de separarse de la condesa Bonine, con la cual abrió el baile, y al ver á Kitty, dirigióse hacia ella con la desenvoltura especial que le era propia, y sin preguntarla si deseaba bailar, rodeó con su brazo el flexible talle de la joven.

—Bien ha hecho usted en venir temprano—dijo Korsunsky—pues no comprendo eso de llegar á medio baile.

Kitty apoyó el brazo izquierdo en el hombro de su pareja, y sus graciosos pies, calzados con botinas de color de rosa, deslizáronse sobre la alfombra.

—Se descansa bailando con usted—dijo Korsunsky, disminuyendo un poco su rapidez antes de lanzarse en el torbellino del vals.—¡Qué ligereza, qué precisión; esto es delicioso!

Lo mismo decía Korsunsky á todas sus parejas.



Kitty sonrió por el elogio, y siguió examinando el salón por encima del hombro de su caballero; comenzaba á conocer la sociedad, y no confundía á todos los asistentes en la embriaguez de sus primeras impresiones. Observó, pues, el grupo que se había formado junto al ángulo izquierdo del salón; allí se reunía lo más escogido de la sociedad: la hermosa Lidia, la esposa de Korsunsky, descaradamente escotada, la dueña de la casa, y el calvo Krivine, á quien se veía siempre con las personas más notables. Kitty vió muy pronto á Estéfano; después á la elegante Ana; y también *él* se hallaba allí: no había vuelto á verle desde la noche de la declaración de Levine, y en aquel momento notó que *él* también la miraba.

—Daremos otra vuelta, si no está usted cansada—dijo Korsunsky.

—No, gracias.

—¿Dónde quiere usted que la conduzca?

—Me parece que la señora Karenine está allí; me reuniré con ella.

—Como usted guste.

Y Korsunsky, disminuyendo la rapidez del paso, pero valsando siempre, se dirigió hacia el grupo de la izquierda. Cuando hubo llegado, ofreció su brazo á Kitty, que estaba algo aturdida, y luego volvióse para buscar á la señora Karenine.

Esta última llevaba un vestido de terciopelo negro escotado, que dejaba ver sus hombros esculturales y sus hermosos brazos, reduciéndose el adorno de la falda á un rico encaje de Venecia; una guirnalda de flores blancas hacía resaltar el brillo de su cabello negro, y en el pecho llevaba un ramo de las mismas flores; su tocado, muy sencillo, sólo tenía de notable unos pequeños rizos naturales que caían sobre las sienes y la parte posterior del cuello, terso y blanco como el marfil, y engalanado con un hilo de perlas muy finas.

Kitty veía diariamente á la bella Ana, de quien se prendó desde luego; pero nunca le había parecido tan seductora y hermosa como en aquel instante, con su traje negro; su impresión fué tan viva, que le pareció no haberla visto nunca antes. Entonces comprendió que su mayor encanto consistía en eclipsar con su propia belleza los adornos con que se en-

galanaba, los cuales eran simplemente el marco de que se destacaba aquella figura, sencilla, natural y elegante.

Cuando Kitty llegó hasta el grupo en que Ana hablaba con el dueño de la casa, oyóla decir:

«No, yo no tiraré la primera piedra, aunque no apruebe.» Y al ver á Kitty, acogióla con una sonrisa cariñosa y protectora. Una rápida ojeada le bastó para juzgar del traje de la joven, é hizo una ligera señal de aprobación que Kitty comprendió al punto.

—Ha hecho usted su entrada bailando—la dijo.

—¿Me concederá usted una vuelta de vals, Ana Arcadievna?—preguntó Korsunsky inclinándose.

—¿Se conocían ustedes?—preguntó el dueño de la casa.

—¿Á quién no conocemos mi esposa y yo?—replicó Korsunsky;—somos como el lobo blanco. ¿Accede usted, Ana?

—No bailo cuando me es posible dispensarme de ello.

—Esta noche no puede ser.

En aquel momento se acercó Wronsky.

—En ese caso, bailemos—contestó, cogiendo vivamente el brazo de Korsunsky, sin hacer aprecio del saludo de Wronsky.

«¿Por qué le tendrá mala voluntad?»—pensó Kitty, al observar que Ana se había abstenido intencionalmente de contestar al saludo de Wronsky.

Este último se acercó á Kitty para recordarle la primera contradanza, manifestando que sentía no haberla visto hacía algún tiempo. La joven contemplaba á Ana, que había comenzado á bailar, y admirábala, escuchando al mismo tiempo á Wronsky. Esperaba que éste la invitaría para el vals; pero como no dijese nada, le miró con aire de asombro.

Wronsky se ruborizó, é invitó á Kitty apresuradamente; mas apenas dieron los primeros pasos, la música cesó. La joven miró á su caballero, cuyo rostro estaba muy cerca del suyo... Durante largo tiempo, muchos años después, no pudo recordar sin un sentimiento de vergüenza que laceraba su corazón, la mirada amorosa que había fijado en Wronsky y á la cual éste no contestó.

—¡Vals, vals!—gritaba Korsunsky en el otro lado de la sala, apoderándose de la primera pareja que encontró, para ir á perderse con ella entre el torbellino de los danzantes.

XXIII

Wronsky dió algunas vueltas de vals con Kitty, y ésta fué después á reunirse con su madre; mas apenas hubo tenido tiempo de cambiar algunas palabras con la condesa de Nordstone, cuando el joven conde se presentó de nuevo solicitándola para bailar la contradanza. Entonces hablaron á intervalos de Korsunsky y de su esposa, á quienes Wronsky calificaba de amables muchachos de cuarenta años; y de un teatro de sociedad que se organizaba. En un momento dado, no obstante, Wronsky produjo cierta emoción en su pareja al preguntarla si Levine estaba todavía en Moscou, y añadiendo que le agradaba mucho su persona. Kitty no había contado con la contradanza; lo que ella esperaba con ansiedad era el cotillón, pues parecíale que durante el mismo se debía resolver todo. Aunque Wronsky no la hubiese invitado para bailar al terminar la contradanza, estaba segura de ser su pareja, como en todos los bailes anteriores, y tanto era así, que había rehusado cinco invitaciones, contestando que estaba comprometida.

Todo aquel baile, hasta el último rigodón, fué para Kitty como un sueño delicioso, lleno de flores, de alegres sonidos y de movimiento; no dejaba de bailar sino cuando le faltaban las fuerzas, y entonces pedía un momento de reposo; pero en el último rigodón, siendo su pareja uno de esos jóvenes presumidos y petulantes que causan enojo, hallóse frente á frente de Wronsky y de Ana. Esta última, á la cual no se había acercado desde su entrada en el baile, apareciósele esta vez bajo un aspecto nuevo é inesperado; y Kitty creyó reconocer en ella los síntomas de una sobrexcitación que conocía por experiencia, pues era la del triunfo. Hubiérase dicho que Ana se había embriagado: Kitty sabía á qué atribuir aquella mirada brillante y animada, aquella sonrisa de felicidad, aquellos labios entreabiertos, y los graciosos movimientos de Ana, llenos de encanto.

«¿Cuál es la causa, todos ó uno solo?» Sin hacer caso alguno de su acompañante, dejóle que tratara inútilmente de reanudar el hilo de una conversación interrumpida; y some-

tiéndose de buen grado al parecer á las ruidosas órdenes de Korsunsky, que con sus señales indicaba cuándo se debía hacer el círculo y la cadena, observaba á Wronsky y su pareja, y su corazón se oprimía cada vez más.

«No—se decía—no es la admiración de la multitud lo que la embriaga así, es la de una persona sola. ¿Quién puede ser? ¿Será *él?*»

Cada vez que Wronsky dirigía la palabra á Ana, los ojos de ésta parecían iluminarse, y una sonrisa de felicidad entreabría sus sonrosados labios; hubiérase dicho que trataba de disimular su alegría, pero en su rostro revelábase la dicha.

«¿Y *él?*—pensó Kitty. Al mirar á Wronsky tembló, pues la impresión que se reflejaba como en un espejo en el semblante de Ana, era también visible en el suyo. ¿Dónde estaba esa sangre fría, ese aspecto de calma, y ese rostro siempre sereno? Al hablar con Ana inclinaba la cabeza, como si hubiera querido prosternarse, y en sus ojos leíase una expresión á la vez humilde y apasionada.—No quiero ofenderla—decía su mirada;—pero desearía salvar mi corazón.»

El diálogo versaba sobre frivolidades, y sin embargo, á cada palabra parecíale á Kitty que su suerte se decidía. Para ellos también, aunque hablaban de los franceses, de Iván Ivanitch, y del ridículo casamiento de la señorita Elitzky, cada frase adquiría un valor particular, cuyo alcance comprendían tan bien como Kitty.

En el alma de la pobre niña confundíase todo como una bruma, el baile, la gente, la música y el movimiento; solamente se sostuvo por la fuerza de la educación, que la ayudó á cumplir con su deber, es decir, á bailar, á contestar á las preguntas que la dirigían, y aun á sonreirse; pero en el momento de organizarse el cotillón, y cuando se comenzó á colocar las sillas, mientras que todos salían de los salones pequeños para reunirse en el grande, Kitty se sintió acometida de un acceso de desesperación y de terror. Había rehusado la petición de cinco bailadores, y no tenía pareja, ni era probable que la tuviese ya, porque sus triunfos en el mundo alejaban la idea de que no tuviese caballero. Hubiera debido decir á su madre que estaba indispuesta, para salir del salón: mas no tuvo fuerza suficiente para ello: sentíase aniquilada.

Sin embargo, trasladóse á un saloncito y dejóse caer en un

sofá; los pliegues vaporosos de su falda rodeaban como una nube su frágil talle; uno de los delicados brazos pendía sin fuerza, en parte oculto por los pliegues del vestido; y la mano del otro agitaba nerviosamente un abanico, para refrescar el rostro enardecido; pero aunque pareciese una linda mariposa posada en la flor y dispuesta á desplegar sus alas, la más espantosa desesperación martirizaba su alma.

«¡Tal vez me engañe y no exista todo eso!—decíase Kitty pensando en lo que había visto.

—¿Qué tienes, hija mía?—dijo la condesa de Nordstone, que se había acercado sin que se oyeran sus pasos sobre la alfombra.

Los labios de Kitty se estremecieron, y levantóse vivamente.

—¿No bailas el cotillón?

—No, no—contestó con voz temblorosa.

—La ha invitado delante de mí—dijo la condesa, sabiendo bien que Kitty comprendía de qué se trataba; y Ana le preguntó que si no bailaba con la princesa Cherbatzky.

—¡Todo me es igual!—contestó Kitty.

Sólo ella sabía que la víspera, un hombre á quien amaba, había sido sacrificado por ella al ingrato Wronsky.

La condesa fué á buscar á Korsunsky, con quien debía bailar el cotillón, y recomendóle que invitase á Kitty.

Por fortuna para la joven, no le fué preciso hablar, pues su caballero, en calidad de director, pasaba el tiempo corriendo de una parte á otra para arreglar las figuras; Wronsky y Ana bailaban casi frente á ellos; Kitty los veía tan pronto de lejos como de cerca, cuando la llegaba á su vez de bailar, y cuánto más los miraba, persuadíase más de su desgracia. Estaban solos, á pesar de la multitud, y en el semblante de Wronsky, por lo regular tan impasible, Kitty observó esa expresión singular de humildad y de temor que recuerda al perro inteligente cuando se cree culpable.

Ana sonreía, y el joven la imitaba; si reflexionaba al parecer, sus facciones tomaban una expresión seria. Una fuerza casi sobrenatural atraía las miradas de Kitty sobre Ana, que estaba deslumbradora con su vestido negro, sus hermosos brazos cubiertos de brazaletes, su bien torneado cuello adornado de perlas, y su cabello negro rizado, seductor en su

desorden. Los movimientos ligeros y graciosos de sus diminutos pies, su rostro lleno de animación; todo en ella, en fin, atraía las miradas; pero aquel encanto tenía algo de terrible y de cruel.

Kitty la admiraba más aún que antes, aunque su pena se acrecentara; el dolor se retrataba en su rostro; y de tal manera se habían alterado sus facciones, que una vez, al pasar Wronsky por su lado, no la reconoció al punto.

—¡Qué hermoso baile!—murmuró él, por decir alguna cosa.

—Sí—contestó Kitty.

Á la mitad del cotillón, en un paso inventado últimamente por Korsunsky, Ana, saliendo del círculo, hubo de llamar á «dos caballeros y dos damas»; una de éstas fué Kitty, que se acercó con cierta turbación; Ana, cerrando á medias los ojos, la miró y estrechóle la mano con una sonrisa; pero como observase al punto la expresión de triste sorpresa con que Kitty contestaba, volvióse hacia la otra dama y hablóla con tono animado.

«Sí—pensó Kitty—hay en ella una seducción extraña, casi infernal.»

Ana no quería quedarse á cenar, y el dueño de la casa insistió.

—Quédese usted, Ana Arcadievna—la dijo Korsunsky, cogiéndola del brazo.—¿No le agrada á usted el cotillón inventado por mí? ¡Es una *alhaja!*

Y trató de llevarla consigo, al ver que el dueño de la casa le incitaba con una sonrisa.

—No puedo permanecer aquí más tiempo—contestó Ana, sonriendo también; pero los dos hombres comprendieron por su tono que estaba resuelta á marcharse.—No—añadió—porque he bailado más esta noche que durante todo el invierno en San Petersburgo.

Después volvióse hacia Wronsky, que estaba á su lado, y le dijo:

—Es preciso descansar antes del viaje.

—¿Decididamente marchará usted mañana?—preguntó el joven.

—Pienso que sí—contestó Ana, como admirando el atrevimiento de aquella pregunta.

Mientras hablaba, el brillo de sus ojos y su sonrisa abrasaban el corazón de Wronsky.

Ana marchó sin asistir á la cena.

XXIV

«Debe haber en mí algo repulsivo—pensaba Levine al salir del palacio de los Cherbatzky para volver á casa de su hermano.—No soy simpático á los demás hombres; dicen que tengo orgullo, y carezco de él completamente. ¿Me habría colocado yo en semejante situación si no fuera así?» Figurábase á Wronsky feliz, amable, tranquilo, dotado de talento, y sin imaginarse siquiera una posición semejante á la suya. «Ella debía elegir—pensaba;—es muy natural, y yo no debo quejarme de nada ni de nadie; el único culpable soy yo. ¿Qué derecho tengo para suponer que ella consentiría en ser mi esposa? ¿Qué soy yo? Un hombre inútil para mí mismo y para los otros.»

De pronto pensó en su hermano Nicolás. «¿No tiene él razón cuando dice que todo es malo y detestable en este mundo? ¿Hemos sido justos alguna vez al juzgar á Nicolás? Ciertamente, á los ojos de Prokofi, que le encontró embriagado y con la pelliza desgarrada, es un sér despreciable; pero mi punto de vista es distinto; conozco su corazón y sé que nos parecemos. ¡Y yo que en vez de ir á buscarle he venido aquí!»

Levine se acercó á un reverbero para descifrar las señas de su hermano, y alquiló al paso un coche. Durante el trayecto, que fué largo, Levine recordó uno por uno los incidentes de la vida de Nicolás: acordóse que en la Universidad, y un año después de haberse separado de él, su hermano vivió como un monje, sin hacer aprecio de las bromas de sus compañeros, cumpliendo rigurosamente con todas las prescripciones de la religión, huyendo de todos los placeres, y sobre todo del sexo femenino; más tarde habíase relacionado con hombres de la peor especie, para entregarse al libertinaje; y cierto día adoptó un muchacho campesino para educarle; pero le

maltrataba de tal modo durante los accesos de cólera, que se le formó causa y faltó poco para que se le condenara por delito de mutilación. Levine recordó también la historia de Nicolás con un estafador, á quien dió una letra de cambio para pagar una deuda de juego, citándole después ante un tribunal por haberle engañado. Precisamente era la letra de cambio que Sergio Ivanovitch acababa de pagar. Tenía muy presente la noche en que Nicolás fué detenido por desórdenes nocturnos, y el proceso escandaloso entablado por él contra su hermano Sergio, cuando acusó á éste de no querer pagarle la parte de herencia de su madre; y por último, recordaba su última aventura, cuando, á causa de haberla emprendido contra un empleado, se le citó á juicio por golpes inferidos á un superior. Todo esto parecía odioso; mas para Levine la impresión no era tan mala como para aquellos que no conocían á Nicolás, porque se imaginaba conocer el fondo de aquel corazón y su verdadera historia.

Levine no olvidaba que en el tiempo en que Nicolás buscó en las prácticas de la devoción un freno á sus malas pasiones, nadie le había aprobado ni sostenido; cada cual, por el contrario, trató de ridiculizarle; y después, cuando llegó el momento de la caída, nadie le tendió la mano; muy lejos de ello, todos huyeron de él con horror y disgusto.

Levine comprendía que Nicolás no debía juzgarse en el fondo de su alma más culpable que aquellos que le despreciaban. ¿Era él responsable de su indómito carácter y de su limitada inteligencia? ¿No había tratado de mantenerse en el buen camino? «Le hablaré con la mayor franqueza—pensó Levine—obligándole á que haga lo mismo, procurando probarle que le comprendo porque le amo.»

Dió orden para que le condujeran á la casa cuyas señas indicó, y á eso de las once de la noche estaba ya á la puerta.

—Números 12 y 13—contestó el portero á la pregunta de Levine.

—¿Está en casa?

—Supongo que sí.

La puerta número 12 estaba entornada, y de la habitación salía un espeso humo de tabaco de calidad inferior; Levine oyó una voz desconocida, y después reconoció la presencia de su hermano por su manera de toser.

Al entrar en una especie de recibimiento, la voz desconocida decia:

«Todo depende de que el asunto se conduzca con acierto.»

Levine dirigió una mirada por la abertura de la puerta y vió que el que hablaba era un hombre joven, de la clase del pueblo, á juzgar por su traje; en el sofá estaba sentada una mujer, joven también, de pobre aspecto, con vestido de lana sin cuello y sin puños. El corazón de Levine se oprimió al ver con qué clase de gente se trataba su hermano. Nadie le había oído, y adelantándose con precaución, escuchó lo que el hombre decía: tratábase, al parecer, de arreglar un negocio.

—¡El diablo se lleve á las clases privilegiadas!—decia su hermano después de haber tosido.—Macha—añadió—arréglanos pronto la cena, y danos vino si ha quedado; si no lo hay, puedes ir á comprarlo.

La mujer se levantó, y al salir vió á Levine al otro lado de la puerta.

—Alguno pregunta por usted, Nicolás Dmitrievitch—dijo la mujer.

—¿Qué quiere?—preguntó Nicolás con acento de cólera.

—Soy yo—contestó Levine presentándose en la puerta.

—¿Quién?—repitió la voz de Nicolás con tono irritado.

Levine le oyó levantarse vivamente, cogiéndose á alguna cosa, y un momento después pudo ver la elevada estatura de su hermano, flaco y encorvado, cuyo salvaje aspecto, hosco y enfermizo, le causó pavor.

Habia enflaquecido más desde la última vez en que Levine le habia visto, tres años antes; llevaba una levita recortada, y no sólo sus manos, sino todos sus miembros, parecían más grandes; el bigote se erizaba al rededor de los labios como en otro tiempo, y su mirar era extraviado.

—¡Hola, Kostia!—exclamó al reconocer á su hermano, mientras sus ojos brillaban de alegría; después, volviéndose hacia el joven, hizo con la cabeza y el cuello un movimiento nervioso, bien conocido de Levine, y en su rostro enflaquecido pintóse una expresión salvaje y cruel.

—Ya he escrito á Sergio Ivanitch y á usted; pero no les conozco ni quiero conocerlos. ¿Qué se te ofrece, qué necesitas de mí?

Constantino Levine habia olvidado cuán difícil era tolerar

el carácter de Nicolás, que había imposibilitado siempre toda relación de familia; habíase representado á su hermano de otra manera al pensar en él; pero al observar sus facciones y ademanes, recordó el pasado.

—No he venido á pedirte nada—contestó Levine con timidez;—mi único objeto era verte.

El aspecto temeroso de su hermano dulcificó á Nicolás.

—¡Ah!—exclamó, haciendo una mueca;—en ese caso, entra y siéntate. ¿Quieres cenar? Macha, trae tres platos... no, espérate. ¿Sabes quién es?—añadió señalando al hombre mal vestido;—es mi amigo Kritzki; le he conocido en Kiew, y le tengo por persona muy notable. La policía le persigue, naturalmente, porque no es un cobarde.

Así diciendo, miró á los presentes, como lo hacía siempre después de hablar, y dirigiéndose luego á la mujer que estaba á punto de salir, gritó:

—¡Te digo que esperes!

Y comenzó á referir, con esa dificultad para hablar que Levine conocía ya, toda la historia de Kritzki: dijo cómo se le había expulsado de la universidad por haber querido fundar una sociedad de socorros; recordó que después fué nombrado maestro de instrucción primaria; y que por último dió motivo á una formación de causa, sin saberse á punto fijo por qué.

—¿Es usted de la universidad de Kiew?—preguntó Levine para interrumpir un silencio enojoso.

—Sí, he sido—contestó Kritzky, frunciendo el entrecejo con expresión de enojo.

—Y esa mujer—añadió Nicolás señalándola—es María Nicolaevna, la compañera de mi vida; la he recogido en una casa, pero la amo y la aprecio, y todos aquellos que quieran conocerme deben respetarla: la considero como mi esposa. Ya sabes á qué atenerte; y ahora, si crees rebajarte, dueño eres de irte.

Y dirigió una mirada interrogadora á los presentes.

—No comprendo por qué me rebajaría—dijo Levine.

—Pues entonces, que suban tres raciones, Macha, aguardiente y vino; no, espera... vamos, es igual, véte.

XXV

—Mira—continuó Nicolás Levine, arrugando la frente y agitándose, pues no sabía qué hacer ni qué decir—¿ves eso? —y señaló algunas barras de hierro atadas con cordeles, que estaban en un ángulo de la habitación—pues has de saber que es el principio de una nueva obra que ahora emprenderemos: se trata de un *artel* (1) profesional.

Levine no escuchaba apenas; limitábase á observar el aspecto enfermizo de su hermano, y su compasión creciente impedíale fijar la atención en lo que le decía; pero no ignoraba que aquella obra no era sino una tabla de salvación para evitar que el infeliz se despreciase á sí propio completamente.

—Ya sabes—continuó Nicolás—que el capital aniquila al obrero; este último es entre nosotros el campesino, el que sostiene todo el peso, y que nunca puede salir de su estado de bestia de carga por mucho que trabaje. Todo el beneficio, todo lo que podría mejorar la suerte de los campesinos, dejándoles algún desahogo, y ocasión además para recibir alguna instrucción, es absorbido por el capitalista. Y la sociedad se ha constituído de tal modo, que cuanto más se afanan los jornaleros, más se enriquecen á sus expensas los propietarios y comerciantes, sin que el trabajador salga nunca de su triste situación. Esto es lo que se debe cambiar.

Y miró á su hermano con aire interrogador.

—Sí, seguramente—contestó Constantino, observando que en las mejillas de su hermano se formaban dos manchas rojas.

—Por eso organizamos un *artel* de cerrajería en el que todo será común, trabajo, beneficios, y hasta los mismos útiles.

—¿Dónde estará ese *artel*?—preguntó Constantino.

—En el pueblo de Vasdrem, en el gobierno de Kasán.

—¿Por qué en un pueblo? Me parece que en el campo no falta trabajo. ¿Y por qué establecer un *artel* de cerrajería?

---

(1) Asociación obrera.

—Porque el campesino sigue siendo siervo como siempre; y he aquí por qué os desagrada, á Sergio y á ti, que se trate de sacarle de esa esclavitud—contestó Nicolás, contrariado por aquella observación.

Mientras que hablaba, Constantino había examinado la estancia, triste y sucia; y como suspirase, irritó con esto más aún á su hermano.

—Ya conozco vuestras preocupaciones aristocráticas—dijo Nicolás—y sé que Sergio hace uso de todas las fuerzas de su inteligencia para defender los males que nos agobian.

—¿Por qué hablas de Sergio?—preguntó Levine sonriendo.

—¿De Sergio? Voy á decirte por qué hablo—gritó Nicolás; —pero ¿de qué serviría? Dime tú por qué has venido; parece que desprecias todo esto. ¡Mejor, véte al diablo!—y Nicolás se levantó gritando:—¡Véte de aquí, véte!

—Yo no desprecio nada—dijo Levine dulcemente—ni tampoco discuto.

En aquel momento entró María Nicolaevna; Nicolás se volvió con ademán de cólera, pero la mujer se acercó á él vivamente y díjole algunas palabras al oído.

—Estoy enfermo—añadió Nicolás, al parecer más tranquilo—y tengo el carácter irritable. Has venido para hablarme de Sergio y de sus artículos, que para mí están plagados de insensateces, de locuras y de errores. ¿Cómo puede hablar de justicia un hombre que no sabe nada de ella? ¿Ha leído usted su artículo?—añadió dirigiéndose á Kritzki.

Y acercándose á la mesa, quiso tirar los cigarrillos que en ella estaban á medio hacer.

—No le he leído—contestó Kritzki, con expresión sombría, rehusando evidentemente tomar parte en la conversación.

—¿Por qué?—preguntó Nicolás con acento de cólera.

—Porque me parece inútil perder así el tiempo.

—¿Y cómo sabe usted que perdería el tiempo? Para muchas personas, el artículo sería incomprensible; mas no para mí, que leo á través de los pensamientos.

Nadie contestó: Kritzki se levantó lentamente y cogió su gorro.

—¿No quiere usted cenar?—preguntó Nicolás.—Entonces, buenas noches; podrá volver mañana con el cerrajero.

Apenas hubo salido Kritzki, Nicolás guiñó un ojo sonriendo.

—Tampoco ese sabe mucho—murmuró;—ya lo veo...

Kritzki le llamó desde el umbral de la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó Nicolás, dirigiéndose hacia el corredor.

Una vez solo con María Nicolaevna, Levine la preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que está usted con mi hermano?

—Unos dos años. Su salud se ha debilitado mucho; bebe con exceso.

—¿Cómo lo entiende usted?

—Bebe aguardiente, y esto le hace daño.

—¿Y en gran cantidad?—preguntó Levine en voz baja.

—Sí—contestó la mujer, mirando con temor hacia la puerta, donde apareció Nicolás.

—¿De qué habláis?—preguntó éste, frunciendo el entrecejo.

—De nada—contestó Levine confuso.

—Si no queréis decirlo, no lo digáis, pero tú no necesitas hablar con ella, Constantino, porque es una mujer abandonada y tú un caballero... Ya veo que has comprendido y juzgado todo, y que miras con desprecio mis errores—añadió levantando la voz.

—¡Nicolás, Nicolás!—murmuró María Nicolaevna acercándose á él.

—¡Está bien, está bien!... ¿Y dónde está esa cena? ¡Ah! ya la tenemos aquí—dijo, al ver entrar un criado con una bandeja.

—Por aquí—continuó con acento irritado; y llenando un vaso de aguardiente, apuróle con avidez.

—¿Quieres?—preguntó á Levine, más sereno ya.—No hablemos una palabra más de Sergio Ivanitch. Yo me alegro mucho de verte, y por más que se diga, no somos extraños el uno para el otro. Bebe, pues; cuéntame lo que haces y dime cómo vives.

Nicolás volvió á llenar su vaso.

—Lo mismo que antes, en el campo; sólo me ocupo de la agricultura—replicó Levine, observando, no sin terror, la avidez con que su hermano comía y bebía, y esforzándose para disimular sus impresiones.

—¿Por qué no te casas?

—Aún no he hallado mujer—respondió Levine sonrojándose.

—¿Cómo es eso? En cuanto á mí, todo ha concluído; he malgastado mi vida; pero digo, y diré siempre, que si me hubieran dado mi parte de herencia cuando la necesitaba, otra hubiera sido mi suerte.

Constantino se apresuró á cambiar de conversación.

—¿Sabes que conservo algunos objetos tuyos en mi casa de Pakrofsky?

Nicolás hizo un movimiento nervioso con el cuello, pareciendo reflexionar.

—¡Ah!—exclamó—dime lo que pasa en Pakrofsky. ¿Está la casa lo mismo? ¿Y nuestros abedules, y nuestra habitación de estudio? ¿Es posible que Felipe el jardinero viva aún? ¡Cómo me acuerdo del pequeño pabellón y de aquel diván grande! No cambies nada en la casa, busca esposa pronto y vuelve á la vida de otro tiempo. Yo iré entonces á tu casa, si tienes buena esposa.

—¿Y por qué no has de ir ahora? Nos arreglaríamos muy bien.

—Ya hubiera ido si no temiese encontrar á Sergio Ivanitch.

—No le encontrarás: yo vivo independiente.

—Sí, pero por más que digas, te es preciso elegir entre él y yo—dijo Nicolás, fijando con temor una mirada en su hermano.

Aquella timidez conmovió á Levine.

—Si quieres que te hable con franqueza respecto á vuestra disputa, te diré que no me declaro en favor del uno ni del otro; en mi concepto, ambos estáis en un error; sólo que tú te engañas exteriormente, y él interiormente.

—¡Ah! ¡tú lo has comprendido!—gritó Nicolás con una explosión de alegría.

—Y si quieres saberlo todo—dijo Levine—añadiré que tu amistad es la que aprecio personalmente más, porque...

—¿Por qué, por qué?

Constantino no se atrevía á decir que era porque compadecía á Nicolás; pero éste lo comprendió, y siguió bebiendo con aire sombrío.

—¡Basta, Nicolás!—dijo María Nicolaevna, alargando su gruesa mano para coger la botella del aguardiente.

—¡ Déjame en paz, ó de lo contrario te sacudo!

María desarmó á Nicolás con una sonrisa, y retiró la botella.

—Tal vez te parezca á ti—dijo Nicolás á su hermano—que esta mujer no entiende nada; pero te aseguro que es más lista que nosotros. ¿No te parece que hay algo bueno en ella?

—¿No ha estado usted nunca en Moscou?—preguntó Constantino, por decir alguna cosa.

—No la trates de *usted*—dijo Nicolás—pues salvo el juez de paz que la juzgó cuando quiso salir de la casa donde estaba, todos la tutearon siempre. ¡Dios mío, cuánta falta de buen sentido hay en este mundo! ¡Esas nuevas instituciones, esos jueces de paz... qué monstruosidades!

Constantino escuchaba silencioso; aquella necesidad de negar y criticar, que compartía con su hermano, érale desagradable en aquel momento.

—Ya comprenderemos todo eso en el otro mundo—dijo en tono de broma.

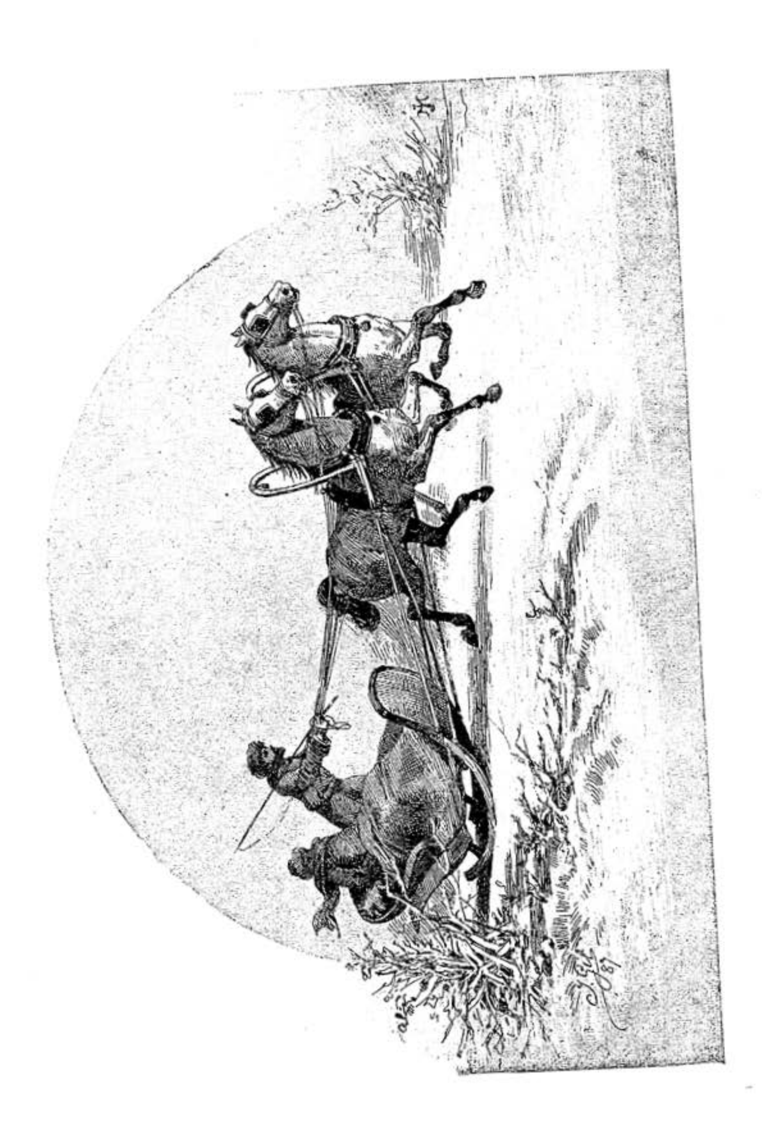
—¡En el otro mundo!—repitió Nicolás—no me hables de eso, que me desagrada mucho!—añadió fijando en su hermano una mirada de terror.—Bueno sería salir de este caos, de todas estas miserias; pero temo mucho la muerte.—Vamos, bebe un poco—dijo, estremeciéndose involuntariamente.—¿Quieres un poco de champaña, ó te parece mejor que salgamos? Iremos á ver los bohemios. ¿Sabes que me he aficionado á sus mujeres y á las canciones rusas?...

Nicolás tenía ya la lengua muy torpe, y tan pronto hablaba de una cosa como de otra, por lo cual Levine, auxiliado por Macha, indújole á no salir, y le acostaron completamente ebrio.

Macha prometió á Levine escribirle, si fuese necesario, esforzándose para persuadir á Nicolás á que fuera á vivir á su casa.

XXVI

Á la mañana siguiente, Levine salió de Moscou, y por la noche hallábase ya en su casa. Durante el viaje, trabó con-



versación en el coche con sus compañeros de camino; habló de política, de vías-ferreas; y así como en Moscou, disgustóle oir tantas opiniones diversas, y estuvo descontento de sí propio, sin saber por qué; pero cuando divisó á Ignacio, su cochero tuerto, con el trineo revestido de una alfombra, en la cual se reflejaba la luz vacilante de las lámparas de la estación; cuando vió los caballos, con sus colas bien recogidas y sus cascabeles, y cuando al sentarse en el trineo su criado le habló de los asuntos domésticos, su mal humor y su disgusto se desvanecieron poco á poco. Sólo la vista de Ignacio y de los cuadrúpedos bastó para aliviarle; pero cuando después de abrigarse con la pelliza de piel de carnero que le habían llevado, se instaló en su vehículo y comenzó á pensar en las órdenes que daría al llegar á casa, el pasado se le apareció bajo un aspecto muy distinto. Ya no deseó cambiarse por otro, y propúsose sólo ser mejor de lo que había sido hasta entonces. Sin aspirar á dichas extraordinarias, se contentaría con la realidad presente; sabría resistir á las malas pasiones, como las que le dominaron el día que hizo su demanda de matrimonio; y por último prometióse no olvidar á Nicolás, y ayudarle cuando estuviese peor, lo cual sucedería pronto, por desgracia, á su modo de ver. La conversación sostenida con su hermano sobre el comunismo le hizo reflexionar. Consideraba como absurda una reforma de las condiciones económicas; pero no le chocaba menos el injusto contraste de la miseria del pueblo, comparada con lo superfluo de que él podía disfrutar; por lo mismo prometióse trabajar en adelante más, y no ostentar tanto lujo como en otro tiempo. Sumido en estas reflexiones, llegó al fin á su casa bajo la impresión de los más agradables pensamientos.

Una débil claridad iluminaba las ventanas de su anciana sirvienta; Kousma, el criado, despertado de improviso, precipitóse con los pies desnudos y casi dormido para abrir la puerta; y Laska, la perra de caza, corrió también al encuentro del amo, derribando casi á Kousma, para recibir á Levine; el fiel animal, sosteniéndose sobre sus patas posteriores, proponíase sin duda apoyar las otras en el pecho de su amo.

—Ha vuelto usted muy pronto, padrecito—dijo Ágata Mikhaïlovna.

—Me aburría en Moscou—contestó Levine;—no se está mal en casa de los otros, pero me hallo mejor en la mía.—Y pasó á su habitación.

La estancia se iluminó al punto con bujías, llevadas apresuradamente, y poco á poco observó todos los detalles que le eran familiares: las grandes astas de ciervo, los estantes cargados de libros, el espejo, la estufa con sus conductos, que hacía tiempo se debían componer, el antiguo diván de su padre, la enorme mesa, y sobre ésta un libro abierto, y un cuaderno con casi todas las hojas escritas.

Al verse allí, Levine comenzó á dudar de la posibilidad de un cambio de existencia tal como le soñara en el camino. Todos aquellos vestigios de su vida pasada parecían decirle: «No, tú no nos abandonarás, ni te convertirás en otro; seguirás siendo lo que siempre fuiste, con tus dudas, tu continuo descontento de ti mismo, tus inútiles tentativas de mejora, tus recaídas, y tu eterna esperanza de una felicidad que no se ha hecho para ti.»

He aquí lo que decían los objetos exteriores; mientras una voz diferente hablaba en su alma, murmurando que no debía ser esclavo de su pasado, y que cada cual hacía de sí cuanto quería. Obedeciendo á esta voz, acercóse á un ángulo de la habitación, donde se veían dos grandes pesos, y los levantó para hacer un poco de gimnasia, á fin de recobrar toda su fuerza; mas en el mismo instante oyó ruido junto á la puerta.

Era el intendente, quien comenzó por anunciar que, á Dios gracias, todo iba bien; pero que el trigo se había quemado en el nuevo secadero. Levine se irritó, porque aquel aparato, construído y casi inventado por él, no había merecido nunca la aprobación del intendente, que ahora anunciaba el hecho con calma y cierto aire de modesto triunfo. Levine estaba persuadido de que se habrían descuidado precauciones cien veces recomendadas, y dejándose llevar de su mal humor, reprendió al pobre hombre; pero éste le dió otra noticia importante: Pava, la mejor de las vacas, comprada en la exposición, había parido.

—Kousma—dijo Levine—dame el capote; y tú—añadió, volviéndose hacia el intendente—enciende la linterna; quiero ver eso.

El establo de las vacas de más valor estaba junto á la casa; Levine cruzó el patio entre los montones de nieve acumulada entre las matas, acercóse al establo y abrió la puerta, medio helada en los goznes. Al punto se percibió un olor cálido de estiércol; las vacas, asombradas por la inesperada luz de las linternas, revolviéronse en sus frescos lechos de paja, y muy pronto vió Levine brillar en la penumbra el lomo negro y blanco de la vaca holandesa. Berkut, el toro, con el anillo en el belfo, quiso levantarse, pero contentóse con producir un ruidoso resoplido.

La hermosa Pava, tan grande como un hipopótamo, estaba echada junto á su ternera, y protegíala con su cuerpo.

Levine examinó el animal, poniéndole de pie, aunque apenas se sostenía con sus largas patas temblorosas.

Pava mugió por efecto de su emoción, pero tranquilizóse cuando Levine le devolvió su hijuelo, al que comenzó á lamer, respirando ruidosamente.

—Alumbra por aquí, Fedor—dijo Levine, examinando otra vez el ternero.—¡Ah! tiene el mismo pelaje del padre. —¿Verdad que es un hermoso animal, Wassili Fedorovitch?—preguntó al intendente, olvidando, por la satisfacción que esto le causaba, que se le hubiera quemado el trigo.

—Sí, señor; no podía ser feo. Simón el contratista vino al día siguiente de haber marchado usted, y opino que convendrá arreglarse con él.—Ya he tenido el honor de hablarle de la máquina.

Esta sola frase hizo pensar á Levine en todos los detalles de su explotación, que era grandiosa y complicada; y desde el establo pasó á la oficina para hablar con el contratista y el intendente, trasladándose después á su salón.

XXVII

La casa de Levine era grande y antigua, pero ocupábala por completo, aunque viviese en ella solo; era en cierto modo absurda é impropia para realizar sus nuevos proyectos; pero aquella casa le representaba todo un mundo, en el que habían vivido y muerto su padre y su madre, con esa existencia que

para Levine constituía el ideal de la perfección, y que se proponía continuar con una familia propia.

Levine no conservaba apenas memoria de su madre; pero su recuerdo le era sagrado, y si se casaba, su esposa debía asemejarse mentalmente á ese ideal encantador y adorado. Para él no podía existir el amor fuera del matrimonio, y aun iba más allá: opinaba que á la familia debía atender ante todo, y después á la mujer que se la diese; de modo que sus ideas sobre el casamiento diferían mucho de las que profesaban los más de sus amigos, para los cuales el matrimonio representaba únicamente uno de los numerosos actos de la vida social; mientras que Levine lo consideraba el más importante de la existencia, aquel de que dependía toda su felicidad. ¡Y sin embargo, era preciso renunciar!

Cuando entró en su pequeña sala donde solía tomar el té, y se hubo sentado en su sillón con un libro en la mano; en tanto que Ágata Mikhaïlovna le llevaba su taza y colocábase junto á la ventana, diciendo como de costumbre: «Padrecito, permítame usted sentarme,» Levine reconoció que no había renunciado á sus meditaciones, ni podría vivir sin ellas. Se casaría con Kitty ó con otra, pero se casaría. Las imágenes de una futura vida de familia ocupaban su pensamiento, y sólo se distraía de ellas para escuchar á veces las habladurías de Ágata, comprendiendo que en el fondo de su alma se moderaba alguna cosa, aunque fijándose también irrevocablemente.

Ágata refería cómo Prokhor se había olvidado de Dios, y en vez de comprar un caballo con el dinero que Levine le diera, había comenzado á beber sin tregua, y á pegar á su mujer hasta matarla casi: escuchando estas cosas Levine leía en su libro, y en él hallaba el hilo de los pensamientos que en él despertaba la lectura. Este libro era de Tyndall, y trataba del calórico. Levine recordó haber criticado al autor por la satisfacción con que hablaba del buen éxito de sus experimentos, y por su falta de observaciones bajo el punto de vista filosófico. De repente, una idea agradable cruzó por su espíritu, y murmuró: «De aquí á dos años podré tener dos holandesas, y aun conservaré á Pava. ¡Será magnífico!» Después continuó su lectura, y díjose á poco: «Pues bien, supongamos que la electricidad y el calor no sean sino una sola y

misma cosa. ¿Se podrá en este caso emplear las mismas unidades en las ecuaciones que sirven para resolver la cuestión? No. ¿Pues y entonces? El lazo que existe entre todas las fuerzas de la naturaleza se deja sentir, por lo demás, instintivamente... ¡Y qué buen rebaño tendré cuando la hija de Pava haya llegado á ser una vaca roja y blanca! Mi esposa y yo saldremos con algunos visitantes para ver cómo entran en el establo. ¿Pero quién será mi mujer?» Y recordando lo que había pasado en Moscou, añadió: «¿Qué hacer? Yo no puedo nada. Sin embargo, ahora todo marchará de otra manera; es una necedad dejarse dominar por el pasado; se ha de luchar para vivir mejor, mucho mejor...»

La vieja Laska, que no había saboreado bien aún la dicha de haber vuelto á ver á su amo, acababa de dar una vuelta por el patio, atronándole con sus ladridos, y volvía á la habitación meneando la cola muy satisfecha; acercóse á su amo, y apoyando la cabeza en su rodilla, reclamó una caricia, gruñendo expresivamente.

—Aunque sea un perro—dijo la anciana Ágata—no le falta más que hablar; comprende que el amo ha vuelto y está triste.

—¿Por qué triste?

—¿No lo veo yo, padrecito? Hora es ya de que conozca á los amos, pues en su compañía he vivido desde la infancia. Con tal que la salud sea buena y la conciencia esté tranquila, lo demás importa poco.

Levine la miró atentamente, admirándose de que adivinara así sus pensamientos.

—¿Llenaré la segunda taza?—preguntó.

Y sin esperar contestación, fué á buscar el té.

Laska seguía empujando con su cabeza la mano de Levine; cuando éste la acarició echóse en redondo á sus pies; y como para demostrar que todo iba bien y entraba en orden, abrió ligeramente la boca, deslizó la lengua entre sus viejos dientes, y produciendo un ligero chasquido con los labios, entregóse á un reposo lleno de beatitud. Levine seguía todos sus movimientos.

«Haré lo mismo—pensó;—aún se podrá arreglar todo.»

XXVIII

Ana Arcadievna envió al día siguiente del baile un telegrama á su esposo para anunciarle que saldría de Moscou á las pocas horas.

—No, es preciso que me marche—dijo á su cuñada, para explicar su cambio de proyectos, como si recordase de pronto los muchos asuntos que debía evacuar;—más vale que emprenda el viaje hoy mismo.

Estéfano Arcadievitch comía fuera; pero prometió volver para acompañar á su hermana á las siete. Kitty no se presentó, y excusóse con una esquela, en la cual decía que le aquejaba la jaqueca.

Dolly y Ana comieron solas con la inglesa y los niños. Estos últimos, bien fuese por inconstancia ó instinto, no jugaron con su tía como el día de su llegada; su ternura se había desvanecido, y al parecer preocupábanse muy poco de su marcha. Ana pasó las primeras horas haciendo sus preparativos de viaje; escribió algunas esquelas de despedida, pagó sus cuentas y arregló los baúles. Á Dolly le pareció que no tenía el alma tranquila, y que aquella agitación, la cual conocía por experiencia, tenía su razón de ser en un descontento general de sí misma. Después de comer, Ana subió á su habitación para vestirse, seguida de Dolly, que la dijo de pronto:

—Me parece observar hoy en ti alguna cosa extraña.

—¿Extraña? Nada de eso; es que no estoy buena; esto me sucede también con frecuencia cuando tengo ganas de llorar. Conozco que es una estupidez, mas ya pasará—añadió vivamente, ocultando en parte el rostro con un saquito de seda, donde guardaba su tocado de noche y sus pañuelos de bolsillo. En sus ojos brillaron algunas lágrimas que á duras penas pudo contener.—No deseaba salir de San Petersburgo, y ahora me cuesta marcharme de aquí.

—Has venido á hacer una buena acción—dijo Dolly, observando á su cuñada atentamente.

Ana la miró con los ojos preñados de lágrimas.

—No digas eso, Dolly; nada he hecho ni podía hacer tampoco. Con frecuencia me pregunto porqué se conjuran todos

al parecer para mimarme. ¿Qué podía hacer yo? Has hallado en tu corazón bastante amor para perdonar...

—¡Dios sabe lo que habría sucedido sin ti! ¡Qué feliz eres, Ana!—exclamó Dolly;—todo es claro y puro en tu alma!

—Cada cual tiene en ella sus *esqueletos*, como dicen los ingleses.

—¿Cuáles puedes tú tener?

—Tengo los míos!—replicó Ana, con una sonrisa burlona que plegó sus labios á pesar de las lágrimas.

—En tal caso—repuso Dolly sonriendo—serán esqueletos divertidos, y no tristes.

—¡Oh! no, son tristes. ¿Sabes por qué me marcho hoy en vez de mañana? Esta confesión me pesa, pero quiero hacerla—añadió Ana, sentándose con aire resuelto y mirando á Dolly fijamente.

Esta última observó con asombro que Ana se había ruborizado de un modo extraordinario.

—Sí—continuó;—¿sabes por qué Kitty no ha venido á comer? Pues voy á decírtelo: es porque está celosa de mí... yo he sido causa de que ese baile, en vez de ser una alegría para ella, se convirtiera en martirio; pero debo asegurarte de todas veras que no soy culpable, ó si acaso, muy poco—añadió, recalcando en la última palabra.

—¡Cómo te has parecido á Estéfano al decir esto!—repuso Dolly sonriendo.

Ana se resintió de estas palabras.

—¡Oh! no, yo no soy Estéfano—replicó con expresión sombría;—te refiero esto porque no quisiera dudar de mí misma un solo instante.

En el momento de pronunciar estas palabras, Ana comprendió que no eran justas, pues no solamente dudaba de sí misma, sino que el recuerdo de Wronsky la impresionaba de tal modo, que había resuelto marcharse antes de lo que pensaba para no encontrarle más.

—Sí—repuso Dolly—Estéfano me ha dicho que habías bailado un cotillón con él, y que...

—No puedes figurarte qué giro tomó todo eso. Yo pensaba contribuir á que se efectuase el matrimonio, y en vez de ayudar... tal vez contra mi deseo...

Ana se ruborizó de nuevo y guardó silencio.

—¡Oh! esas cosas se sienten de pronto—dijo Dolly.

—Me desesperaría si por parte de él hubiese alguna dificultad seria—interrumpió Ana;—pero estoy convencida de que todo se olvidará pronto, y de que Kitty no me tendrá mala voluntad.

—Á decir verdad, no sentiría que se descompusiera el proyecto de matrimonio en el caso de que Wronsky se hubiese enamorado de ti en solo un día.

—¡Dios mío, eso fuera una locura!—exclamó Ana, ruborizándose de placer al ver que Dolly emitía el mismo pensamiento que ocupaba su espíritu. — Hete aquí que ahora me marcho, dejando á Kitty como enemiga, siendo así que la amaba tanto. Pero ya arreglarás tú esto, ¿no es verdad?

Dolly reprimió á duras penas una sonrisa. Amaba á su cuñada, pero no le disgustaba encontrar en ella también debilidades.

—¿Una enemiga?—repitió;—es imposible.

—Hubiera deseado que me amaseis tanto como yo os amo—dijo Ana con lágrimas en los ojos.—¡Dios mío, cuántas tonterías digo hoy!

Y pasándose un pañuelo por los ojos, comenzó á arreglarse.

Por fin llegó el momento de marcha: Estéfano Arcadievitch se presentó con el rostro enrojecido y animado, oliendo á vino y tabaco.

La ternura de Ana se había comunicado á Dolly, y al abrazarse por última vez, ésta murmuró al oído de aquella: «Piensa, querida Ana, que no olvidaré nunca lo que has hecho por mí, y que te amo y amaré siempre como á mi mejor amiga.»

—No comprendo por qué—contestó Ana, abrazando á Dolly y reteniendo sus lágrimas.

—Me has comprendido y me comprendes aún. ¡Adiós, querida mía!

XXIX

«¡Todo acabó al fin, á Dios gracias!» pensó Ana después de despedirse de su hermano, que había ocupado con su persona la entrada del coche hasta que hicieron la tercera señal.

La hermosa dama fué á sentarse al lado de Annouchka, su doncella, en el pequeño diván, y examinó el compartimiento, débilmente iluminado. «Á Dios gracias — se dijo — mañana volveré á ver á mi hijo y á Alejo Alexandrovitch, y mi vida volverá á ser la misma de antes.»

Con esa necesidad de agitarse de que estuvo dominada todo el día, Ana hizo minuciosamente sus preparativos para la noche; con sus lindas manos sacó del maletín una almohada, púsola sobre sus rodillas y se tapó los pies. Una dama enferma arreglaba ya también sus cosas; otras dos entablaron conversación con Ana; y una vieja, rodeando sus piernas con una manta, hizo varias observaciones críticas sobre la calefacción. Ana contestó á lo que la dijeron; pero como no tenía interés alguno en la conversación, pidió á su camarera la linterna de viaje, fijóla en el respaldo de su asiento, y tomó de su saco una novela inglesa y una plegadera. Al principio le fué difícil leer, porque á cada momento pasaba álguien junto á ella, pero cuando el tren se puso en movimiento, escuchó involuntariamente los ruidos exteriores: la nieve que azotaba los vidrios, el conductor que pasaba, completamente cubierto de blancos copos, la conversación de sus compañeras de viaje, que hablaban de la tempestad que reinaba; todo, en fin, era para Ana motivo de distracción. Después se siguió algo más monótono; siempre las mismas sacudidas y el mismo ruido, la misma nieve en la ventanilla, é iguales cambios bruscos de temperatura, del calor al frío y viceversa, los mismos semblantes y las mismas voces. Ana consiguió al fin leer y comprender lo que leía, mientras que su camarera dormitaba ya, con el saco sobre las rodillas, sostenido por sus gruesas manos revestidas de guantes de abrigo. Sin embargo, la lectura no la inducía á interesarse en la vida de otro; érale esto intolerable, porque necesitaba demasiado vivir para sí misma. La heroína de su novela cuidaba enfermos: Ana hubiera querido imitarla; un diputado del Parlamento pronunciaba un discurso: Ana deseó hallarse en su lugar; la joven María montaba á caballo, admirando al mundo por su audacia: Ana sintió que no le fuera posible hacer lo mismo; érale preciso permanecer tranquila, y sus pequeñas manos atormentaron impacientemente la plegadera.

El héroe de su novela llegaba al fin al apogeo de su dicha,

por haber adquirido un título de barón y algunas tierras: Ana hubiera querido marchar á su posesión, mas parecióle de pronto que en esto habría algo vergonzoso para el favorecido,



y para ella también. «¿Pero de qué podría avergonzarme yo?» preguntóse la dama, apoyándose en el respaldo de su asiento, y oprimiendo la plegadera. Ana evocó todos sus recuerdos de

Moscou, que eran buenos y agradables; pensó en el baile, en Wronsky, en sus relaciones con él, en su expresión enamorada. ¿Había en esto cosa alguna de que pudiese ruborizarse? Seguramente que no, y sin embargo, en vano pugnaba por desechar un sentimiento de vergüenza al evocar este último recuerdo, pareciéndole que una voz interior le repetía refiriéndose á Wronsky: «¡Te abrasas, te quemas cada vez más!» «¿Qué significa esto? — se preguntó, agitándose en su asiento con violencia. — ¿No me será dado hacer frente á mis recuerdos? ¿Puede existir algo de común entre ese joven oficial y yo, como no sean las relaciones que se tienen con todo el mundo?» Ana sonrió con desdén, y cogió de nuevo su libro; pero decididamente no le era posible comprender lo que leía. Con la punta del cuchillo comenzó á frotar el vidrio del coche, para pasar después la fría superficie por su mejilla abrasada, mientras se reía casi en alta voz. Entonces reconoció que sus nervios se irritaban cada vez más, que sus ojos se abrían desmesuradamente, y que sus dedos se crispaban; parecióle que la oprimía una sofocación; las imágenes y los sonidos adquirían una importancia exagerada en la semi-oscuridad del coche, tanto que la dama se preguntó si avanzaban ó retrocedían, ó si el tren estaba parado. Poseída del temor de que la sobrecogiese un estado de atonía, y comprendiendo que aún le era dado resistir por la fuerza de la voluntad, levantóse, se despojó de su abrigo y de su cuello de pieles, y creyó sentir alivio. Un hombre alto y seco entró en aquel instante; en él reconoció al encargado de los calentadores; vióle mirar el termómetro, y observó cómo el viento y la nieve se introducían en el coche; después, todo se volvió á confundir para ella. De allí á poco, Ana creyó oir un ruido extraño, como de algo que se desgarrase rechinando; creyó ver un hierro enrojecido que brillaba y desaparecía detrás de una pared; y de pronto figuróscle que caía en un foso.

Todas estas sensaciones eran más divertidas que pavorosas. La voz del hombre cubierto de pieles pronunció un nombre á su oído; Ana se levantó, y entonces pudo comprender que llegaban á una estación y que aquel individuo era el conductor. Al punto pidió su chal y sus pieles, se las puso y dirigióse hacia la puerta.

— ¿La señora quiere salir? — preguntó Annouchka.

—Sí, necesito respirar; aquí hace mucho calor.

Y abrió la portezuela.

La nieve y el viento le cerraron el paso, lo cual le pareció extraño; pero sujetándose el vestido con una mano, y cogiéndose con la otra á un poste, bajó al andén.

Una vez preservada por los coches, serenóse un poco, y con verdadero placer aspiró el aire frío de aquella noche tempestuosa. De pie junto al tren, miró á su alrededor el suelo cubierto de nieve y la estación brillante de luces.

XXX

El viento soplaba con fuerza, introduciéndose entre las ruedas; formaba torbellinos alrededor de los postes, y cubria de nieve el tren y los viajeros. Algunas personas corrían acá y allá abriendo y cerrando las grandes puertas de la estación y conversando alegremente. Una sombra rozó el vestido de Ana, y ésta oyó el ruido de un martillo sobre el hierro.

«¡Que se envíe el telegrama!—gritaba una voz irritada al otro lado de la vía.—Por aquí, al número 28—vociferaban en otra parte.» Dos caballeros, con el cigarrillo en la boca, pasaron en aquel instante por delante de Ana; ésta se disponía á subir de nuevo al coche después de respirar con fuerza, como para hacer provisión de aire fresco, y sacaba ya la mano de su manguito, cuando la luz vacilante del reverbero quedó interceptada por un hombre que, cubierto de un paletó de militar, se acercó á ella: era Wronsky, á quien reconoció al punto.

El joven saludó, llevando la mano á la visera de su gorra, y preguntó respetuosamente á la viajera si podría serle útil en algo. Ana le miró, sin poder contestarle al pronto; y aunque Wronsky estaba en la sombra, creyó observar en sus ojos la expresión de entusiasmo que tanto llamara su atención la víspera. Muchas veces, la dama se había repetido que Wronsky no era para ella sino uno de esos jóvenes como los que se encuentran á centenares en el mundo, y en el cual no se permitiría pensar; pero al reconocerle en aquel momento, expe-

rimentó una orgullosa alegría. Inútil era preguntarse por qué estaba allí; Ana sabía, con tanta seguridad como si él se lo hubiese dicho, que se hallaba allí sólo por ella.

—Ignoraba que se propusiese usted ir á San Petersburgo—dijo Ana.—¿Qué le llama allí?—preguntó, sin poder disimular la alegría que iluminó su semblante.

—¿Por qué voy?—repitió Wronsky, mirándola fijamente—bien sabe usted que sólo voy para estar á su lado; no he podido hacer menos.

En aquel instante el viento, como si hubiese vencido todos los obstáculos, barrió la nieve del techo de los coches y agitó triunfalmente una plancha de zinc que acababa de desprender; mientras que el silbato de la locomotora producía un sonido plañidero y triste: jamás el horror de la tormenta había parecido tan hermoso á la bella Ana. Acababa de oir palabras que su razón temía, pero que su corazón deseaba.

Guardó silencio, pero comprendía la lucha que en ella se empeñaba.

—Dispénseme usted si le disgusta lo que acabo de contestar—murmuró Wronsky humildemente.

Hablaba con el mayor respeto, pero con un tono tan determinado, que Ana estuvo mucho tiempo sin responder.

—Lo que usted ha dicho no está bien—replicó al fin—y si se tiene por caballero galante, debe olvidarlo, como yo lo olvidaré también.

—Yo no olvidaré, ni me será posible olvidar nunca, ninguno de los ademanes ni de las palabras de usted...

—Basta, basta—exclamó Ana, procurando inútilmente comunicar á su rostro, que el joven observaba con amor, una expresión de severidad. Y apoyándose en el poste, franqueó rápidamente los peldaños de la pequeña plataforma y entró en el coche. Detúvose junto á la portezuela, deseosa de recordar lo que acababa de ocurrir, mas no halló en su memoria las palabras pronunciadas entre los dos; sólo comprendía que aquella conversación de pocos minutos les había acercado más; establecía como un lazo entre ella y el joven conde, y esto la espantaba, complaciéndola al mismo tiempo. Á los pocos segundos entró del todo en el coche y fué á ocupar su asiento.

Su excitación nerviosa aumentaba cada vez más; parecíale

que se iba á romper algo en su interior, y érale imposible dormir; pero su tensión de espíritu y sus meditaciones no tenían nada de penoso, asemejándose más bien á una agradable perturbación.

Por la mañana se adormeció un poco; era muy entrado el día cuando despertó, y pudo reconocer que se acercaban á San Petersburgo. Entonces pensó en su esposo, en su hijo, en su casa y en todas las preocupaciones que la esperaban aquel día y los siguientes.

Apenas estuvo el tren en la estación, Ana bajó del coche, y el primer semblante conocido que vió, fué el de su esposo. «¡Santo Dios! ¿por qué se le han alargado tanto las orejas?» se dijo, al divisar el rostro frío aunque distinguido de su esposo, y observando el efecto que producían los cartílagos de aquellas bajo las alas de su ancho sombrero redondo.

Al ver á su esposa, el señor Karenine se adelantó á su encuentro mirándola fijamente, con expresión fatigada y una sonrisa irónica que le era peculiar.

Aquella mirada impresionó á Ana desagradablemente; parecíale que hallaba en su esposo otro hombre, y de su corazón se apoderó un sentimiento de pesar; no solamente estaba descontenta de sí misma, sino que se imaginaba reconocer cierta hipocresía en sus relaciones con Alejo Alexandrovitch. La impresión no era nueva, pues ya la había experimentado otras veces aunque sin darle importancia; entonces se la explicaba claramente y con sentimiento.

—Ya ves que soy un tierno esposo, como el primer día de nuestra unión—dijo Alexandrovitch con voz lenta, y como cuchicheando, cual si quisiera ridiculizar á las personas que hablaban así:—ardía en deseos de volver á verte.

—¿Cómo está Sergio?—preguntó Ana.

—¿Es así cómo recompensas mi amor?—replicó Alexandrovitch.—Está bien, muy bien.

XXXI

Wronsky no había tratado siquiera de dormir aquella noche; permaneció siempre sentado, abiertos los ojos, y mirando con la mayor indiferencia á cuantos entraban y salían;

para él, los hombres no tenían más importancia que las cosas; lo que en circunstancias ordinarias le hubiera hecho perder su imperturbable calma, no le habría impresionado aquel día lo más mínimo. Un joven muy nervioso, empleado en un tribunal, que iba á su lado en el coche, se esforzó lo posible para recordarle que figuraba entre los seres animados; pidióle fuego, le dirigió la palabra, y hasta le pisó el pie; pero ninguna de estas demostraciones bastó para que se alterase la impasibilidad del conde. El joven, mal dispuesto ya contra él, miróle con enojo al ver su indiferencia.

Wronsky no miraba ni oía; parecíale haberse convertido en un héroe, no porque creyera haber conmovido ya el corazón de Ana, sino porque la fuerza del sentimiento que le dominaba le hacía feliz.

Ignoraba cuál sería el desenlace de todo aquello, y ni siquiera quería pensar en su naciente pasión; mas comprendía que todas sus fuerzas, diseminadas hasta entonces, tenderían ahora, con terrible energía, hacia un objeto único. Al bajar del coche en la estación de Bologoï, para tomar una bebida, vió á la hermosa Ana, y desde la primera frase, manifestóla casi involuntariamente lo que sentía. Wronsky estaba contento; ella lo sabía ya todo; cuando volvió á subir al coche, el joven repasó sus recuerdos uno por uno, y su imaginación le representó la posibilidad de un porvenir que trastornó su espíritu.

Llegado á San Petersburgo, y á pesar de aquella noche de insomnio, Wronsky se sintió tan fresco y rozagante como si saliera de un baño frío; detúvose cerca del tren para verla pasar, y díjose mentalmente: «Veré una vez más su rostro encantador, su gracioso andar; tal vez diga alguna palabra que yo comprenderé, ó me dirigirá una mirada, ó veré en sus labios una sonrisa.» Mas lo primero que vió fué el esposo, cortésmente escoltado á través de la multitud por el jefe de la estación.

Sólo entonces comprendió Wronsky que el marido era una parte esencial de la existencia de Ana; sabía ya que ésta era casada, pero no pensó en ello hasta el instante en que vió al esposo, vestido de negro, acercarse tranquilamente á su mujer y coger su mano como hombre que tenía derecho para ello.

La figura de Alejo Alexandrovitch, con su aspecto de ciudadano bien conservado, su aire severo, su sombrero redondo y su espalda algo encorvada, no pudo menos de chocarle; y experimentó la desagradable sensación de un hombre acosado por la sed, que al descubrir un manantial de agua pura, tiene el disgusto de verla enturbiada por un perro, un carnero ó un cerdo. El andar rígido y acompasado de Alejo Alexandrovitch fué lo que más llamó la atención á Wronsky, quien no reconocía en nadie el derecho de amar á Ana. Cuando esta ultima apareció, reanimóse al verla, y su corazón latió apresurado. Después de ordenar á su criado alemán que se llevara el equipaje, acercóse para presenciar el encuentro de los esposos, y con la perspicacia del amor sorprendió al punto la expresión forzada con que Ana recibió á su marido. «No —se dijo—no le ama, ni puede amarle.»

En el momento de acercarse, observó con alegría que Ana echaba de ver su presencia; aproximóse á ella como si la reconociese de pronto y la preguntó:

—¿Ha pasado usted bien la noche?—Y al mismo tiempo saludó al esposo, esperando que éste le correspondiese, aunque sin cuidarse de que le reconociera ó no.

—Muy bien, gracias—contestó Ana.

Su rostro, sin embargo, expresaba la fatiga; pero sus ojos brillaron un momento, apagándose después al punto, lo cual bastó para que Wronsky se diera por feliz. Ana fijó después la vista en su esposo para ver si se acordaba del conde; mas Alexandrovitch le miraba con aire descontento, pareciendo que trataba de reconocerle. El aplomo de Wronsky se estrelló esta vez contra la calma glacial del señor de Karenine.

—El conde Wronsky—dijo Ana.

—¡Ah! me parece que nos conocemos—replicó Alexandrovitch con indiferencia, ofreciendo su mano.—Veo—añadió—que has viajado con la madre á la ida y con el hijo á la vuelta.—Sin duda estará usted con licencia—dijo á Wronsky; y sin esperar contestación, volvióse hacia su mujer y añadió con el mismo tono irónico:—¿Y qué tal, se han vertido muchas lágrimas en Moscou al efectuarse la despedida?

Esta manera de hablar exclusivamente con su esposa, demostraba á Wronsky que Karenine deseaba estar solo con ella; y Alexandrovitch lo confirmó tocando su sombrero y

volviéndose; pero Wronsky dirigió la palabra una vez más á la esposa.

—Espero—dijo—que tendré el honor de presentarme en casa de ustedes.

El señor de Karenine fijó en el joven una de sus miradas de fatiga y contestó fríamente:

—Lo celebraremos mucho: recibimos los lunes.

Al pronunciar estas palabras, separóse definitivamente de Wronsky, y siempre en tono de broma dijo á su esposa:

—¡Qué suerte haber hallado media hora de libertad para venir á buscarte, dando así una prueba de mi ternura!...

—Recalcas demasiado esa palabra para que yo la aprecie—replicó Ana en el mismo tono sarcástico, aunque oía involuntariamente los pasos de Wronsky que iba detrás. «¿Qué me importa á mí eso?» pensaba para sí. Después preguntó á su esposo cómo había pasado el tiempo su hijo durante su ausencia.

—Muy bien—contestó Karenine;—Marieta dice que ha sido muy juicioso, y siento confesarte que no te ha echado de menos, como me sucedía á mí. Te vuelvo á dar gracias por haber regresado un día antes. Nuestra querida *Samovar* se volverá loca de alegría (Karenine daba este sobrenombre á la célebre condesa Lidia Ivanovna, á causa de su estado de continua agitación); ha preguntado muchas veces por ti, y yo te aconsejaría que fueses á verla hoy mismo. Ya sabes que basta la menor cosa para hacerla sufrir, y ahora, además de sus preocupaciones de costumbre, está inquieta por el asunto de la reconciliación de los Oblonsky.

La condesa Lidia era amiga de su esposo, y centro de un círculo á que Ana pertenecía por su unión con el señor de Karenine.

—Ya le he escrito—contestó Ana.

—No importa; quiere conocer los detalles. Si no estás muy cansada, haz tu visita desde luego. Condrat preparará el coche, y yo iré entre tanto al consejo. ¡Vamos! ya no comeré solo—añadió Alexandrovitch, sin chancearse esta vez;—no podrías imaginarte qué acostumbrado estoy...

Y con una sonrisa particular, el señor de Karenine estrechó la mano de su esposa y condújola hacia el coche, que ya había llegado.

XXXII

La primera persona que Ana vió al entrar en su casa fué su hijo, que se precipitó por la escalera, á pesar de su aya, gritando con la mayor alegría: «¡Mamá, mamá!»

—¡Bien te decía que era mamá!—dijo á su aya;—ya sabía yo que era ella.

El hijo, así como el padre, produjo en Ana una especie de desencanto; representábaselo mejor de lo que en realidad era, y sin embargo, á cualquiera le habría parecido hermoso, con su cabello rizado, sus ojos azules y sus graciosas formas. No obstante, Ana experimentó un bienestar casi físico al recibir sus caricias, y cierta calma al ver la tierna expresión de sus ojos y su seductora gracia; escuchó sus preguntas infantiles, colocando sobre la mesa los regalitos que le enviaban los hijos de Dolly, y díjole que en Moscou había una niña llamada Tania, que sabía ya leer, y hasta enseñaba á los otros niños.

—¿No soy yo tan hermoso como ella?—preguntó Sergio.

—Para mí no hay otro como tú en el mundo.

—Ya lo sé—repuso el niño sonriendo.

Apenas hubo almorzado Ana, anunciaron á la condesa Lidia Ivanovna. Era una mujer alta, de cutis amarillento y aspecto enfermizo, pero que tenía magníficos ojos negros. Ana la quería mucho, mas aquel día llamáronle la atención sus defectos por primera vez.

—Veamos, amiga mía, ¿ha traído usted la rama de olivo?—preguntó la condesa al entrar.

—Sí, ya está arreglado todo; pero la cosa no era tan grave como pensábamos; mi cuñada es un poco viva de genio al adoptar sus resoluciones.

La condesa Lidia, que tenía la costumbre de interesarse en todo cuanto no la importaba, solía no prestar la menor atención á lo que podía preocuparla, y así es que interrumpió á su amiga para decir:

—Sí, hay muchos males y tristezas en este mundo, y hoy día me siento muy agobiada.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó Ana, sonriendo involuntariamente.

—Comienzo á cansarme de luchar en vano por la verdad. La obra de nuestras hermanitas (tratábase de una institución filantrópica y patrióticamente religiosa) marchaba perfectamente; pero nada se puede hacer con esos señores, pues se han apoderado de la idea para desfigurarla en absoluto, y ahora la juzgan de una manera mísera y pobre. Dos ó tres personas, entre las cuales figura el esposo de usted, son las únicas que comprenden esa obra; las demás no hacen otra cosa sino desacreditarla. Ayer mismo, Pravdine me escribió...

La condesa refirió lo que contenía la carta del personaje, célebre *panslavista* que residía en el extranjero, hablando después de los numerosos lazos que se habían tendido á la obra de la Unión de las Iglesias. Extendióse también sobre los disgustos que con este motivo sufría; y por último, retiróse apresuradamente, pues érale preciso asistir aquel mismo día, según dijo, á una reunión del Comité eslavo.

Después de la condesa Lidia presentóse otra amiga de Ana, esposa de un alto funcionario, que le dió cuenta de las noticias de la ciudad. Ana se quedó luego sola, pues el señor de Karenine estaba en el ministerio. El tiempo que precedía á la hora de comer consagrólo á presidir la mesa de su hijo, pues siempre se le servía aparte, y á poner orden en sus asuntos y en su correspondencia atrasada.

La turbación y el sentimiento de vergüenza que tanto la habían disgustado durante el camino, desvanecíanse ahora en las condiciones ordinarias de su vida; recobraba la calma y la tranquilidad, y admirábase del estado de su espíritu durante la víspera. ¿Qué había ocurrido que fuera grave? Wronsky había dicho una locura, á la que no debería dar importancia, y por lo mismo, juzgaba inútil hablar de ello al señor de Karenine, tanto más cuanto que éste le había dicho que toda mujer de mundo debía esperar incidentes de este género; pero que su confianza en ella era demasiado absoluta para que pudiera abrigar una pasión de celos humillante.

«Más vale callarse, pensó Ana; y además, á Dios gracias, nada tengo que decir.»

XXXIII

Alejo Alexandrovitch volvió del ministerio á eso de las cuatro; pero faltóle tiempo, como le sucedía á menudo, para entrar en la habitación de su esposa, y dirigióse desde luego á su despacho á fin de dar audiencia á los solicitantes que le esperaban, y firmar algunos papeles del jefe de negociado.

Á la hora de comer llegaron los convidados (los Karenine recibían cada día á cuatro personas): eran una anciana prima de Alexandrovitch, un jefe de división del ministerio con su esposa y un joven recomendado al señor de Karenine para asuntos del servicio.

Ana se presentó en el salón para recibir. El gran péndulo de bronce de la época de Pedro I acababa apenas de dar las cinco, cuando Alexandrovitch salió de su gabinete, en traje de etiqueta con dos condecoraciones y corbata blanca; érale preciso presentarse en sociedad después de comer; todos sus momentos estaban contados, y para desempeñar durante el día sus diversas ocupaciones debía sujetarse á una puntualidad rigorosa: tenía por tema: «sin prisa y sin reposo.» Al entrar saludó á todos y sentóse á la mesa, sonriendo á su esposa.

—¡Al fin terminó mi soledad!—la dijo;—no podrías imaginarte qué *molesto* es (y recalcó en esta palabra) estar siempre solo.

Durante la comida interrogó á su esposa sobre Moscou y Estéfano Arcadievitch en particular, siempre con su burlona sonrisa; pero la conversación se generalizó, versando principalmente sobre asuntos del servicio y la sociedad de San Petersburgo.

Terminada la comida, el señor de Karenine se entretuvo media hora con sus convidados, y después salió para ir al consejo, no sin estrechar antes la mano de su esposa. Ana había recibido una invitación para asistir á la tertulia de la princesa Betsy Tverskoï; pero no fué, así como tampoco al teatro, donde tenía palco; prefirió quedarse en casa, porque la costurera no le había cumplido su palabra.

Cuando se retiraron los convidados, Ana se ocupó de su tocador, y no fué poco su enojo al saber que de tres vestidos que había mandado arreglar antes de su viaje á Moscou, dos no estaban corrientes, y el tercero faltaba. La modista se excusó, pero Ana la reprendió tan vivamente, que la mujer pareció avergonzarse de sí misma. Para calmarse, la señora de Karenine pasó la noche junto á su hijo, le acostó, y no quiso separarse de él sin bendecirle antes, haciendo la señal de la cruz. Aquella noche se reposó completamente, y aligerada la conciencia de un gran peso, esperó á su marido junto á la chimenea, leyendo su novela inglesa. Aquella escena del camino de hierro, que tan grave le pareciera, no fué ya á sus ojos más que un accidente insignificante de la vida mundana.



Á las nueve y media en punto oyóse un campanillazo, y Alejo Alexandrovitch entró en la habitación.

—¡Al fin eres tú!—exclamó Ana ofreciéndole la mano.

El señor de Karenine la besó y sentóse junto á su esposa.

—¿Ha sido útil tu viaje?—la preguntó.

—En un todo—contestó Ana.

Y comenzó á referir los detalles; su marcha con la anciana condesa, su llegada, el accidente del camino de hierro, y la compasión que la habían inspirado su hermano y Dolly.

—No admito que se pueda dispensar á un hombre semejante, aunque sea tu hermano—dijo severamente Alexandrovitch.

Ana sonrió, reconociendo que tenía empeño en probar con este rigor que ni aun las relaciones de parentesco podían influir en la rectitud de sus juicios: era un rasgo de carácter que Ana apreciaba en su esposo.

—Me alegro mucho—continuó éste—que todo haya terminado bien. permitiéndote volver pronto. ¿Y qué se dice allá de la nueva medida adoptada por mí en el consejo?

Ana no había oído decir cosa alguna sobre el particular, y se avergonzó un poco por haber olvidado una cosa tan importante para su esposo.

—Aquí ha hecho mucho ruido—continuó Alexandrovitch, sonriendo con satisfacción.

Ana comprendió que su esposo tenía detalles lisonjeros, y con sus preguntas indújole á que hablase de las felicitaciones recibidas.

— He quedado muy contento — dijo — porque esto prueba que al fin se comienza á tener entre nosotros opiniones razonables y juiciosas.

Cuando hubo tomado su té con leche y pan, Alexandrovitch se levantó para pasar á su despacho.

— ¿Con que no has querido salir esta noche? — preguntó á su esposa;—te habrás aburrido.

—Nada de eso—contestó Ana levantándose para acompañarle;— ¿y qué lees ahora tú?

—La *Poesía de los infiernos*, del duque de Lille, un libro muy notable.

Ana se sonrió como se sonríe al comprender las debilidades de aquellos á quienes se ama, y enlazando con su brazo el de su esposo, siguióle hasta la puerta de su gabinete. Conocía que su costumbre de leer por la noche era para él una

necesidad, y que consideraba como un deber estar al corriente de cuánto se publicaba interesante en el mundo literario, á pesar de los deberes oficiales que le ocupaban casi todo el tiempo. También sabía que, interesándose especialmente en las obras de política, de filosofía y de religión, Alexandrovitch no dejaba pasar ningún libro de arte ó de poesía de algún valor sin tomar conocimiento de él, precisamente porque el arte y la poesía eran cosas contrarias á su naturaleza. Y si en política, en filosofía y religión llegaba á tener dudas sobre ciertos puntos, y trataba de aclararlos, jamás vacilaba en sus juicios tratándose de poesía y de arte, y sobre todo de música. Agradábale hablar de Shakespeare, de Rafael, de Beethoven, y del alcance de las nuevas escuelas de poetas y de músicos: clasificábalas con rigurosa lógica sin haber comprendido jamás una nota musical.

—Dios te bendiga—dijo Ana;—te dejo para escribir á Moscou.

Á la puerta del gabinete veíanse, como de ordinario, cerca del sillón de su esposo, unas bujías con su pantalla y una botella de agua.

«Es un hombre honrado, leal y notable en su esfera,» díjose Ana al entrar en su habitación, cual si hubiera querido refutar las palabras de una persona que pretendiese que no era posible amar al señor de Karenine.

«¿Pero por qué le sobresalen tanto las orejas?—preguntóse Ana por segunda vez;—tal vez sea porque le dejan el cabello demasiado corto.»

Á media noche Ana escribía aún á Dolly, cuando se oyeron los pasos de Alexandrovitch. Iba con zapatillas y bata, bien lavado y peinado, y llevaba debajo del brazo un libro. Acercóse á su esposa antes de pasar á la alcoba, y díjole sonriendo:

—Ya se hace tarde.

«¿Con qué derecho le miró así?»—pensó Ana en aquel momento, recordando la mirada que Wronsky fijó en Alejo Alexandrovitch.

Fué á desnudarse y pasó á su cuarto; pero ¿dónde estaba aquella llama que animaba toda su fisonomía en Moscou, y que parecía iluminar sus ojos y su sonrisa? Se había extinguido, ó por lo menos estaba muy oculta.

XXXIV

Al salir de San Petersburgo, Wronsky había cedido su espaciosa casa de la Morskaïa á su amigo Petritzky, su mejor amigo.

Petritzky, joven teniente que nada tenía de ilustre, no sólo no era rico, sino que estaba cargado de deudas; volvía todas las noches embriagado; pasaba mucha parte de su tiempo en las oficinas de policía á causa de sus aventuras, tan pronto extravagantes como escandalosas, y á pesar de todo sabía hacerse querer de sus compañeros y de sus jefes.

Al volver á su casa, á eso de las once de la mañana, Wronsky vió á la puerta un coche bien conocido; al llamar pudo oir las carcajadas de varios hombres y un acento de mujer, así como también la voz de Petritzky, que gritaba á su ordenanza: «Si es uno de esos miserables, no le dejes entrar.»

Wronsky penetró hasta la primera habitación sin decir una palabra.

La baronesa Shilton, amiga de Petritzky, con su vestido de seda color de lila y sus rubios bucles, hacía el café ante una mesa redonda, hablando sin cesar en su jerga parisiense; junto á ella estaban sentados, Petritzky, con paletó, y el capitán Kamerowsky, de gran uniforme.

—¡Bravo, Wronsky!—gritó Petritzky, saltando de su silla ruidosamente.—¡He aquí al amo! Baronesa, sírvale usted el café de la cafetera nueva; nosotros no esperamos.—Creo que estarás satisfecho del ornamento de tu salón—añadió designando á la baronesa.—¿No os conocíais ya?

—¡Ya lo creo!—contestó Wronsky sonriendo alegremente y estrechando la mano de la baronesa;—somos antiguos amigos.

—¿Vuelve usted de un viaje?—preguntó la dama;—si es así me marcho, pues no quiero molestar.

—Está usted en su casa, baronesa—contestó Wronsky.—Buenos días, Kamerowsky—añadió, estrechando fríamente la mano del capitán.

—Usted no sabría nunca hablar con tanta firmeza—dijo la baronesa á Petritzky.

—¿ Por qué no? Después de comer, haré otro tanto.

—Después de comer no tiene gracia. Caballero Wronsky, voy á preparar el café mientras que usted se viste—dijo la baronesa, volviéndose hacia el joven.—Pedro—añadió, llamando así á Petritzky, á causa de su nombre de familia, sin disimular sus relaciones con él.—Déme usted un poco más de café para añadir á éste.

—Se echará á perder.

—Nada de eso, no hay cuidado.—¿Y la esposa de usted?—dijo de repente la baronesa, interrumpiendo la conversación de Wronsky con sus compañeros...—Aquí le suponemos á usted casado. ¿La trae usted en su compañía?

—No, baronesa; soy soltero y lo seré.

—Tanto mejor; nos podemos dar la mano.

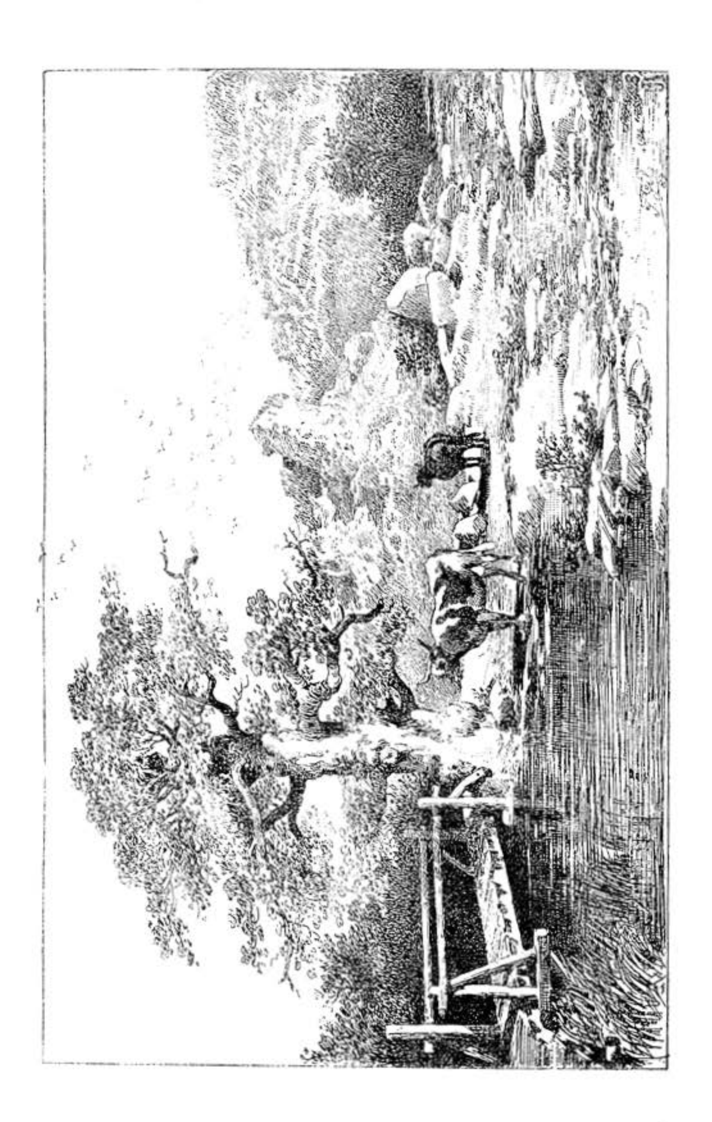
Y sin dejar tiempo á Wronsky para marcharse, la baronesa comenzó á referir sus últimas aventuras, pidiendo consejo, y permitiéndose muchas bromas.

—¡No quiere autorizarme para el divorcio! ¿Qué debo hacer? (hablaba del marido). Me propongo entablar un proceso. ¿Qué le parece á usted?—Kamerowsky, cuidado con el café, que se sale;... ya ve usted que hablo de negocios. Sí, pediré el proceso, porque tiene toda mi fortuna. Bajo el pretexto de que le soy infiel, quiere utilizarse de mis bienes.

Wronsky se divertía con aquella charla, y aprobaba á la baronesa, dándole consejos de vez en cuando; pero tomaba el tono habitual de sus relaciones con aquella clase de mujeres.

Según las ideas de esta sociedad de San Petersburgo, la humanidad se divide en dos clases muy distintas: la primera compuesta de gente insulsa, necia, y sobre todo ridícula, que se imagina que un marido debe vivir solo con su esposa; que las jóvenes han de ser puras, las mujeres castas, los hombres valerosos y firmes; que es preciso educar á los hijos, ganarse la vida, pagar las deudas y otras necedades por el estilo: esta clase es la de la gente pasada de moda y fastidiosa. En cuanto á la segunda, para pertenecer á ella era preciso ante todo ser elegante, generoso, audaz y divertido, y entregarse sin rubor á todas las pasiones, burlándose de lo demás.

Wronsky, que aún se hallaba bajo la impresión de la atmósfera de Moscou, tan diferente de aquella, quedó un poco



aturdido al volver á su antiguo género de vida; pero pronto se acostumbró de nuevo.

El famoso café no llegó á servirse nunca, pues desbordándose de la cafetera, cayó sobre la alfombra y manchó el vestido de la baronesa; pero en cambio dió lugar á muchas bromas, excitando la hilaridad de todos.

—Vamos—dijo la baronesa—ahora me marcho, porque si me quedara no se vestiría usted nunca, y no quiero cargar la conciencia con el peor de los crímenes que puede cometer un hombre bien educado, cual es el de no lavarse. ¿Con que me aconseja usted que proceda con rigor?

—Sí—contestó Wronsky;—pero de modo que pueda usted acercar esa linda mano á sus labios, pues él la besará, y todo quedará arreglado.

—¡Pues hasta la noche en el Teatro Francés!

Y la baronesa, arrastrando su vestido, desapareció.

Kamerowsky se levantó también, y Wronsky, sin esperar á que se marchase, ofrecióle la mano y pasó á su habitación.

Mientras que se lavaba, Petritzky le bosquejó á grandes rasgos la situación: faltaba el dinero; el padre no quería dar un cuarto ni pagar la menor deuda; un sastre estaba resuelto á mandar prenderle, y otro quería hacer lo mismo. El coronel le había amenazado con expulsarle del regimiento si el escándalo continuaba. La baronesa era muy enojosa, sobre todo á causa de sus continuas ofertas de dinero, pero había otra en campaña, verdadera belleza de estilo oriental, especie de Rebeca que presentaría á su amigo. Debía efectuarse un lance de honor con Berkashef, que trataba de enviar sus padrinos, pero no haría nada; por lo demás, todo iba bien y se salía del paso. Después de haber dicho todo esto apresuradamente, Petritzky habló de las noticias del día, sin dejar á su amigo tiempo de enterarse bien de nada.

Estas habladurías, aquella habitación que ocupaba hacía tres años, y todo aquel conjunto que veía, contribuyeron á que Wronsky adoptara más fácilmente las costumbres propias de su género de vida en San Petersburgo, y hasta experimentó cierto bienestar al verse otra vez en su antiguo centro.

—¿Es posible?—exclamó al oir á su amigo decirle que cierta joven llamada Laura había abandonado á Fertinghof para trabar relaciones con Mileef.—¿Es siempre tan estúpido

y vanidoso?—añadió. —¿Y qué se ha hecho de Bousoulkof?

—¡Ah! Bousoulkof es toda una historia—contestó Petritzky. —Ya conoces su afición á los bailes; no pierde uno solo de los de la corte, y, últimamente, lleva su casco nuevo. ¿Has visto estos cascos? Sientan muy bien, son muy ligeros, y... Pero escucha la historia.

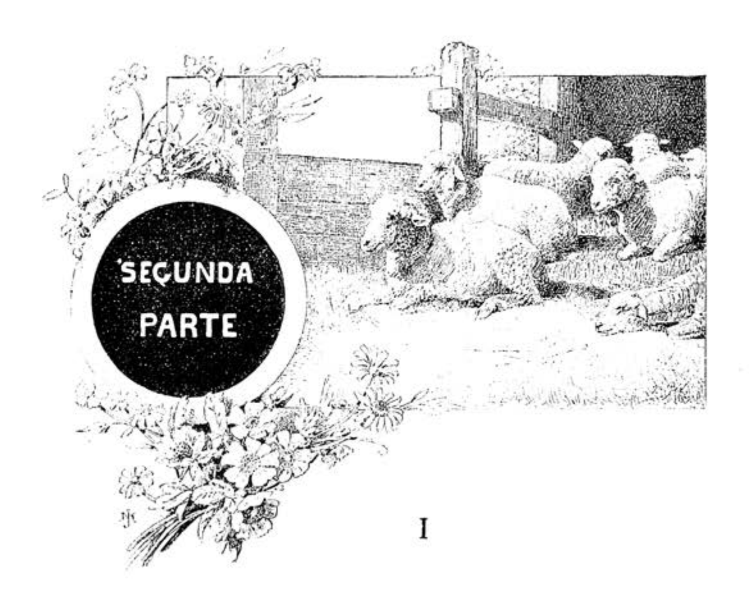
—Ya escucho—repuso Wronsky, frotándose el rostro con la tohalla.

—Una gran duquesa iba del brazo con un embajador extranjero, y desgraciadamente la conversación recayó sobre los nuevos cascos. La dama ve á nuestro amigo de pie luciendo el suyo, y ruégale que se le enseñe, pero mi amigo permanece inmóvil. ¿Qué significa aquello? Sus compañeros le hacen señas para que atienda á la petición; mas no da un solo paso, y hasta parece una estatua. Al fin se le quieren quitar de la cabeza, pero él rechaza á los que se acercan, y por último se descubre y le presenta á la duquesa. «He aquí el nuevo modelo»—dice la dama devolviendo el casco; pero de pronto se ven caer del mismo varios objetos: son peras, confites y dos libras de caramelos, las provisiones del pobre muchacho.

Wronsky se desternillaba de risa, y durante largo tiempo, aun hablando de otras cosas, reíase si recordaba lo del casco.

Una vez conocidas las noticias del día, Wronsky se puso el uniforme con el auxilio de su ayuda de cámara, y fué á presentarse en la Plaza; quería ir después á casa de su hermano Betzy, y hacer varias visitas á fin de poder presentarse en la sociedad frecuentada por los Karenine. Según se practica siempre en San Petersburgo, salió de su casa con intención de no volver hasta altas horas de la noche.





I

Hacia fines del invierno, los Cherbatzky necesitaron una consulta de médicos para resolver sobre la salud de Kitty, que había enfermado y empeoraba al acercarse la primavera. El médico de la casa había recetado el aceite de hígado de bacalao, después hierro, y por último nitrato de plata; pero como ninguno de estos remedios produjese efecto eficaz, aconsejó un viaje al extranjero.

Entonces se acordó consultar á una celebridad médica, hombre joven aún y bien parecido, que exigió un profundo examen en la enferma, insistiendo con marcada complacencia en el hecho de que el pudor de las jóvenes no es más que un resto de barbarie, y que nada era tan natural como auscultar á una muchacha medio vestida. Como lo hacía diariamente, y no daba importancia alguna al pudor de las jóvenes, parecíale hasta una injuria personal este resto de barbarie.

Fué preciso resignarse, pues aunque todos los médicos fueran de la misma escuela, estudiasen los mismos libros y tuviesen, por lo tanto, la misma ciencia, habíase convenido en la familia, por una razón cualquiera, que la celebridad médica en cuestión poseía la ciencia que debía salvar á Kitty. Después de un detenido examen de la pobre enferma, confusa

y avergonzada, el célebre médico se lavó las manos cuidadosamente y volvió al salón para hablar al príncipe, quien escuchó con aire sombrío. Como hombre que jamás había estado enfermo, no creía en la medicina, y guiándose por su buen sentido, irritábale tanto más aquella comedia, cuanto que él era tal vez el único que comprendía bien la enfermedad de su hija. «He ahí un hombre que vuelve con las manos vacías», pensó, sirviéndose del término que usaba como cazador, para expresar su opinión sobre el diagnóstico del célebre médico. Este último, por su parte, condescendiendo á duras penas al dirigirse á una inteligencia mediana, como era á su parecer la de aquel anciano caballero, disimuló mal su desdén; y apenas le parecía necesario hablar al pobre hombre, siendo la princesa cabeza de la casa. Delante de ella preparó, pues, una elocuente peroración cuando la vió entrar con el médico de la familia; mientras que el anciano príncipe se alejaba para no dar á conocer su opinión sobre aquello. La princesa, muy turbada, no sabía ya que hacer, y reconocíase más que nadie culpable de la dolencia de Kitty.

—Vamos, doctor, decida usted de nuestra suerte y dígame todo lo que hay.—La pobre mujer quería decir más bien: «¿queda alguna esperanza?» Pero sus labios temblorosos no llegaron á pronunciar estas palabras.

—Estaré á las órdenes de usted, princesa, cuando haya conferenciado con mi colega; entonces tendremos el honor de manifestarla nuestro parecer.

—¿Han de estar ustedes solos?

—Como usted guste.

La princesa suspiró y salió.

El médico de la familia emitió tímidamente su parecer sobre un principio de afección tuberculosa, etc., etc. El célebre doctor le escuchó, y cuando su colega estaba en la mitad del discurso, sacó su reloj de oro para ver la hora.

—Sí—dijo—pero...

Su cofrade guardó silencio respetuosamente.

—Ya sabe usted—dijo el otro—que apenas es posible precisar el principio del desarrollo tuberculoso; antes de la aparición de las cavernas, no hay nada positivo. En el caso actual no podemos menos de temer esa dolencia, atendidos los síntomas, como son la falta de apetito, la excitación nerviosa y

otros; y por lo tanto, la cuestión se puede plantear así: Dado que hay razones para temer un desarrollo tuberculoso, ¿qué se ha de hacer para conseguir una buena alimentación?

—Pero ya comprenderá usted que aquí se oculta alguna causa moral—se permitió decir el médico de la casa con maliciosa sonrisa.

—Por supuesto; inútil parece decirlo—repuso el célebre doctor volviendo á mirar su reloj...—Dispénseme que le haga una pregunta—añadió.—¿Sabe usted si han compuesto ya el puente del Yausa, ó si hay que hacer todavía un rodeo?

—Ya está arreglado.

—Entonces puedo disponer aún de veinte minutos.—Decíamos, pues, que la cuestión se puede plantear así: regularizar la alimentación y fortificar los nervios; lo uno ha de ir con lo otro, y es preciso obrar en las dos mitades del círculo.

—Pero ¿y el viaje al extranjero?

—Soy enemigo de tales viajes. Sírvase usted seguir mi explicación: si el desarrollo tuberculoso comienza, lo cual no podemos saber, ¿de qué sirve un viaje? Lo esencial es hallar el medio para conseguir una buena alimentación.

Y desarrolló su plan de curación por medio de las aguas de Soden, en la que el mérito principal consistió á su juicio, en ser de todo punto inofensiva.

El médico de la casa escuchaba con atención y respeto.

—En favor de un viaje al extranjero—dijo—haré valer el cambio de costumbres y el alejamiento de condiciones propias para evocar recuerdos tristes, prescindiendo de que la madre lo desea.

—En tal caso que se vayan; mas para que esos charlatanes de Alemania no agraven el mal, es preciso que se atengan extrictamente á nuestras prescripciones. ¡Sí, sí, pueden marcharse!

Y volvió á mirar el reloj.

—Ya es hora de que me retire—dijo, dirigiéndose á la puerta.

El célebre doctor manifestó á la princesa (sin duda por un principio de conveniencia) que deseaba ver otra vez á la enferma.

—¿Se ha de practicar de nuevo el examen?—preguntó la madre de Kitty con espanto.

—¡Oh! no; sólo se trata de algunos detalles.

—Entonces éntre usted.

La princesa introdujo al doctor en la habitación de Kitty. La pobre joven, enflaquecida, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, después de la confusión que le produjera la visita del médico, estaba de pie en medio de su cuarto. Al ver al doctor, sus ojos se llenaron de lágrimas y ruborizóse más aún; el tratamiento que la imponían para su enfermedad parecíale en alto grado ridículo: ¿qué modo de proceder era aquel? ¿No equivalía á recoger los pedazos de una vasija rota para tratar de unirlos? ¿Se podría devolver á su corazón la salud por medio de píldoras y polvos? Así pensaba, pero sin atreverse á contrariar á su madre, tanto más cuanto que ésta se reconocía culpable.

—Sírvase usted sentarse, princesa—dijo el doctor.

Y colocándose frente á ella, tomóla el pulso, sonrió afablemente, é hizo una serie de enojosas preguntas. Kitty contestó á ellas al principio, mas impacientada al fin, levantóse de pronto diciendo:

—Dispénseme, doctor, pero yo comprendo que eso no conduce á nada; me ha dirigido ya tres veces la misma pregunta.

El médico no se resintió.

—Es una irritabilidad enfermiza—dijo á la madre cuando Kitty hubo salido.—Por lo demás, ya había terminado mi interrogatorio.

Y el doctor explicó á la princesa el estado de la joven como si fuese una persona inteligente en la ciencia; para concluir, hízole las recomendaciones más precisas acerca de la manera de beber las aguas, cuyo mérito, á sus ojos, consistía en ser completamente inútiles. En cuanto á lo de viajar, el doctor reflexionó profundamente, opinando al fin que se podría hacer, mediante la condición de no fiarse de los charlatanes ni seguir más prescripciones que las suyas.

El doctor se retiró, y la familia quedó tranquilizada como si hubiera ocurrido algún feliz suceso. La madre, muy animada, fué á reunirse con su hija, y Kitty pareció igualmente satisfecha, si bien es cierto que acostumbraba disimular muchas veces lo que sentía.

—Hablando con franqueza, mamá—dijo—ahora me siento bien; pero si usted lo desea, marchemos.



Y para demostrar el interés que tomaba en el viaje, habló desde luego de sus preparativos.

II

Dolly no ignoraba que aquel día se celebraba la consulta para Kitty, y aunque apenas se hallaba restablecida de su parto (había dado á luz una niña á fines del invierno), y tenía un niño enfermo, resolvió ir á ver á su hermana.

—¿Qué tal?—preguntó entrando sin quitarse el sombrero—os veo alegres, y supongo que todo va bien.

Se trató de repetir á Dolly lo que el médico había dicho; pero aunque hubiese hablado mucho con frases muy escogidas, nadie pudo recordar la más pequeña parte de su discurso; el punto esencial era la resolución de emprender un viaje.

Dolly suspiró involuntariamente, porque iba á perder su mejor amiga, cuando la existencia tenía menos atractivos para ella. Sus relaciones con su esposo parecíanle cada vez más humillantes; la reconciliación facilitada por Ana no había sido duradera, y la tranquilidad de la familia chocaba contra los mismos escollos. Estéfano Arcadievitch permanecía muy poco tiempo en su casa y dejaba escasa cantidad de dinero. Las sospechas sobre su infidelidad atormentaban siempre á Dolly; pero recordando con horror los padecimientos causados por los celos, y conviniéndole ante todo no interrumpir la vida de familia, prefería dejarse engañar, si bien despreciaba, no sólo á su esposo, sino también á sí misma por aquella debilidad. Por otra parte, los cuidados de una numerosa familia imponíanle una carga muy pesada.

—¿Cómo van los niños?—preguntó la princesa.

—¡Ah! madre mía, tenemos muchas miserias; Lilí está en cama, y temo que se declare la escarlatina. He salido hoy para saber dónde estaba usted, porque temo que no me sea posible visitarla en algún tiempo.

En aquel instante entró el príncipe, recibió un beso de Dolly, y después de hablar un poco con ella, dijo á su esposa:

—¿Qué se ha resuelto? ¿Os marcháis? En tal caso, ¿qué debo hacer yo?

—Creo, Alejandro, que lo mejor que puedes hacer es quedarte.

—Como queráis.

—¿Y por qué no ha de venir papá con nosotras?—preguntó Kitty—él estaría más alegre, y nosotras también.

El anciano príncipe hizo una caricia á Kitty, que levantando la cabeza, sonrió con esfuerzo al mirarle. Parecíale siempre que sólo su padre la comprendía, aunque no dijese gran cosa. Era la más joven de todas y de consiguiente la favorita del príncipe, lo cual bastaba para que éste viera más claro en lo que á Kitty se refería, ó por lo menos así lo creía ésta. Cuando su mirada se encontró con la de su padre que la observaba atentamente, figurósele que leía en su alma; ruborizóse y se inclinó para recibir un beso.

—Y bien, Dolinka—dijo después el príncipe;—¿qué hace tu *mitad?*

—Nada de particular—contestó Dolly, comprendiendo que se trataba de su esposo;—siempre ocupado y apenas le veo —añadió con sonrisa irónica.

—¿No ha ido aún á vender la madera al campo?

—No, pero esa es su intención.

—Entonces—dijo el príncipe, será preciso darle ejemplo. —Y tú, Kitty—añadió—voy á decirte lo que es preciso hacer. Convendrá que todas las mañanas á primera hora hagas lo posible por estar contenta y te decidas á emprender de nuevo tus paseos matutinos con papá. ¿Qué te parece, eh?

Al oir estas palabras tan sencillas, Kitty se turbó, pensando para sí: «Lo sabe todo, sí, todo lo comprende; esas palabras significan que, cualquiera que sea mi humillación, debo sobreponerme á ella.» Sin tener fuerza para contestar, comenzó á llorar y salió de la habitación.

—¡Vamos, ya has hecho una de las tuyas!—exclamó la princesa, encolerizándose contra su esposo;—siempre tienes...

Y comenzó á recriminar á su marido con la mayor acritud.

El príncipe escuchó al principio tranquilamente la reprimenda, y después anublóse su rostro.

—La pobrecita da lástima—decía la princesa;—tú no comprendes que la menor alusión á la causa de sus padecimientos

basta para contristarla. ¡Ah, qué fácil es engañarse cuando se juzga al mundo!

—Por su acento y expresión, Dolly y el príncipe comprendieron que se refería á Wronsky.—No comprendo—añadió—que no haya leyes para castigar un proceder tan vil y poco noble.

El príncipe se levantó con expresión sombría y dirigióse á la puerta como para salir, pero detúvose en el umbral y replicó:

—Leyes hay, amiguita mía, y puesto que me haces hablar, te diré que la verdadera culpable de esto, eres tú, y sólo tú. Hay leyes contra esos galanteadores, y las habrá siempre; y aunque soy viejo, habría sabido castigar á ese, si no hubieras sido la primera en atraerle á casa. ¡Ahora, cura á la niña, enseñándola á todos tus charlatanes!

El príncipe hubiera dicho mucho más, si la princesa no se hubiera humillado, como lo hacía siempre en las cuestiones graves.

—¡Alejandro, Alejandro!—murmuró, acercándose á su marido con lágrimas en los ojos.

El príncipe se calló al verla llorar, y díjola después:

—Sí, sí, ya sé que también te contrista esto; pero basta ya, no llores; Dios es misericordioso.

Y sintiendo en su mano el beso de la princesa, húmedo de lágrimas, salió de la habitación.

Dolly, guiada por su instinto maternal, quiso seguir á Kitty á su habitación, comprendiendo que necesitaría algún auxilio de mujer; pero después, al oir las palabras pronunciadas por su padre con enojo, trató de intervenir en cuanto se lo permitía su respeto filial.

—Siempre he querido manifestar á usted—dijo á la princesa—aunque tal vez lo sepa ya, que Levine tenía intención de pedir la mano de Kitty la última vez que vino aquí. Así se lo dijo á Estéfano.

—Bien, pero no comprendo...

—Tal vez Kitty rehusara. ¿Se lo ha dicho á usted?

—No me ha hablado de esto; es demasiado altiva, pero yo sé que todo viene...

—Sin embargo, advierta usted que, en el caso de haber dado una negativa á Levine, yo sé que no lo hubiera hecho á no ser por el otro, que tan indignamente la engañó.

La princesa se reconocía demasiado culpable para no tomar el partido de enfadarse.

—No comprendo nada—dijo;—cada cual quiere ahora obrar á su antojo; no se dice nada á la madre, y luego...

—Mamá, voy á verla.

—Puedes ir—contestó la madre;—no me opongo á ello.

III

Al entrar en el pequeño gabinete de Kitty, tapizado de tela sonrosada, Dolly recordó con placer que las dos habían adornado aquella habitación el año anterior. ¡Qué alegres y felices vivían entonces! En aquel momento sintió frío en el corazón al ver á su hermana sentada en una pequeña silla junto á la puerta, con la vista fija en un ángulo del tapiz. La joven vió entrar á Dolly, y la expresión fría y severa de su rostro desapareció.

—Temo que, una vez en mi casa, no me sea ya posible salir—dijo Dolly, sentándose á su lado—y por eso vengar á conversar un rato contigo.

—¿De qué?—preguntó vivamente Kitty alzando la cabeza.

—¿De qué ha de ser, sino de tu pesar?

—No tengo ninguno.

—No digas eso, Kitty. ¿Te parece á ti que no lo sé todo? Si quieres creerme, será poca cosa. ¿Cuál de nosotras no ha pasado por eso?

Kitty se callaba, y la expresión de su rostro volvió á ser severa.

—Ese hombre no vale la pena que te causa—continuó Dolly, entrando de lleno en el asunto.

—Porque me ha desdeñado—murmuró Kitty con voz temblorosa.—Te suplico que no hablemos de esto.

—¿Quién te ha dicho que te desprecia? Yo juraría que estaba enamorado de ti, y que aún lo está; pero...

—Nada me exaspera tanto como estas reflexiones—exclamó Kitty, encolerizándose de pronto; y dando una vuelta en su silla, con sus dedos inquietos revolvió la hebilla de su cinturón.

Dolly conocía ya esta costumbre de su hermana cuando tenía alguna pena, y recordó también que era capaz de pronunciar palabras duras y desagradables en un momento de mal humor. Por eso trató de calmarla; pero ya era tarde.

—¿Qué quieres hacerme comprender?—continuó vivamente Kitty.—¿Que me he enamorado de un hombre que no me quiere y que me muero por él? ¿Y es mi hermana la que me dice eso para manifestarme su simpatía? ¡Rechazo esa compasión hipócrita!

—Kitty, eres injusta.

—¿Por qué me atormentas?

—No era esa mi intención; te veo triste y...

Kitty, arrebatada, no oía ya.

—No tengo nada por que afligirme ni consolarme; soy demasiado orgullosa para amar á un hombre que no me corresponde.

—No es eso lo que yo quiero decir... Escucha, y dime la verdad—añadió Dolly, cogiendo la mano de su hermana.—Dime si Levine te ha dicho algo.

Al oir el nombre de Levine, Kitty perdió todo imperio sobre sí misma; saltó de su silla, arrojó al suelo la hebilla de su cinturón, que había arrancado, y con bruscos ademanes gritó:

—¿Por qué me hablas de Levine? No sé por qué se complacen todos en martirizarme. Ya he dicho y repito que yo soy orgullosa é incapaz de hacer *nunca* lo que tú has hecho: reconciliarme con un hombre que me hubiera faltado; tú te resignas á esto; pero yo no podría hacerlo.

Al pronunciar estas palabras, miró á su hermana: Dolly bajaba tristemente la cabeza, pero Kitty, en vez de salir de la habitación, como lo pensaba, sentóse junto á la puerta y ocultó su rostro con el pañuelo.

Durante algunos minutos, las dos permanecieron silenciosas; Dolly pensaba en sus penas y en su humillación, que recordada por su hermana, parecíale más cruel aún; jamás hubiera creído á Kitty capaz de mostrarse tan dura; pero de repente oyó á su lado un sollozo, y dos brazos rodearon su cuello: era Kitty, arrodillada á sus pies.

—Dolly, soy muy desgraciada, perdóname—murmuró, ocultando su lindo rostro en el regazo de su hermana.

Tal vez eran necesarias aquellas lágrimas para restablecer la armonía entre las dos mujeres; y, sin embargo, después de llorar no trataron del asunto que las interesaba; Kitty se suponía perdonada, aunque sin ocultarse que las crueles palabras dirigidas á su hermana quedarían impresas en su corazón; y Dolly comprendió por su parte que había adivinado, y que el punto doloroso para Kitty era haber rechazado la mano de Levine, siendo engañada después por Wronsky. De eso deducía que su hermana estaba tan dispuesta á dispensar su cariño al primero como á odiar al segundo. Kitty no habló ya más que del estado general de su alma.

—No tengo pesar—dijo, algo más serena;—pero no puedes imaginarte hasta qué punto me parece todo odioso, repugnante y ordinario; nunca te formarás idea de los malos pensamientos que me acuden al espíritu.

—¿Qué malos pensamientos puedes tener tú?—preguntó Dolly sonriendo.

—Los peores y los más feos, y difícil sería explicártelos; no es tristeza ni enojo, es mucho peor; diríase que todo cuanto hay bueno en mí ha desaparecido, y que sólo queda el mal. Papá me habló antes, y creí comprender que el fondo de su pensamiento era que necesito marido; mamá me lleva al baile, y paréceme que es con objeto de librarse de mí, casándome cuanto antes. Ya sé yo que no es verdad, y, sin embargo, no puedo desechar estas ideas. Me son intolerables esos jóvenes que nos presentan como pretendientes á nuestra mano; en otro tiempo agradábame presentarme en sociedad, porque esto me divertía; gustábame el tocador, y me complacía adornarme; ahora me parece inconveniente, y siento un vago malestar. ¿Que más te diré? El doctor...

Kitty se interrumpió: quería decir que desde que se había transformado así no podía ver á Estéfano Arcadievitch sin hacer las conjeturas más extravagantes.

—Pues bien—continuó—te diré que todo adquiere á mi vista el aspecto más repugnante; es una enfermedad... tal vez pase; pero no estoy á mi gusto sino en la casa con los niños.

—¡Qué lástima que no puedas venir ahora!

—Ya iré; he tenido la escarlatina, y mamá no se opondrá á mi deseo.

Kitty insistió tan vivamente, que se la permitió ir á casa de

su hermana: durante todo el curso de la enfermedad, pues la escarlatina se declaró efectivamente, ayudó á Dolly á cuidar de los niños, que muy pronto entraron en convalecencia sin ningún accidente enojoso; pero la salud de Kitty no se mejoró. Los Cherbatzky salieron de Moscou durante la cuaresma para viajar por el extranjero.

IV

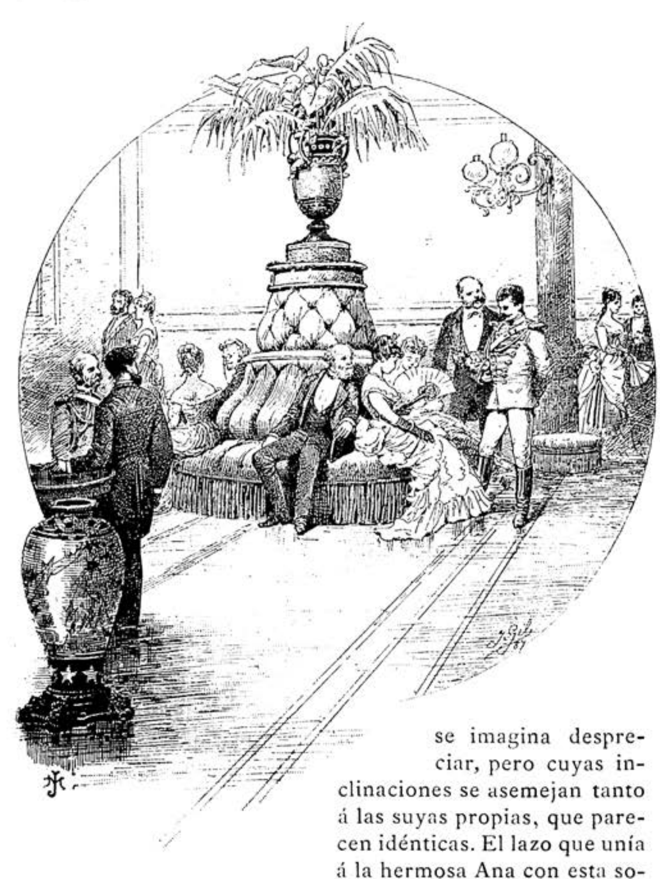
La alta sociedad de San Petersburgo es muy reducida; todos se conocen más ó menos y visítanse; pero hay ciertas subdivisiones.

Ana Karenine contaba con relaciones amistosas en tres círculos diferentes, que pertenecían todos á la alta sociedad: uno de ellos era el círculo oficial en que figuraba su esposo, compuesto de sus colegas y subordinados, divididos entre sí por las relaciones sociales más diversas, y á menudo caprichosas.

Ana no se explicaba apenas el sentimiento de respeto casi religioso que le infundieron al principio aquellos personajes; ahora los conocía, como se conocen en una ciudad de provincia, con sus debilidades y manías, y no ignoraba cuáles eran sus relaciones entre sí y con el centro común á que pertenecían; pero aquella camarilla oficial con que la relacionaban los intereses de su esposo no le agradó jamás, é hizo cuanto pudo para evitarla, á pesar de las insinuaciones de la condesa Lidia. El segundo círculo, al que Ana pertenecía, era el que había contribuído á favorecer la carrera de Alejo Alexandrovitch, y tenía por eje á la condesa Lidia, componiéndose de mujeres de cierta edad, feas, caritativas y devotas, y de hombres inteligentes, instruídos y ambiciosos: algunos designaban este círculo con el nombre de «conciencia de la sociedad de San Petersburgo.» Karenine apreciaba mucho esta camarilla, en la cual Ana tenia amigos, pues su carácter voluble acomodábase fácilmente con el de las personas que la rodeaban. Después de su regreso á Moscou, esta sociedad le fué insoportable, y muy pocas veces vió á la condesa Lidia.

Por último, Ana tenía también relaciones amistosas en la

alta sociedad por excelencia, en aquel mundo de bailes, de banquetes y de lujo que por una parte se da la mano con la corte, para no alternar del todo con la clase media, á la cual



se imagina despreciar, pero cuyas inclinaciones se asemejan tanto á las suyas propias, que parecen idénticas. El lazo que unía á la hermosa Ana con esta sociedad era la princesa Betsy Tverskoï, mujer de un primo suyo, que disfrutaba de una renta de ciento veinte mil rublos, y que se había enamorado de Ana apenas ésta se presentó en la capital.

—Cuando sea vieja y fea haré lo mismo—decía Betsy, riéndose de la sociedad que veía en casa de la condesa Lidia; —pero una mujer joven y hermosa como usted no debe estar en un asilo de ancianos.

Ana habia comenzado por evitar todo lo posible la sociedad de la princesa Tverskoï, pues la manera de vivir en esas altas esferas exigía gastos que no estaban á su alcance; pero todo cambió después de su regreso á Moscou; descuidó á sus amigos razonables y no frecuentó ya sino el gran mundo, donde tuvo la alegría de encontrar á Wronsky; veíanse principalmente en casa de Betsy, que pertenecía también á la familia del joven conde, y era prima hermana de Alejo Alexandrovitch. Wronsky se hallaba en todas partes donde pudiese ver á Ana para hablarla de su amor. Esta última no parecía hacer aprecio, mas al ver al joven, en su corazón rebosaba ese mismo sentimiento de plenitud que la sobrecogió cerca del tren, y así en sus ojos como en su sonrisa revelábase un placer que no podía disimular.

Ana creyó sinceramente estar descontenta de la especie de persecución que Wronsky se permitía respecto á ella; pero cierta noche que fué á una casa donde creía encontrarle, y en la cual no se presentó, comprendió claramente, por su oculto pesar, cuán vanas eran sus ilusiones, y hasta qué punto su preocupación, lejos de desvanecerse, constituía el interés dominante de su vida.

Una célebre artista cantaba por segunda vez, y toda la buena sociedad de San Petersburgo estaba en el teatro de la Ópera; Wronsky vió á su prima, y sin esperar el entreacto, abandonó su asiento para subir al palco.

—¿Por qué no ha venido usted á comer?—preguntóle. Y añadió después en voz baja, con afable sonrisa:—Admiro la perspicacia de los enamorados; *ella no estaba allí*, pero vuelva usted cuando se acabe la función.

Wronsky la miró como para interrogarla, y como Betsy hiciese una señal con la cabeza, sentóse, dando las gracias con una sonrisa.

—¿Y qué se ha hecho de las bromas de otras veces?—continuó la princesa, que conocía, con no poca satisfacción, los progresos de aquella pasión amorosa.—Está usted cogido, amigo mío.

—No deseo otra cosa—contestó Wronsky sonriendo;—si me quejo, es de no estarlo tanto como yo quisiera, pues á decir verdad, comienzo á perder toda esperanza.

—¿Cuál podría usted tener?—dijo Betsy, como si quisiera defender á su amiga;—entendámonos...

Pero su mirada maliciosa indicaba que comprendía tan bien como Wronsky lo que éste esperaba.

—Ninguna—contestó Wronsky, cuyos labios entreabría una sonrisa, dejando ver sus blancos y bien alineados dientes.—Dispense usted—añadió, tomando los gemelos de mano de su prima, para examinar uno de los palcos del lado opuesto;—temo hacer un papel ridículo.

Wronsky sabía muy bien que á los ojos de Betsy, así como á los de todos sus conocidos, no se exponía á este peligro, pues no ignoraba que si un hombre podía parecerlo al amar sin esperanza á una joven, no sería nunca así por consagrar su amor á una mujer casada, arriesgándolo todo para seducirla.

—¿Por qué no ha venido usted á comer?—preguntó Betsy, sin poder menos de admirarle.

—He tenido ocupación, y seguramente no adivinaría usted cuál. He reconciliado á un marido con el ofensor de su esposa.

—¿Y lo ha conseguido usted del todo?

—Creo que sí, ó poco menos.

—Ya me referirá usted eso en el primer entreacto—dijo Betsy levantándose.

—Imposible; ahora me voy al Teatro Francés.

—¿Y deja usted á la Nilsson para ir allí?—exclamó Betsy indignada, aunque no sabía distinguir entre la notable cantante y la última corista.

—No puedo por menos: tengo cita para el asunto de la reconciliación.

—Bienaventurados los que aman la justicia, porque ellos se salvarán—dijo Betsy, recordando haber oído decir esto en alguna parte.

V

—Es un poco picante, pero tan singular, que siento deseos de referírselo á usted—dijo Wronsky, mirando los animados ojos de su prima; por lo demás, no citaré nombre alguno.

—Mejor, yo lo adivinaré.

—Escuche usted, pues: dos jóvenes muy alegres...

—Sin duda dos oficiales del regimiento de usted.

—Yo no he dicho que fuesen oficiales, y sí sólo jóvenes que habían almorzado bien.

—Diremos que se habían achispado.

—Es posible... Los dos van á comer á casa de un compañero, y en el camino encuentran una dama que iba en su coche, y la cual se sonríe al pasar por delante de ellos, volviendo después la cabeza para mirarlos; persíguenla al galope, y con gran asombro ven que el vehículo se detiene precisamente delante de la casa á donde ellos se dirigen; la dama sube al piso superior, y sólo ven sus frescos labios bajo el velo, y sus elegantes formas.

—Habla usted con una animación, que me haría usted creer que era uno de los actores.

—Los dos jóvenes suben á casa de su compañero, que daba un banquete de despedida, y éste les obliga tal vez á beber un poco más de lo que debían. Interrogan á su amigo sobre los inquilinos de la casa, pero no sabe nada; sólo el criado puede satisfacer su curiosidad. «¿Hay *señoritas* arriba?» le preguntan. «Hay muchas,» se les contesta. Después de comer, los jóvenes pasan al despacho de su amigo y escriben á su desconocida una carta llena de protestas de amor, subiéndola ellos mismos á fin de explicar cualquier punto oscuro.

—¿Por qué me refiere usted semejantes horrores? ¿Y qué más?

—Los jóvenes llaman, la criada les abre la puerta, y entregan su carta, afirmando que están dispuestos á morir allí; la sirvienta, muy asombrada, quiere parlamentar; pero en el mismo instante preséntase un caballero, rojo como un cangrejo cocido, con patillas en forma de chuleta, que despide á

los visitantes sin cumplido alguno, declarando que en la habitación no hay nadie más que su mujer.

—¿Cómo sabe usted que el buen hombre tenía patillas en figura de chuleta?

—Va usted á saberlo. Hoy he querido concluir la paz.

—¿Y qué ha sucedido?

—Esto es lo más curioso del incidente: resulta que esa feliz pareja es la de un consejero y una consejera titular; el primero ha presentado una queja, y he debido intervenir como mediador. ¡Vaya un mediador! Talleyrand no era nada comparado conmigo.

—¿Qué dificultades ha debido usted vencer?

—Voy á decírselo. Hemos comenzado por excusarnos lo mejor posible, cual convenía, diciendo: «Sentimos muy de veras esta enojosa equivocación.» El consejero titular parece suavizarse, pero empéñase en expresar sus impresiones; entonces se encoleriza de pronto, deja escapar algunas palabrotas, y entonces me veo en la precisión de apelar á los medios diplomáticos. «Convengo en que su conducta ha sido deplorable—digo á mi hombre;—pero advierta usted que se trata sólo de una equivocación; son jóvenes, y acababan de comer bien... Ya comprenderá usted. Ahora se arrepienten con toda sinceridad, y ruéganle que les dispense su error.» El consejero se dulcifica más aún. «Convengo en ello—replica mi interlocutor—y estoy dispuesto á perdonar, señor conde, pero ya comprenderá usted que mi esposa ha estado expuesta á las persecuciones, groserías é insultos de dos calaveras...» Como estos se hallaban presentes, me es preciso calmarlos á su vez, sirviéndome otra vez de la diplomacia; pero cada vez que la cuestión está á punto de arreglarse, mi consejero titular se encoleriza de nuevo, sus patillas se mueven otra vez, y no sé ya cómo salir del paso.

—¡Ah! amiga mía, es preciso que le cuente esto—dijo Betsy á una dama que entraba en su palco;—aseguro á usted que me ha divertido mucho. ¡Vamos, buena suerte!—añadió, ofreciendo á Wronsky los dedos que el abanico le dejaba libres; y después de hacer un movimiento de hombros para que no se la subiera el corsé, se volvió á sentar en la delantera de su palco, en el sitio en que mejor se la pudiera ver.

Wronsky se fué al Teatro francés, para buscar al coronel

de su regimiento, que no faltaba una sola noche, pues quería hablarle de la obra de pacificación que hacía tres días le ocupaba, proporcionándole no poca diversión. Los héroes de esta historia eran Petritzky y un joven príncipe Kedrof, gallardo mancebo que acababa de ingresar en el regimiento; y tratábase principalmente de los intereses de aquél, pues ambos jóvenes formaban parte del escuadrón de Wronsky.

Wenden, el consejero titular, había presentado queja al coronel contra sus oficiales por haber injuriado á su esposa, que casada hacía cinco meses apenas y en estado interesante, había ido con su madre á la iglesia, donde, sintiéndose indispuesta, tomó el primer coche que pasó para volver cuanto antes á su casa. Los oficiales la habían perseguido; la dama se sintió peor por la emoción, y subió la escalera precipitadamente. Wenden volvía de su oficina, cuando oyó las voces y el campanillazo, y al ver que eran dos oficiales ebrios los puso á la puerta, exigiendo después que se les castigara severamente.

«Por más que diga usted—contestó el comandante á Wronsky—Petritzky se hace intolerable, pues no pasa una sola semana sin algún escándalo. El caballero ofendido persistirá seguramente en su reclamación.»

Wronsky había comprendido ya la utilidad de un duelo en semejante circunstancia, para suavizar al consejero y echar tierra sobre aquel asunto. El coronel le había mandado llamar, sabiendo que era hombre de tacto y celoso del honor de su regimiento. Á consecuencia de la consulta, Wronsky, acompañado de Petritzky y de Kedrof, fué á dar una satisfacción al consejero, confiando en que su nombre y sus cordones de ayudante de campo contribuirían á calmar al ofendido. Wronsky no consiguió su objeto más que en parte, como acababa de referir, y la reconciliación parecía aún dudosa.

En el teatro el joven conde refirió al coronel el resultado de su misión, y después de reflexionar, éste resolvió dejar el asunto tal como estaba.

VI

La princesa Betsy salió del teatro antes de concluirse el último acto, y apenas había tenido tiempo de entrar en su tocador para cubrir con una capa de polvos de arroz su larga



faz, arreglarse un poco el cabello y dar sus órdenes para servir el té, cuando comenzaron á llegar los coches deteniéndose en el vasto pórtico de su palacio de la gran Morskaïa. El conserje abría sin ruido la inmensa puerta á los visitantes; mientras la dueña de la casa, remozada ya convenientemente, salía para recibir á sus convidados. Las paredes del gran salón estaban revestidas de tapices oscuros, y el suelo cubierto de una gruesa alfombra; en una gran mesa, con

un mantel de deslumbradora blancura, é iluminada por numerosas bujías, veíase el servicio del té, de porcelana transparente.

La princesa tomó asiento, y mientras se quitaba los guantes, varios lacayos, hábiles para colocar sillas sin que se observara, ayudaron á todo el mundo á ocupar su sitio, formando dos grupos, uno al rededor de la princesa, y el otro en un ángulo del salón, en torno de una hermosa embajadora que lucía vestido de terciopelo negro. La conversación, como sucede siempre cuando no se han reunido aún todos los convidados, fué interrumpida por la llegada de varias personas.

—Es notablemente hermosa como actriz, y se ve que ha estudiado en Kaulbach—decía un diplomático en el grupo de la embajadora.—¿Han observado ustedes cómo ha caído?

—Ruego á ustedes que no hablemos más de la Nilsson, pues nada nuevo se puede añadir—dijo una dama rubia muy rechoncha y colorada, que llevaba un vestido de seda bastante ajado. Era la princesa Miagkaïa, célebre por su manera de expresarse, y á quien se apellidaba la *Niña terrible*, á causa de su desenvoltura; estaba sentada entre los dos grupos, escuchando lo que se decía en uno y otro, é interesándose igualmente en los dos.

—Cuéntenos usted alguna cosa divertida, pero que no sea mala—dijo la embajadora al diplomático.

—Preténdese—repuso este último—que no hay nada tan difícil como eso, pues sólo la malignidad es divertida; pero procuraré complacer á mis oyentes. Déseme un tema; todo está aquí, pues cuando se tiene, es fácil hablar sobre él. He pensado á menudo que los célebres narradores del siglo último se verían muy apurados hoy, pues en nuestros días el genio ha llegado á ser enojoso.

—No es usted el primero en decirlo—replicó la embajadora.

La conversación tomaba un giro demasiado insulso para que pudiera continuar mucho tiempo en el mismo terreno, y para reanimarla fué preciso apelar al único medio infalible, á la maledicencia.

—¿No les parece á ustedes que Toushkewitch tiene algo de Luís XV?—dijo alguno, señalando con la vista á un hermoso joven rubio que estaba cerca de la mesa.

—Sí, es tipo de salón—contestó otro—y por eso viene tan á menudo.

Este asunto de conversación se sostuvo porque sólo consistía en alusiones; no se podía hablar abiertamente, pues tratábase de las relaciones de aquel joven con la dueña de la casa.

En el grupo de la princesa, el asunto de la conversación fluctuó largo tiempo entre los tres temas inevitables: las noticias del día, el teatro y el juicio sobre el prójimo; pero fijóse al fin en este último.

—¿Han oído ustedes decir que la Maltishef, la madre, y no la hija, se hace un traje de *diablillo rosa?*

—¿Es posible?

—Me extraña mucho que con su talento, pues le tiene, no comprenda que se pone en ridículo.

Cada cual tuvo una palabra para criticar á la desgraciada Maltishef, y la conversación se reanimó con mucha viveza.

El esposo de la princesa Betsy, hombre grueso y bonachón, celoso coleccionista de grabados, entró muy despacio en aquel instante; había oído decir que su esposa tenía reunión, y quería presentarse antes de ir á su círculo. Acercóse á la princesa Miagkaïa sin que ésta le oyera, merced á la alfombra, y la preguntó:

—¿Ha quedado usted satisfecha de la Nilsson?

—¡Vaya un modo de asustar á las personas, dejándose caer así del cielo sin avisar!—exclamó la princesa;—le ruego que no me hable de la ópera, porque usted no entiende nada de música; prefiero que me diga algo sobre sus grabados y sus láminas. ¿Qué tesoro ha descubierto usted últimamente?

—Si lo desea usted, se lo enseñaré; pero no comprenderá usted nada.

—No importa; yo me educo entre esa gente, entre... los banqueros. ¿No se llaman así? Tienen grabados magníficos, y ya me los han enseñado.

—¿Cómo, ha ido usted á casa de los Schützbourg?—preguntó desde su asiento la dueña de la casa.

—Sí, amiga mía, nos convidaron á comer, á mi esposo y á mí, y por cierto que se sirvió una salsa que había costado mil rublos, según me han dicho—replicó la princesa Miagkaïa, en alta voz, para que la oyesen todos.—Sin embargo, la

salsa, algo verdosa, me pareció muy mala. Yo debí recibir á mi vez á esos señores, y les hice otra que sólo costaba ochenta y cinco *kopecks*, lo cual no impidió que todos quedaran contentos. Yo no puedo confeccionar salsas de mil rublos.

—Nadie como ella—dijo Betsy.

—¡Admirable!—añadió otro.

La princesa Miagkaïa no dejaba nunca de producir su efecto, que consistía en expresar con buen sentido cosas muy ordinarias, las cuales no decía siempre oportunamente; pero en la sociedad en que vivía, este buen sentido hacía las veces de un chiste sutil.

Aprovechándose del silencio que se prolongaba, la dueña de la casa quiso entablar una conversación más general, y dirigiéndose á la embajadora la dijo:

—¿Decididamente no quiere usted té? Véngase por aquí.

—Estamos bien en nuestro rincón—contestó la embajadora con una sonrisa, continuando una conversación interrumpida que al parecer la interesaba mucho: tratábase de los Karenine, marido y mujer.

—Ana ha cambiado mucho desde su viaje á Moscou—decía una de sus amigas—noto en ella algo extraño.

—El cambio consiste en que la ha acompañado la sombra de Alejo Wronsky—repuso la embajadora.

—¿Qué prueba esto? Yo conozco un cuento de Grimm en que un hombre se ve privado de su sombra en castigo de no sé qué falta. Jamás comprendí este género de castigo, pero tal vez sea muy penoso para una mujer verse privada de sombra.

—Sí, pero las mujeres que tienen sombras, suelen acabar mal—dijo la amiga de Ana.

—Así tuviera usted la pepita (1),—exclamó de pronto la princesa Miagkaïa al oir aquellas palabras.—La Karenine es una mujer encantadora, á quien yo amo mucho; pero no me agrada su esposo.

—¿Y por qué?—preguntó la embajadora;—es un hombre muy notable, y mi esposo pretende que hay pocos políticos de tanto mérito en Europa.

—Lo mismo dice mi marido, pero yo no lo creo—replicó la

(1) Locución popular para hacer callar á alguno.

princesa;—si nuestros esposos no hubieran tenido esta idea, siempre hubiéramos visto á Alexandrovitch tal como es. Yo le tengo por un mico; lo digo en voz muy baja, pero me satisface expresar esta opinión. En otra época, cuando me creía obligada á reconocerle talento, me consideraba yo misma una estúpida, porque no sabía encontrarle esa cualidad. En cuanto á la bella Ana, debo hablar en su favor: es amable y buena; la pobre mujer no tiene culpa si todo el mundo se enamora de ella y si la persiguen como su sombra.

—No me permito juzgarla—dijo la amiga de Ana para disculparse.

—Aunque nadie nos siga como nuestras sombras, no por eso tenemos el derecho de juzgar.

Después de dar esta lección á la amiga de Ana, la princesa y la embajadora se acercaron á la mesa del té, para tomar parte en una conversación general sobre el rey de Prusia.

—¿De quién habéis dicho picardías?—preguntó Betsy.

—De los Karenine; la princesa nos ha pintado al bueno de Alexandrovitch—contestó la embajadora, sentándose junto á la mesa.

—Siento no haber podido oirlo—contestó Betsy, mirando hacia la puerta.—¡Ah! ya está aquí—añadió, volviéndose hacia Wronsky, que acababa de entrar.

El conde conocía y encontraba diariamente á todas las personas que estaban aquella noche en casa de su prima, y así es que entró con la tranquilidad de un hombre que vuelve á ver á los mismos de quienes se ha separado poco antes.

—¿De dónde vengo?—dijo, contestando á la pregunta que le hizo la embajadora;—debo confesarlo; vengo de los Bufos, y siempre muy satisfecho, aunque he ido ya cien veces. Es humillante decirlo, pero aseguro á ustedes que en la Ópera me duermo, mientras que en los Bufos estoy divertido hasta el último instante. Hoy...

Wronsky nombró á una actriz francesa, pero la embajadora le contuvo con un ademán de terror burlesco.

—¡No nos hable usted de esas cosas!—exclamó.

—Pues me callo, tanto más cuanto que todos ustedes la conocen.

—Y todos estarían dispuestos á ir tras ellos, si se consintiese como en la Ópera—añadió la princesa Miagkaïa.

VII

Oyéronse pasos cerca de la puerta, y Betsy, persuadida de que vería entrar á Ana, miró á Wronsky; este último miraba también, y su rostro expresaba una mezcla singular de alegría, de ansiedad y de temor. Levantóse lentamente de su asiento, y en el mismo instante presentóse Ana. Después de cruzar el corto espacio que la separaba de la dueña de la casa, con aquel paso rápido, ligero y decidido que la distinguía de todas las demás mujeres de la sociedad, con la mirada fija en Betsy, fué á estrechar su mano; después saludó con una sonrisa á Wronsky, que hizo una profunda reverencia, ofreciendo á la dama una silla.

Ana inclinó ligeramente la cabeza y ruborizóse con expresión de enojo; algunas personas se aproximaron para darle la mano, y á todas las recibió con la sonrisa en los labios.

—Ahora vengo de casa de la condesa Lidia—dijo á Betsy; —hubiera querido verla antes, mas no me ha sido posible porque estaba allí sir John, que es muy interesante.

—¡Ah! el misionero.

—Sí, ha referido hechos curiosos sobre su vida en las Indias.

La conversación, interrumpida por la llegada de Ana, vaciló de nuevo como la luz de una lámpara que está á punto de extinguirse.

—¡Sir John!

—Sí, yo lo he visto; habla muy bien. La Wlatief está prendada de él.

—¿Es cierto que la más joven de los Wlatief se casa con Tapof?

—Asegúrase que es cosa decidida.

—Me extraña que los padres consientan.

—Es un casamiento por amor, según dicen.

—¿Por amor?—preguntó la embajadora.—¿De dónde toma usted esas ideas tan anti-diluvianas? ¿Quién habla de esa pasión en nuestros días?

—¡Ah! esa pasión tan ridícula y antigua se encuentra diariamente—dijo Wronsky.

—Tanto peor para aquellos que lo experimenten: en materia de matrimonios felices, no conozco sino aquellos que se efectúan por razón y conveniencia.

—Sí; pero ¿no sucede á menudo que esos matrimonios de razón quedan reducidos á la nada, precisamente á causa de esa pasión que usted desconoce?

—Entendámonos: lo que se llama casamiento de razón es aquel que se efectúa cuando las dos partes han conocido ya bien el mundo. El amor es un mal que se ha de sufrir como la escarlatina.

—En tal caso sería prudente servirse de un medio artificial para inocularle, á fin de preservarse como de la viruela.

—En mi juventud estuve enamorada de un sacristán, y quisiera saber si esto me ha favorecido.

—No, hablando con franqueza, creo que para conocer bien el amor es preciso, después de haberse engañado una vez, poder reparar el error.

—¿Hasta después del casamiento?—preguntó la embajadora sonriendo.

—Nunca es tarde para enmendarse—dijo el diplomático, citando un proverbio inglés.

—Precisamente—interrumpió Betsy:—engañarse primero para entrar en lo verdadero después. ¿Qué dices á esto?—añadió, interrogando á Ana, que escuchaba la conversación con una sonrisa.

Wronsky la miró, esperando su respuesta con ansiedad: cuando hubo hablado, respiró como si se librara de un peligro.

—Creo—dijo Ana, jugando con un guante—que si hay tantas opiniones como cabezas, también se encontrarán tantas maneras de amar como corazones.

Y volviéndose bruscamente hacia Wronsky, le dijo:

—He recibido carta de Moscou, en la cual me dicen que Kitty Cherbatzky está muy enferma.

—¿De veras?—preguntó Wronsky con expresión sombría.

Ana le miró con aire severo.

—¿Le es á usted indiferente?—preguntó.

—Me importa mucho, por el contrario.

Ana se levantó y acercóse á Betsy.

—¿Quiere usted darme una taza de té?—dijo, apoyándose en el respaldo de su silla.

Mientras que Betsy echaba el té, Wronsky se aproximó á Ana y la preguntó:

—¿Qué la escriben á usted?

—He pensado á menudo—dijo Ana, sin contestar directamente, que si los hombres pretendían saber obrar con nobleza, esta frase carecía en realidad de sentido. Hace mucho tiempo que deseaba decírselo á usted.

—No comprendo bien lo que significan esas palabras—repuso Wronsky, ofreciéndole su taza.

Ana dirigió una mirada al diván que estaba á su lado, y sentóse al punto.

—Sí, deseaba decir á usted—continuó sin mirarle—que ha obrado mal, muy mal.

—¿Cree usted que no lo siento? Pero ¿de quién es la culpa?

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó Ana con acento severo.

—Bien lo sabe usted—contestó Wronsky, sosteniendo la mirada de su interlocutora sin bajar la vista.

Entonces fué la dama quien se turbó.

—Eso prueba simplemente—dijo al fin—que usted no tiene corazón.

Sus ojos, sin embargo, desdecían sus palabras.

—Eso de que hablaba usted ahora era un error, y no amor.

—Recuerde usted que le he prohibido pronunciar esa fea palabra—repuso Ana estremeciéndose; y al punto comprendió que por la sola palabra *prohibido* se reconocía ciertos derechos sobre el conde.—Desde hace largo tiempo—continuó, mirando á Wronsky fijamente, aunque sus mejillas estaban brillantes de rubor—deseaba hablar con usted, y hoy he venido expresamente para ello, sabiendo que le encontraría aquí. Es preciso que todo esto concluya, porque jamás he tenido que ruborizarme delante de nadie, y cuando usted me dirige la palabra, no sé por qué me creo culpable.

Wronsky miraba á su interlocutora, admirando la expresión de su belleza.

—¿Qué quiere usted que haga?—preguntó simplemente con acento breve.

—Deseo que vaya usted á Moscou á pedir perdón á Kitty.

—Usted no desea eso.

Wronsky comprendía que Ana se esforzaba por decir una cosa y que pensaba otra.

—Si me ama usted como dice—murmuró—haga de modo que yo esté tranquila.

El semblante de Wronsky se serenó.

—¿No sabe usted—dijo—que es usted mi vida, y que habiendo perdido ya la tranquilidad me sería imposible dársela? Puedo entregarme en cuerpo y alma, consagrarle mi amor, mas no está en mi mano desechar á usted de mi pensamiento. Á mis ojos, los dos no somos sino uno, y por lo mismo no veo medio alguno de tranquilidad para ninguno de nosotros en lo futuro. Sólo columbro en perspectiva el infortunio, la desesperación ó la dicha.—¿Será esto verdaderamente imposible?—murmuró con los labios, sin atreverse á pronunciar las palabras. Ana, sin embargo, comprendió.

Todas las fuerzas de la inteligencia de Ana parecían concentrarse sólo para contestar como su deber lo exigía; pero en vez de hablar, fijó en él una mirada de amor y guardó silencio.

—¡Dios mío!—pensó Wronsky, transportado de alegría, en el momento en que desesperaba, creyendo no llegar jamás:—he aquí el amor. ¡Ella me ama: eso es una confesión!

—Haga usted eso por mí, seamos buenos amigos, y no me hable más de tal modo—dijeron sus palabras;—pero su mirada expresaba lo contrario.

—Jamás seremos amigos, ya lo sabe usted—dijo Wronsky. —Usted decidirá si hemos de ser los más felices ó los más desdichados del mundo.

Ana quiso hablar, pero Wronsky le interrumpió.

—Todo lo que pido—dijo—es el derecho de esperar y sufrir como en este instante; si es imposible, mándeme usted desaparecer, y desapareceré; jamás me volverá á ver si mi presencia le es enojosa.

—Yo no le despido á usted.

—Entonces, no cambiemos nada; dejemos las cosas tal como están—añadió con voz temblorosa...—Ahí tiene usted á su esposo.

Efectivamente, Alejo Alexandrovitch entraba en aquel momento en el salón, con su aire tranquilo y su fea manera de andar.

Acercóse á la dueña de la casa, dirigió al paso una mirada á su esposa y á Wronsky, sentóse cerca de la mesa, y con su voz lenta y bien acentuada, y aquella sonrisa con que parecía burlarse siempre de alguna persona ó cosa, dijo, mirando á los presentes:

—El cuadro está completo; aquí las Gracias y las Musas.

Pero la princesa Betsy, que no podía sufrir aquel tono burlón, procedió con mucho tacto para conducir al señor de Karenine á tratar de un asunto formal. Para esto habló del servicio obligatorio, y Alejo Alexandrovich le defendió vivamente contra los ataques de Betsy.

Wronsky y Ana permanecían junto á una mesita.

—Eso es ya inconveniente—dijo una dama en voz baja, designando con una mirada á Karenine, á su esposa y á Wronsky.

—¿Qué decía yo?—dijo la amiga de Ana.

No fueron aquellas señoras las únicas que hicieron tal observación; la princesa Miagkaïa y Betsy miraron más de una vez hacia el sitio donde estaban Ana y Wronsky; solamente Alejo Alexandrovich no fijó su atención, ni se distrajo del interesante asunto de que trataba.

Betsy, observando el mal efecto que sus amigos producían, maniobró de modo que alguien la sustituyera momentáneamente para contestar á Alexandrovich, y acercóse á Ana.

—Admiro siempre—le dijo—la claridad del lenguaje de su esposo; las cuestiones más trascendentales me parecen comprensibles cuando él habla.

—¡Oh, sí!—contestó Ana sin saber lo que decía.

Y radiante de felicidad, levantóse y se acercó á la mesa grande para tomar parte en la conversación general.

Al cabo de media hora, Alexandrovich propuso á su esposa retirarse; pero Ana contestó sin mirarle siquiera, que deseaba quedarse á cenar. Alexandrovich se despidió de todos y salió.

El anciano cochero de los Karenine, robusto tártaro revestido de su impermeable, sujetaba con trabajo, delante del peristilo, los caballos excitados por una temperatura de hielo; el lacayo permanecía junto á la portezuela del coche, y el suizo estaba de pie junto á la puerta de entrada, abierta de par en par. Ana escuchaba con placer las palabras de Wronsky.

—Convenga en que no se ha comprometido usted á nada—decía el joven, acompañándola hasta su carruaje; pero ya sabe que no es amistad lo que yo pido: para mí, la única felicidad de mi vida se contiene en esa palabra que parece desagradarla tanto: el amor.

—El amor—repitió Ana lentamente como hablando consigo misma, y añadió después de una pausa:—Esa palabra me desagrada porque para mí tiene un sentido más profundo y mucho más grave de lo que usted puede imaginar.....—Hasta la vista—dijo de pronto, mirando fijamente al conde.

Y después de darle la mano, pasó rápidamente por delante del conserje, y desapareció en su coche.

Aquella mirada y aquel apretón de manos trastornaron á Wronsky, que besó la palma de la suya en el sitio que habían tocado los dedos de Ana. El conde volvió á su casa en la persuasión de que aquella noche había adelantado más que en los dos meses anteriores para llegar á la realización de su sueño dorado.

VIII

Al señor de Karenine no le había parecido inconveniente que su esposa hablara con Wronsky de una manera algo animada; pero figurósele que otras personas lo juzgaban extraño, y resolvió hacer la observación á Ana.

Según costumbre, al entrar en su casa Alexandrovitch pasó á su gabinete, sentóse en una butaca, abrió un libro en el sitio marcado por una plegadera y leyó un artículo sobre el papismo hasta la una de la madrugada. De vez en cuando pasábase la mano por la frente, como para desechar un pensamiento importuno. Á la hora habitual hizo sus preparativos para acostarse (Ana no había vuelto aún), y con su libro debajo del brazo, dirigióse á la alcoba; pero en vez de las preocupaciones ordinarias sobre los asuntos de su servicio, pensó en su esposa y en la desagradable impresión que había experimentado por causa de ella. Comprendiendo que no podría dormir, comenzó á pasear de un lado á otro con las

manos á la espalda, cual si no quisiera acostarse sin haber reflexionado maduramente sobre los incidentes de la noche.

En primer lugar, Alejo Alexandrovitch juzgó natural hacer una observación á Ana, mas parecióle después que aquellos incidentes tendrían una complicación desagradable. Karenine no tenía celos: á su modo de ver, un marido ofendía á su esposa cuando se dejaba llevar de esta pasión; pero ¿por qué tendría ciega confianza en ella, viviendo convencido de que le amaría siempre? Karenine no se preguntaba esto, pues no habiendo tenido jamás ni sospechas ni recelos, prometíase conservar plena confianza. Sin embargo, aunque abrigase tales sentimientos, hallábase ante una situación excepcional y absurda, é indefenso para combatirla. Hasta entonces no había tenido que luchar contra las dificultades de la vida sino en la esfera de su servicio oficial; y ahora experimentaba una impresión semejante á la del hombre que, pasando tranquilo por un puente sobre un precipicio, observa de improviso que aquel está desmontado y que bajo sus pies se abre una sima profunda. Esta última era para él la vida verdadera, y el puente, la existencia artificial que hasta aquel día conociera. La idea de que su esposa pudiese amar á otro, le ocurría por primera vez y causábale cierto terror.

Sin pensar en desnudarse, comenzó á pasear por varias habitaciones, cruzando sucesivamente el comedor, iluminado por una sola lámpara; el salón oscuro, donde un rayo de luz se reflejaba en su retrato, recientemente hecho; y el gabinete de su esposa, donde brillaban dos bujías sobre los costosos dijes de su escritorio y los retratos de sus parientes y amigos. Llegado á la puerta de la alcoba, retrocedió.

De vez en cuando deteníase y se decía: « Sí, es preciso de todo punto poner término á esta situación, adoptar un partido, manifestarle mi modo de ver; pero ¿qué le diré? ¿Y qué partido puedo tomar? ¿Qué ha sucedido, al fin y al cabo? Nada. Que habló largo tiempo con él... mas ¿qué mujer no habla con un hombre en sociedad? Mostrarme celoso por tan poca cosa sería humillante para los dos.

Este razonamiento, que el señor de Karenine juzgó al principio concluyente, parecióle después, sin embargo, de muy poco valor. Desde la puerta de la alcoba se dirigió al salón oscuro, donde creyó oir una voz que le decía: « Puesto que

otros se han extrañado al parecer, es porque hay alguna cosa... Sí, es preciso poner término á todo esto, adoptar un partido... ¿cuál?»

Sus pensamientos, así como su cuerpo, giraban en el mismo círculo, y no encontraba ninguna idea nueva; pasóse la mano por la frente y fué á sentarse en una butaca del gabinete de su esposa.

Una vez allí, mirando la mesita de escribir de Ana, donde se veía una carta sin acabar, sus ideas siguieron otro curso. Representóse la vida de su esposa, las necesidades de su espíritu y de su corazón, sus inclinaciones y deseos; y entonces le dominó tan poderosamente la idea de que debía tener una existencia distinta de la suya, que se apresuró á desecharla. Era el abismo que no se atrevía á sondear con la mirada; penetrar con la reflexión y el sentimiento en el alma de otro era una cosa desconocida para él, y que le parecía peligrosa.

«Y lo más terrible—pensó—es que esta inquietud insensata me sorprende en el momento de dar la última mano á mi obra (el proyecto que se proponía hacer aprobar), cuando más necesito todas las fuerzas del espíritu y la calma. ¿Qué hacer? Yo no soy de aquellos que saben mirar sus males de frente; pero es preciso reflexionar, resolver una cosa ú otra, y librarme de esta preocupación. No me creo autorizado á escudriñar sus sentimientos é intervenir en lo que pasa en su alma: esta es cuestión de su conciencia y del dominio de la religión», añadió muy satisfecho por haber hallado una ley que podía aplicar á las circunstancias del momento.

«Así, pues—continuó—las cuestiones relativas á sus sentimientos son de conciencia, y no debo tocarlas. Mi deber se indica claramente: obligado, como jefe de familia, á dirigir á mi esposa, señalándole los peligros que entreveo, y siendo responsable de su conducta, me es forzoso usar de mis derechos en caso necesario.»

Y Alexandrovitch pensó lo que debía decir á su esposa, lamentándose de que le fuera preciso gastar su tiempo y sus fuerzas intelectuales en asuntos caseros. Á su pesar, formó mentalmente un plan que debía comprender, con tanta lógica como claridad, los puntos de que trataría al hablar á su esposa.

« Debo hacerla entender—se dijo—lo que sigue: primero, la significación é importancia de la opinión pública; segundo, el sentido religioso del matrimonio; tercero, las desgracias que pueden resultar para su hijo; y cuarto, las malas consecuencias que tal vez alcancen á la madre.»

Alexandrovitch oprimió sus manos una contra otra, é hizo crugir las articulaciones de sus dedos. Esta costumbre le calmaba, permitiéndole recobrar el equilibrio moral que tanto necesitaba.

De pronto oyóse el ruido de un coche, y Alexandrovitch se detuvo en medio del comedor; un paso ligero le indicó que su mujer subía; y con su discurso preparado permaneció inmóvil, haciendo crugir sus dedos. Aunque satisfecho de su pequeño discurso, tuvo miedo de lo que iba á suceder.

IX

Ana entró, jugando con las borlas de su abrigo y con la cabeza baja; su rostro estaba radiante, pero no de alegría; era más bien el fulgor terrible de un incendio en una noche oscura. Al ver á su esposo, levantó la cabeza y sonrió, como si despertara de una meditación.

—¿Aún no estás en cama?—exclamó.—¡Qué milagro!—añadió, despojándose de su abrigo.

Y sin detenerse pasó á su gabinete y gritó desde la puerta:

—Ya es tarde, Alejo.

—Ana—replicó Alexandrovitch—necesito hablar contigo.

—¡Conmigo!—exclamó Ana con aire de asombro, dirigiéndose á su esposo y mirándole fijamente.—Pues bien, hablemos, si es tan necesario; pero más valdría dormir.

Ana contestaba lo primero que se le ocurría, admirándose ella misma de que pudiera mentir tan fácilmente; sus palabras eran todas naturales, y hubiérase dicho que verdaderamente deseaba acostarse; pero sentíase impulsada por una fuerza invisible, y estaba dispuesta á sostener toda discusión, apelando al engaño.

—Ana—dijo el señor de Karenine—es preciso que mires un poco lo que haces.

—¿Por qué?—contestó Ana.

Y miró tan alegre y cándidamente á su esposo, que para cualquiera otro que no la hubiera conocido tan bien como él, el tono de su voz habría sido del todo normal; mas para el señor de Karenine, que sabía que cuando faltaba á cualquiera de sus costumbres, su mujer le preguntaba al punto la causa, y que ella, por su parte, le comunicaba siempre sus alegrías y sus pesares, era muy significativo el hecho de que Ana no quisiese observar su agitación ni hablar de ella misma. El alma de su esposa, abierta para él otras veces, parecíale ahora cerrada, y hasta comprendió por el tono de su mujer que no era su ánimo disimularlo, y que en su interior pensaba: «Así ha de ser y será en adelante.» Alexandrovitch se figuró estar en el caso de un hombre que, al volver á su casa, encuentra la puerta atrancada.

—Quiero prevenirte—dijo con voz tranquila—para evitar las interpretaciones que se puedan hacer en el mundo sobre tu imprudencia y tu aturdimiento: tu conversación demasiado animada con el conde Wronsky (pronunció este nombre con lentitud y firmeza) en casa de la princesa esta noche, ha llamado la atención de todos.

Alexandrovitch miraba los ojos risueños é impenetrables de Ana, y parecíale reconocer con terror que sus palabras serían inútiles y ociosas.

—Siempre eres así—contestó Ana, como si no comprendiese lo que se la decía, y sólo dió importancia á una parte de la frase.—Tan pronto te incomoda que me aburra como que me divierta; esta noche me he distraído. ¿Te ofende que sea así?

Alexandrovitch se estremeció y oprimió de nuevo sus manos para hacerlas crugir.

—Te ruego—díjole su esposa—que tengas las manos quietas, pues me molesta mucho ese ruido.

—Ana, ¿eres realmente tú la que me hablas?—repuso Alejo Alexandrovitch haciendo un esfuerzo para reprimir el movimiento de sus manos.

—Pero en fin, ¿qué hay?—preguntó la joven con un asombro sincero y casi cómico.—¿Qué quieres de mí?

El señor de Karenine guardó silencio, pasándose la mano por la frente y los ojos: parecíale que en vez de advertir á su

esposa sus errores á los ojos del mundo, se inquietaba á su pesar de lo que pasaría en la conciencia de aquella, chocando tal vez contra un obstáculo imaginario.

—He aquí lo que deseaba decirte—replicó fría y tranquilamente—y te ruego que me escuches hasta el fin. Ya sabes que considero la pasión de los celos como ofensiva y humillante, y que jamás me dejaré dominar por ella; pero hay ciertas barreras sociales que no se franquean impunemente. Hoy, á juzgar por la impresión que has producido, no soy yo solo quien te ha observado, sino todo el mundo; y tu conducta no ha sido conveniente.

—Vamos, no entiendo una palabra—dijo Ana encogiéndose de hombros. «Ya se ve que le es todo igual—pensó—y que sólo teme las observaciones del mundo.» —Tú estás enfermo, Alejo Alexandrovitch—añadió levantándose para irse; pero su esposo la detuvo, adelantándose hasta ella.

Jamás le había visto Ana el semblante tan sombrío y desagradable, y permaneció de pie, inclinando la cabeza para retirar con mano ágil las horquillas de su cabello.

—Bien, ya escucho—dijo tranquilamente con tono burlón —y hasta escucharé con interés, porque quisiera comprender de qué se trata.

La esposa de Alexandrovitch se admiraba ella misma de su aplomo y naturalidad, así como de la elección de sus palabras.

—No me juzgo autorizado para penetrar en tus sentimientos, y lo creo, además, tan inútil como peligroso—comenzó á decir Alexandrovitch—pues al socavar á demasiada profundidad nuestras almas, nos exponemos á tocar lo que tal vez pasaría desapercibido. Tres sentimientos se relacionan con tu conciencia; pero tratándose de ti, de mí y de Dios, me veo en la precisión de recordarte tus deberes. Nuestras existencias están unidas, no por los hombres, sino por Dios. Sólo un crimen puede romper este lazo, y un crimen semejante lleva consigo su castigo.

—Yo no comprendo nada, sino que tengo sueño—dijo Ana, retirando de su cabello las últimas horquillas.

—Ana—repuso Alexandrovitch con dulzura—no hables así; tal vez me engañe, pero creo que lo que ahora te digo es en interés de ambos; soy tu esposo y te quiero.

El rostro de Ana se oscureció un momento, y en sus ojos extinguióse la expresión burlona; pero la palabra «amar» la irritó. «¿Sabe él lo que es amor? —pensó. —¿Y le sería posible amar? Si no hubiera oído pronunciar esa palabra, seguramente no la conocería.»

—Alejo—replicó—repito que no te comprendo; explícate y dime qué ves...

—Permíteme concluir. Yo te amo, pero no se trata de mí; los principales interesados son tu hijo y tú misma. Es muy posible que mis palabras te parezcan inútiles é inoportunas, y tal vez sean resultado de un error por mi parte, en cuyo caso te ruego que me dispenses; pero si comprendes tu misma que mis observaciones tienen algún fundamento, te suplico que reflexiones, y si el corazón te lo dicta así, que me hables con toda franqueza.

Alexandrovitch, sin echarlo de ver, decía una cosa muy diferente de lo que tenía imaginado.

—Nada tengo que decirte—replicó Ana vivamente, disimulando á duras penas una sonrisa;—y creo que ya es hora de acostarse.

Alexandrovitch suspiró, y sin añadir palabra, dirigióse hacia su alcoba.

Cuando Ana entró, su esposo estaba acostado ya; tenía los labios oprimidos y el aspecto severo, y no miró una sola vez á su mujer; esta última esperaba que la hablaría, temiéndolo y deseándolo á un tiempo; pero guardó silencio.

Dejó transcurrir un largo rato sin moverse, y acabó por olvidar al hombre que tenía á su lado; pensaba en otro, cuya imagen llenaba su corazón de culpable alegría. De repente oyó un ronquido regular, el cual despertó sin duda al mismo Alexandrovitch, pues cesó al punto; pero poco después continuó de nuevo.

«Ya es tarde, ya es tarde»—pensó Ana, sonriendo. Y permaneció largo tiempo inmóvil, sin cerrar los ojos, y figurándose que los veía brillar en la oscuridad.

X

Á partir de aquella noche, comenzó una vida nueva para Alejo Alexandrovitch y su esposa, aunque al parecer no se notaba nada de particular. Ana seguía presentándose en las reuniones, sobre todo en casa de la princesa Betsy, y encontraba á Wronsky en todas partes; Alexandrovitch lo veía sin poder impedirlo; y siempre que hacía una tentativa para obtener una explicación, Ana manifestaba un asombro y un aspecto risueño verdaderamente impenetrable.

Nada había cambiado exteriormente; pero las relaciones de los cónyuges eran muy distintas. Alexandrovitch, tan fuerte cuando se trataba de los asuntos de Estado, reconocíase en esto impotente, y esperaba resignado, con la cabeza baja, el último golpe, como el buey en el matadero. Cuando le acosaban estas ideas, decíase que era preciso hacer la última prueba; apelando á la bondad, á la ternura y á los razonamientos, para salvar á Ana y volverla al buen camino; cada día formaba el propósito de hablarla por última vez, pero llegado el momento, decía cosas muy diferentes de las que había pensado. Involuntariamente tomaba ese tono singular, con el que parecía burlarse de los que hubieran hablado como él; y no era este el tono propio para expresar las cosas que debía decir.. . . . .

. . . .

XI

Lo que para Wronsky había sido durante cerca de un año el objeto único y supremo de su existencia, y para Ana un sueño de felicidad, tanto más encantador cuanto que le parecía inverosímil y terrible, habíase realizado al fin. Pálido y tembloroso, estaba en pie ante ella, y suplicábala que se calmase, sin saber por qué.

—¡Ana, Ana!—decía con acento conmovido—en nombre del cielo, serénate.—Pero cuánto más elevaba la voz, más

inclinaba ella la cabeza, tan altiva en otro tiempo y tan humillada ahora; habría tocado el suelo desde el diván en que estaba sentada, cayendo sobre la alfombra si Wronsky no la hubiera sostenido.

—¡Dios mío, perdonadme!—exclamó sollozando, mientras oprimía contra su seno la mano del conde.

Ana se juzgaba tan criminal y culpable, que no podía hacer otra cosa sino humillarse y pedir gracia, y de Wronsky era de quien imploraba perdón, porque sólo con él contaba en el mundo. Al mirarle, parecíale tan palpable su envilecimiento, que apenas podía pronunciar otra palabra. En cuanto á Wronsky, creía parecerse á un asesino ante el cuerpo inanimado de su víctima. El cuerpo inmolado por ellos era su amor, ó más bien la primera fase de éste; y el recuerdo del alto precio que habían pagado por su vergüenza tenía verdaderamente algo de terrible y odioso.

La idea de su envilecimiento moral agobiaba á Ana, y esta idea se comunicó á Wronsky; pero cualquiera que fuese el horror del asesino ante el cadáver de su víctima, es preciso ocultarle, y aprovecharse por lo menos del crimen que se cometió. Y así como el culpable se precipita sobre el cadáver con rabia, y le arrastra para hacerle pedazos, Wronsky cubría de besos la cabeza y el cuello de su amante. Ana oprimía su mano sin moverse; aquellos besos habíalos comprado á costa de su honor, y la mano que estrechaba era la de su cómplice. Wronsky se arrodilló, procurando ver aquel rostro, que Ana ocultaba sin querer hablar. Al fin se levantó, haciendo un esfuerzo, y rechazóle.

—Todo ha concluído—dijo;—ya no me queda nadie más que tú; no lo olvides.

—¡Cómo he de olvidar lo que es mi vida! Por un instante de esta felicidad...

—¡Qué felicidad!—exclamó Ana con tan marcada expresión de disgusto y de terror, que comunicó á Wronsky el mismo sentimiento.—¡En nombre del cielo, no digas una palabra más!

Y levantándose vivamente, se alejó del conde.

—¡No, ni una palabra más!—repitió con un aire tan desesperado, que asombró singularmente á Wronsky.

Y salió de la habitación.

Al principio de aquella nueva vida, érale imposible á Ana expresar su vergüenza, su temor y alegría; y más bien que manifestar su pensamiento con palabras insuficientes ó triviales, prefería callarse. Más tarde no halló tampoco las frases propias para definir sus sentimientos, y ni aun sus ideas tradujeron las impresiones de su alma. «No—decía—yo no puedo reflexionar en todo eso ahora; más tarde lo haré, cuando recobre alguna tranquilidad.» Sin embargo, la calma del espíritu no se producía, y cada vez que pensaba en lo ocurrido, en lo que debía suceder aún, y en lo que llegaría á ser de ella, acosábale el temor y hacía lo posible por no preocuparse más del presente.

«Más tarde, más tarde—repetía—cuando esté más serena.» En cambio, si durante su sueño perdía todo su imperio sobre sus reflexiones, representábasele la verdadera situación en su espantosa realidad; casi todas las noches era presa de la misma pesadilla, y soñaba que los dos hombres eran sus esposos y se compartían sus caricias. Alexandrovitch lloraba besándole las manos y diciendo: «¡Qué felices somos ahora!» y Wronsky la amaba también con delirio. Ana se admiraba de haber creído que aquello fuese imposible, reía al explicarles que todo se iba á simplificar, y que ambos vivirían en adelante contentos y felices. Sin embargo, este sueño la oprimía dolorosamente, y convirtiéndose en pesadilla, despertábala cada vez más espantada.

XII

En los primeros días que siguieron á su regreso de Moscou, siempre que Levine se sonrojaba al recordar la vergüenza que le causó la negativa de Kitty, decíase: «Del mismo modo padecí, creyéndome hombre perdido, cuando no pude presentarme para sufrir el examen de física, y otro tanto me sucedió el día en que comprometí el asunto de mi hermana; pero ahora han transcurrido los años, y me asombro al recordar esas exasperaciones. Lo mismo será con mi dolor de hoy; el tiempo pasará y ya no me acordaré de nada.»

Sin embargo, transcurrieron tres meses sin que se produ-

jese la indiferencia, y el recuerdo hacía padecer á Levine tanto como los primeros días. Lo que más le contristaba era que, después de haber soñado tanto la vida de familia, creyéndose bien preparado para ella, no solamente no se había casado, sino que se hallaba más lejos que nunca del matrimonio; y comprendía, así como todos cuantos le rodeaban, que no es bueno para el hombre vivir solo. Recordaba que antes de marchar á Moscou, había dicho á su vaquero Nicolás, ingenuo campesino con quien á veces departía: «¿Sabes tú, Nicolás, que siento deseos de casarme?» Á lo cual había contestado sin vacilar el aldeano: «Hace ya largo tiempo que se debería haber hecho eso, Constantino Dmitritch.»

Y era que Levine tenía ocupado el pensamiento. Si alguna vez se acordaba de cualquiera joven conocida, parecíale imposible reemplazar á Kitty en su corazón; y los recuerdos del pasado le atormentaban siempre. El sentimiento de su humillación, aunque no tuviese ninguna gravedad, pesaba mucho más sobre su conciencia que ninguno de los malos actos de su vida anterior: era una herida que no quería cicatrizarse.

No obstante, el tiempo y el trabajo hicieron su obra; las impresiones penosas desvaneciéronse poco á poco por los acontecimientos importantes (aunque modestos al parecer) de la vida del campo; cada semana se llevó algo del recuerdo de Kitty, y hasta Levine llegó á esperar con impaciencia la noticia de su casamiento, confiando en que esto le curaría como á la persona á quien arrancan un diente.

La primavera se aproximaba al fin, bella, cariñosa y sin falsas promesas; era una de esas primaveras de que se regocijan las plantas y los animales tanto como los hombres. Aquella estación magnífica comunicó á Levine nuevo ardimiento, vigorizando su resolución de olvidar el pasado para organizar su vida solitaria en condiciones de independencia. Los planes que formara al volver al campo no se habían podido realizar todos; pero en cambio conservábase la castidad de su vida, y podía mirar á cuantos le rodeaban sin sonrojarse por ninguna falta. Hacia el mes de Febrero, María Nicolaevna había escrito para decirle que el estado de su hermano empeoraba, sin que fuera posible inducirle á cuidarse. Esta noticia bastó para que Levine marchara inmediatamente á Moscou, donde consiguió que Nicolás consultase á un médico

y fuera después á tomar las aguas en el extranjero; también le adelantó cierta cantidad para su viaje, y con esto quedó satisfecho de sí mismo.

Además de su explotación y de sus lecturas habituales, Levine emprendió durante el invierno un estudio sobre la economía rural; así es que ocupaba muy bien todas sus horas, á pesar de la soledad. Lo único que le faltaba era tener personas á quienes comunicar las ideas que se desarrollaban en su espíritu; sólo podía contar con su anciana sirvienta, y así acabó por discutir con ella sobre física, economía rural, y en particular filosofía, que era el asunto favorito de Agata Mikhaïlovna.

La primavera fué bastante tardía: en las primeras semanas de la cuaresma, el tiempo se mantuvo sereno aunque frío, y por más que el sol produjera, durante el día, cierto deshielo, el termómetro marcaba siete grados por la noche, siendo tan dura la capa, formada sobre la nieve, que no había ya caminos trazados.

El día de Pascua nevó mucho, pero al siguiente sopló de improviso un viento cálido, amontonándose las nubes, y por espacio de tres días con sus noches no dejó de caer una lluvia tibia; el viento se calmó el jueves y entonces extendióse sobre la tierra una espesa bruma de color gris, como para ocultar los misterios que se producían en la naturaleza. Los hielos crugían, derritiéndose por todas partes; y de los ríos y torrentes escapábanse con violencia las aguas espumosas y turbias.

Á la caída de la tarde, la niebla que ocultaba la colina Roja pareció desgarrarse como un velo; las nubes se disiparon en forma de blancos copos; y la primavera apareció al fin, la primavera brillante y deslumbradora. Al otro día, un sol magnífico hizo desaparecer las ligeras capas de hielo que aún quedaban sobre las aguas, y el aire cálido se impregnó de los vapores emanados de la tierra. La yerba antigua tomó al punto verdes tintes; la nueva comenzó á brotar en forma de pequeñas agujas; los botones de los abedules y de otras plantas llenáronse de savia, y en sus ramas, bañadas por el sol, los enjambres de abejas precipitáronse zumbando.

Invisibles alondras entonaron su alegre cántico al ver la campiña desembarazada de nieve; los gorriones parecieron

llorar sus pantanos sumergidos por las aguas torrenciales; y las cigüeñas y las ocas remontaron su vuelo por las altas regiones, lanzando ese grito particular precursor de la primavera.

Las vacas, cuyo pelaje no crecía ya con regularidad, mugían de placer al salir de sus establos; al rededor de las ovejas, con su espeso vellón, los corderillos saltaban torpemente; los niños corrían descalzos por los húmedos senderos, donde dejaban impresas sus huellas; las campesinas conversaban alegremente á orillas del estanque, ocupándose en blanquear su ropa; y por todas partes resonaban el hacha de los campesinos y el crugido de las carretas. La primavera imperaba en todo su esplendor.

XIII

Por primera vez, Levine no quiso ponerse la pelliza, y vestido á la ligera, aunque con sus grandes botas, salió de su casa.

La primavera es la época de los proyectos y de los planes. Levine no sabía en aquel momento á punto fijo qué dirección iba á tomar; pero en su espíritu se acumulaban las ideas para acometer las más útiles empresas.

Primeramente fué á ver su ganado: se habia permitido salir á las vacas, y calentábanse al sol mugiendo, cual si pidiesen licencia para ir á los campos. Levine las conocía á todas en sus menores detalles; examinólas con satisfacción y dió orden al pastor para que las condujera á los pastos, dejando salir á los terneros. Entre estos últimos, los recién nacidos se distinguían por una belleza nada común, y los de más edad alcanzaban ya la alzada de una vaca común; el ternero de Pava, de tres meses de edad, parecía tener ya un año. Levine admiró estos animales, dando orden para que se pusiera su alimento detrás de las empalizadas portátiles que les servían de cerca.

Sin embargo, vióse que estas empalizadas, construídas durante el otoño, se hallaban ya en mal estado, porque no habían sido necesarias, y en su consecuencia Levine envió á

buscar el carpintero, que debía estar ocupado en componer la máquina de batir; pero no se le encontró, porque había ido á reparar las cercas, trabajo que debió ejecutar durante la cuaresma. Levine se encolerizó: siempre tropezaba contra la eterna indolencia que en vano había procurado corregir hacía mucho tiempo. Como las empalizadas, según le dijeron, no se habían utilizado en la estación rigurosa, hallábanse en los talleres de los obreros, pero todas ellas rotas, á causa de ser muy ligera su construcción.

En cuanto á los instrumentos aratorios, que debieron componerse en los meses de invierno, para lo cual se contrataron tres carpinteros, hallábanse en el mismo estado, y comenzábase la recomposición cuando ya se necesitaban. Levine envió á llamar al intendente, y como tardase, fué á buscarle él mismo. Muy pronto le vió aparecer, risueño y rozagante, con su pelliza de piel de carnero, y muy satisfecho al parecer.

—¿Por qué no está el carpintero ocupado con la máquina? —preguntó Levine.

—Esto es lo que yo quería decirle á usted, Constantino Dmitritch; es preciso componer los arados, porque se necesitan ya para trabajar.

—¿Qué ha hecho usted, pues, durante el invierno?

—Pero, ¿para qué se necesita al carpintero?

—¿Dónde están las empalizadas para el cercado de las vacas?

—Ya he dado orden para que las coloquen. ¿Qué hemos de hacer con esos hombres?—añadió el intendente con ademán desesperado.

—No es con ellos, sino con el intendente con quien no es posible llevar nada á cabo—dijo Levine con irritación creciente.—¿Para qué se le paga á usted?—gritóle; pero recordando que á gritos no había de lograr nada, contúvose y preguntó después de una pausa:—¿Cuándo será posible dar principio á la siembra?

—Mañana, ó pasado mañana.

—¿Y el trébol?

—He enviado á Wassili y á Mishka para que lo siembren, pero no sé si lo conseguirán, porque el suelo está muy húmedo.

—¿En cuántos cuadros?

—En seis.

—¿Y por qué no en todas partes?—gritó Levine con acento de cólera, pues su propia experiencia, así como la teoría, habíanle convencido de la necesidad de sembrar el trébol tan pronto como fuera posible, casi sobre la nieve, lo cual no podía conseguir nunca.

—Nos faltan trabajadores. ¿Qué quiere usted que se haga con esa gente? Han faltado tres jornaleros, y ahí está Simón...

—Mejor hubiera sido no entretenerlos en descargar la paja.

—No se ocupan en eso.

—¿Pues dónde están?

—Cinco hay en el granero, y cuatro remueven la avena. ¡Con tal que no se eche á perder, Constantino Dmitritch!

Para Levine, esto significaba que la avena inglesa, destinada para la siembra, se había malogrado ya, por haberse faltado al cumplimiento de sus instrucciones.

—Pero no le he dicho á usted—gritó—que durante la Cuaresma se debían poner chimeneas para airear la avena?

—No se inquiete usted; todo se hará á su tiempo.

Levine, exasperado ya, hizo un ademán de cólera y fué á examinar su avena, trasladándose después á la cuadra.

—¡Ignat!—gritó al cochero, que en aquel momento se ocupaba en limpiar el coche cerca del pozo—ensíllame un caballo.

—¿Cuál?

—Kolpik.

Mientras le ensillaban el caballo, Levine llamó al intendente, que iba y venía á su alrededor á fin de ponerse en buen lugar con el amo, y hablóle de los trabajos que se debían ejecutar durante la primavera, así como de sus proyectos agronómicos: era preciso transportar el estiércol lo más pronto posible, para terminar este trabajo antes de la primera siega; y después se debía labrar el campo más lejano.

El intendente escuchaba con la mayor atención, con el aire de un hombre que se esfuerza para aprobar los proyectos de su amo; su rostro expresaba esa desanimación y abatimiento que irritaban á Levine en el más alto grado. «Todo eso es muy bueno—parecía decir—pero veremos lo que Dios dará.»

Este proceder desesperaba á Levine; pero como era común

á todos los intendentes que había tenido á su servicio, los cuales le oían hablar de sus proyectos con la misma expresión desanimada, había determinado no incomodarse ya. Sin embargo, la frase «lo que Dios dará,» le parecía una especie de fuerza elemental destinada á oponerle siempre un obstáculo.

—Veremos si hay tiempo, Constantino Dmitritch.

—¿Y por qué no ha de haberlo?

—Se necesitan quince trabajadores más, los cuales no vienen; hoy se ha presentado uno que pedía setenta rublos por este verano.

Levine calló: siempre tropezaba con la misma dificultad. Sabía que por muchos esfuerzos que se hicieran, nunca era posible reunir más de treinta y ocho jornaleros al precio normal; pero quiso probar una vez más.

—Envíe usted á buscar á Tsuri y á Tchefirofka, y si no vienen de allí, será preciso ir á otra parte.

—Lo que es el enviar, poco cuesta—dijo Wassili Fedorovitch con aire abatido;—pero los caballos están ya muy débiles.

—Compraremos otros; ya sé—añadió sonriendo—que siempre hará usted lo menos que pueda y del peor modo; pero le prevengo que no le dejaré obrar á su antojo este año. Yo lo haré todo.

—Cualquiera diría que duerme usted demasiado. En cuanto á nosotros, preferimos trabajar á la vista del amo.

—Pues bien, vaya usted á sembrar el trébol, y yo mismo iré á inspeccionar la operación—dijo Levine, montando el caballo que el cochero acababa de traer.

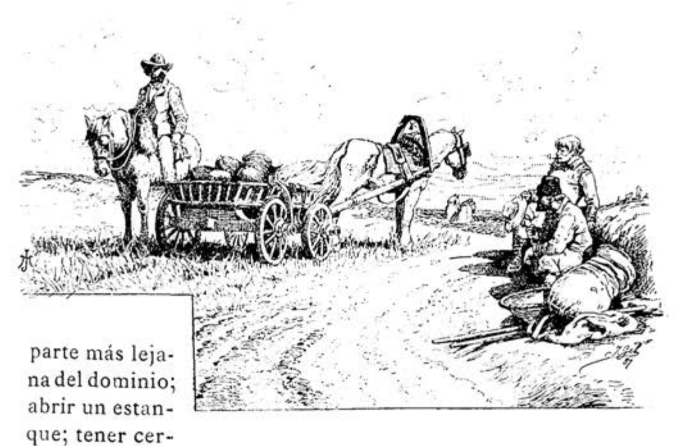
—No pasará usted por los arroyos, Constantino Dmitritch—gritó el cochero.

—Pues iré por el bosque.

Montado en su caballito, que relinchaba de alegría al salir de la cuadra, Levine salió del cenagoso patio, poniendo su cuadrúpedo al galope.

La agradable impresión que Constantino experimentara en la casa iba en aumento; balanceado suavemente en su montura, aspiraba el aire ya tibio, aunque impregnado aún de la frescura de la nieve; el aspecto de los árboles, con su musgo naciente y sus botones á punto de abrirse, causábale placer;

y al salir del bosque ofrecióse á su vista la extensión inmensa de los campos cubiertos de verdor, con algunos pequeños espacios de nieve acá y allá. Cuanto más adelantaba, mayor era su satisfacción, pues sus planes agrícolas parecían producir los mejores resultados: proteger los campos por la parte del mediodía, estableciendo plantaciones que impidieran á la nieve ocupar un sitio demasiado tiempo; dividir las tierras laborables en nueve partes, de las cuales se estercolarían seis, consagrándose tres al forraje; construir una vaquería en la



parte más lejana del dominio; abrir un estanque; tener cercas portátiles para el ganado á fin de utilizar los abonos en las praderas; llegar á cultivar así en grandes extensiones el trigo, las patatas y el trébol...; tales eran los proyectos de Levine.

Sumido en estas reflexiones, y dirigiendo con prudencia el cuadrúpedo para no estropear sus campos, Constantino llegó al sitio donde los trabajadores sembraban el trébol. El trineo cargado de simiente, en vez de estar detenido en el límite del campo, había aplastado con sus ruedas el trigo de invierno, que el caballo hollaba con sus cascos; y los dos jornaleros, sentados á la orilla del camino, encendían su pipa. La simiente del trébol, en vez de haberse cernido, estaba en el trineo

mezclada con la tierra, en forma de partículas duras y secas.

Al divisar al amo, el trabajador Wassili se dirigió hacia el trineo y Michka comenzó á sembrar. Allí faltaba orden; pero Levine se incomodaba muy rara vez con sus jornaleros. Al acercarse Wassili le ordenó que condujera el caballo del trineo al camino.

—No importa que pise la yerba—dijo Wassili—ya volverá á crecer.

—Haga usted lo que le mando sin contestar—replicó Levine.

—Ya voy—repuso el hombre, dirigiéndose hacia el caballo...—¡Qué siembra, Constantino Dmitritch—añadió—no hay nada más hermoso! Sin embargo, no se adelanta sin dificultad, porque la tierra está muy pesada.

—¿Por qué no han cernido el trébol?—preguntó Levine.

—Eso no importa, ya se arreglará—contestó Wassili, cogiendo una simiente y triturándola entre sus manos.

Wassili no era culpable; pero el amo se enojó; apeóse al punto, y cogiendo la sembradora de manos de Wassili, comenzó á trabajar.

—¿Dónde lo has dejado?—preguntó.

Wassili indicó el sitio con el pie, y Levine continuó sembrando lo mejor que pudo; pero la tierra estaba convertida en un pantano, y al poco tiempo detúvose, bañado en sudor, y devolvió el instrumento al jornalero.

—La primavera es buena—dijo Wassili;—es una de aquellas que los ancianos no olvidarán nunca; el abuelo de casa ha sembrado también trigo, y pretende que no se distingue del centeno.

—¿Hace mucho tiempo que sembráis vosotros?

—Usted mismo fué quien nos enseñó el año pasado.

—Pues bien, ten cuidado—dijo Levine, dirigiéndose hacia su caballo;—vigila de cerca á Michka, y si la siembra sale bien, recibirás una buena recompensa.

—Le damos las más expresivas gracias, y no necesitaríamos tanto para quedar contentos.

Levine volvió á montar á caballo y fué á visitar su campo de trébol del año anterior, y después el que se labraba para el trigo de verano.

El trébol crecía admirablemente, y el trabajo era muy

bueno; dentro de dos ó tres días podrían comenzar la siembra.

Levine volvió por los arroyos muy satisfecho, esperando que el agua habría bajado; y en efecto, pudo cruzar sin dificultad, espantando al paso dos ánades.

«Debe haber becadas»—pensó; y un guarda que encontró al acercarse á su casa confirmó esta suposición.

Constantino apresuró el paso de su montura, pues deseaba comer cuanto antes y limpiar su escopeta de caza.

XIV

En el momento de entrar en su casa, lleno de satisfacción, Levine oyó sonar de campanillas por la parte del zaguán.

«Alguien llega del camino de hierro—pensó;—es la hora del tren de Moscou... ¿Quién puede venir? ¿Será mi hermano Nicolás? Me dijo, según recuerdo, que en vez de ir al extranjero, vendría á mi casa tal vez.»

Durante un momento temió que esta llegada interrumpiera sus planes de la primavera; pero avergonzado después de idea tan egoísta, esperó con alegre emoción que las campanillas anunciasen su llegada.

Para satisfacer cuanto antes su curiosidad hizo avanzar un buen trecho á su caballo, y de pronto divisó un trineo que conducía á un viajero con pelliza; pero no era su hermano.

«¡Con tal que sea alguno con quien yo pueda hablar!» pensó.

«¡Calla!—exclamó, al reconocer á Estéfano Arcadievitch—es el más amable de los hombres. ¡Cuánto me alegro verle! Seguramente él me dirá si Kitty se ha casado.»

Ni aun el recuerdo de la hermosa joven le causaba ya pesar gracias á aquel magnífico día de primavera.

—Supongo que no me esperabas—dijo Estéfano Arcadievitch, saliendo de su trineo, con el rostro manchado de lodo, pero rebosando salud y satisfacción.—He venido para tres cosas: para verte, para disparar un par de tiros y para vender la madera de Yergushovo.

—Perfectamente. ¿Qué dices de esta primavera? ¿Cómo has podido llegar aquí en trineo?

—En *telega*, que es más difícil aún, Constantino Dmitritch —dijo el cochero, antiguo conocido de Levine.

—En fin, me alegro mucho verte—dijo este último sonriendo de placer.

Y condujo á su amigo á la habitación destinada á los forasteros, donde llevaron un momento después el equipaje, consistente en un saco de noche, una escopeta en su funda y un cajón de cigarros. Levine fué después á ver al intendente para hacerle algunas observaciones sobre el trébol y la labranza.

Ágata Mikhaïlowna, que tenía en mucho el buen nombre de la casa, detúvole al paso en el vestíbulo para dirigirle algunas preguntas respecto á la comida.

—Haga usted lo que quiera, pero que sea pronto—contestó Levine.

Cuando entró en la habitación Estéfano Arcadievitch, lavado, peinado y risueño, se disponía ya á salir, y ambos subieron al primer piso.

—¡Cuánto me alegro de haber llegado hasta ti?—dijo Estéfano.—Al fin voy á iniciarme en los misterios de tu existencia, y á decir verdad te envidio.—¡Qué casa! ¡Qué cómodo y qué alegre es todo!—añadió Arcadievitch, olvidando que los días serenos y la primavera no duraban todo el año.—¡Qué buena mujer parece tu anciana sirvienta! Sólo te faltaría ahora una linda doncella con su delantal blanco; pero esto no cuadraría con tu estilo severo y monástico.

Entre otras noticias interesantes, Estéfano Arcadievitch dijo á su amigo que Sergio Ivanitch pensaba ir al campo apenas llegase el verano; no habló una palabra de los Cherbatzky, y contentóse con darle noticias de su esposa. Levine apreció esta delicadeza; y como en su soledad había hecho buena provisión de ideas y de impresiones que no podía comunicar á las personas que le rodeaban, no le faltó asunto para conversar largamente con Arcadievitch. De todo habló: de su alegría por la llegada de la primavera; de sus planes agrícolas, de sus observaciones sobre las obras que había leído; y en particular, de la idea fundamental del libro que se había propuesto escribir, el cual sería una crítica de todas las

obras de economía rural. Estéfano Arcadievitch, amable y con suficiente talento para penetrarse al punto de todo, se mostró muy cordial esta vez, y Levine creyó observar también que le trataba con especial consideración y cierta ternura, lo cual le lisonjeó.

Los esfuerzos de Ágata Mikhaïlowna y del cocinero dieron por resultado que los dos amigos, aguijoneados por el hambre, se precipitaran, sin esperar la sopa, sobre el pan y la manteca, la salazón y las setas; Levine dió orden después para que subieran aquella sin esperar los pastelillos, confeccionados por el cocinero con la esperanza de deslumbrar al huésped; pero Estéfano Arcadievitch, acostumbrado á otras comidas, lo halló todo excelente. Los licores hechos en casa, el pan y la manteca, la sopa de ortigas, el pollo con salsa blanca y el vino de Crimea, fueron, para el convidado, cosa del mejor gusto.

—¡Perfecto, perfecto!—exclamó, encendiendo un cigarrillo después de comer el asado;—paréceme verme libre de las sacudidas y del incesante ruido de un buque, y haber llegado á una tierra hospitalaria. ¿Con que tú dices que el elemento representado por el trabajador se debe estudiar fuera de los otros, á fin de que sirva de guía en la elección de los procedimientos económicos? Yo soy muy profano en estos asuntos; mas paréceme que semejante teoría y sus aplicaciones tendrán su influencia en el trabajador...

—Sí, pero advierte que yo no hablo de economía política, sino de economía rural, considerada como una ciencia. Es preciso estudiar los datos y los pormenores lo mismo que para las ciencias naturales; y el obrero también, bajo el punto de vista económico y etnográfico...

Ágata entró en aquel momento con un plato de confitura.

—Amiga mía—le dijo Estéfano—se ha excedido usted para obsequiarme y le doy las más expresivas gracias. ¡Qué salazones y qué licores!—¿Y qué hacemos ahora?—añadió dirigiéndose á su amigo.—¿No es ya hora de salir?

Levine miró por la ventana el sol que en aquel momento desaparecía detrás de las copas aún desnudas de los árboles.

—Ya es tiempo—contestó.

Y bajó la escalera gritando:—¡Kousma, que enganchen en seguida!

Estéfano Arcadievitch bajó también, y fué á retirar cuidadosamente la funda de su escopeta, que era de modelo nuevo y costoso.

Kousma, que veía en perspectiva una buena gratificación, ayudóle á ponerse las medias y las botas de caza, y Arcadievitch le dejó hacer todo con la mayor complacencia.

—Si viene el traficante Rebenine mientras estamos fuera—dijo á Levine—quisiera que se le recibiese, rogándole que haga el favor de esperarnos.

—¿Es él quien te compra la madera?

—Sí. ¿Le conoces?

—Mucho; he tenido que ver con él *positiva* y *definitivamente*.

Estéfano Arcadievitch se sonrió: estas dos palabras eran las favoritas del mercader, que las empleaba siempre.

—Sí—dijo—tiene un modo de hablar muy extraño.—¡Cómo sabe á dónde va su amo!—añadió, acariciando á Laska, que daba vueltas al rededor de Levine lamiéndole tan pronto las manos como las botas.

Un pequeño vehículo esperaba á los dos amigos á la puerta.

—He mandado enganchar, aunque el sitio está cerca de aquí; pero si lo prefieres iremos á pie.

—Nada de eso; bueno es el vehículo—repuso Estéfano Arcadievitch ocupando su sitio y encendiendo un cigarro después de taparse bien los pies con una piel atigrada.

—¿Cómo puedes abstenerte de fumar, Constantino?—añadió Arcadievitch.—El cigarro no es sólo un placer, sino el colmo del bienestar. ¡He aquí la verdadera existencia; así es como yo quisiera vivir!

—¿Quién te lo impide?—dijo Levine sonriendo.

—Tú eres un hombre feliz; posees todo cuanto te gusta; caballos, perros y abundante caza; todo esto se halla á tu disposición; eres apasionado por la agronomía y puedes ocuparte de ella.

—Tal vez sea feliz, como tú dices, porque aprecio lo que poseo, y no ambiciono demasiado lo que no tengo—contestó Levine, pensando en Kitty.

Arcadievitch comprendió, pero limitóse á mirar á su amigo sin decir palabra.

Levine agradecía á su amigo que aún no hubiera hablado

de los Cherbatzky, adivinando con su tacto de costumbre, que temía tratar de este asunto; mas en aquel instante hubiera querido saber, sin hacer preguntas, á qué atenerse sobre aquella cuestión.

—¿Cómo van tus negocios?—dijo al fin, arrepintiéndose de no pensar en lo que le interesaba personalmente.

Los ojos de Arcadievitch parecieron iluminarse.

—Tú no admites—repuso—que se pueda desear pan tierno cuando se tiene en casa duro; á tu modo de ver, esto es una falta; yo no admito que se pueda vivir sin amor. No me es posible remediarlo, porque soy así; y á decir verdad, cuando se reflexiona sobre esto, reconócese que sin hacer apenas daño á otro, se puede disfrutar del placer.

—¡Cómo! ¿Tienes algún nuevo asunto entre manos?—preguntó Levine.

—Sí, hermano. ¿Conoces tú el tipo de las mujeres de Ossián, de esas mujeres que sólo se ven en sueños? Pues bien, á veces existen realmente, y entonces son terribles. La mujer, créelo, es un tema inagotable; por más que se la estudie, siempre se la encuentra algo nuevo.

—Entonces no vale la pena estudiarla.

—¡Oh, sí! No sé quién era aquel grande hombre que dijo que la dicha consistía en buscar la verdad y no en hallarla...

Levine escuchaba sin decir cosa alguna; mas no le era posible penetrar en el alma de su amigo y comprender el encanto que le producía ese género de estudios.

XV

El lugar donde Levine condujo á Oblonsky era un bosquecillo próximo á la casa; Constantino situó á su compañero en un paraje cubierto de musgo, algo pantanoso, y él fué á colocarse en el lado opuesto, junto á un abedul; apoyó su carabina en una rama inferior, despojóse de su caftán, oprimióse el talle con un cinto, y movió varias veces los brazos para asegurarse de que podría manejar bien su arma.

La vieja Laska, que le seguía paso á paso, sentóse con precaución delante de él y enderezó las orejas. El sol se ocultaba

detrás del bosque grande, y por la parte de levante, los abedules jóvenes destacábanse claramente con sus ramas pendientes.

En el bosque, allí donde la nieve no había desaparecido del todo, oíase el agua correr con lentitud por numerosos arroyuelos; las avecillas trinaban pasando de un árbol á otro; y á veces el silencio parecía completo, en cuyo caso oíase el rumor de la hojarasca movida por el deshielo ó por la yerba naciente.

—Á decir verdad, aquí se ve la yerba crecer—murmuró Levine, observando una hoja, húmeda aún, levantada por la punta de una brizna de yerba que brotaba del suelo.

Constantino estaba de pie, mirando tan pronto la tierra cubierta de musgo, como á su fiel Laska, que acechaba atentamente, ó bien las copas desnudas de los arboles, que se extendían como un mar al pie de la colina. Un buitre cruzó de pronto por las alturas, agitando lentamente sus alas sobre el bosque; otra ave de la misma especie siguió á poco igual dirección; en la espesura, las avecillas trinaron más vivamente; y un mochuelo dejó oir su grito á lo lejos. Laska enderezó las orejas, dió algunos pasos con cautela é inclinó la cabeza para escuchar mejor; mientras que en la opuesta orilla del río, un cuclillo produjo dos veces su grito particular.

—¿Oyes el cuclillo?—dijo Estéfano Arcadievitch, adelantándose un poco.

—Sí, ya lo oigo—contestó Levine, descontento porque se interrumpía el silencio.—Atención ahora pues, pronto comenzaremos.

Arcadievitch volvió á su sitio, y ya no se vió de él más que la llama de un fósforo, el fuego de su cigarrillo y una ligera nube de humo azulado. Un momento después oyóse el ruido que hacía al cargar su escopeta.

—¿Qué ocurre por ahí?—preguntó llamando la atención de su compañero sobre un ruido sordo que se acababa de oir.

—Es una liebre; no hablemos—contestó Levine, cargando también su arma.

Á poco oyóse en lontananza una especie de silbido, que se repitió dos ó tres segundos después, convirtiéndose en un ligero grito ronco. Levine miró á derecha é izquierda, y vió

al fin sobre su cabeza, tocando en las cimas de los árboles, un ave que volaba hacia él, y de la cual distinguió al fin el



largo pico de la becada; mas apenas la hubo apuntado, un relámpago brilló en los aires partiendo del sitio donde estaba Oblonsky; el ave se agitó como herida de un flechazo, mas al

punto resonó una segunda detonación, y la becada cayó pesadamente á tierra.

—¿La he tocado?—gritó Arcadievitch, que no veía nada á través del humo.

—Ya la trae la perra—contestó Levine mostrando á Laska, que con el ave en la boca se acercaba lentamente á su amo, muy satisfecha al parecer del servicio que prestaba.

—Me alegro mucho que la hayas tocado—dijo Levine—no sin experimentar como un sentimiento de envidia.

—Me ha faltado el tiro del cañón derecho—dijo Arcadievitch, volviendo á cargar su arma—¡Ah! ya viene otra.

Efectivamente, oyéronse varios silbidos rápidos y penetrantes, y se vieron aparecer dos becadas que se perseguían; resonaron cuatro tiros y las aves cayeron, girando en los aires como golondrinas.

. . . .

. . . .

La cacería produjo excelente resultado: Arcadievitch mató aún dos piezas, y Levine otras tantas, de las cuales se perdió una. El día declinaba rápidamente; Venus comenzaba ya á mostrar su luz argentada, y por el poniente brillaban otras estrellas, entre las cuales los dos cazadores distinguían á intervalos la Osa Mayor. No se veían ya las becadas, pero Levine resolvió esperarlas hasta que Venus se elevase en el horizonte y brillaran en el cielo las otras constelaciones.

—¿No es hora de retirarnos?—preguntó Arcadievitch.

Todo estaba silencioso en el bosque; ni una sola ave se movía.

—Esperemos aún—contestó Levine.

—Como quieras.

En aquel momento hallábanse á quince pasos uno de otro.

—Estéfano—gritó de pronto Levine—aún no me has dicho si tu cuñada se había casado, ó si el matrimonio está próximo.

Levine estaba tan tranquilo, y tan resuelto sobre su futura conducta, que no creía que nada pudiera conmoverle; pero no esperaba la contestación de Estéfano Arcadievitch.

—No está casada ni piensa casarse; ha enfermado de gravedad, y los médicos la envían al extranjero. Se teme por su vida.

—¿Qué dices?—gritó Levine.—¿Enferma...? ¿qué tiene? Como...

Mientras hablaban así, Laska, con las orejas derechas, observaba el cielo, mirando después á los cazadores con expresión de sentimiento.

En el mismo instante, un agudo silbido llamó la atención de Levine y su compañero; los dos apuntaron, ambas detonaciones resonaron simultáneamente y el ave cayó agitando las alas.

—¡Los dos á la vez!—gritó Levine, corriendo con Laska en busca de la pieza. «¿Por qué me he contristado yo hace poco?—pensó luego Levine.—¡Ah! ya me acuerdo; Kitty está enferma. ¿Qué hacer? Esto es muy triste.»

—¡Ya la encontré!—gritó después á su amigo.—¡Buena pieza!

Y tomando el ave de la boca de Laska, guardóla en su morral casi lleno ya.

XVI

De vuelta á la casa, Levine interrogó á su amigo sobre la enfermedad de Kitty y los proyectos de los Cherbatzky: oyó sin desagrado las contestaciones de Oblonsky, reconociendo, sin osar confesárselo, que aún le quedaba una esperanza, y celebrando casi que aquella que le había hecho sufrir tanto padeciera á su vez; pero cuando Arcadievitch habló de las causas de la enfermedad de Kitty, pronunciando el nombre de Wronsky, interrumpióle al punto.

—No debo cuidarme—dijo—de los secretos de familia que en nada me interesan.

Arcadievitch sonrió disimuladamente al observar la transformación repentina de Levine, que en un segundo había pasado de la alegría á la tristeza, como le sucedía á menudo.

—¿Has arreglado con Rebenine el negocio de la madera?—preguntó.

—Sí; me la paga muy bien: dará 58,000 rublos, 8,000 por adelantado y lo demás en seis años. No ha costado poco conseguir esto, pues nadie ofrecía tanto.

—Vendes madera por nada—dijo Levine con aire sombrío.

—¿Cómo por nada?—replicó Arcadievitch con una sonrisa de buen humor, sabiendo de antemano que su amigo estaría descontento de todo.

—Tu madera vale mucho más.

—Usas el tono despreciativo común á todos vosotros, los grandes agricultores, cuando se trata de los pobres ciudadanos; y sin embargo, cuando se ha de hacer algún negocio, siempre le realizamos con más ventaja que vosotros. Créeme, todo lo he calculado; la madera se ha vendido en muy buenas condiciones, y sólo temo que el traficante se desdiga.

Levine sonrió desdeñosamente.

«He aquí lo que son estos señores de la ciudad—pensó—que van al campo una vez en diez años, y después de aprender dos ó tres palabras del vocabulario campesino, el cual aplican equivocadamente, imagínanse conocer el asunto á fondo, y hablan sin saber una palabra de lo que afirman.» Yo no me atrevo—añadió en voz alta—á hacerte observaciones cuando se trata de los papelotes de tu administración, y si te necesitara te pediría consejo; mientras que tú te imaginas comprender el negocio de las maderas, no tan sencillo como crees al parecer. En primer lugar, ¿has contado tus árboles?

—¿Cómo contar mis árboles?—repuso Arcadievitch con una sonrisa, procurando siempre distraer el mal humor de su amigo.—Contar las arenas del mar, contar los rayos de los planetas, es cosa que un genio...

—Está bien, está bien; yo te aseguro que el genio de Rebenine lo conseguirá, pues no hay mercader que compre sin contar, á menos que le regalen la madera como tú lo haces. Conozco la tuya, porque la veo todos los años, y te aseguro que vale mucho más, pagada al contado; mientras que tú la cedes á plazos. Haces al traficante un regalo de 35,000 rublos por lo menos.

—Déjate de esas cuentas imaginarias—dijo Arcadievitch con acento compungido.—Si fuese así, ¿cómo es que nadie me ha ofrecido ese precio?

—Porque los traficantes se entienden entre sí, ayudándose mutuamente. Yo conozco á todos esos hombres, porque he debido tratar con ellos, y sé que no son traficantes, sino revendedores á la manera de los chalanes; ninguno de ellos se

contenta con un beneficio de diez ó quince por ciento; esperan hasta que se les presenta ocasión de comprar por veinte kopecks lo que vale un rublo.

—Tú ves las cosas de un modo muy sombrío.

—Nada de eso—repitió tristemente Levine en el momento de acercarse á la casa.

Un sólido *telega*, con un robusto caballo, hallábase detenido ante la puerta principal; el dependiente de Rebenine, bien abrigado con su caftán, sujetaba las riendas; el traficante había entrado ya en la casa, y al ver á los dos amigos salióles al encuentro. Rebenine era hombre de mediana edad, alto y delgado; llevaba bigote, y la barba muy bien afeitada; y sus ojos de color gris carecían de expresión. Vestía una larga levita de color azul oscuro, con los botones muy bajos por detrás, y calzaba botas altas. Adelantóse hacia los dos amigos con la sonrisa en los labios, pasándose un pañuelo por la cara, y presentó á Estéfano Arcadievitch una mano que parecía querer coger alguna cosa.

—¡Ah! ¿ya está aquí?—preguntó Estéfano, dando la mano. —Muy bien.

—No hubiera osado desobedecer las órdenes de vuecencia, aunque los caminos están muy malos: he recorrido todo el trayecto á pie, pero estoy aquí el día prefijado. Dios le guarde, Constantino Dmitritch—añadió volviéndose hacia Levine, con la intención de cogerle también la mano; pero éste aparentó no ver el ademán, y comenzó á sacar tranquilamente las becadas del morral.

—¿Se han divertido ustedes en la cacería?—preguntó Rebenine.—¿Qué ave es esa?—añadió, mirando las becadas. —¿Qué sabor tendrá eso?—continuó, encogiéndose de hombros con aire despreciativo, como si dudase de la posibilidad de preparar para el alimento semejante volátil.

—¿Quieres pasar á mi gabinete?—dijo Levine en francés.— Id allá y podréis hablar mejor del negocio.

—Iremos donde á usted le plazca—contestó el traficante con tono de suficiencia desdeñosa, como para dar á entender que si otros hallaban dificultades en la realización de un negocio, él no las conocía nunca.

Una vez en el gabinete, Rebenine buscó naturalmente con la vista la imagen santa, pero cuando la hubo hallado no hizo

la señal de la cruz; y al fijar su mirada en los estantes cargados de libros, sus ojos expresaron tanto desdén como antes al contemplar las becadas.

—Vamos—dijo Arcadievitch—¿ha traído usted el dinero?

—No faltará; pero antes quisiera hablar un rato con usted.

—¿Qué hemos de hablar? Siéntese usted.

—Bien se puede hacer esto—replicó Rebenine, sentándose y apoyando la espalda en el respaldo de la silla de la manera más incómoda.—Es preciso ceder alguna cosa, príncipe, pues de lo contrario se pecaría... En cuanto al dinero, ya está corriente hasta el último cuarto, y en este punto no habrá dificultad.

Levine, que colocaba su escopeta en un armario y se disponía á salir de la habitación, detúvose al oir las últimas palabras del traficante.

—Compra usted la madera á vil precio—dijo;—he visto á mi amigo demasiado tarde; de lo contrario le habría inducido á pedir mucho más.

Rebenine se levantó y fijó su mirada en Levine sonriendo.

—Constantino Dmitritch es muy mezquino—dijo, dirigiendo la palabra á Estéfano—y no se le puede comprar nada definitivamente. Yo le pago por su trigo muy buen precio.

—¿Por qué le he de regalar á usted mi hacienda?—replicó Levine;—ni la he encontrado ni menos robado.

—Dispense usted; en los tiempos que corren, es de todo punto imposible robar; todo se hace honrada y abiertamente. ¿Quién se atrevería á robar? Hemos hablado despacio sobre el asunto; la madera que he de comprar es demasiado cara, y como no podría ganar nada en la compra, rogaré al príncipe que rebaje un poco.

—Pero ¿está ó no concluído el trato?—preguntó Levine; —en el primer caso, ya es inútil regatear; y en el segundo, yo compraré la madera.

La sonrisa desapareció de los labios de Rebenine, y su mirada desdeñosa expresó entonces la codicia y la rapacidad. Con sus huesosos dedos desabotonóse el levitón, dejando ver su chaleco con botones de cobre y la cadena de su reloj, y sacó del pecho una gruesa cartera muy usada.

—La madera es mía—dijo á Levine, haciendo rápidamente la señal de la cruz con la mano extendida.—Ahí va mi dinero,

y venga la madera. Así es cómo Rebenine entiende los negocios; y no cuenta sus kopecks—añadió, agitando su cartera con aire descontento.

—Si me hallase en tu lugar, no me apresuraría—dijo Levine.

—Advierte que ya he dado mi palabra—repuso Arcadievitch.

Levine salió de la habitación, cerrando la puerta violentamente; mientras el traficante le miraba sonriendo.

—Todo eso es definitivamente—dijo—un efecto de juventud, una pura niñería. Créame usted, señor Arcadievitch, yo compro hasta cierto punto por la gloria y porque quiero que se diga que Rebenine es quien ha comprado el bosque Oblonsky. ¡Sabe Dios cómo saldré del negocio! Ahora, sírvase consignar por escrito nuestras condiciones.

Una hora después el traficante volvía á su casa en su trineo, bien abrigado con sus pieles, y con la escritura de venta en el bolsillo.

—¡Oh!—dijo á su dependiente—siempre tendremos la misma historia con esos señores.

—Así es—contestó aquél, dando las riendas al traficante para enganchar la cubierta de cuero del vehículo.

XVII

Estéfano Arcadievitch volvió al salón con los bolsillos atestados de rollos de billetes que no debían circular hasta tres meses después, pero que el mercader consiguió hacerle tomar á cuenta. Habíase cerrado el trato y llevaba dinero en cartera; por otra parte estaba muy contento de la cacería; y de consiguiente considerábase del todo feliz, por lo cual quería distraer á su amigo de la tristeza que le embargaba: el día tan bien comenzado debía terminar lo mismo.

Pero Levine, aunque muy deseoso de mostrarse amable y solícito con su huésped, no conseguía desechar su mal humor: la especie de embriaguez que experimentaba al saber que Kitty no se había casado, fué de corta duración. ¡Sin casarse y enferma, tal vez enferma de amor por aquel que la

despreció! Esto era casi una injuria personal. ¿No tenía Wronsky en cierto modo derecho para despreciarle á él, Levine, puesto que desdeñaba á la que le había rechazado? Era, pues, un enemigo. Sin reflexionar sobre esta impresión, estaba resentido, juzgábase agraviado, é incomodábale todo, particularmente aquella absurda venta del bosque de su amigo, efectuada bajo su techo, sin poder impedir que engañaran á Oblonsky.

—Vamos ¿has concluído ya?—preguntó á Estéfano, saliéndole al encuentro.—¿Quieres cenar?

—Para esto no hay negativa. ¡Qué apetito se tiene en el campo; es asombroso! ¿Por qué no has ofrecido un refrigerio á Rebenine?

—¡Llévele el diablo!

—¿Sabes que tu manera de proceder con él me admira? Ni siquiera le has dado la mano. ¿Por qué?

—Porque no se la doy á mi criado, valiendo éste cien veces más que él.

—¡Qué ideas tan atrasadas! ¿Y qué me dirás de la fusión de las clases?

—Dejo esta fusión para aquellos á quienes agrade; á mí me disgusta.

—Decididamente eres un *retrógrado*.

—Hablando con franqueza, te diré que jamás me he preguntado lo que era: soy Constantino Levine, y nada más.

—Y Constantino Levine de muy mal humor—repuso Arcadievitch sonriendo.

—Es verdad. ¿Y sabes por qué? Pues sólo por esa ridícula venta de tu madera; dispensa la palabra.

Arcadievitch afectó la expresión de un inocente á quien se calumnia, y contestó en tono de broma:

—Vamos á ver: ¿sabes tú de alguno que vendiese cualquiera cosa sin que le dijeran después que hubiera podido obtener mejor precio? Nadie piensa en ofrecer más antes de la venta. Veo que tienes rencor contra ese pobre Rebenine.

—Es posible, y voy á decirte por qué. Sin duda volverás á llamarme retrógrado, aplicándome algún feo calificativo; pero no puedo menos de afligirme al ver que la nobleza, esa nobleza á la cual me alegro pertenecer, á pesar de la fusión de las clases, se va empobreciendo poco á poco. Si esto se

debiera á las prodigalidades, á una vida en alto grado fastuosa, pase, pues vivir como grandes señores es propio de los nobles, y ellos se entienden; por eso no me disgusta ver á los campesinos comprar nuestras tierras, puesto que si el propietario no hace nada y aquellos trabajan, justo es que ocupen el lugar del que está ocioso; pero lo que me enoja y aflige es ver cómo se despoja á la nobleza, por efecto de lo que yo llamaría su *inocencia*. Aquí, un labrador polaco compra á mitad de precio, á una dama que reside en Niza, una tierra magnífica; y allá un mercader adquiere una granja, pagando un rublo por lo que vale diez. Hoy eres tú quien, sin cuenta ni razón, regalas á ese tunante la friolera de 30,000 rublos.

—¿Querías que contase mis árboles uno por uno?

—Seguramente; y si no los has contado, ya lo habrá hecho el traficante por ti; y así sus hijos tendrán el medio de vivir y de instruirse, mientras que los tuyos carecerán tal vez de esta ventaja.

—¿Qué hemos de hacer? Á mis ojos hay mezquindad en esa manera de calcular. Nosotros tenemos nuestros negocios, ellos tienen los suyos, y bueno es que también se beneficien. Por lo demás, ya es inútil hablar del asunto... ¡Ah! he aquí mi tortilla favorita; Ágata nos dará ahora sin duda un vasito de su mejor aguardiente.

Estéfano Arcadievitch se sentó á la mesa y chanceóse un rato con Ágata, asegurando que hacía mucho tiempo no comía ni cenaba tan bien.

—Usted al menos—dijo Ágata—tiene muy buenas palabras; Constantino Dmitritch no dice nunca nada, aunque se le dé una corteza de pan.

Á pesar de sus esfuerzos para desechar el mal humor, Levine continuaba sombrío y taciturno; deseaba hacer una pregunta, y no hallaba ocasión de dirigirla, ni la forma en que debería plantearla. Arcadievitch acababa de retirarse á su habitación, donde se había desnudado, lavado y vuelto á vestir, poniéndose una magnífica camisa para acostarse; mientras que Levine daba vueltas á su alrededor, hablando de cien bagatelas, sin tener valor para preguntarle lo que más le interesaba.

—¡Qué bien arreglado está!—dijo Levine, sacando del papel que le envolvía un pedazo de jabón perfumado, obsequio de

Ágata, del que Oblonsky no participaba.—Mira, esto es una verdadera obra de arte.

—Sí, todo se perfecciona en nuestro tiempo—repuso Arcadievitch bostezando.—Los teatros, por ejemplo... y esas divertidas luces eléctricas.

—Sí, las luces eléctricas...—repitió Levine.—¿Y... dónde está ahora Wronsky?—preguntó de repente soltando el jabón.

—¿Wronsky?—repitió Arcadievitch dejando de bostezar.—Ahora está en San Petersburgo; se marchó casi detrás de ti y no ha vuelto á Moscou. Voy á decirte una cosa, Constantino—añadió, apoyando los codos en la mesita de noche, y en una mano su rostro, mientras fijaba en su amigo una mirada cariñosa y soñolienta—y es que tú eres en parte culpable de toda esa historia: has tenido miedo de un rival, y te repetiré lo que entonces te decía, que no sé cuál de los dos tenía más probabilidades. ¿Por qué no te adelantaste más? Bien te advertí que...

Y bostezó interiormente para no abrir la boca.

«¿Tendrá ya conocimiento del paso que dí?—se preguntó Levine mirando á su amigo;—paréceme que en su fisonomía hay astucia y diplomacia.»

—Si ella ha experimentado un sentimiento cualquiera—continuó Oblonsky—fué sin duda muy superficial; fué sólo una alucinación de esa alta aristocracia cuando se figura un poco en el mundo, alucinación que la madre sufrió más bien que la hija.

Levine frunció el ceño, pues el recuerdo de la negativa le resintió otra vez como si fuera reciente; pero por fortuna estaba en su casa, y en ella se creía más fuerte.

—Espera, espera—interrumpió Levine.—Ya que hablas de aristocracia, ¿quieres decirme en qué consiste la de Wronsky ó de cualquier otro, y cómo puede autorizar el desprecio que se ha hecho de mí? Tú le consideras como un aristócrata, pero yo no le creo tal. Un hombre cuyo padre ha salido del polvo, gracias á la intriga que su madre tuvo, Dios sabe con quién, no es lo que tú supones. ¡Oh! no; los aristócratas son para mí aquellos hombres que pueden mostrar en su pasado tres ó cuatro generaciones honradas, pertenecientes á las clases más superiores (no hablo aquí de los dones intelectuales notables), y que no han necesitado á nadie, como mi pa-

dre y mi abuelo. Conozco muchas familias de esta especie. Tú, por ejemplo, haces regalos de treinta mil rublos á un tunante, y te parezco mezquino porque cuento mis árboles; pero tú recibes un sueldo, y no sé qué más, lo cual no haré yo nunca. He aquí por qué aprecio lo que me ha dejado mi padre y lo que mi trabajo me da; y por eso digo que nosotros somos los aristócratas, y no aquellos que viven á expensas de los potentados de este mundo, dejándose comprar por veinte kopecks.

—¿Qué me dices á mí? También soy de tu parecer—contestó alegremente Oblonsky, á quien hacía gracia la salida de su amigo, aunque comprendía que el tiro se dirigía también contra él.—Tú no eres justo con Wronsky; pero aquí no se trata de él. Te digo francamente que en tu lugar iría á Moscou y...

—No; ignoro si tienes conocimiento de lo que ha pasado, y en cuanto á lo demás, nada me importa... He pedido su mano á Catalina Alexandrovna, y como me la ha negado, su recuerdo es penoso y humillante para mí.

—¿Por qué? ¡Vaya una locura!

—No hablemos más. Dispénsame si he sido algo brusco contigo; ahora ya está explicado todo.

Y con su tono de costumbre añadió, tomándole la mano:

—Espero que no me guardarás rencor, Estéfano.

—Nada de eso; muy por el contrario, me alegro mucho que hayamos hablado con franqueza. Y pasando á otro asunto, como es higiénico cazar por la mañana, volveremos otra vez si quieres, pues no necesito dormir, y desde allí me iré derecho á la estación.

—Perfectamente.

XVIII

Aunque absorto por su pasión, Wronsky no habia cambiado nada en el curso exterior de su vida, y conservaba todas sus relaciones mundanas y militares. Su regimiento tenía mucha importancia para su existencia, no sólo porque le profesaba cariño, sino también porque todos sus compañeros le

apreciaban en alto grado; admirábase y respetábase al joven conde, y el regimiento se enorgullecía de contar en sus filas un hombre de la categoría y del valor intelectual de Wronsky, tanto más cuanto que anteponía á todo los intereses de sus compañeros, incluso los triunfos de la vanidad ó del amor propio á que tenía derecho. El joven conde sabía apreciar los sentimientos que inspiraba, y en cierto modo creíase obligado á mantenerlos, prescindiendo de que la vida militar le agradaba de por sí.

Inútil parece decir que no hablaba á nadie de su amor; jamás se le escapaba una palabra imprudente, aunque tomase parte en alguna orgía con sus compañeros (bebía con mucha moderación), pues sabía cerrar la boca á los indiscretos cuando llegaban á permitirse algunas alusiones. Sin embargo, toda la ciudad conocía su pasión, y los jóvenes envidiaban precisamente lo que más le mortificaba á él, es decir, la elevada posición de Karenine, que contribuía á poner más en evidencia sus relaciones amorosas.

La mayor parte de las damas jóvenes, envidiosas de Ana, y cansadas de oirla nombrar siempre, complacíanse en ver cómo se realizaban sus predicciones, y esperaban solamente la sanción de la opinión pública para agobiar á la dama con su desprecio: ya tenían preparado el cieno que la arrojarían cuando llegase el momento oportuno. Las personas expertas y las de cierta categoría veían con sentimiento cómo se preparaba un escándalo mundano.

La madre de Wronsky no dejó de experimentar cierta satisfacción al tener conocimiento de las relaciones de su hijo; según ella, un amor en el gran mundo era lo que mejor acabaría de formar al joven; y no sin cierto placer pensó que aquella Karenine, que tanto se absorbía con su hijo, no era, bien mirado, más que una mujer como otra cualquiera, pareciéndole natural que siendo hermosa y elegante se enamorase del conde. Sin embargo, esta manera de ver cambió cuando la anciana condesa supo que su hijo, á fin de no abandonar su regimiento y separarse de Ana, había rehusado un ascenso importante en su carrera; por otra parte, en vez de las mundanas relaciones que la madre hubiera aprobado, hete aquí que aquella pasión tomaba un carácter dramático, lo cual hacía temer á la anciana condesa que su hijo cometiese algún

disparate. Desde la salida del joven de Moscou, no había vuelto á verle, aunque le envió á decir varias veces que deseaba su visita. El hermano mayor no estaba satisfecho tampoco, no porque le inquietara que aquellos amores fuesen profundos ó efímeros, inocentes ó culpables, pues manteniendo él mismo relaciones con una bailarina, aunque era padre de familia, no tenía derecho para ser severo, sino porque sabía que aquella pasión desagradaba en altas regiones y podía perjudicar á su hermano.

En cuanto á Wronsky, además de sus relaciones mundanas y de su regimiento, era ciegamente apasionado por los caballos. Muy pronto debían efectuarse algunas carreras, organizadas por oficiales; el joven conde quiso tomar parte en ellas y compró una yegua inglesa de pura raza. Á pesar de su amor, las carreras tenían para él gran atractivo, y pensaba que aquellas dos pasiones no se perjudicarían entre sí. Además de Ana, necesitaba un interés cualquiera para reposarse de sus violentas emociones.

XIX

El día de las carreras de Krasnoé-Selo, Wronsky se presentó antes que de costumbre para comer un bifteck en la sala común de los oficiales; no le era necesario disminuir su alimento; pues no pesaba más de lo que debía, pero no quería engordar, y absteníase de tomar azúcar y manjares harinosos. Sentóse ante una mesa, se desabotonó la levita, dejando ver su chaleco blanco, y abriendo una novela francesa, pareció absorberse en su lectura; mas no tomaba esta actitud sino para eludir las conversaciones de los que entraban y salían: su pensamiento estaba en otra parte.

Pensaba en la cita que le había dado Ana para después de las carreras; hacía ya tres días que no la había visto, y preguntábase si podría cumplir su promesa, pues su esposo acababa de volver de un viaje al extranjero. ¿Cómo asegurarse de ello? En la quinta de Betsy, su prima, era donde se habían visto la última vez; y como visitaba lo menos posible á los Karenine, vacilaba en ir á verlos.

«Diré simplemente—pensó—que Betsy me ha encargado preguntar si van á las carreras... sí, iré.» Y al reflexionar sobre el placer que le causaría aquella entrevista, su semblante expresó el más vivo gozo.

—Envía recado á mi casa—dijo al camarero que le servía —para que enganchen el coche.

Y acercó á sí la bandeja de plata en que le presentaban el bifteck.

En la sala de billar oíase ruido de bolas, y las voces de personas que hablaban y reían; en la puerta aparecieron dos oficiales, uno de ellos muy joven, de facciones delicadas; y el otro grueso y ya entrado en años, con los ojos húmedos.

Wronsky los miró y siguió comiendo y leyendo á la vez, con aire descontento, como si no los hubiese visto.

—Tomas fuerzas ¿eh?—preguntó el oficial grueso, sentándose junto al conde.

—Ya lo ves — contestó Wronsky, limpiándose la boca y frunciendo el ceño, siempre sin mirar á su interlocutor.

—¿Y no temes engordar?—continuó el oficial grueso, ofreciendo una silla al más joven.

—¿Qué dices? — preguntó Wronsky, dejando ver sus dientes, al hacer una mueca que expresaba su aversión.

—Que si no temes engordar.

—¡Mozo, tráeme Jerez!—gritó el joven sin contestar al oficial. Y colocó su libro al otro lado del plato para seguir leyendo.

El oficial cogió la lista de los vinos, y presentósela á su compañero.

—Mira, tú, ¿qué podremos beber?

—Vino del Rhin, si te parece—contestó el interpelado, procurando coger su imperceptible bigote, y dirigiendo una tímida mirada á Wronsky.

Al ver que éste no se movía, levantóse y dijo:

—Vamos á la sala de billar.

El oficial grueso se levantó también y ambos se dirigieron hacia la puerta.

En el mismo instante entró un capitán de caballería muy buen mozo, llamado Yashvine; saludó ligeramente con cierto desdén á los dos oficiales y acercóse á Wronsky.

—¡Ah! al fin te encuentro—exclamó poniendo su ancha mano sobre el hombro del conde.

Wronsky volvió la cabeza con ademán de enojo, pero la expresión de su semblante cambió al punto, y fijó en el recién llegado una mirada cariñosa.

—Has hecho bien, Alejo—dijo el capitán con voz sonora—come ahora y bebe un poco.

—No tengo gana.

—Esos son los inseparables—dijo el capitán, mirando con aire burlón á los dos oficiales que se alejaban; y sentándose junto á Wronsky:

—¿Por qué no fuíste anoche al teatro?—preguntó.—La Numerof estuvo muy bien. ¿No la has visto?

—Me retardé en casa de los Tverskoï.

—¡Ah!

Yashvine era, en el regimiento, el mejor amigo de Wronsky. Aunque jugador y libertino, no se podía decir que fuese un hombre sin principios, pero eran marcadamente inmorales. Wronsky admiraba su fuerza física excepcional, que le permitía beber sin embriagarse lo más mínimo; en caso de necesidad, podía prescindir del sueño, y distinguíase sobre todo por su vigor moral, que le hacía temible hasta para sus jefes, de los cuales sabía hacerse respetar lo mismo que de sus compañeros. En el club inglés tenía fama de ser uno de los primeros jugadores, porque sin dejar de beber arriesgaba sumas de consideración con una calma y presencia de ánimo imperturbables.

Si Wronsky dispensaba al capitán su amistad y cierta consideración, era porque sabía que aquél no le apreciaba á causa de su fortuna y de su posición social, sino por su propia persona, y he aquí por qué Yashvine era el único hombre á quien Wronsky habría hablado de su amor, persuadido de que, á pesar de su afectado desdén á toda especie de sentimientos, sólo él podía comprender su pasión en cuanto tenía de formal y absorbente. Juzgábale también incapaz de descender á las habladurías y la maledicencia, y por lo mismo, la presencia del capitán érale siempre agradable.

—¡Ah, sí—exclamó Yashvine, al oir el nombre de Tverskoï; y miró al conde mordiéndose el bigote.

—¿Y qué has hecho tú?—preguntó Wronsky.—¿Has ganado?

—Ocho mil rublos, de los cuales creo que no cobraré tres mil.

—Entonces puedo hacerte perder en las carreras—dijo Wronsky sonriendo—puesto que vas á cruzar una suma considerable en mi favor.

—No entiendo de perder; sólo Mahotine es temible.

Y la conversación versó sobre las carreras, único asunto interesante en aquel momento.

—Vamos, ya he concluído—dijo Wronsky levantándose—mientras que Yashvine estiraba sus largas piernas.

—No puedo comer tan pronto—dijo—pero voy á beber alguna cosa y te seguiré.—¡Muchacho!—gritó con su voz tonante, tan notada en el regimiento—tráeme vino pronto.—No—añadió—es inútil. Si vuelves á tu casa, Alejo, te acompañaré.

XX

Wronsky ocupaba un pabellón muy limpio, dividido en dos compartimentos por un tabique; Petritzky vivía con él en el campamento lo mismo que en San Petersburgo, y dormía cuando Wronsky y el capitán entraron.

—¡Basta ya de dormir, levántate!—exclamó Yashvine, sacudiendo por un brazo á Petritzky, que tenía la cabeza en parte oculta por la almohada.

El durmiente se incorporó, mirando á su alrededor.

—Tu hermano ha venido y me ha despertado—dijo á Wronsky.—¡Malos diablos le lleven! Y ha dicho que volvería.

Y pronunciadas estas palabras, volvió á echarse, tapándose con la colcha.

—¡Déjame en paz, Yashvine!—gritó encolerizado al capitán, que se divertía en destaparle. Y abriendo después los ojos, volvióse hacia él y añadió:—Mejor fuera que me dijeses lo que debo beber para quitarme de la boca el mal gusto que tengo.

—Aguardiente ante todo—replicó Yashvine. Tereshtchenko—gritó después—trae á tu amo un vaso de aguardiente.

—¿Crees tú que será lo mejor?—preguntó Petritzky frotándose los ojos.—¿Beberás tú también? Si consientes en ello, te imitaré. ¿Tomarás tú también un poco, Wronsky?

Y saltando del lecho, cubrióse con la colcha y se adelantó hasta el centro de la habitación entonando una canción francesa.

—¿Beberás tú, Wronsky?—repitió.

—Véte á paseo—contestó el conde, poniéndose una levita que acababa de traerle su criado.

—¿Á dónde piensas ir?—le preguntó Yashvine, al ver que se acercaba á la casa un coche con dos caballos.

—Á casa de Bransky, con quien debo arreglar un asunto—contestó Wronsky.

Había prometido, en efecto, llevar algún dinero á Bransky, que vivía bastante lejos; pero sus amigos comprendieron al punto que iba á otra parte.

Petritzky guiñó el ojo, haciendo una mueca que significaba: «ya sabemos lo que significa ese Bransky.»

—No te retardes—se limitó á decir Yashvine.—Y cambiando de conversación, añadió, mirando por la ventana;—Supongo que el caballo que te vendí te presta buen servicio.

En el momento en que Wronsky iba á salir, Petritzky le detuvo gritando:

—Espera; tu hermano me ha dejado una carta y un billete para ti; pero ¿dónde diablos lo he puesto?... ya no me acuerdo.

—¡Vamos, habla, y no seas tonto!—dijo Wronky sonriendo.

—Como no he encendido fuego en la chimenea, debe estar por aquí.

—Vamos á ver si encontrarás pronto esa carta.

—Te aseguro que me había olvidado de ella; tal vez lo haya soñado... Espera, espera y no te incomodes; si hubieras bebido tanto como yo ayer, ni siquiera sabrías dónde estás ahora; ya trataré de acordarme.

Petritzky se dirigió hacia la cama y volvió á echarse.

—Me hallaba en esta postura—dijo—y tu hermano estaba ahí... ¡Ah! ya me acuerdo.

É introduciendo la mano debajo del colchón, sacó una carta.

Wronsky la tomó al punto, y vió que la acompañaba un billete de su hermano: su madre se quejaba de que no hubiese ido á verla, y su hermano le decía que necesitaba hablarle.

—¿Y qué les importará á ellos?—murmuró, prescindiendo de lo que se trataba. Después arrugó los dos papeles, é introdújolos entre los botones de su levita con la intención de volver á leerlos más detenidamente.

En el momento de salir, Wronsky encontró á dos oficiales, uno de ellos de su regimiento: la habitación del conde servía en cierto modo de punto de reunión.

—¿Á dónde vas?

—Á Peterhof, para evacuar una diligencia.

—¿Ha llegado el caballo?

—Sí, pero no le visto aún.

—Dicen que Gladiador, de Mahotine, cojea.

—¡Disparate! ¿Pero cómo os arregláreis para correr con tanto barro?

—¡He aquí á mis salvadores!—gritó Petritzky al ver entrar á los recién venidos.

El ordenanza, en pie delante de su amo, presentábale la botella de aguardiente en una bandeja.

—Yashvine es quien me manda beber para refrescarme—dijo Petritzky.

—Con vuestra serenata de ayer—dijo uno de los oficiales—no hemos podido dormir en toda la noche.

—Ya os diré cómo terminó—repuso Petritzky.—Wolkof había subido al tejado, y como nos dijera desde allí que estaba triste, propuse que tocásemos una marcha fúnebre, la cual bastó para que se quedase dormido en el tejado.

—Vamos, bebe el aguardiente y después agua de Seltz con mucho limón—dijo Yaskvine, estimulando á Petritzky como una madre que quiere hacer beber una medicina á su hijo;—en seguida podrás tomar una media botella de champagne.

—Eso sí que estará bien. Espera un poco, Wronsky, y beberás con nosotros.

—No, señores, me marcho; hoy no beberé.

—¿Temes aturdirte? Vaya, beberemos solos; que traigan el agua de Seltz y el limón.

—¡Wronsky!—gritó uno cuando salía.

—¿Qué hay?

—Deberías cortarte el cabello para aligerarte un poco la cabeza.

Wronsky, que comenzaba á perder el cabello, no pudo menos de sonreir cuando oyó estas palabras, y calándose más la gorra por la frente, subió al coche.

—¡Á las cuadras!—gritó.

Iba á leer las cartas de nuevo; pero á fin de no pensar más que en su caballo, aplazó la lectura.

XXI

La cuadra provisional, barracón de tablas, estaba cerca del campo de las carreras. Sólo el picador había montado el caballo de Wronsky para pasearle, y el conde ignoraba en qué estado lo hallaría. Un muchacho, que hacía las veces de *groom*, reconoció desde lejos el coche, y al punto llamó al picador, un inglés de rostro enjuto, cuya barba se reducía á un mechón de pelos.

Adelantóse al ver á Wronsky, contoneándose á la manera de los jockeys y saludó; vestía una chaquetilla corta, y calzaba botas de montar.

—¿Cómo sigue *Frou-frou?*—preguntó Wronsky en inglés.

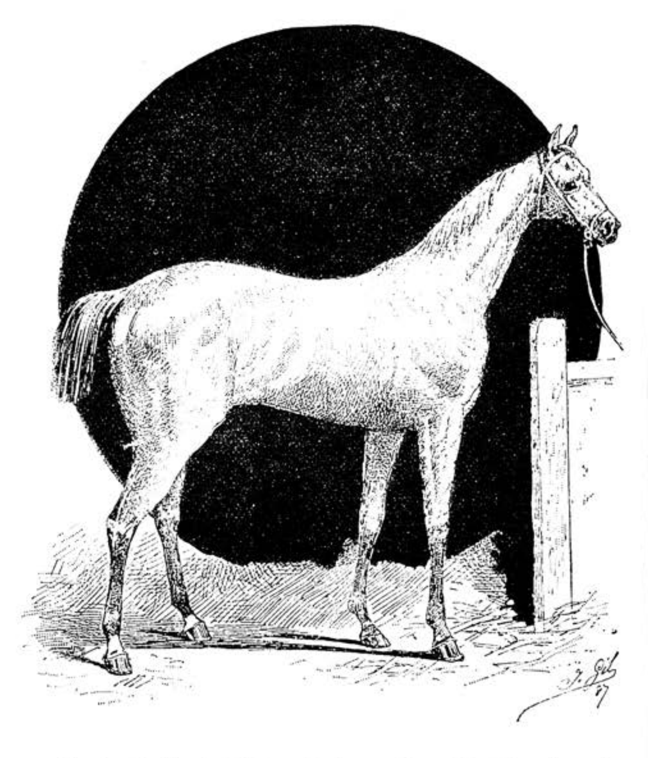
—*All right, sir*—contestó el inglés;—pero más valdrá no entrar ahora, porque le he puesto bozal y esto le inquieta.

—No importa; entraré para verle.

—Pues vamos allá—replicó el inglés, siempre sin abrir la boca.

Y con largos pasos se dirigió hacia la cuadra, donde los introdujo un muchacho muy listo, con chaqueta blanca, que escoba en mano estaba allí cerca. Cinco caballos ocupaban la cuadra, cada cual en su compartimiento: figurando entre ellos el de Mahotine, el competidor más temible de Wronsky, de nombre *Gladiador*, alazán de siete cuartas y cinco dedos de alzada. Wronsky tenía más curiosidad por ver este caballo que el suyo propio; pero según las reglas de las carreras, no debía solicitar que se le enseñase, ni menos hacer preguntas sobre él. Avanzando á lo largo del corredor el *groom* abrió

la puerta del segundo compartimento, y Wronsky pudo entrever un vigoroso alazán calzado de los pies: era *Gladiador*. El conde lo sabía, pero volvióse al punto hacia *Frou-frou*, como lo hubiera hecho al ver una carta abierta que no fuese para él.



—Es el caballo de Mak... Mak.. —dijo el inglés, sin poder pronunciar el nombre y señalando el compartimento de *Gladiador*.

—De Mahotine, sí; es mi único adversario formal.

—Si lo montase usted, apostaría por él.

—Frou-frou es más nervioso, y ese más sólido— repuso Wronsky por el elogio del jockey.

—En las carreras con obstáculos, todo consiste en el arte de montar—dijo el inglés;—en lo que nosotros llamamos el *pluck*.

El *pluck*, es decir, la audacia y la sangre fría, no era cosa que le faltara á Wronsky, el cual estaba firmemente persuadido de que nadie le aventajaba por tal concepto.

—¿Está usted seguro de que no será necesario una fuerte transpiración?

—Nada de eso—contestó el inglés;—pero no hable usted alto, porque la yegua se inquieta—añadió señalando el compartimiento cerrado.

Y abriendo la puerta, dejó entrar á Wronsky en aquél: un caballo bayo, que tenía bozal, piafaba inquieto sobre la paja fresca.

La conformación algo defectuosa de su cuadrúpedo favorito llamó la atención de Wronsky: *Frou-frou* era de mediana talla y de osamenta estrecha, así como el pecho, aunque tuviese el pretal saliente; tenía la grupa caída, y las piernas, sobre todo las delanteras, algo acanilladas; los músculos parecían endebles, y los costados muy anchos, á pesar de lo angosto del vientre. Por debajo de la rodilla, sus piernas, vistas de frente, parecían delgadas como alambres; y de lado, por el contrario, enormes; pero tenía un mérito que hacía olvidar todos estos defectos. El caballo era de *raza*, ó de *pura sangre;* sus músculos formaban saliente bajo una red de venas cubiertas de una piel lisa y suave como la seda; la cabeza era afilada, los ojos brillantes y animados, y las narices salientes. En todo el conjunto de aquel hermoso caballo revelábase marcada decisión y energía; era uno de esos animales en los que no parece faltar el dón de la palabra sino por efecto de una conformación mecánica incompleta. Wronsky pensó que el caballo comprendía por qué le examinaba, pues vióle aspirar el aire ruidosamente y mirar de lado, mostrando el blanco del ojo inyectado de sangre; de pronto hizo un movimiento para sacudir su bozal, y agitóse como movido por un resorte.

—Ya ve usted qué agitado está—dijo el inglés.

—¡Vamos, quieto!—exclamó Wronsky, acercándose para calmar al caballo, que se agitaba cada vez más, y que no se tranquilizó hasta que su amo le hubo pasado la mano por la cabeza y el cuello.

Wronsky apartó un mechón de crin de la cabeza del animal y acercó su rostro á la boca; el cuadrúpedo respiró con fuerza, enderezó las orejas, é hizo ademán para coger entre los dientes la manga de su amo, pero como el bozal se lo impidiera, volvió á piafar con más inquietud que antes.

—¡Cálmate, cálmate!—le dijo Wronsky, haciendo otra caricia al caballo.

Y salió al fin convencido de que el animal estaba en buen estado.

Pero la agitación de la yegua habíase comunicado á Wronsky, que sentía afluir la sangre á su corazón y necesitaba movimiento; también él hubiera querido morder, y esto le perturbaba y divertía al mismo tiempo.

—Cuento con usted—díjole al inglés;—á las seis y media estaremos en el terreno.

—Todo lo tendré corriente; pero ¿á dónde va usted, milord?—preguntó el inglés, sirviéndose de un título que no empleaba nunca.

Asombrado por aquella audacia, Wronsky levantó la cabeza sorprendido, y miró al inglés como él sabía hacerlo; comprendió al punto que el picador no le hablaba como á su amo, sino como á su jockey, y contestó:

—Necesito ver á Bransky y volveré dentro de una hora.

«¡Cuántas veces me habrán hecho la misma pregunta hoy!» pensó, ruborizándose, lo cual le sucedía muy raras veces. El inglés le miró fijamente, como si supiera á dónde iba.

—Lo esencial es—dijo—conservar la mayor tranquilidad antes de la carrera; no haga usted mala sangre, ni se atormente por cosa alguna.

—*All right*—contestó Wronsky sonriendo.

Y saltó á su vehículo, dando orden de que le condujeran á Peterhof.

Pocos momentos después, el cielo, que estaba nublado desde las primeras horas de la mañana, oscurecióse del todo, y comenzó á llover.

«Esto es enojoso—pensó Wronsky, levantando la capota de su vehículo;—antes había barro, y ahora tendremos un pantano.» Después, aprovechando aquel momento de soledad, tomó las cartas de su madre y de su hermano para leerlas.

Siempre se trataba de lo mismo; tanto la una como el otro

creían necesario intervenir en sus amores, lo cual le irritaba hasta el punto de encolerizarse, cosa no muy común en Wronsky.

«¿Qué les importa á ellos esto, y por qué se creen obligados á mezclarse en mis asuntos? Será porque conocen que aquí hay alguna cosa que no pueden comprender. Si se tratara de unas relaciones vulgares, me dejarían en paz, pero adivinan que esa mujer no es un juguete para mí, y que la quiero más que á mi vida, lo cual les parecerá increíble y enojoso. Cualquiera que fuere nuestra suerte, á nosotros la deberemos, y ninguno de los dos se arrepentirá; pero no, ellos entienden que han de enseñarnos á vivir, siendo así que no tienen la menor idea de la felicidad. No saben que sin este amor no habría para mí alegrías ni dolores en este mundo, y que ni aun la vida existiría.»

Lo que más irritaba á Wronsky contra los suyos en el fondo era que su conciencia le gritaba que tenían razón. Su amor á la hermosa Ana no era un capricho pasajero, que, como otras relaciones mundanas, se extingue sin dejar más que recuerdos, dulces ó penosos. Wronsky conocía muy bien todas las dificultades de su situación para con el mundo, al que era preciso ocultarlo todo, ingeniándose en mentir, engañar é inventar mil ardides; y siendo la pasión de ambos tan violenta, que no se ocupaban de ninguna otra cosa, érales preciso pensar en los demás.

La continua necesidad de apelar al disimulo y al fingimiento había preocupado muchas veces á Wronsky, pues nada era tan contrario á su carácter; y varias veces había observado lo mismo en Ana.

Desde sus relaciones con ella, experimentaba á veces una extraña sensación repulsiva y de disgusto, que no podía definir. ¿Quién la despertaba?... ¿Sería él mismo, Alejo Alexandrovitch, ó el mundo entero?... No lo sabía; pero en cuanto le era posible, desechaba esta impresión.

« Sí—se decía—en otro tiempo era desgraciado, pero disfrutaba de tranquilidad, y ahora he perdido esta última, sin esperanza de recobrarla.»

Y por primera vez cruzó por su espíritu, clara y precisa, la idea de poner término á aquella vida de disimulo: cuanto antes lo hicieran, mejor sería.

«Es preciso—pensó—que lo abandonemos todo, y que, solos con nuestro amor, vayamos á ocultarnos los dos en alguna parte.»

XXII

El chaparrón duró poco, y cuando Wronsky llegó, al trote largo de su caballo, al punto á que se dirigía, el sol brillaba de nuevo, iluminando los tejados y el follaje de los añosos tilos, cuya sombra se proyectaba desde los jardines de las inmediaciones de la calle principal. El agua corría por las fachadas de las casas, y las ramas de los árboles parecían sacudir alegremente sus gotas de lluvia. Wronsky no pensaba ya en el daño que esta última podía causar en el campo de las carreras, y regocijábase al reflexionar que, gracias al agua, *ella* estaría sola, pues sabía que Alejo Alexandrovitch, de regreso de un viaje hacía poco, no había salido aún de San Petersburgo para ir al campo.

Wronsky detuvo el coche á corta distancia de la casa, y á fin de llamar la atención lo menos posible, entró en el patio á pie, en vez de llamar á la puerta principal.

—¿Ha llegado ya el señor de Karenine?—preguntó al jardinero.

—Todavía no; pero la señora está en casa. Si llama usted, le abrirán.

—No, prefiero entrar por el jardín.

Sabiendo que estaba sola, quería sorprenderla, y no habiendo anunciado su visita, no podía esperarle, á causa de las carreras. En su consecuencia, adelantóse con precaución á lo largo de los senderos orillados de flores, levantando su sable para no hacer ruido, y al fin llegó al terrado por donde se bajaba al jardín. Ya no se acordaba de sus preocupaciones durante el camino, ni de las dificultades de su situación; pensaba solamente en la dicha de *verla* y hablar con *ella*. Ya franqueaba la escalera del terrado con el mayor sigilo posible, cuando recordó lo que olvidaba siempre, y lo que constituía la parte más dolorosa de sus relaciones con Ana: la presencia de su hijo, de aquel niño de mirada investigadora.

Este niño era el principal obstáculo para sus entrevistas: jamás Wronsky y Ana se permitían, cuando estaba presente, la menor palabra que no pudiera ser oída de todo el mundo, ni hacían tampoco la menor alusión que el niño pudiese comprender. No necesitaban ponerse de acuerdo para esto, pues cada cual hubiera creído injuriarse al pronunciar una sola palabra engañosa para el hijo de Ana. Á pesar de estas precauciones, Wronsky encontraba á menudo la mirada escrutadora y algo desconfiada de Sergio, siempre fija en él, unas veces tímida y otras cariñosa, pero rara vez la misma. Hubiérase dicho que el niño comprendía instintivamente que entre aquel hombre y su madre existía un lazo formal, cuya significación no adivinaba.

Sergio, efectivamente, se esforzaba en vano para comprender cómo debía conducirse con aquel caballero; había adivinado, con la intuición propia de la infancia, que su padre, su aya y la criada le miraban con aversión; mientras que su madre le trataba como á su mejor amigo.

«¿Qué significa esto; quién es ese caballero?—preguntábase el niño.—¿Será necesario amarle ó aborrecerle? No lo sé.»

De aquí resultaba su timidez y su expresión curiosa y desconfiada, así como la volubilidad que tanto molestaba á Wronsky, á quien la presencia del niño producía también esa impresión repulsiva, sin causa aparente, que le acosaba hacía algún tiempo. Wronsky y Ana se asemejaban en cierto modo á unos navegantes á quienes la brújula demostraría que derivan, sin que les fuera posible detenerse en su curso, aunque á cada momento se alejan de la vía recta y reconocen que esto les arrastra á su pérdida. El niño, con su cándida mirada, era esa implacable brújula, y ambos lo comprendían sin querer convenir en ello.

Aquel día, Sergio había salido, y Ana estaba sola en el terrado, esperando la vuelta de su hijo, tal vez sorprendido por la lluvia en el paseo: la doncella y un criado habían ido en su busca. Vestida con traje blanco, estaba sentada en un ángulo del terrado, en parte oculta por varias plantas y flores, y no oyó los pasos de Wronsky. Con la cabeza inclinada, apoyaba su frente sobre una regadera, la cual atraía hacia sí con sus delicadas manos, cargadas de preciosos anillos. La hermosura de aquella cabeza, con su cabello negro y rizado,

de aquellos brazos admirables, y, en fin, de todo el conjunto de su persona, producía siempre profunda impresión en Wronsky, y sorprendíale cuando la contemplaba. Detúvose y la miró con amor; mientras que ella, conociendo instintivamente su aproximación, rechazaba la regadera para mirar al conde.

—¿Has estado enferma?—preguntó Wronsky en francés, acercándose á Ana.—Hubiera querido correr hacia ella, pero temiendo que le vieran, dirigió una mirada hacia la puerta del terrado, ruborizándose, como siempre que se trataba de disimular.

—No, estoy buena—dijo Ana, levantándose y estrechando vivamente la mano de Wronsky.—No te esperaba.

—¡Qué manos tan frías tienes!

—Me has atemorizado; estoy sola y espero á Sergio, que ha ido á pasear; deben pasar por aquí.

Á pesar de la calma que fingía, sus labios temblaban.

—Dispénseme usted por haber venido—repuso Wronsky—pero no podía pasar el día sin verla—dijo en francés, evitando así el *usted*, ya imposible entre ellos, y el *tú*, tan peligroso en ruso.

—Nada tengo que dispensar; soy demasiado feliz.

—Pero está usted enferma ó triste—añadió inclinándose hacia Ana sin dejar su mano.—¿En qué piensa usted?

—Siempre en la misma cosa—contestó Ana sonriendo.

Y decía verdad: á cualquiera hora del día que la hubieran preguntado, habría respondido invariablemente que pensaba en su felicidad; y en el momento de entrar Wronsky preguntábase por qué algunos, como por ejemplo Betsy, cuyas relaciones con Toushkewitch conocía, tomaban á la ligera lo que para ella era tan cruel. Este pensamiento la había martirizado aquel día particularmente. Habló de las carreras; y Wronsky refirió, á fin de distraer á Ana de su preocupación, los preparativos que se hacían. Su tono era del todo tranquilo.

«¿Se lo diré ó no se lo diré?—pensaba Ana, mirando aquellos ojos tranquilos y cariñosos.—Parece tan feliz, y de tal modo le divierten las futuras carreras, que tal vez no comprenderá la importancia de lo que nos sucede.»

—No me ha dicho usted en qué pensaba cuando entré—

dijo Wronsky, interrumpiendo su relato.—¿No podré saberlo?

Ana no contestó; con la cabeza inclinada fijaba en el conde la mirada cariñosa de sus hermosos ojos; mientras que sus dedos oprimían una hoja desprendida. La fisonomía de Wronsky tomó al punto esa expresión de amor humilde y de abnegación absoluta que le era peculiar cuando hablaba con Ana.

—Comprendo—dijo—que ha sucedido alguna cosa, y no puedo estar tranquilo un solo instante cuando sé que tiene usted un pesar del que yo no participo. En nombre de Dios —añadió con tono suplicante—hable usted.

«Si no comprende toda la importancia de lo que debo decirle—pensó Ana— sé que no le perdonaré nunca; y por lo tanto, vale más callar que ponerle á prueba.»

—¡Pero Dios mío! ¿qué hay?—preguntó Wronsky, tomando su mano.

—¿Deberé decirlo?

—Sí, sí.

—Pues has de saber que estoy en cinta — murmuró Ana lentamente.

La hoja que tenía entre los dedos se agitó más aún, pero Ana no separaba la vista de Wronsky, y trataba de leer en sus ojos el efecto que le produciría aquella confesión.

El conde palideció y quiso hablar; pero detúvose é inclinó la cabeza, soltando la mano que tenía entre las suyas.

«Sí, comprende todo el alcance de lo que ha sucedido—pensó Ana, cogiendo la mano de Wronsky.»

Pero equivocábase al creer que pensaba como ella. Al oir aquellas palabras, la extraña impresión de horror que le perseguía sobrecogióle más vivamente que nunca, y comprendió que había llegado la crisis que deseaba. En adelante no se podía ya disimular nada á los ojos del marido, y era forzoso salir cuanto antes á todo trance de aquella situación odiosa é insostenible. La turbación de Ana se le había comunicado; fijó en su amante una mirada humilde, besó la mano, levantóse y comenzó á pasear por el terrado sin decir palabra.

Después, acercóse á Ana y díjola con tono resuelto:

—Ni usted ni yo hemos considerado nuestras relaciones como una dicha pasajera; ahora está ya echada nuestra suer-

te; es preciso de todo punto poner término al engaño en que vivimos.

—¿Y cómo hemos de poner término, Alejo?—preguntó Ana con dulzura, tranquila y serena.

—Es preciso la separación con tu esposo, para que unamos nuestras existencias.

—¿No están unidas ya?—preguntó Ana á media voz.

—No del todo.

—¿Pero cómo lo haremos, Alejo? Explícamelo—añadió con triste ironía, pensando en lo excepcional de su situación.—¿No soy yo la mujer de mi marido?

—Por difícil que sea una situación, siempre tiene alguna salida; y ahora se trata sólo de tomar un partido... Cualquiera cosa será mejor que tu vida presente. ¿Crees que no veo cuánto ha cambiado todo para ti... tu esposo, tu hijo, el mundo y todo?

—De mi esposo no hay que hablar—repuso Ana sonriendo—pues no le conozco ni pienso en él, ni siquiera sé que existe.

—No eres sincera; te conozco bien, y sé que te atormentas así á causa de él.

—Pero si no sabe nada...—repuso Ana ruborizándose, no sólo en las mejillas y en la frente, sino hasta en el cuello; mientras que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.—No hablemos de él.

XXIII

No era aquella la primera vez que Wronsky trataba de hacer comprender á Ana su posición, pero nunca se había expresado con tanta energía, pues tropezaba siempre con las mismas apreciaciones superficiales y casi fútiles. Parecíale que la esposa de Karenine se hallaba entonces bajo el imperio de sentimientos que no quería ó no podía profundizar; y al reflexionar esto, la verdadera Ana desaparecía, reemplazándola un sér extraño y enigmático que no podía comprender, y que le era casi repulsivo. Esta vez, sin embargo, quiso explicarse hasta el fin.

—Que lo sepa ó no—dijo con tono tranquilo, pero resuel-

to—poco importa. No podemos, ó *usted* no puede permanecer en esta situación, sobre todo ahora.

—¿Pues qué convendrá hacer, en su concepto?—preguntó Ana con la misma ironía burlona. Ella, que había temido tanto ver acogida con ligereza su revelación, llevaba á mal ahora que Wronsky dedujese la necesidad absoluta de adoptar una resolución enérgica.

—Confiésalo todo, y sepárate de él.

—Supongamos que lo haga. ¿Sabes cuál sería el resultado? Voy á decírtelo:—y sus ojos tomaron una expresión maligna, que antes era de ternura.—«¡Ah! Usted ama á otro y mantiene relaciones criminales—dijo Ana imitando el tono de su marido, y recargando la palabra *criminal* como él lo hubiera hecho.—Ya estaba usted advertida de las consecuencias que iban á resultar bajo el punto de vista religioso, de la sociedad y de la familia; no quiso usted escucharme, y ahora no puedo entregar á la vergüenza pública mi nombre y...»—iba á decir *mi hijo*, pero detúvose, porque no le era dado chancearse sobre este punto.—En una palabra, me dirá claramente, en el mismo tono que discute los asuntos de Estado, que no puede devolverme la libertad, pero que adoptará medidas para evitar el escándalo. Esto es lo que sucederá, porque mi esposo no es un hombre, sino una máquina, y cuando se incomoda, una máquina muy mala.

Y recordó los menores detalles del lenguaje y de la fisonomía de su esposo, dispuesta á censurar todo lo que pudiese reconocer en él de malo, con tanta menos indulgencia cuanto más culpable se juzgaba ella.

—Pero, Ana—dijo Wronsky con dulzura, esperando convencerla y calmarla—lo que importa ahora es confesarlo todo, y después obraremos según lo que él haga.

—Entonces será preciso huir...

—¿Por qué no? No veo la posibilidad de seguir viviendo así, ahora no se trata de mí, sino de ti, que eres la que sufre.

—¡Huir, para publicar que soy la querida de usted!—exclamó Ana con maligna intención.

—¡Ana!—exclamó Wronsky con acento dolorido.

—Sí, la querida de usted, y perderlo todo...—Y quiso volver á decir *mi hijo*, pero no pudo pronunciar esta palabra.

Wronsky no podía explicarse que aquella naturaleza enér-

gica y leal aceptase la falsa situación en que se hallaba, sin tratar de salir de ella; y no dudaba que el obstáculo era la palabra *hijo*, que no podía resolverse á pronunciar.

Cuando Ana se representaba la vida de aquel niño con el padre cuando le hubiera abandonado, parecíale tan horrible su falta que, como verdadera mujer, no se hallaba en estado de razonar, y empeñábase en persuadirse de que todo podría continuar como antes: era preciso á toda costa desechar este horrible pensamiento: «¿qué será de mi hijo?»

—Te suplico encarecidamente—dijo de pronto, con acento de ternura y sinceridad—que no me hables nunca más de eso.

—¡Pero, Ana!

—¡Jamás, jamás! Déjame seguir siendo juez de la situación; comprendo la bajeza y el horror; pero no es tan fácil como tú crees cambiar nada. Ten confianza en mí, y no me hables nunca de eso. ¿Me lo prometes?

— Prometo todo; pero ¿cómo quieres que esté tranquilo después de lo que acabas de confesarme? ¿puedo tener calma cuando á ti te falta?

—¡Á mí! Á decir verdad, esto me mortifica; pero ya pasará si no me hablas de nada.

—No comprendo...

—Ya sé—interrumpió Ana—que con tu carácter leal te es insufrible mentir; te compadezco de veras, y muy á menudo pienso que has sacrificado tu vida por mí.

—Eso es lo que precisamente yo digo de ti; y hasta me preguntaba, ahora poco, cómo podías haberte inmolado por mi causa. No me perdonaré nunca haberte hecho desgraciada.

—¡ Desgraciada yo !—exclamó Ana acercándose á Wronsky y mirándole con una sonrisa llena de amor.—¡ Yo me parezco á una persona que se muere de hambre, y á la que dan de comer, lo cual la hace olvidar el frío y los andrajos que cubren su cuerpo ! ¡ No soy desgraciada, no ; he ahí mi felicidad !...

En aquel momento oíase la voz de Sergio : Ana dirigió una mirada á su alrededor, levantóse vivamente, y alargando sus brazos hacia Wronsky, cogióle la cabeza, fijó en él una larga mirada, acercó su rostro al suyo, besóle en los labios y los ojos, y después quiso rechazarlo, pero el joven la contuvo.

—¿Cuándo?—murmuró Wronsky, mirándola con ternura.

—Hoy á la una—contestó Ana en voz baja, suspirando.

Y corrió al encuentro de Sergio, que sorprendido por la lluvia en el parque, se había refugiado en un pabellón con la criada.

—Pues hasta la vista—dijo á Wronsky.—Voy á prepararme ahora para las carreras; Betsy me ha prometido ir á buscarme.

El conde miró su reloj y salió precipitadamente.

XXIV

Wronsky estaba tan conmovido y preocupado, que al mirar el reloj no vió la hora que era.

Pensando sólo en Ana, llegó al sitio donde le esperaba su coche, avanzando con precaución por el camino fangoso. Su memoria no era más que instintiva y recordaba solamente lo que había resuelto hacer, sin que la reflexión interviniera. Acercóse á su cochero, dormido en el pescante, despertóle maquinalmente, observó las nubes de moscas que se elevaban sobre sus caballos bañados de sudor, y saltó á su asiento. Proponíase ir á casa de Bransky, y había recorrido ya una regular distancia, cuando de pronto recobró su presencia de ánimo y echó de ver que se retardaría mucho: su reloj marcaba las cinco y media.

Aquel día debían efectuarse varias carreras; primeramente las de los caballos de tiro, y después dos para los oficiales; Wronsky debía correr en la última, y en rigor podía llegar á tiempo, sacrificando á Bransky; de lo contrario exponíase á no hallarse en el terreno hasta que la corte hubiese llegado, lo cual no era conveniente. Por desgracia había dado su palabra á Bransky, y por lo tanto continuó su camino, recomendando al cochero que castigara á los caballos. Después de estar sólo cinco minutos en casa de Bransky, emprendió la vuelta al galope de sus cuadrúpedos; este rápido movimiento le hizo bien y poco á poco olvidó sus cuidados, sintiendo sólo la emoción de la carrera y muy satisfecho porque podría lle-

gar á tiempo; su coche dejaba atrás á todos los que venían de San Petersburgo y los alrededores.

En su casa no encontró más que al criado, que le esperaba á la puerta; todos se habían ido ya.

Mientras cambiaba de traje, el criado tuvo tiempo para noticiarle que la segunda carrera había comenzado ya y que varias personas preguntaban por él.

Wronsky se vistió sin apresuramiento, pues sabía conservar su calma, y mandó conducir el vehículo á las cocheras, desde las cuales se veía una infinidad de trenes de varias clases, peatones, soldados y todas las tribunas llenas de espectadores.—La segunda carrera iba á comenzar en efecto, pues se oyó una campanada; cerca de la cuadra había encontrado el alazán de Mahotine, *Gladiador*, que conducían cubierto con una manta amarilla y azul de enormes orejeras.

—¿Dónde está Cord?—preguntó al palafrenero.

—En la cuadra; ahora ensillan.

Frou-frou estaba ya preparado é iba á salir.

—¿No me he retardado?—preguntó Wronsky.

—*All right, all right*—contestó el inglés;—no se inquiete usted por nada.

Wronsky contempló las bellas formas de su yegua y separóse de ella con sentimiento, pues veíala temblar como una azogada. El momento era propicio para acercarse á las tribunas sin ser observado, porque la carrera terminaba, y todas las miradas se fijaban en un oficial de la guardia y un húsar que iba detrás, hallándose ya los dos próximos á la meta. Todos corrían hacia aquel punto, y un grupo de soldados y oficiales de la guardia saludaban con gritos de alegría á su compañero.

Wronsky se confundió con la multitud en el momento que la campana anunciaba el fin de la carrera; mientras que el vencedor, cubierto de barro, inclinábase sobre la silla, dejando caer la brida, sin aliento y bañado de sudor.

El caballo, recogiendo penosamente los cuartos traseros, contuvo con dificultad su rápida carrera; mientras que el oficial miraba á su alrededor cual si despertara de un sueño, sonriendo con trabajo, y rodeado de una multitud de amigos y curiosos.

Wronsky evitaba expresamente el encuentro con la sociedad elegante que por allí circulaba alrededor de las tribunas;

había visto ya á Betsy, Ana y la esposa de su hermano, y no quería acercarse á ellas para evitar toda distracción; pero á cada paso encontraba personas conocidas que le daban algunos detalles sobre la última carrera, ó le preguntaban por qué se había retardado.

Mientras se distribuían los premios en el pabellón, hacia el cual se encaminaba la gente, Wronsky vió á su hermano Alejandro, que se acercaba: así como él, era hombre de mediana estatura y un poco fornido, pero más gallardo, aunque tenía las mejillas y la nariz muy coloradas, por efecto del vicio de la bebida. Vestía el uniforme de coronel con los cordones.

—¿Has recibido una carta mia?—preguntó á su hermano—nunca se te encuentra en casa.

Alejandro Wronsky, á pesar de su vida de libertino y de su afición á embriagarse, frecuentaba exclusivamente la sociedad de la corte; y mientras hablaba con su hermano de un asunto enojoso, sabía conservar el semblante risueño del hombre que se chancea de una manera inofensiva, porque observaba que todas las miradas se habían fijado en ellos.

—La he recibido—contestó Alejo—y no me explico por qué te inquietas.

—Me inquieto porque me han hecho notar hace poco tu ausencia, diciéndome que estabas en Peterhof.

—Hay cosas que sólo pueden ser juzgadas por aquellos á quienes interesan directamente; y el asunto de que te preocupas es tal...

—Sí, pero entonces no se debe permanecer en el servicio, no se...

—Tú no tienes nada que ver con esto, y te agradeceré que no te mezcles en mis asuntos.

Al decir esto, Alejo Wronsky palideció, y las fibras de su rostro se estremecieron; rara vez se encolerizaba, pero cuando esto sucedía, su barba parecía moverse y hacíase peligroso. Alejandro, sabiéndolo muy bien, sonrió alegremente.

—Sólo he querido entregarte la carta de nuestra madre—replicó;—contéstale y no te incomodes antes de la carrera. ¡Buena suerte!—añadió en francés, alejándose.

Apenas hubo marchado, acercóse á Wronsky otra persona, diciéndole con acento cariñoso:

—Ya no conoces á tus amigos. ¡Buenas tardes, querido Alejo!

Era Estéfano Arcadievitch, con el rostro animado y las patillas muy bien peinadas, tan brillante en la buena sociedad de San Petersburgo como en la de Moscou.

—He llegado ayer, y me alegro mucho de hallarme aquí á tiempo para presenciar tu victoria. ¿Cuándo volveremos á vernos?

—Entra mañana en el casino—contestó Wronsky.

Y excusándose por su pronta separación, estrechó la mano de su amigo para dirigirse al lugar donde estaban los caballos destinados á la carrera de obstáculos.

Los palafreneros traían ya los que habían tomado parte en la última carrera, todos ellos rendidos, y por otro lado llegaban los que estaban inscritos para la siguiente: los más eran caballos ingleses, muy bien arreglados y cubiertos; de modo que parecían aves gigantescas.

Frou-frou, hermoso á pesar de su flacura, acercábase con paso ligero y elástico, y no lejos de allí despojaban de su manta á *Gladiador*, cuyas formas soberbias, regulares y robustas, con su magnífica grupa y sus pies admirablemente formados, llamaron la atención de Wronsky.

El conde quiso acercarse á *Frou-frou*, pero alguien le detuvo el paso, diciéndole:

—Por ahí anda Karenine buscando á su señora, que está en el pabellón. ¿Le ha visto usted?

—No—contestó Wronsky sin volver la cabeza hacia el punto que le indicaban, y acercándose á su caballo.

Apenas hubo tenido tiempo de examinar alguna cosa que era preciso corregir en la silla, cuando llamaron á los que debían correr para distribuirles el número de orden: acercáronse todos, muy graves, casi solemnes, y varios de ellos en extremo pálidos. Á Wronsky le correspondió el número siete.

—¡Á caballo!—gritó una voz.

Wronsky se acercó al suyo, comprendiendo, como sus compañeros, que era el blanco de todas las miradas, y por lo mismo experimentaba un malestar que entorpecía sus movimientos.

Cord se había puesto su traje de gala en honor de las carreras; llevaba un levitón negro abotonado hasta el cuello,

camisa muy blanca y bien planchada, botas de montar y sombrero de ala redonda. Sereno, y dándose importancia, según su costumbre, permanecía en pie á la cabeza del caballo, sujetando él mismo la brida; mientras que *Frou-frou* temblaba cual si estuviese acometido por un acceso de fiebre, y sus ojos, llenos de fuego, miraban oblicuamente á Wronsky. Este último pasó el dedo por debajo de la cincha de la silla; la yegua retrocedió, enderezando las orejas, y el inglés sonrió con cierto desdén, al pensar que pudiera dudarse de sus conocimientos para ensillar un caballo.

—Monte usted, y no estará tan agitado—dijo.

Wronsky dirigió la última mirada á sus competidores, sabiendo que no los vería más durante la carrera: dos de ellos se dirigían ya hacia el punto de partida; Goltzen, amigo suyo y uno de los más notables jinetes, daba vueltas al rededor de su caballo sin poder montarle; un húsar de la guardia, doblado sobre su cuadrúpedo para imitar á los ingleses, hacía un tiempo de galope; y el príncipe Kouzlof, blanco como una sábana, montaba una yegua pura sangre, que un inglés conducía por la brida. Wronsky, así como todos sus compañeros, conocía el amor propio feroz de Kouzlof, y también la *debilidad* de sus nervios; sabido era que tenía miedo de todo, pero á causa de esto mismo, y porque estaba convencido de que se exponía á romperse el cuello, puesto que junto á cada obstáculo había un cirujano con unas angarillas, se resolvió á correr.

Wronsky le saludó con una sonrisa de aprobación: Mahotine con *Gladiador*, el rival más temible entre todos, no estaba allí.

—No se apresure usted—decía Cord á Wronsky—y no olvide una cosa importante; ante el obstáculo no se ha de retener ni lanzar el caballo, sino dejarle seguir su impulso.

—Bien, bien—contestó Wronsky cogiendo las bridas.

—Sostenga usted la carrera, si es posible, y en todo caso, no se desanime.

Sin dejar á su caballo tiempo para hacer el menor movimiento, Wronsky se lanzó ligeramente sobre la silla, igualó las riendas dobles entre sus dedos, y Cord soltó el cuadrúpedo. *Frou-frou* alargó el cuello, como si preguntara qué pie debía mover, balanceando á su jinete sobre su flexible lomo, y

avanzando con ligero paso: Cord le seguía de cerca. La yegua, muy inquieta, esforzábase para engañar á su jinete, tirando tan pronto á derecha como á izquierda, y en vano Wronsky procuraba tranquilizarla con la voz y el ademán.

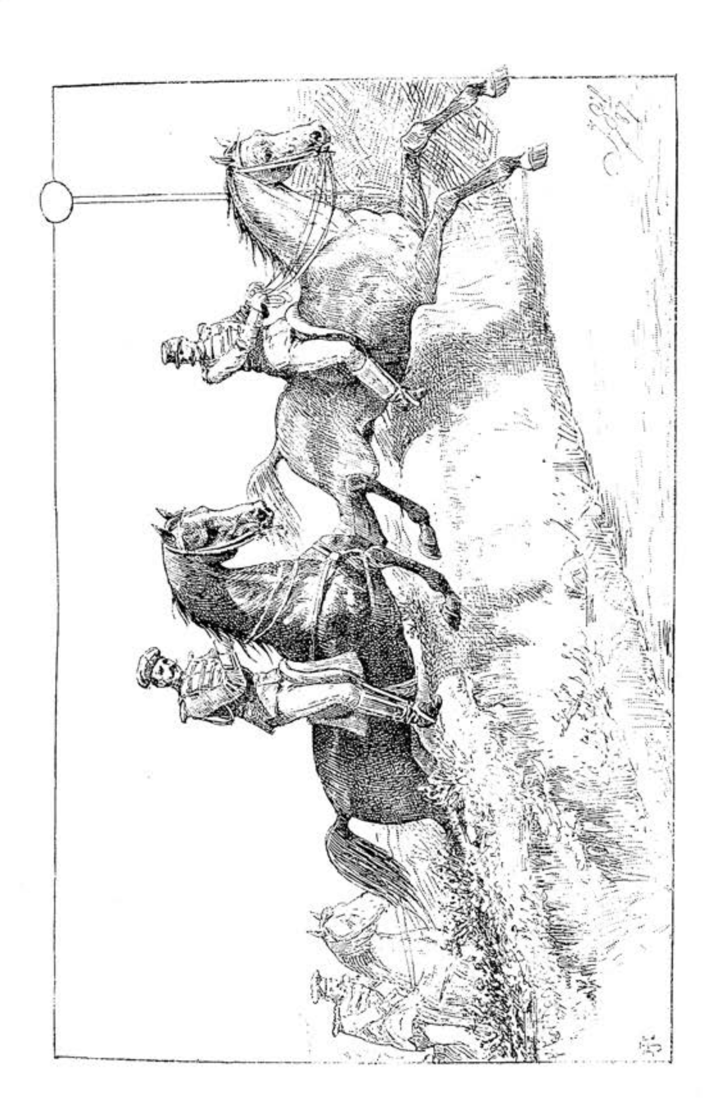
Acercábanse ya al río, por la parte donde estaba el punto de partida, cuando Wronsky, precedido de unos y seguido de otros, oyó tras sí el galope de un caballo: era *Gladiador*, montado por Mahotine; este último sonrió al pasar, mostrando sus largos dientes, pero Wronsky le contestó solo con una mirada de enojo; no le agradaba aquel hombre, y su manera de galopar cerca de él para inquietar á su caballo, le disgustó mucho, tanto más cuanto que veía en él un adversario muy temible.

Frou-frou partió al fin al galope con el pie izquierdo, dió dos saltos, y enojado al sentir la presión de la brida, cambió de aire, tomando un trote que sacudió con fuerza al jinete. Cord, muy descontento, corría casi tanto como la yegua junto á Wronsky.

XXV

El campo de las carreras, una elipse de cuatro verstas, se extendía ante el pabellón principal, presentando nueve obstáculos: el río; una gran barrera bastante alta, frente al pabellón; un foso en seco; otro lleno de agua; una rápida pendiente; una banqueta irlandesa (el obstáculo más difícil), es decir, una valla cubierta de yerba, detrás de la cual un segundo foso invisible obligaba al jinete á saltar dos obstáculos á la vez, á riesgo de matarse; además de la banqueta, contábanse otros tres fosos, dos de ellos llenos de agua, y por último la meta, delante del pabellón. No era en el recinto mismo del círculo donde comenzaba la carrera, sino á un centenar de *sagenas* más allá, y en este espacio hallábase el primer obstáculo, el río, que se podía saltar ó vadearlo, según se quisiera.

Los jinetes se alinearon para la señal, pero tres veces seguidas salieron en falso, y fué preciso comenzar de nuevo.



El coronel que dirigía la carrera comenzaba á impacientarse, cuando al fin los jinetes partieron á la cuarta orden.

Todas las miradas, todos los gemelos se fijaban en aquellos hombres.

—«¡Ya han partido, ya están ahí!»—gritaban por todas partes.

Y para verlos mejor, los espectadores se precipitaron aisladamente por grupos hacia el punto mejor situado. Los jinetes se dispersaron al principio; desde lejos, hubiérase dicho que corrían juntos, pero los espacios que les separaban tenían su importancia.

Frou-frou, agitado y demasiado nervioso, comenzó por perder terreno, pero Wronsky, aunque reteniéndole, tomó fácilmente la delantera á dos ó tres caballos, y al fin solamente le precedieron *Gladiador*, que le aventajaba por todo el largo del cuerpo, y la graciosa Diana, que á la cabeza de todos conducía al desgraciado príncipe Kouzlof, medio muerto de emoción.

Durante los primeros minutos, Wronsky no fué ya dueño de dominar su caballo, ni tampoco á sí mismo.

Gladiador y *Diana* aproximáronse y franquearon el río de un salto, casi al mismo tiempo; *Frou-frou* se lanzó ligeramente detrás de ellos como si volara: en el momento en que Wronsky cruzaba el aire, vió bajo los pies de su caballo á Kouzlof, agitándose con *Diana* (había soltado las riendas después de saltar, y el caballo cayó sin el jinete); Wronsky no supo estos detalles hasta más tarde, y entonces sólo vió una cosa: es decir, que *Frou-frou* apoyaba el pie sobre el cuerpo de *Diana*, y que, semejante á un gato al caer, hacía un esfuerzo con el lomo y las piernas y saltaba más allá del caballo caído.

Pasado el río, Wronsky pudo ya dominar su caballo, y hasta le retuvo un poco, con intención de saltar la barrera grande detrás de Mahotine, al que no esperaba adelantarse hasta llegar al espacio libre de obstáculos.

Dicha barrera elevábase precisamente frente al pabellón imperial, donde el mismo emperador, la corte y una inmensa multitud mirábalos al acercarse.

Wronsky conoció que todos tenían la atención fija en él, pero sólo veía las orejas de su caballo; la tierra desaparecía

ante él; y *Gladiador* batía el suelo con sus blancos pies, conservando siempre la misma ventaja sobre *Frou-frou*. *Gladiador* se lanzó al fin contra la barrera, agitó su corta cola y desapareció á los ojos de Wronsky sin chocar con el obstáculo.

—¡Bravo!—gritó una voz.

En el mismo instante, parecióle á Wronsky que las tablas de la barrera pasaban como un relámpago; su caballo saltó sin cambiar de aire, pero oyó tras de sí un crugido. *Frou-frou*, animándose al ver á *Gladiador*, había saltado demasiado pronto, tocando la barrera con sus cascos posteriores; pero Wronsky, que tenía el rostro lleno de barro, reconoció muy pronto que no había perdido ventaja al ver delante de sí la grupa de *Gladiador*.

Frou-frou hizo, al parecer, la misma reflexión que su amo, pues sin excitación ninguna, aumentóse marcadamente su velocidad y acercóse á Mahotine, oblicuando hacia la cuerda. Wronsky se preguntaba si no podría tomarle ventaja al otro lado de la pista, cuando *Frou-frou*, cambiando de pie, tomó por sí mismo esta dirección. Su cuello, bañado en sudor, acercóse á la grupa de su rival; durante algunos segundos corrieron uno junto á otro; mas para acercarse á la cuerda, Wronsky excitó á su caballo, y en el descenso adelantóse á Mahotine, que, con la cara cubierta de lodo, sonreía irónicamente. Aunque le precediera, Wronsky oía siempre á su lado el mismo galope regular, y la respiración precipitada, pero no fatigosa, de *Gladiador*.

Los dos obstáculos siguientes fueron franqueados sin dificultad; pero el galope y el resoplido del caballo de Mahotine se acercaban más y más; Wronsky forzó el tranqueo de *Frou-frou* y observó con alegría que aumentaba fácilmente su celeridad: ya no se oían tan de cerca los cascos de *Gladiador*.

El conde sostenía ahora la carrera como la deseaba, y según se lo recomendara Cord; de modo que se creía seguro de la victoria. Su emoción y alegría, y su cariño á *Frou-frou* iban siempre en aumento; hubiera querido volverse, mas no se atrevía á mirar hacia atrás; procuraba calmarse y no abusar de su caballo. Sólo faltaba un grave obstáculo que franquear, la banqueta irlandesa; y si después del salto se

mantenía siempre á la cabeza, su triunfo sería infalible. Así él como *Frou-frou* vieron la banqueta desde lejos, y los dos, el jinete y el caballo, vacilaron un momento. Wronsky lo observó en el cuadrúpedo por sus orejas, y ya levantaba el látigo, cuando comprendió á tiempo que ya sabría *Frou-frou* lo que debía hacer. El noble animal tomó su impulso, y según lo preveía Wronsky, conservó la rapidez adquirida, que le transportó mucho más allá del foso, continuando después el caballo su carrera sin esfuerzo y sin cambiar de pie.

—¡Bravo, Wronsky!—gritaron varias voces, en las que el conde reconoció las de sus compañeros y amigos, situados cerca del obstáculo, donde también se hallaba Yashvine, aunque no le vió.

«¡Bien, yegua mía!»—murmuraba Wronsky, escuchando lo que sucedía detrás de él...—«Has saltado también»—se dijo al oir próximo el galope de *Gladiador*.

Faltaba el último foso, de poca anchura, y Wronsky no le daba apenas importancia; pero queriendo llegar el primero, mucho antes de los demás, comenzó á picar su caballo. El animal perdía sus fuerzas; con el cuello bañado en sudor, así como la cabeza y las orejas, su respiración comenzaba á ser fatigosa; pero Wronsky comprendía que aún le quedaba fuerza para franquear las doscientas *sajenas* que le separaban de la meta, y no observaba la celeridad sino porque iba tocando casi el suelo. El foso fué franqueado sin que Wronsky lo notase; *Frou-frou* voló más bien que saltó; pero en el mismo instante, el jinete reconoció con espanto que en vez de seguir el movimiento del cuadrúpedo, el peso de su cuerpo había caído en falso sobre la silla, por un movimiento tan imperdonable como difícil de explicar. ¿Cómo había sucedido aquello? Wronsky no lo comprendía, pero sí reconoció que le pasaba algo terrible: el alazán de Mahotine cruzó por delante como un relámpago.

Wronsky tocaba el suelo con un pie, sobre el cual cayó la yegua, y apenas había tenido tiempo de retirarle, cuando el animal se tendió completamente, produciendo un ruidoso resoplido, y haciendo con su delicado cuello, empapado en sudor, inútiles esfuerzos para levantarse, cual ave herida por el tiro del cazador. Wronsky le había roto los ijares por el movimiento que hizo en la silla, pero no comprendió su falta

hasta más tarde: sólo veía una cosa en aquel momento, y era que *Gladiador* se alejaba rápidamente, y que él estaba allí solo, delante de la yegua tendida en tierra, que fijaba en él una triste mirada. Siempre sin comprender aquello, Wronsky tiró de la brida; el pobre animal se agitó como un pez cogido en la red, tratando de ponerse en pie; pero no pudiendo mover las piernas volvió á caer de lado. Wronsky, pálido y descompuesto por la cólera, le descargó con el tacón de su bota un golpe en el vientre para obligarla á levantarse; pero Froufrou no se movió, y fijando en su amo una elocuente mirada, hundió el hocico en el suelo.

—¡Dios mío, qué he hecho yo!—gritó Wronsky, mesándose los cabellos—¿qué acabo de hacer?

Y al pensar en la carrera perdida, en su humillante é imperdonable falta y en el pobre animal que tenía ante sí, volvió á repetir las mismas palabras.

El cirujano y su ayudante, sus compañeros y amigos, todo el mundo en fin, corrían hacia Wronsky, que con gran pesar suyo veíase sano y salvo.

El caballo tenía rota la espina dorsal, y era preciso matarle. Incapaz de pronunciar una sola palabra, Wronsky no pudo responder á ninguna de las preguntas que le dirigieron, y abandonó el campo de las carreras sin recoger la gorra que se le había caído, y andando á la casualidad sin saber á dónde iba. Por la primera vez de su vida era víctima de una desgracia que ya no tenía remedio, y de la cual se reconocía el único culpable.

Yashvine corrió tras de Wronsky con la gorra, y condújole á su alojamiento, donde al fin se calmó, volviendo del todo en sí; pero aquella carrera fué, durante largo tiempo, uno de los recuerdos más penosos y crueles de su existencia.

XXVI

Las relaciones de Alejo Alexandrovitch y de su esposa, no parecían haber cambiado aparentemente; cuando más, notóse que el señor de Karenine estaba sobrecargado de trabajo más que nunca.

Llegada la primavera, marchó al extranjero, según su costumbre, á fin de reponerse de las fatigas del invierno en alguna estación termal.

Regresó en Julio y encargóse otra vez de sus funciones con nueva energía. Su esposa habitaba en una casa de campo de los alrededores de San Petersburgo, y el señor de Karenine permanecía en la ciudad.

Después de su conversación, en la noche en que asistió á la tertulia de la princesa Tverskoï, no se había tratado ya entre los cónyuges de sospechas ni de celos; pero Alexandrovitch hacía uso más que nunca del tono que le era peculiar en sus actuales relaciones con Ana y su frialdad había aumentado; mas no parecía conservar de aquella conversación ni una ligera contrariedad.

« No has querido explicarte conmigo—parecía decir;—tanto peor para ti, porque ahora habrás de venir á mí, y entonces yo no querré explicarme.» Y dirigíase á su mujer con el pensamiento, como un hombre furioso por no haber podido apagar un incendio, y que diría al elemento devorador: «¡Arde, arde, tanto peor para ti!»

Aquel hombre tan fino y tan sensato cuando se trataba de su servicio, no comprendía todo lo absurdo de semejante conducta, y si no comprendía era porque la situación le parecía demasiado terrible para osar analizarla. Prefirió sepultar en su alma el afecto que profesaba á su esposa y á su hijo, como si lo guardase en un cofre sellado y bien cerrado; y hasta comenzó á tratar á Sergio con cierta frialdad, llamándole siempre «joven», con ese tono irónico con que hablaba á su esposa.

Alexandrovitch pretendía no haber tenido nunca entre manos asuntos tan importantes como aquel año; pero no confesaba que los había creado á su antojo, á fin de no tener que abrir el cofre cerrado en que guardaba sus sentimientos, tanto más perturbadores cuanto más tiempo los conservaba así.

Si alguien se hubiera arrogado el derecho de preguntarle lo que pensaba de la conducta de su esposa, aquel hombre sereno y pacífico se hubiera encolerizado en vez de contestar; por eso su fisonomía tomaba una expresión digna y severa siempre que le preguntaban por Ana; y á fuerza de empe-

ñarse en no pensar nada sobre la conducta de su mujer, Alexandrovitch acabó por conseguirlo.

La residencia de verano de los Karenine estaba en Peterhof, y la condesa Lidia Ivanovna, que solía vivir allí, mantenia frecuentes relaciones de buena vecindad con Ana. Aquel año, la condesa no había querido habitar en Peterhof, y hablando cierto día con el señor de Karenine, hizo algunas alusiones sobre la inconveniencia de la intimidad de Ana con Betsy y Wronsky. Alexandrovitch la contuvo severamente, declarando que para él su esposa estaba muy por encima de toda sospecha; y desde aquella conversación evitó el encuentro con la noble dama. Resuelto á no observar nada, no echaba de ver que muchas personas comenzaban á murmurar contra su esposa, y no había tratado de explicarse por qué ésta insistió para instalarse en Tsarskoe donde vivía Betsy, no lejos del campamento de Wronsky.

Alexandrovitch no quería reflexionar, mas á pesar de todo, sin darse cuenta de los hechos ni tener prueba alguna, no dudaba que era engañado, y sufría profundamente.

¡Cuántas veces se había preguntado, durante sus ocho años de felicidad conyugal, al ver matrimonios desunidos, cómo podía suceder semejante cosa, y por qué no se saldría á toda costa de una situación tan absurda! Ahora que la desgracia llamaba á su propia puerta, no solamente no pensaba en librarse de tan crítica posición, sino que no quería admitirla, porque le espantaba lo que tenía de terrible.

Desde su vuelta del extranjero, Alexandrovitch había ido dos veces á ver á su esposa al campo, la una para comer, y la otra para asistir á una reunión, pero sin quedarse á dormir, como lo hacía antes.

El día de las carreras había sido muy atareado para el señor de Karenine; pero al hacer su programa por la mañana, resolvió ir á Peterhof, después de comer temprano, y luego á las carreras, pues hallándose allí la corte, conveníale dejarse ver. Por conveniencia también había resuelto hacer todas las semanas una visita á su esposa; era llegado el día quince del mes, y tenía por costumbre entregar en esta fecha el dinero necesario para el gasto de la casa.

Todo esto fué resuelto con la fuerza de voluntad de Alexandrovitch, sin pensar en otra cosa.

Durante la mañana estuvo muy ocupado, pues había recibido la víspera un folleto de un viajero célebre por sus expediciones en la China, viajero á que la condesa Lidia recomendaba como hombre muy útil.

Alexandrovitch no había podido terminar la lectura del folleto por la noche, y debía concluirla á la mañana siguiente; después vinieron las solicitudes, los informes, las audiencias, el correo, y en fin, todo el «trabajo de los días laborables», como él decía.

Seguíase á esto su trabajo personal, la visita del médico y la del administrador: este último le ocupó poco tiempo, pues limitóse á darle dinero y un informe muy conciso sobre el estado de sus negocios, que aquel año no era muy brillante, pues los gastos habían sido considerables, ocasionando esto un déficit.

El doctor, médico célebre y amigo de Karenine, le ocupó, en cambio, largo tiempo. Había ido sin que le llamaran, y Alejo Alexandrovitch quedó sorprendido por su visita y por la escrupulosa atención con que le auscultó, haciéndole varias preguntas; ignoraba que, inquieta por su estado poco normal, su amiga la condesa Lidia había rogado al doctor que le viera y le examinara bien.

—Hágalo usted por mí—le había dicho la condesa.

—Lo haré por Rusia, condesa—contestó el doctor.

—¡Qué hombre tan bueno!—dijo la condesa.

El doctor quedó muy descontento de su examen: el hígado estaba congestionado, la alimentación era mala, y el efecto de los baños nulo: en su consecuencia prescribió más ejercicio físico, menos tensión de espíritu, y sobre todo, la abstención de preocupaciones morales: tanto hubiera valido ordenarle que no respirara.

El médico salió dejando al señor de Karenine bajo la desagradable impresión de que tenía un principio de enfermedad incurable.

En cuanto al doctor, al salir de casa de Alexandrovitch encontró en el peristilo al jefe de negociado, llamado Studine, compañero de la Universidad; rara vez se veían, mas no por eso dejaban de ser buenos amigos, y he aquí por qué el doctor no hubiera hablado á otros con la misma franqueza que á Studine.

—Me alegro mucho que le haya visto usted—dijo este último—pues me parece que no va bien. ¿Cuál es su opinión?

—Lo que yo pienso—replicó el doctor, haciendo seña á su cochero para que avanzase—lo va usted á saber ahora.—Y retirando un dedo de su guante helado, añadió:—Si trata usted de romper una cuerda que no esté muy tirante, difícilmente logrará su objeto; pero si se halla muy tendida, bastará tocarla para conseguirlo: he aquí lo que le sucede con su vida harto sedentaria y sus trabajos concienzudos en demasía... ¿Irá usted á las carreras?—preguntó subiendo á su coche.

—Sí, seguramente no faltaré.

Poco después de haber salido el doctor, llegó el célebre viajero, y Alexandrovitch, ayudado por el folleto que leyera la víspera y por algunas nociones anteriores sobre el asunto, admiró á su visitante por la extensión de sus conocimientos y la exactitud de sus apreciaciones.

Después del viajero llegó un alto funcionario del gobierno, con el cual hubo de hablar Alexandrovitch algún tiempo; luego fué necesario despachar con el jefe, y terminado este trabajo, hacer una visita importante á un personaje oficial. Alexandrovitch no tuvo apenas tiempo para volver á comer, acompañado del jefe de negociado, á quien invitó á ir á las carreras.

Sin darse cuenta de ello, buscaba ahora siempre un tercero que asistiese á las entrevistas con su esposa.

XXVII

Ana estaba en su habitación, de pie ante un espejo, sujetando el último lazo en un vestido con ayuda de Annouchka, cuando se oyó el ruido de un coche en el patio.

«Es demasiado temprano para Betsy—pensó la señora de Karenine mirando por la ventana.

Y al ver en el coche el sombrero negro y las bien conocidas orejas de Alexandrovitch,

«¡He aquí una dificultad enojosa!—añadió.—¿Vendrá á pasar aquí la noche?» Los resultados que esta visita podría

tener la espantaron; sin reflexionar un minuto, y bajo el imperio de ese espíritu de engaño que le era familiar y la dominaba, bajó radiante de alegría á recibir á su esposo, y habló con él sin saber de qué.

—¡Qué amable eres!—exclamó, presentando la mano á su esposo, mientras saludaba á Studine con una sonrisa.

—Espero—añadió—que te quedarás aquí esta noche (el demonio de la mentira le aconsejaba estas palabras). Supongo que iremos juntos á las carreras. ¡Qué lástima que me haya comprometido con Betsy, que ha de venir á buscarme!

Alexandrovitch hizo una mueca al oir este nombre.

—¡Oh! no quiero separar á las inseparables—dijo con tono irónico;—yo iré con Miguel Wassilievitch. El doctor me ha recomendado el ejercicio, y deseo recorrer una parte del camino á pie.

—Pero no hay prisa—dijo Ana.—¿Quieres tomar té?

Y llamó.

—Sirva usted el té—ordenó á la criada—y diga á Sergio que aquí está su padre.

—¿Y cómo vamos de salud?...—añadió.—Miguel Wassilievitch, aún no había usted venido á mi casa; vea cómo tengo arreglado el balcón.

Ana hablaba sencilla y naturalmente, pero demasiado y muy de prisa, como se lo dió á conocer la curiosa mirada de Wassilievitch, que la observaba á hurtadillas; éste se dirigió hacia el terrado, y Ana fué á sentarse junto á su esposo.

—Tienes mala cara—le dijo.

—Sí, el doctor vino esta mañana y me ha ocupado una hora de mi tiempo; pero estoy seguro que le envió uno de mis amigos. ¡Como mi salud es tan preciosa!

—¿Y qué ha dicho el doctor?

Ana interrogó á su esposo sobre sus trabajos, aconsejóle el descanso, y le invitó á trasladarse al campo también. Todo esto lo dijo con mucha alegría y animación; pero Alexandrovitch no daba importancia á este tono; sólo oía las palabras y tomábalas en su sentido literal, contestando simplemente, aunque con cierta ironía. Esta conversación no tuvo nada de particular, y sin embargo, Ana no pudo recordarla más tarde sin experimentar profunda pena.

Sergio entró, acompañado de su aya: si Alexandrovitch hu-

biera observado, no habría podido menos de notar la expresión tímida con que el niño miró á sus padres; pero no quería ver nada, y nada vió.



—¡Hola, joven! — exclamó Alexandrovitch; — parece que crecemos; ya estás hecho todo un mozo.

Y ofreció su mano al niño, muy turbado en aquel momento. Sergio había sido siempre tímido con su padre; pero desde que éste le llamaba «joven», y desde que se atormentaba la

imaginación para averiguar si Wronsky era amigo ó enemigo, mostrábase más tímido aún. Volvióse hacia su madre como para buscar protección, porque sólo á su lado estaba tranquilo, mientras que Alexandrovitch, cogiendo al niño por los hombros, preguntó al aya cómo se portaba. Ana vió el momento en que Sergio iba á llorar, y observando su inquietud, acercóse á él vivamente, separó las manos de su esposo apoyadas en el hombro del niño, y condujo á éste al terrado abrazándole. Después se acercó á su esposo.

—Se hace tarde—dijo, mirando su reloj.—¿Por qué no vendrá Betsy?

—Sí—repuso Alexandrovitch, haciendo crugir las articulaciones de sus dedos y levantándose.—He venido también á traerte dinero, pues supongo que lo necesitas.

—No... sí... lo necesito—replicó Ana ruborizándose y sin mirar á su esposo;—pero ¿no volverás después de las carreras?

—Sí—contestó Alexandrovitch.—¡Ah! aquí tenemos á la gloria de Peterhof, á la princesa Tverskoï—añadió, al ver por la ventana una berlina á la inglesa, que se acercaba al zaguán. —¡Qué elegancia! ¡Vaya, vámonos también!

La princesa no bajó del coche; su lacayo, con riguroso traje á la inglesa, saltó al punto del pescante.

—¡Me voy, adiós!—dijo Ana abrazando á su hijo y dando la mano á su esposo;—te agradezco la visita.

Alexandrovitch besó la mano de Ana.

—Supongo que vendrás á tomar el té—añadió la señora de Karenine, alejándose con expresión de alegría; mas apenas estuvo fuera del alcance de las miradas, estremecióse al parecer con repugnancia al sentir aún en su mano la impresión de aquel beso.

XXVIII

Cuando Alexandrovitch se presentó en las carreras, Ana se había colocado ya junto á Betsy en el pabellón principal, donde se hallaba reunida la alta sociedad; divisó á su esposo á lo lejos, é involuntariamente siguióle con la vista entre la mul-

titud. Vióle avanzar hacia el pabellón, devolviendo con altanera benevolencia sus saludos á varias personas que encontraba al paso, cambiando otros distraídos con sus iguales, y buscando las miradas de los poderosos, á los cuales contestaba descubriéndose completamente, en cuyo caso dejaba ver sus grandes orejas. Ana conocía todas aquellas maneras de saludar, y le eran igualmente antipáticas.

«Todo es ambición y ansia de figurar—pensó Ana;—en su alma no hay otra cosa; en cuanto á sus miras elevadas y á su amor á la civilización y á la religión, no son más que medios para llegar á la altura que desea.»

Á juzgar por las miradas que Karenine dirigía al pabellón, fácil era comprender que no había visto á su esposa en aquellas oleadas de muselina, de cintas, de plumas, de flores y de sombrillas. Ana comprendió que la buscaba, pero no se dió por entendida.

—¡Alexandrovitch!—gritó la princesa Betsy—¿no ve usted á su esposa? Aquí está.

El señor de Karenine saludó con una sonrisa glacial.

—Todo es tan brillante aquí—replicó, acercándose al pabellón—que los ojos se deslumbran.

Dicho esto saludó á Ana, como debe hacerlo un esposo que acaba de separarse de su mujer, y después á Betsy y á sus demás conocidos, mostrándose galante con las damas y cortés con los hombres.

Un general célebre por su talento y su saber estaba cerca del pabellón; Alexandrovitch, que le apreciaba mucho, aproximóse á él y entabló conversación.

Era el momento que mediaba entre dos carrreras: el general criticaba aquel género de diversión, y Alexandrovitch le defendía.

Ana oía aquella voz acompasada, sin perder una sola de las palabras de su esposo, que resonaban desagradablemente en sus oídos.

Cuando iba á comenzar la carrera de obstáculos, inclinóse hacia adelante, sin perder de vista á Wronsky, que en aquel momento se acercaba á su caballo para montar; la voz de su esposo elevábase siempre hasta ella y parecíale odiosa; padecía por causa de Wronsky, pero más aún por aquella voz, cuyas entonaciones conocía.

«Soy una mala mujer, una mujer perdida—pensaba—pero odio el engaño y no puedo tolerarle; mientras que mi marido se alimenta de él. Todo lo sabe y todo lo ve. ¿Qué podrá experimentar, cuando habla con esa tranquilidad? Me infundiría algún respeto si me matara, ó si matase á Wronsky; pero no, él prefiere á todo la mentira y las conveniencias.

Ana no sabía apenas lo que hubiera deseado en su marido, ni comprendía tampoco que la volubilidad de Alexandrovitch, que tan vivamente la irritaba, no era sino la expresión de su agitación interior; necesitaba un movimiento intelectual cualquiera, así como lo necesita físico el niño que acaba de recibir un golpe; para Karenine era indispensable aturdirse, á fin de ahogar las ideas que le acosaban en presencia de su esposa y de Wronsky.

«El peligro—decía—es una condición indispensable para las carreras de oficiales; si Inglaterra puede mostrar en su historia hechos de armas gloriosos para la caballería, débelo únicamente al desarrollo de la fuerza en sus hombres y sus caballos. En mi opinión, el *sport* tiene un sentido profundo, pero nosotros no lo vemos más que superficialmente.»

—No tanto como esto—replicó la princesa Tvershoï;—dícese que uno de los oficiales se ha roto dos costillas.

Alexandrovitch sonrió friamente y sin expresión.

—Admito, princesa—dijo—que ese caso es interno y no superficial; pero aquí no se trata de eso.—Y volviéndose hacia el general, añadió:—No olvide usted que los que corren son militares, que esa carrera se ha organizado por ellos, y que toda vocación tiene un reverso de la medalla; esto entra en los deberes militares; si el *sport*, así como el pugilato ó las corridas de toros son indicios de barbarie, el *sport* especializado es, por el contrario, señal de desarrollo.

—¡Oh! no volveré—dijo la princesa Betsy—esto conmueve demasiado; ¿no es verdad, Ana?

—Sí, pero fascina—dijo otra señora;—si yo hubiese sido romana, habría frecuentado mucho el circo.

Ana no hablaba; limitábase á mirar en la misma dirección con sus gemelos.

En aquel instante, un general de elevada estatura cruzó por el pabellón; Alexandrovitch interrumpió bruscamente su discurso, levantóse con dignidad é hizo un profundo saludo.

—¿No corre usted?—le preguntó el general chanceándose.

—Mi carrera es de un género más difícil—contestó respetuosamente el señor de Karenine.

Y aunque la respuesta no tuviese nada de particular, el general pareció recoger la palabra profunda de un hombre de talento, aparentando que comprendía algún doble sentido.

—La cuestión tiene dos lados—repuso Alexandrovitch—el del espectador y el del actor, y convengo que el amor á estos espectáculos es indicio seguro de inferioridad en un público... pero...

—¡Princesa, una apuesta!—gritó Estéfano Arcadievitch, dirigiéndose á Betsy.—¿Por quién pone usted?

—Ana y yo apostamos por Kouzlof—dijo Betsy.

—Pues yo por Wronsky... un par de guantes.

—Está bien.

Alexandrovitch había guardado silencio mientras hablaban á su alrededor; pero terminado el diálogo comenzó á decir:

—Convengo en que los ejercicios viriles...

En aquel momento oyóse la señal de partida, y todas las conversaciones cesaron.

El señor de Karenine calló también, pues todos se levantaban para mirar por la parte del río; y como las carreras no le interesaban, en vez de seguir con la vista á los jinetes, paseó su mirada por el pabellón y fijóla al fin en su esposa.

Pálida y grave, Ana no tenía ojos más que para los que corrían; su mano oprimía convulsivamente el abanico, y apenas respiraba. Karenine apartó de ella la vista para examinar á otras damas.

«He ahí otra señora muy conmovida—se dijo;—esto es muy natural;» y á pesar suyo fijó en ella la atención, y después en Ana, en cuyo rostro leía claramente con horror todo lo que deseaba ignorar.

Á la primera caída, la de Kouzlof, la emoción fué general; mas por la expresión de triunfo del rostro de Ana, Karenine reconoció que aquel á quien ella miraba no había caído. Cuando un segundo oficial rodó por tierra después que Mahotine y Wronsky habían saltado la barrera grande y se creyó que este último se había matado, cruzó entre todos los espectadores un murmullo de terror; pero Alexandrovitch echó de

ver que su esposa no había observado nada, y que apenas comprendía la emoción general: por eso la miró con creciente insistencia.

Aunque estuviese muy absorta, Ana sintió que la mirada fría de su esposo pesaba sobre ella, y entonces volvióse hacia Karenine con aire interrogador, frunciendo ligeramente las cejas.

«Todo me es igual»—parecía decir. Y volvió á mirar con los gemelos.

La carrera fué desgraciada; de diez y siete jinetes, más de la mitad cayeron, y cuando terminaba aquella, la emoción era tanto más viva cuanto que el emperador manifestó su descontento.

XXIX

Por lo demás, la impresión general era penosa, y todos se repetían la frase de uno de los concurrentes: «Después de esto ya no queda más que las arenas con leones.» El terror producido por la caída de Wronsky fué unánime, y el grito proferido por Ana no extrañó á nadie; mas por desgracia, su fisonomía expresó después sentimientos más vivos de lo que el decoro permitía. Perturbada y fuera de sí, como ave cogida en el lazo, quiso levantarse, huir; y volviéndose hacia Betsy, repetía:

—¡Marchemos, marchemos!

Pero Betsy no escuchaba; inclinándose hacia un militar que se había acercado hacia el pabellón, hablábale con viveza.

Alexandrovitch se aproximó á su esposa y ofrecióle cortésmente el brazo.

—Marchemos si lo deseas—dijo en francés.

Ana no fijó la atención en su esposo, porque escuchaba ansiosa el diálogo de Betsy y del general.

—Asegúrase que se ha roto también la pierna—decía el último;—pero esto no tiene sentido común.

Ana, sin contestar á su esposo, miraba siempre con sus gemelos el sitio donde Wronsky había caído; pero estaba tan lejos y era tan considerable la multitud, que no distinguía

nada. Entonces dejó de mirar, é iba á retirarse, cuando llegó un oficial á galope, para dar cuenta de lo ocurrido al emperador.

Ana se inclinó hacia delante para escuchar.

—¡Estéfano, Estéfano!—gritó á su hermano; y como éste no oyera, quiso bajar otra vez de la tribuna.

—Le ofrezco á usted mi brazo si desea retirarse—repitió Alexandrovitch tocándole la mano.

Ana se alejó de él con repulsión y contestó sin mirarle:

—No, no, déjeme usted permanecer aquí.

Acababa de ver á un oficial que desde el lugar del accidente corría á rienda suelta, cortando el campo de las carreras.

Betsy le hizo seña con su pañuelo; el oficial venía á decir que el jinete no estaba herido, pero que el caballo se había reventado.

Al oir esta noticia, Ana volvió á sentarse, ocultando su rostro con el abanico, y Alexandrovitch observó no solamente que lloraba, sino que no podía reprimir los sollozos que levantaban su seno: entonces se colocó delante de ella para ocultarla en parte á los ojos del público y darle tiempo de reponerse.

—Por tercera vez le ofrezco mi brazo—dijo algunos momentos después, volviéndose hacia su esposa.

Ana le miraba sin saber qué contestar; pero Betsy vino en su auxilio.

—No, Alexandrovitch—dijo—yo la he traído y la acompañaré.

—Dispense usted, princesa—replicó Karenine, sonriendo cortésmente y fijando la mirada en Betsy;—veo que Ana está indispuesta y deseo acompañarla yo mismo.

Intimidada al oir estas palabras, Ana se levantó sumisa, y cogióse del brazo de su esposo.

—Ya enviaré á pedir noticias y se las comunicaré cuanto antes—murmuró Betsy en voz baja.

Al salir de la tribuna, Alexandrovitch habló de la manera más natural con todos los conocidos que encontraba, y su esposa hubo de escuchar y responder, aunque tenía muy lejos de allí el pensamiento, pareciéndole que soñaba.

«¿Está herido, será todo eso verdad, le veré hoy?»—pensaba Ana.

Subió al coche silenciosamente, y muy pronto se alejaron de la multitud. Á pesar de todo lo que había visto, Alexandrovitch no se permitía juzgar á su mujer; para él las apariencias exteriores era lo que importaba; no se había conducido convenientemente y creíase obligado á manifestárselo; pero, ¿cómo hacer esta observación sin ir demasiado lejos? Abrió la boca para hablar, é involuntariamente dijo otra cosa muy distinta de la que se proponía decir.

—¡Cómo nos inclinamos todos á contemplar con admiración esos espectáculos crueles!—exclamó.—Yo observo...

—¿El qué? No comprendo—replicó Ana con tono de soberano desprecio.

Este tono ofendió á Karenine.

—Quería decir á usted...—comenzó á decir.

—He aquí la explicación—pensó Ana con cierto temor.

—Debo manifestarle que su proceder ha sido muy inconveniente hoy.

—¿En qué?—preguntó Ana volviéndose vivamente hacia su esposo y fijando en él su mirada, no con la falsa alegría á que apelaba para disimular sus sentimientos, sino con un aplomo que ocultaba mal su temor.

—Tenga usted cuidado—dijo Alexandrovitch, mostrando la ventanilla del coche, cuyo cristal estaba bajado.

Y se inclinó para subirle.

—¿Qué ha encontrado usted inconveniente?—repitió Ana.

—La desesperación que tan mal ha disimulado usted cuando uno de los jinetes cayó.

El señor de Karenine esperó la respuesta, pero su esposa guardaba silencio.

—Ya le he rogado á usted—continuó—que procure conducirse en el mundo de tal modo que no pueda ser presa de las malas lenguas. Hubo un tiempo en que hablaba de sentimientos íntimos, pero ya no he vuelto á tratar de semejante cosa; ahora es cuestión de hechos exteriores, y debo decirle que su proceder ha sido inconveniente y que deseo que no se repita.

Estas palabras llegaban sólo á medias á los oídos de Ana, que si bien poseída de temor, sólo pensaba en Wronsky, preguntándose si sería posible que estuviese herido.

Cuando Alexandrovitch acabó de hablar, miróle con una sonrisa de fingida ironía sin responder: no había oído nada.

Su terror se comunicó al señor de Karenine, que habiendo comenzado con energía, midió después todo el alcance de sus palabras y tuvo miedo: la sonrisa de Ana le hizo incurrir en un error singular.

« Se ríe de mis sospechas—pensó—y ahora me dirá, como otras veces, que carecen de fundamento, que son absurdas.»

Esto era lo que Karenine deseaba con ansia: tanto temía ver sus temores confirmados, que estaba dispuesto á creer cuanto su esposa le dijera; pero la expresión de aquel semblante sombrío no prometía ni siquiera una mentira.

—Tal vez me haya engañado yo—dijo—y en tal caso dispénseme usted.

—No, no se ha engañado usted—dijo Ana lentamente, mirando con desesperación el rostro impasible de su esposo;—he sido presa de una profunda angustia y no puedo menos de experimentarla todavía; le escucho á usted y sólo pienso en él; le amo; soy su querida, y no puedo soportar la presencia de usted, porque le temo y le odio. Puede usted hacer de mí lo que quiera.

Y recostándose en el fondo del coche, cubrióse el rostro con las manos y comenzó á sollozar.

Alexandrovitch no se movió, ni cambió la dirección de su mirada; pero la expresión solemne de su fisonomía tomó la rigidez de la muerte, la cual conservó durante todo el camino. Al acercarse el coche á la casa, volvióse hacia su esposa y la dijo:

—Entendámonos: exijo que hasta el momento en que yo haya adoptado las medidas necesarias—al pronunciar estas palabras su voz era trémula—para poner á cubierto mi honor, medidas que ya se le comunicarán á usted, procure conservar las apariencias.

Y saliendo del coche, hizo bajar á Ana delante de los criados, estrechóle la mano, volvió á ocupar su asiento y dió orden al cochero de conducirle á San Petersburgo.

Apenas hubo marchado, un mensajero de Betsy llegó con un billete que decía:

« He enviado á pedir informes; me participa que sigue bien, pero que está desesperado.»

« ¡ Entonces vendrá!—pensó Ana—he hecho bien en confesarlo todo.»

Y miró su reloj, mostrándose inquieta al ver que no era tan tarde como ella deseaba; pero el recuerdo de la última entrevista hizo latir su corazón.

«¡Dios mío! esto es terrible, pero me complace verle. ¡Mi esposo!... ¡Tanto mejor; todo ha concluído entre nosotros!...»

XXX

Donde quieran que se reunen los hombres, y así en la pequeña estación balnearia elegida por los Cherbatzky como en otras partes, fórmase una especie de cristalización social que mantiene á cada uno en su sitio: del mismo modo que una gotita de agua expuesta al frío toma invariablemente cierta forma cristalina, así cada nuevo bañista encuentra señalada ya su categoría en la sociedad.

Los Cherbatzky se cristalizaron desde luego en el lugar correspondiente según su jerarquía social, indicándose esto por la habitación que ocuparon, por su nombre y las relaciones que contrajeron.

Este trabajo de estratificación se había efectuado aquel año con tanta más formalidad cuanto que una dama alemana, verdaderamente notable, honraba los baños con su presencia. La princesa se creyó en el deber de presentarle su hija, y esta ceremonia se efectuó dos días después de su llegada. Kitty, engalanada con un tocado muy *sencillo*, es decir, muy elegante, y recién venida de París, hizo una profunda y graciosa reverencia á la gran dama.

—Espero—dijo ésta—que no tardarán en renacer las rosas en ese lindo rostro.

Y esto bastó para que la familia Cherbatzky quedase clasificada definitivamente.

Después trabó conocimiento con un lord inglés y su familia; un noble y su hijo, herido en la última guerra; un sabio sueco; el señor Canut y su hermana.

Pero la sociedad íntima de los Cherbatzky se compuso casi espontáneamente de bañistas rusos, entre los cuales figuraban María Evguenievna Rtichef y su hija, que desagradaba á Kitty porque también estaba enferma á consecuencia de un

amor contrariado; y un coronel moscovita que iba siempre de uniforme, y que por sus corbatas de color y su cuello descubierto parecía soberanamente ridículo. Esta sociedad era insoportable para Kitty.

Habiendo quedado sola con su madre después de la marcha del anciano príncipe á Carlsbad, procuró distraerse observando á las personas desconocidas que encontraba, y atendido su carácter, juzgábalas á todas con exagerada benevolencia.

Una de las que le inspiraron el más vivo interés fué una linda joven que había ido á los baños con una dama rusa á quien llamaban madama Stahl, perteneciente á la alta nobleza, según se decía.

Esta señora, muy enferma, se dejaba ver raras veces, y siempre iba en un cochecito. La citada joven cuidaba de ella, y según Kitty, atendía con la misma natural solicitud á otras varias personas gravemente enfermas.

La señora Stahl llamaba á su joven compañera Varinka, y decíase que no la trataba como parienta, ni tampoco como enfermera retribuída. Kitty la profesaba una irresistible simpatía, y parecíale, cuando sus miradas se encontraban, que ella le dispensaba también su cariño.

La señorita Varinka, aunque joven, parecía carecer de juventud; lo mismo podía tener diez y nueve años que treinta, y á pesar de su palidez enfermiza, juzgábanla todos muy linda cuando analizaban sus facciones; hasta habría pasado por muy bien formada si no hubiese sido por su cabeza algo grande y su excesiva flacura. No debía agradar á los hombres, y al verla pensábase en una hermosa flor que, conservando sus pétalos, estuviese ya marchita y sin perfume.

Varinka parecía siempre absorta por algún deber importante, y hubiérase dicho que no tenía tiempo para ocuparse de cosas frívolas. El ejemplo de aquella vida tan atareada hacía pensar á Kitty que si la imitase hallaría lo que buscaba con dolor, es decir, un interés, un sentimiento de dignidad personal que no tuviese ya nada de común con esas relaciones mundanas de los jóvenes de ambos sexos, cuyo recuerdo le parecía un borrón en su vida. Cuanto más estudiaba á su amiga desconocida, más deseaba conocerla, segura de que sería una mujer perfecta.

Las dos jóvenes se encontraban varias veces al día, y los ojos de Kitty parecían decir siempre: «¿Quién es usted? ¿No es verdad que no me engaño al creerla una mujer encantadora? No tendré la indiscreción de solicitar su amistad, y me contento con admirarla y amarla.»—«Yo también la amo—contestaba la mirada de la desconocida—y la amaría más aún si tuviese tiempo.» La verdad era que Varinka estaba siempre muy ocupada: unas veces veíasela conduciendo á los niños que volvían del baño, ó acompañando á un enfermo, ó comprando golosinas para sus protegidos.

Cierto día, muy poco después de la llegada de los Cherbatzky, presentóse en la localidad una pareja que fué objeto de una atención poco benévola.

El hombre era de elevada estatura y un poco encorvado; tenía manos enormes y ojos negros, á la vez de expresión cándida y terrorífica, y llevaba un paletó viejo muy corto; la mujer, bastante mal vestida también, distinguíase sobre todo por estar picada de la viruela, aunque su fisonomía era de dulce expresión.

Kitty reconoció desde luego que eran rusos, y ya su imaginación fraguaba toda una novela conmovedora, cuyos héroes serían aquellos dos individuos, cuando la princesa supo, al mirar la lista de viajeros, que los recién venidos se llamaban Nicolás Levine y María Nicolaevna, con lo cual puso fin á la novela de su hija, explicándola que aquel Levine era hombre de muy mal género.

El hecho de que fuese hermano de Constantino Levine disgustó más á Kitty que las palabras de su madre: aquel hombre de movimientos extravagantes llegó á ser para ella odioso, pues creía leer en sus grandes ojos, que la miraban con obstinación, sentimientos irónicos y malévolos; y por lo mismo evitó siempre su encuentro.

XXXI

El día estaba lluvioso: Kitty y su madre se paseaban en la galería, acompañadas del coronel, que con su chaquetón á la europea, comprado en Francfort, la echaba de elegante.

Los tres iban por un lado de la galería, tratando de evitar el encuentro con Nicolás Levine, que paseaba por el otro. Varinka, que vestía una falda oscura y sombrero negro, acompañaba á una anciana francesa ciega, y cada vez que se encontraba con Kitty, cruzábase entre las dos jóvenes una mirada amistosa.

—Mamá, ¿me permite usted hablarla?—preguntó Kitty al ver á su desconocida acercarse al manantial, y juzgando el momento oportuno para entablar conversación.

—Si tantos deseos tienes de conocerla, déjame tomar antes informes; pero á decir verdad, no sé qué encuentras de notable en ella. Si quieres, trabaré conocimiento con la señora Stahl, pues su cuñada fué amiga mía—añadió la princesa con dignidad.

No se le ocultaba á Kitty que su madre estaba resentida por el proceder de la señora Stahl, que parecía evitarla, y por lo tanto no insistió.

—Es verdaderamente encantadora—dijo, al ver á Varinka ofrecer un vaso de agua á la francesa.—¡Qué amable y sencilla es!

—Tienes manías—repuso la princesa;—mas por lo pronto alejémonos—añadió al ver que se acercaba Levine con su compañera y un médico alemán, á quien hablaba con acento de enojo.

Al dar la vuelta, madre é hija oyeron voces ruidosas: Levine se había detenido y gesticulaba gritando, mientras que el doctor le contestaba con expresión de cólera, habiéndose formado ya un círculo al rededor de ellos. La princesa se alejó rápidamente con Kitty, y el coronel fué á mezclarse con la multitud para averiguar la causa de aquella discusión.

—¿De qué se trataba?—preguntó la princesa al coronel cuando volvió, á los pocos minutos.

—¡Es una vergüenza!—contesto el militar;—no hay nada peor que encontrar rusos en el extranjero. Ese hombre ha disputado con el doctor, censurándole groseramente porque no le ha tratado como él entendía, y acabando por amenazarle con el bastón.

—¡Dios mío, eso es muy penoso!—dijo la princesa —¿Y cómo ha concluído eso?

—Gracias á esa señorita que lleva el sombrero en forma de

seta; creo que es rusa, y es la primera que ha intervenido para llevarse á ese hombre del brazo.

—¿Lo ve usted, mamá?—exclamó Kitty.—¿Extrañará usted ahora el entusiasmo que Varinka me inspira?

Kitty observó al día siguiente que Varinka se había puesto en relación con Levine y su compañera como con sus demás protegidos; hablaba con ellos y servía de intérprete á la mujer, que no hablaba ningún idioma extranjero. Kitty suplicó de nuevo á su madre que la permitiera trabar conocimiento con la joven, aunque á la princesa le desagradase, porque con esto parecía hacer una concesión á la señora Stahl, que se mostraba orgullosa; pero como tenia buenos informes de Varinka, eligió el momento en que se hallaba en el manantial para trabar conversación.

—Permítame—díjola con afable sonrisa—que me presente yo misma; mi hija está enamorada de usted, y aunque tal vez no me conozca, yo...

—Y yo la correspondo—interrumpió vivamente la joven.

—Ayer hizo usted una buena acción con nuestro triste compañero—dijo la princesa.

Varinka se ruborizó.

—No lo recuerdo—repuso;—me parece no haber hecho nada.

—Sí, libró usted á ese Levine de una cuestión muy desagradable.

—¡Ah! ya recuerdo; su compañera me llamó y he procurado calmarle; está muy enfermo y descontento de su médico. Yo acostumbro cuidar esa clase de pacientes.

—Ya sé que usted habita en Menton con su tía, la señora Stahl. He conocido á su cuñada.

—Esa señora no es mi tía, y aunque la llamo madre, no lo es tampoco. Me ha educado—añadió Varinka ruborizándose.

Todo esto fué dicho con mucha sencillez, y la expresión de su rostro era tan franca y sincera, que la princesa comprendió por qué Varinka agradaba tanto á Kitty.

—¿Y qué piensa hacer ese Levine?—preguntó.

—Se marcha—contestó Varinka.

Kitty, que iba en busca de su madre, manifestó la mayor alegría al verla hablar con su amiga.

—Vamos, hija mía—dijo la princesa—tu ardiente deseo de conocer á la señorita...

—Varinka—añadió la joven;—así es cómo me llaman.

La señorita de Cherbatzky se ruborizó de placer y estrechó la mano de su nueva amiga, que sólo contestó con una sonrisa dulce y melancólica, dejando ver sus dientes muy blancos, aunque algo grandes.

—También yo lo deseaba hace mucho tiempo—dijo.

—Pero como está usted tan ocupada...

—¿Yo? Nada de eso; nunca tengo que hacer—repuso Varinka. Pero en el mismo instante corrieron hacia ella dos niñas rusas, hijas de un enfermo.

—¡Varinka, mamá nos llama!—gritaron.

Y Varinka las siguió.

XXXII

He aquí lo que la princesa había averiguado respecto á Varinka y á sus relaciones con la señora Stahl. Esta última, enfermiza y exaltada, á quien los unos acusaban de haber sido el tormento de su esposo por su mala conducta, mientras que otros sostenían que el marido fué quien la hizo desgraciada, había dado á luz un niño poco después de su divorcio, pero la criatura murió al nacer. La familia de la señora Stahl, conociendo su sensibilidad, y temerosa de que la noticia le ocasionara la muerte, había sustituído el niño muerto con la hija de un cocinero de la corte, nacida la misma noche y en la misma casa, en San Petersburgo: era Varinka. La señora Stahl supo después que la niña no era suya, pero se quedó con ella, tanto más cuanto que la muerte de varios parientes de la criatura dejábala casi huérfana.

Hacía más de diez años que la señora Stahl vivía en el extranjero, guardando cama casi siempre. Los unos decían que tenía en el mundo fama de caritativa y piadosa; y los otros la juzgaban como un sér superior que sólo vivía para las buenas obras, asegurando que era realmente lo que parecía ser. Ignorábase si era católica, protestante ú ortodoxa; pero se sabía que estaba en relaciones con las notabilidades de todas las iglesias.

Varinka vivía siempre con ella, y era conocida de cuantos visitaban á la señora Stahl.

Kitty se aficionó cada vez más á su amiga, en la cual descubría diariamente alguna buena cualidad. Habiendo sabido la princesa que Varinka cantaba, suplicóla que fuese á verla alguna noche.

—Mi hija toca el piano—díjole la princesa—y aunque el instrumento es malísimo, nos complacería mucho oir á usted.

Varinka se presentó el mismo día con su partitura y encontró reunidas á María Evguenievna, la princesa, Kitty y el coronel; pero manifestóse indiferente á la presencia de estas personas extrañas y se acercó al piano sin hacerse rogar. Kitty la acompañó.

—Tiene usted un talento notable—dijo la princesa cuando Varinka hubo terminado la primera parte, que cantó con exquisito gusto.

María Evguenievna y su hija cumplimentaron también á la joven, dándole las gracias.

—Vea usted cómo atrae al público—dijo el coronel, que miraba por la ventana.

En efecto, habíanse reunido muchas personas delante de la casa.

—Me alegro mucho haber complacido á ustedes—contestó Varinka simplemente.

Kitty miraba á su amiga con orgullo; admiraba su talento, su voz, toda su persona, pero particularmente su expresión: era evidente que Varinka no apreciaba su propio mérito, ni los cumplidos que la dirigían.

«¡Qué orgullosa estaría yo en su lugar—pensaba Kitty—y cómo me gustaría ver á toda esa gente delante de la ventana! Á ella parece serle del todo igual. ¿Cómo podrá tener esa indiferencia y esa calma?

La princesa rogó á Varinka que cantase alguna otra cosa, y la joven lo hizo con igual perfección que la primera vez.

La composición que seguía en el cuaderno era un aire italiano. Kitty tocó el preludio y volvióse hacia su amiga.

—Pasemos adelante—dijo Varinka ruborizándose.

Kitty corrió algunas hojas, fijando en la joven una mirada interrogadora, y suponiendo que trataba de evitar un recuerdo penoso.

—No—dijo después Varinka, como si cambiase de parecer —toque usted ese aire italiano.

Y cantó con tanta tranquilidad como antes.



Cuando hubo concluído, todos la dieron gracias de nuevo y salieron del salón para tomar el té. Kitty y Varinka bajaron al jardín.

—Sin duda ese aire italiano evoca en usted algún recuerdo —la dijo Kitty.—Dígame sólo si es verdad.

—¿Por qué no he de explicárselo?—repuso tranquilamente Varinka;—sí, es un recuerdo doloroso, porque amé á uno á quien agradaba mucho ese aire.

Kitty miraba de hito en hito á Varinka sin decir palabra.

—Yo le amaba—dijo la joven—y era correspondida; pero su madre se opuso á nuestro enlace, y se casó con otra. Ahora reside cerca de aquí y le veo algunas veces. ¿Pensaba usted que no tenía yo también mi historia?

Al decir esto, su rostro pareció iluminarse, como en otro tiempo, según pensó Kitty.

—¡Debí haberlo imaginado!—repuso esta última.—Si yo hubiese sido hombre, no habría amado á nadie después de verla á usted; lo que no concibo es que pudiera él olvidarla y hacerla desgraciada para obedecer á su madre: no tendría corazón.

—Al contrario; es un hombre excelente, y en cuanto á mí, no soy desgraciada.—Vamos, ¿no cantaremos más hoy?—añadió dirigiéndose á la casa.

—¡Qué buena es usted!—exclamó Kitty, deteniéndola para abrazarla.—¡Cuánto daría por parecerme un poco!

—¿Para qué?—replicó Varinka, sonriendo dulcemente;—bien está usted siendo lo que es.

—No, yo no soy buena... Vamos, dígame usted... siéntese un ratito más—añadió Kitty, deteniendo á su amiga—y explíqueme cómo no puede serle ofensiva la idea de que un hombre haya despreciado su amor.

—No lo ha despreciado; estoy segura de que me amaba; pero era un hijo sumiso...

—¿Y si no hubiera obrado así para obedecer á su madre, y sólo por su propia voluntad...?—preguntó Kitty, comprendiendo que estas palabras revelaban su secreto, así como el ardiente rubor que coloreaba sus mejillas.

—En tal caso, habría obrado mal, y no pensaría en él—contestó Varinka, comprendiendo que ya no se trataba de ella, sino de su amiga.

—¿Y el insulto—replicó Kitty—se puede olvidar? Esto es imposible.

—¿Qué insulto? Usted no habrá hecho nada malo...

—Sí, porque me he humillado...

—¿Y en qué se ha humillado usted?—repuso Varinka, moviendo la cabeza y apoyando su mano en la de su amiga; supongo que no habrá declarado usted su amor á un hombre que le mostraba indiferencia.

—Ciertamente que no; jamás le dije una palabra, pero él lo sabía. Hay miradas y ademanes... No, no, aunque viviera cien años no lo olvidaría.

—Pues entonces no comprendo; se trata sólo de saber si le ama usted todavía—repuso Varinka, que lo decía todo claramente.

—Le odio; no podría perdonarle...

—¿Pues de qué se queja usted?

—¡La humillación, la afrenta!

—¡Dios mío, si todas fueran tan sensibles como usted! No hay joven á quien no haya sucedido alguna cosa parecida. Todo esto tiene poca importancia.

—¿Pues qué es importante?—preguntó Kitty con creciente curiosidad.

—Muchas cosas—contestó Varinka sonriendo.

—Pero diga usted.

—Repito que hay muchas cosas de más importancia—replicó la joven, sin saber qué contestar en el momento.

En aquel instante la princesa gritó por la ventana:

—Kitty, hace fresco; ponte un chal ó entra.

—Ya es tiempo de retirarme—dijo Varinka levantándose; —debo ir á ver á la señorita Berta.

La señorita de Cherbatzky seguía interrogando á su amiga con una mirada de súplica, que parecía decir:

«¿Qué es más importante?—preguntó.—¿Cómo se obtiene la calma? Usted que lo sabe, dígamelo.»

Pero Varinka no comprendía aquel lenguaje mudo; sólo recordaba que era preciso ir á ver á la señorita Berta y estar en casa á media noche para tomar el té con *mamá*.

Volvió á entrar en la habitación para recoger sus papeles de música, y habiéndose despedido de cada uno, dispúsose á marchar.

—¿Permitirá usted que la acompañe?—dijo el coronel.

—Ciertamente, ¿cómo ha de volver sola de noche?—dijo la princesa;—por lo menos irá la camarera.

Kitty observó que Varinka reprimía una sonrisa al pensar que se tratase de acompañarla.

—Siempre voy sola, y nunca me ha sucedido nada—dijo, cogiendo su sombrero.

Y después de abrazar á Kitty otra vez, sin decirle «lo que era importante», alejóse con paso firme y desapareció en la semi-oscuridad de una noche de verano, llevando consigo el secreto de su dignidad y de su tranquilidad envidiable.

XXXIII

Kitty trabó conocimiento con la señora Stahl, y sus relaciones con ella y con Varinka ejercieron en su espíritu una influencia que contribuyó á mitigar su pena.

Entonces supo que, además de la vida instintiva, que siempre fué la suya, había otra espiritual, en la que se penetraba por la religión, por una religión en nada semejante á la que Kitty practicó desde la infancia, y que consistía en ir á misa y á vísperas, aprendiendo de memoria textos eslavos con un sacerdote de la parroquia. Era una religión superior, mística, relacionada con los sentimientos más puros, y en la cual se creía, no por deber, sino por amor.

Kitty aprendió todo esto más que por palabras. La señora Stahl la hablaba como á una niña á quien se admira, como si evocara un recuerdo de la juventud, y sólo una vez hizo alusión á los consuelos que comunican la fe y el amor á los dolores humanos, añadiendo que Cristo misericordioso no conoce los que son insignificantes; después cambiaba de conversación, pero en cada uno de sus ademanes y de sus miradas *celestiales* como las llamaba Kitty, así como sus palabras é historia, la cual conoció por Varinka, la señorita de Cherbaztky reconoció «lo que era importante», y lo que había ignorado hasta entonces.

Sin embargo, por notable que fuese el carácter superior de la señora Stahl, y por conmovedora que su historia pareciese, Kitty observaba en su consejera ciertos rasgos de carácter que la afligían. Una vez, por ejemplo, al tratarse de su familia, la señora Stahl sonrió desdeñosamente, lo cual era

contrario á la caridad cristiana; y otro día Kitty notó, en ocasión de haber encontrado en su casa un sacerdote católico, que la señora Stahl, ocultando cuidadosamente su rostro en la sombra de una pantalla, sonreía de una manera singular. Estas dos observaciones, aunque muy insignificantes, causáronle cierta pena, haciéndola dudar de la respetable dama; pero Varinka, sola, sin familia ni amigos, y no esperando nada después de su triste decepción, juzgaba perfecta á su protectora. Gracias á su amiga, Kitty reconoció que era preciso olvidar las ofensas y amar á su prójimo para llegar á ser buena y feliz, como deseaba serlo; y cuando lo comprendió así, no se contentó con admirar, sino que se entregó con toda su alma á la nueva existencia que se la ofrecía. Siguiendo el ejemplo de Alina, una sobrina de la señora Stahl, de quien Varinka la hablaba á menudo, resolvió buscar los pobres donde quiera que se hallasen, ayudarlos lo mejor posible, distribuir Evangelios y leer el Nuevo Testamento á los enfermos, á los moribundos y criminales. Esta última idea la sedujo en particular; pero formaba sus planes en secreto, sin comunicarlos á su madre ni tampoco á su amiga.

Mientras llegaba la hora de realizar sus planes en vasta escala, no le fué difícil á Kitty practicar sus nuevos principios: en los baños, los enfermos y los menesterosos no faltan nunca, y la joven imitó á Varinka.

La princesa observó muy pronto hasta qué punto Kitty estaba bajo la influencia de la señora Stahl, y sobre todo de Varinka, á la cual no imitaba sólo en sus buenas obras, sino también en su manera de andar y de hablar. Más tarde la princesa reconoció que su hija pasaba por cierta crisis interior, independiente de la influencia ejercida por sus amigas.

Kitty leía por las noches un Evangelio francés que le había prestado la señora Stahl; y evitando toda relación mundana, cosa que no había hecho nunca hasta entonces, ocupábase solamente de los enfermos protegidos por Varinka, y en particular de la familia de un pobre pintor enfermo llamado Petrof.

La joven se mostraba orgullosa en el desempeño de sus funciones de hermana de la caridad, en lo cual no veía la princesa inconveniente alguno, oponiéndose tanto menos, cuanto que la mujer de Petrof era una persona muy respeta-

ble, que había elogiado á Kitty llamándola «ángel consolador.» Todo hubiera ido muy bien, si la princesa no hubiese temido la exageración en que su hija se arriesgaba á incurrir.

—Es preciso no extralimitarse—la decía en francés.

Kitty se preguntaba, al oir esto, si tratándose de caridad sería posible traspasar el límite en una religión que enseña á presentar la mejilla izquierda cuando se ha recibido un bofetón en la derecha, compartiendo cada cual su capa con el prójimo; y la princesa temía, más aún que la exageración, que su hija no la hablase con franqueza. La verdad es que Kitty hacía secreto de sus nuevos sentimientos, no porque dejara de profesar el mayor cariño y respeto á la princesa, sino simplemente porque era su madre.

—Me parece que hace algún tiempo que no hemos visto á Ana Pavlovna—dijo un día la princesa, hablando de la señora Petrof.—Yo la invité, mas parecióme que lo llevaba á mal.

—Yo no he observado eso, mamá—contestó Kitty ruborizándose.

—¿No has ido á su casa estos días?

—Proyectamos para mañana un paseo por la montaña.

—No veo inconveniente—repuso la princesa, fijándose en la turbación de su hija y procurando adivinar la causa.

Varinka fué á comer aquel mismo día y anunció que Ana Pavlovna renunciaba á la excursión convenida para el día siguiente. La princesa notó que su hija se ruborizaba de nuevo.

—Kitty—la dijo cuando volvieron á quedar solas;—¿no ha ocurrido nada desagradable entre tú y los Petrof? ¿Por qué no vienen ya ellos ni envían á sus niños?

La joven contestó que no había pasado nada, y que no comprendía por qué Ana se mostraba enojosa. Esta era la verdad, pero si Kitty no conocía las causas del cambio sobrevenido, adivinábalas. Era una cosa que no osaba confesarse á sí misma, y mucho menos á su madre, porque sería humillante y penoso engañarse en sus suposiciones.

Tenía muy presentes todos los detalles de sus relaciones con aquella familia: recordaba la ingenua alegría que se pintó en el rostro de Ana Pavlovna en sus primeros encuentros; sus conferencias secretas para conseguir que el enfermo se

distrajera, retrayéndole de un trabajo que le estaba prohibido; y el cariñoso afecto del niño más joven, que la llamaba «mi Kitty.» Después se representó á Petrof, con su cuello prolongado, su escaso cabello, sus ojos azules de mirada interrogadora, y sus vanos esfuerzos para aparentar fuerza y energía cuando ella estaba presente. Por último, recordó lo mucho que le costó vencer la repugnancia que le inspiraba, como sucede con todos los que padecen del pecho.

También pensó en las humildes y tímidas miradas que el enfermo fijaba en ella, y en el sentimiento de malestar que al principio experimentara, reemplazado después por la satisfacción de sí misma. Todo esto había durado poco, y hacía algunos días que observaba un brusco cambio en Ana Pavlovna, la cual, aparentando amabilidad con Kitty, vigilaba sin cesar á su esposo. ¿Era posible que la alegría conmovedora del enfermo, al acercarse la joven, fuera causa de la frialdad de Ana Pavlovna?

«Sí—se dijo Kitty—hay algo poco natural en el proceder de Pavlovna, que contrasta con su acostumbrada bondad; lo he reconocido en la manera con que me dijo antes de ayer, sin ocultar su enojo; «¡Vaya! el enfermo no ha querido tomar su café antes de que usted llegara, y aunque estaba muy débil, se ha empeñado en esperar.» Tal vez le sea yo desagradable; y por otra parte, Petrof acepta mis servicios de una manera extraña y me da tantas gracias, que me produce mal efecto, sin contar que su mirada triste y tierna tiene algo de singular. Sí, eso es—repitió Kitty con espanto;—pero no puede ni debe ser. Le creo digno de compasión.»

Estos temores emponzoñaban el encanto de la nueva vida de Kitty.

XXXIV

El príncipe Cherbatzky fué á reunirse con la familia antes de terminar la curación; había estado en Carlsbad, y después en Baden y en Kissingen, para buscar compatriotas y «aspirar un poco de aire ruso,» como él decía.

El príncipe y la princesa tenían ideas muy opuestas sobre la vida en el extranjero: la noble dama lo hallaba todo per-

fecto, y no quería pasar por rusa, aunque lo fuese por excelencia. En cuanto al príncipe, por el contrario, parecíale todo detestable; estaba aferrado á sus costumbres rusas con exageración y procuraba mostrarse menos europeo de lo que era en realidad.

El señor de Cherbatzky volvió enflaquecido y con el rostro macilento, pero con muchos ánimos, feliz disposición de espíritu que alcanzó mayor grado cuando el padre vió á Kitty en vías de curación.

Los detalles que la princesa le dió sobre la intimidad de su hija con la señora Stahl y Varinka, y sus observaciones sobre la transformación moral de Kitty, contristaron al príncipe, despertando en él ese sentimiento de envidia que le producía todo cuanto pudiera sustraer á la joven á su influencia, conduciéndola á regiones inaccesibles para él; pero estas enojosas noticias se olvidaron pronto, gracias al buen humor y á la alegría que el príncipe traía de Carlsbad.

Al día siguiente de su llegada, vestido con su largo paletó, y ocultando en parte sus arrugadas mejillas en un cuello postizo muy almidonado, quiso acompañar á su hija al manantial, porque estaba de muy buen humor. El tiempo era magnífico; la vista de aquellas casas alegres y aseadas, con sus pequeños jardines; y los rayos de un sol resplandeciente, contribuían á regocijar su corazón; pero cuanto más se acercaban al manantial, más enfermos veían, cuyo aspecto contrastaba penosamente con el del paisaje.

—Quiero que me presentes á tus nuevos amigos—dijo el príncipe á su hija, estrechándola el brazo—pues basta que tú los aprecies para que yo los quiera; pero aquí veo muchas cosas tristes... ¿Quién es?...

Kitty le nombró las personas á quienes conocía: á la entrada del jardín encontraron á la señora Berta, y el príncipe observó con placer la expresión de alegría que se pintó en el semblante de la anciana al oir la voz de Kitty; con la exageración de una francesa deshízose en cumplidos, felicitando al príncipe por tener una hija encantadora, á la cual consideraba como un tesoro, como un ángel de consuelo.

—En tal caso será el ángel número dos—dijo el príncipe sonriendo—pues Kitty me asegura que la señorita Varinka es el número uno.

—¡Oh! sí, esa joven es verdaderamente un ángel—contestó la señora Berta con viveza.

Á pocos pasos encontraron á la misma Varinka, que se acercó á ellos presurosa, llevando en la mano un elegante saco de seda encarnada.

—¡Ya ha llegado papá!—le dijo Kitty.

Varinka saludó con natural sencillez y comenzó á conversar con el príncipe sin mostrarse tímida.

—Cualquiera creería que nos conocemos hace mucho tiempo—díjole el príncipe sonriendo, con una expresión que probó á Kitty que su amiga agradaba á su padre.

—¿Dónde va usted tan de prisa?—preguntó á la joven.

—Mamá está aquí—contestó Varinka;—no ha dormido en toda la noche, y como el doctor le aconseja que tome el aire, llevo aquí su labor.

—Ese es el ángel número uno—dijo el príncipe cuando se hubo alejado Varinka.

Kitty pensó que su padre tenía intención de chancearse con su amiga, pero que le retenía la buena impresión que en él había producido.

—Vamos á ver ahora á todos tus amigos unos tras otros—dijo el príncipe—incluso la señora Stahl, si es que se digna reconocerme.

—¿La conoces tú, papá?—preguntó Kitty con cierto temor, al observar la expresión irónica de su padre.

—Conocía á su marido, y á ella también un poco, antes de que ingresara en la secta de los *pietistas*.

—¿Qué son los pietistas, papá?—preguntó Kitty con cierta inquietud al oir este nombre.

—No lo sé muy bien; pero lo que puedo asegurarte es que esa señora da gracias á Dios por todas las desgracias que sufre, incluso la de haber perdido su esposo, lo cual parece muy cómico, si se tiene en cuenta que vivían bastante mal...

—¿Y quién es esa pobre figura?—preguntó el príncipe al ver un enfermo que vestía levita, con pantalón blanco, el cual formaba extraños pliegues sobre sus piernas enflaquecidas, y cuyo sombrero de paja, un poco levantado, permitía ver la ancha frente, con un surco rojo formado por la presión de aquel.

—Ese es Peterhof, un pintor—contestó Kitty ruborizándo-

se;—y aquella es su esposa—añadió, señalando á Ana Pavlovna, que se había levantado al verlos para coger á uno de los niños en el momento de dirigirse hacia Kitty.

—¡Pobre criatura!—dijo el príncipe—tiene una fisonomía muy simpática. ¿Por qué no te has acercado á ella? Parecía que deseaba hablarte.

—Pues vamos á verla—repuso Kitty, adelantándose resueltamente hacia Peterhof.

—¿Cómo está usted?—le preguntó.

El pintor se levantó, apoyándose en su bastón y miró tímidamente al padre de la joven.

—Es mi hija—dijo el príncipe;—permita usted que me presente yo mismo.

El pintor saludó sonriendo, y dejó ver sus dientes de una blancura extraña.

—La esperábamos á usted ayer, princesa—dijo á Kitty.

—Pensaba ir, pero Varinka me dijo que Ana Pavlovna había renunciado al paseo.

—¿Cómo es eso?—replicó Peterhof con emoción, y comenzando á toser al punto, mientras que buscaba con la vista á su esposa.

—¡Anita, Anita!—gritó con una fuerza que hizo dilatar las gruesas venas de su cuello blanco y delgado.

Ana Pavlovna se acercó.

—¿Por qué has enviado á decir—murmuró en voz baja y con tono irritado, dirigiéndose á su esposa, que no saldríamos ya?

—Buenos días, princesa—dijo Ana Pavlovna con una sonrisa forzada, que no era ya la de otras veces.—Me alegro mucho conocer á usted—añadió, volviéndose hacia el príncipe;—hace ya largo tiempo que se le esperaba.

—¿Cómo has podido decir que no saldríamos?—murmuró de nuevo la voz apagada del pintor, á quien irritaba su impotencia para expresar lo que sentía.

—Pero, hombre, yo no he hecho más que decir que no saldríamos—contestó la mujer con acento de enojo.

—Pero, ¿por qué?...

Un acceso de tos le impidió terminar la frase, é hizo con la mano un ademán de desesperación.

El príncipe saludó y alejóse con su hija, murmurando:

—¡Pobre gente!

—Cierto que sí, papá—contestó Kitty,—pues tienen tres hijos, no pueden contar con criado alguno para servirles, y carecen de recursos pecuniarios, aunque él recibe alguna cosa de la Academia...—¡Ah! ahí tenemos á la señora Stahl—añadió Kitty, señalando un cochecito en cuyo interior se veía una forma humana rodeada de cojines y en parte oculta por una sombrilla. Detrás de la enferma iba su conductor, robusto alemán, y al lado un conde sueco de cabello rubio, á quien Kitty conocía de vista. Varias personas se habían detenido cerca del pequeño vehículo, y consideraban á la dama como una curiosidad.

El príncipe se acercó á su vez, y Kitty observó al punto en su mirada la misma expresión irónica de antes: dirigió la palabra á la señora Stahl en ese francés correcto que tan pocas personas hablan hoy en Rusia, y mostróse sumamente amable y cortés.

—No sé si se acordará usted aún de mí—la dijo;—pero deber mío es presentarla mis respetos para darla gracias por su bondad para con mi hija.

—¡El príncipe Alejandro Cherbatzky!—exclamó la señora Stahl, fijando en su interlocutor su mirada *celeste*, en la que Kitty observó una sombra de descontento.—Me complace ver á usted, y sobre todo decirle que amo mucho á su hija.

—Veo que no sigue usted bien de salud...

—¡Oh! ya estoy acostumbrada—contestó la señora Stahl.

—Ha cambiado usted muy poco en los diez ó doce años que han transcurrido sin tener el gusto de verla.

—Sí, Dios da la cruz, y también la fuerza suficiente para llevarla; pero con frecuencia me pregunto por qué se ha de prolongar una vida semejante.

—Sin duda para practicar el bien—dijo el príncipe, cuyos ojos sonreían.

—No nos toca á nosotros juzgar—repuso la señora Stahl, sorprendiendo la expresión irónica en el rostro del príncipe. —Déme usted ese libro, querido conde—añadió, volviéndose hacia el joven sueco.

—¡Ah!—exclamó el príncipe, que acababa de divisar al coronel de Moscou—he ahí un amigo.

Y saludando á la anciana señora, fué á reunirse con él, acompañado de Kitty.

—Ahí tiene usted nuestra aristocracia, príncipe—dijo el coronel con expresión de sarcasmo, porque á él también le resentía la actitud de la señora Stahl.

—Siempre la misma—replicó el señor de Cherbatzky.

—¿La conoció usted antes de su enfermedad, ó mejor dicho, antes de quedar inútil?

—Sí, la he conocido cuando perdió el uso de las piernas.

—Asegúrase que hace diez años que no anda.

—Eso consiste en que tiene un miembro más corto que el otro; está muy mal hecha.

—Es imposible, papá—dijo Kitty.

—Las malas lenguas lo aseguran, hija mía, y tu amiga Varinka debe sufrir mucho con ella. ¡Oh, esas damas enfermas!

—¡Oh, no! Te aseguro que Varinka la adora—repuso Ana con viveza;—todo el mundo lo sabe, incluso su sobrina Alina.

—Es posible—contestó el príncipe;—pero más valdría que nadie conociese el bien que hace.

Kitty guardó silencio, no porque le faltase qué contestar, sino porque no quería revelar á su padre sus secretos pensamientos. Sin embargo ¡cosa extraña! aunque estuviera decidida á no someterse á los juicios de su padre, reconocía que la imagen de santidad ideal que llevaba en el alma hacía un mes, acababa de borrarse, como esas formas que la imaginación cree ver revestidas de ropaje, y que se desvanecen de por sí cuando se trata de explicar cómo van vestidas. Por esto no vió ya en la señora Stahl más que una mujer coja, que permanecía echada para ocultar su deformidad, y que atormentaba á la pobre Varinka por la menor cosa: érale imposible encontrar ya en su pensamiento á la antigua señora Stahl.

XXXV

El buen humor del príncipe comunicábase á todo cuanto le rodeaba, incluso al dueño de la casa. Al volver de su paseo

con Kitty, el príncipe invitó al coronel, á María Evguenievna, á su hija, y á Varinka á tomar el café, para lo cual se puso la mesa debajo de los castaños del jardín. Los criados se animaron también bajo la influencia de aquella alegría comunicativa, tanto más cuanto que era notoria la generosidad del príncipe.

La princesa, con su gorro de cintas, colocado en la parte superior de la cabeza, presidía la mesa, cubierta con un blanquísimo mantel, y en la cual se veían la cafetera, pan, manteca, queso y algunas fiambres; la señora de Cherbatzky distribuía las tazas en un lado de la mesa; mientras que en el otro, el príncipe comía con el mejor apetito; había colocado á su alrededor los diversos objetos que comprara en varias estaciones balnearias, tales como cajitas, cuchillos de marfil, etc., y divertíase en repartirlos á sus convidados. La princesa se chanceaba sobre las manías de su esposo; el coronel sonreía como siempre; la buena María Evguenievna se reía á carcajadas; y la misma Varinka participaba de la alegría general, con no poco asombro de Kitty.

Esta última experimentaba cierta agitación interior, pues sin quererlo, su padre acababa de plantear ante ella un problema que no le era posible resolver; y agregábase á esto su preocupación sobre el cambio de relaciones con los Petrof.

—¿Con qué objeto has comprado todas esas cosas?—preguntó la princesa á su esposo sonriendo, y ofreciéndole una taza de café.

—¿Qué quieres que haga? Cuando voy á pasear me acerco á todas las tiendas, ó se me presenta un vendedor acá y allá, y no sé resistir.

—Sin duda lo haces sólo para no aburrirte tanto—dijo la princesa.

—Ciertamente, amiga mía, pues no sé en qué matar el tiempo.

—¿Cómo es posible que se aburra usted, cuando tantas cosas hay que ver ahora en Alemania?—preguntó María Evguenievna.

—Ya conozco todo lo que hay interesante; sé lo que es la sopa de ciruelas, el embutido de guisantes, en fin, todo.

—Por más que diga usted, príncipe, las instituciones son interesantes—replicó el coronel.

—¿En qué? Los alemanes pueden haber vencido al mundo entero, pero esto no es nada satisfactorio para mí. Yo no he vencido á nadie, y por eso debo descalzarme yo mismo, y lo que es peor, poner las botas á la puerta para que me las limpien; en fin, por la mañana, apenas levantado, debo vestirme, para ir á beber al salón un té detestable. En nuestro país tenemos el derecho de despertarnos á cualquiera hora; si estamos de mal humor, nada se opone á que lo manifestemos; se tiene tiempo para todo, y cada cual despacha sus asuntos sin apresurarse inútilmente.

—Pero no olvide usted que el tiempo es dinero—dijo el coronel.

—Según y cómo: hay meses enteros que se darían por 50 kopecks, y cuartos de hora que no se cederían por ningún tesoro. ¿No es verdad, Katinka? Pero ¿qué tienes? Parece que te aburres.

—No es nada, papá.

—¿Adónde va usted tan pronto?—dijo el príncipe dirigiéndose á Varinka.

—Debo retirarme—contestó la joven, sin poder reprimir un nuevo acceso de hilaridad.

Y después de coger el sombrero, despidióse de todos y salió.

Kitty la siguió; parecíale que Varinka había cambiado también; no era menos buena, pero difería de lo que ella imaginó en un principio.

—Hace mucho tiempo que no me he reído de tan buena gana—dijo la joven, buscando su sombrilla y su saco.—¡Qué agradable persona es el padre de usted! Vaya ¿cuándo volveremos á vernos?

—Mamá quería ir á ver á los Petrof. ¿Estará usted?—preguntó Kitty, para escudriñar el pensamiento de su amiga.

—Sí; piensan marchar, y he prometido ayudarlos á preparar el equipaje.

—Pues yo también iré.

—No. ¿Para qué?

—¡Cómo para qué!—exclamó Kitty deteniendo á Varinka y mirándola con asombro;—espere usted un momento y explíqueme esa palabra.

—Lo digo porque habrá usted de estar con su padre, y

porque esa gente no parece hallarse á su gusto en presencia de usted.

—No es eso; dígame usted qué razón hay para que yo no vaya á menudo á casa de Petrof. ¿Es que usted se opone?

—Yo no he dicho eso—contestó tranquilamente Varinka.

—La ruego á usted que me hable con franqueza.

—¿Será preciso decírselo todo?

—¡Todo!—contestó Kitty.

—En el fondo no hay nada grave: todo se reduce á que Petrof consentía antes en marchar tan pronto como terminase la curación, y ahora ya no quiere.

—¿Y qué más?—preguntó Kitty vivamente, con aire sombrío.

—Pues bien, Ana Pavlovna supone que si su esposo no quiere marcharse ya, es porque usted permanece aquí. Esto es una torpeza, pero involuntariamente ha sido usted la causa de una cuestión doméstica, y ya sabe usted hasta qué punto los enfermos se irritan fácilmente.

Kitty, siempre sombría, guardaba silencio, mientras que Varinka procuraba calmarla, previendo una próxima perturbación, lágrimas y reprensiones.

—Por eso será mejor no ir; debe usted comprenderlo así y no incomodarse...

—Yo tengo la culpa de esto—repuso vivamente Kitty, cogiendo la sombrilla de Varinka y sin mirar á ésta.

Al observar aquella cólera infantil, la joven reprimió una sonrisa para no resentir á Kitty.

—¿Por qué tiene usted la culpa?—preguntó.—No la comprendo.

—Porque todo eso era hipocresía y no emanaba del corazón. ¿Qué tenía yo qué ver con un extranjero, y para qué había de mezclarme yo en lo que no me importaba? Por eso he sido causa de la cuestión entre ellos; y repito que todo es hipocresía—añadió Kitty cerrando maquinalmente la sombrilla.

—¿Con qué objeto?

—Para parecer mejor á los otros, á mí misma y á Dios; pará engañar á todo el mundo. No, no me volverá á suceder esto; prefiero ser mala, á mentir y engañar.

—¿Quién la ha engañado?—replicó Varinka en tono de represión;—habla usted como si...

Kitty estaba en uno de sus accesos de cólera y no dejó á su amiga concluir.

—No se trata de usted, porque es una perfección, como todas las demás; mientras que yo soy mala sin poder remediarlo; si no lo hubiese sido, no sucedería nada de esto. Tanto peor; seguiré siendo lo que soy, y no lo disimularé. ¿Qué tengo yo que ver con Ana Pavlovna? Vivan ellos como quieran, y yo haré lo mismo. No puedo cambiar. Por lo demás, no es eso...

—¿El qué?—preguntó Varinka con expresión de curiosidad.

—Quiero decir que ya no viviré sino por el corazón; mientras que ustedes se guían por sus principios; yo las he amado sencillamente, y conmigo no se han propuesto otra cosa sino salvarme y convertirme.

—No es usted justa—repuso Varinka.

—Yo no hablo por los otros; y sí sólo por mí.

—¡Kitty! ven aquí—gritó en aquel momento la voz de la princesa;—ven á enseñar tus corales á papá.

Kitty cogió una cajita que estaba sobre la mesa y llevósela á su madre, sin reconciliarse con su amiga.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan colorada?—preguntaron á la vez el padre y la madre.

—Nada; ahora volveré.

«Aún está allí—se dijo Kitty.—¡Dios mío, qué he hecho, qué la he dicho! ¿Por qué la habré ofendido?» Varinka, con el sombrero puesto, estaba sentada junto á la mesa, examinando los pedazos de su sombrilla que Kitty había roto.

—Varinka—murmuró la señorita de Cherbatzky, acercándose á la joven—perdóneme usted; no sé lo que he dicho; yo...

—Seguramente no tenía intención de causarle á usted el menor pesar—dijo Varinka sonriendo.

La paz quedaba hecha; pero la llegada del príncipe había cambiado completamente para Kitty el mundo en que vivía. Sin renunciar á lo que había aprendido, confesóse que se hacía ilusiones al pensar que llegaría á ser lo que ella soñaba: aquello fué como si despertase de una pesadilla. Comprendió desde luego que sin ser hipócrita no alcanzaría nunca

la altura que imaginara; y sintiendo más vivamente el peso de las desgracias, de las enfermedades y de las agonías que la rodeaban, parecióle cruel prolongar los esfuerzos que ha-



cía para interesarse en ellas. También experimentó la necesidad de respirar un aire verdaderamente puro y sano, en Rusia, en Yergushovo, donde Dolly y los niños se hallaban ya, según le notificaba una carta que había recibido.

Sin embargo, su afecto á Varinka, no era menor que antes, y al marchar, suplicóla que fuese á visitarla en Rusia.

—Iré cuando esté usted casada—contestó la joven.

—Yo no me casaré nunca.

—Pues entonces no iré jamás.

—En tal caso, sólo me casaré para que usted vaya; pero no olvide su promesa.

Las previsiones del doctor se habían realizado, pues Kitty volvió á Rusia curada; tal vez no estuviera tan alegre como en otra época, pero disfrutaba de tranquilidad; los dolores del pasado no eran más que un recuerdo.





I

SERGIO Ivanitch Kosnichef, en vez de ir como de costumbre al extranjero para descansar de sus trabajos intelectuales, llegó hacia fines de Mayo á Pakrofsky. Según él, nada era comparable con la vida del campo, é iba á disfrutar allí de algún solar junto á su hermano, quien le recibió con tanto mayor gusto, cuanto que no esperaba aquel año á Nicolás.

Á pesar de su cariño y respeto á Sergio, Constantino experimentaba cierto malestar cuando iba á visitarle al campo, porque su manera de comprenderle difería mucho de la suya; para Constantino, el campo tenía por objeto realizar trabajos de incontestable utilidad; á sus ojos era el teatro mismo de la vida, de sus alegrías, de sus pesares y de sus labores. Sergio,

por el contrario, sólo veía allí un lugar de reposo, un antídoto contra las corrupciones de la ciudad, y el derecho de no hacer nada. Su modo de ver, respecto á los campesinos, era también opuesto: Sergio Ivanitch pretendía conocerlos y amarlos, complacíase en hablar con ellos, y en sus conversaciones manifestaba rasgos de carácter en favor del pueblo. Este juicio superficial resentía á Levine, que respetaba á los campesinos, diciendo siempre que había mamado el cariño que les profesaba; pero exasperábanle sus vicios, así como también admiraba con frecuencia sus virtudes. El pueblo representaba, para él, el asociado principal de un trabajo común, y como tal no establecía distinción alguna entre las buenas cualidades, los defectos, los intereses de ese asociado y los del resto de los hombres.

La victoria era siempre para Sergio en las disensiones suscitadas entre los dos hermanos á causa de sus divergencias de opinión, y esto porque persistía siempre en el mismo modo de ver, mientras que Constantino modificaba sin cesar el suyo, reconociendo sin dificultad una contradicción consigo mismo. Sergio Ivanitch consideraba á su hermano como un buen muchacho, que tenía el corazón *bien puesto*, según una expresión francesa, pero el espíritu demasiado impresionable, Á menudo procuraba, con la condescendencia de un hermano mayor, explicarle el verdadero sentido de las cosas; pero discutía sin gusto contra un interlocutor tan fácil de vencer.

Constantino, por su parte, admiraba la vasta inteligencia de su hermano, así como su talento superior, y veía en él un hombre dotado de las más envidiables facultades, sumamente útiles para el bien general; pero se preguntaba á veces si la abnegación que manifestaba en los intereses generales, y de la cual carecía él, sería realmente una buena cualidad. ¿No se debería atribuir á cierta impotencia el hecho de que no se hubiera abierto personalmente camino en el mundo para brillar como otros hombres?

Otra cosa molestaba á Levine cuando su hermano iba á pasar con él la temporada. Los días le parecían siempre demasiado cortos para todo lo que tenía que hacer; mientras que Sergio no pensaba sino en descansar. Aunque no escribiese, la actividad de su espíritu era demasiado interesante para que no necesitara hablar con alguno, expresándole en

una forma concisa y elegante las ideas que le preocupaban, y Constantino era su más asiduo oyente.

Sergio se echaba sobre la yerba, y calentándose al sol, hablaba con todos.

«No podrías imaginarte—decía—cuánto disfruto de mi pereza; no tengo una sola idea en el magín, y paréceme que mi cerebro está vacio.»

Pero Constantino se cansaba muy pronto de conversar, sabiendo que durante su ausencia tal vez se distribuyera mal el estiércol en los campos, é inquieto porque no podía vigilar todas las operaciones.

—¿No te cansa correr con este calor?—le preguntaba Sergio.

—Sólo te dejo un instante—contestaba Levine;—voy á ver lo que hacen en la oficina.

Y así diciendo, corría á los campos.

II

En los primeros días de Junio, la anciana Ágata Mikhaïlovna, que hacía las veces de ama de gobierno, bajó á la cueva con un puchero de setas que acababa de salar, resbaló en la escalera y se dañó la muñeca. Sin pérdida de tiempo se fué á buscar el médico del distrito, joven estudiante muy hablador, que acababa de terminar sus estudios; examinó la mano, y asegurando que no había ninguna dislocación, aplicó unas compresas. Durante la comida, orgulloso por hallarse en compañía del célebre Kosnichef, extendióse en la narración de todas las intrigas del distrito; y á fin de poder emitir sus ideas avanzadas, quejóse del mal estado de las cosas en general.

Sergio Ivanitch le escuchó con atención; y animado por la presencia de un nuevo oyente, habló mucho é hizo observaciones muy exactas y oportunas, que el joven apreció con respeto, retirándose cuando hubo terminado la comida.

Los dos hermanos volvieron á quedar solos, y entonces Sergio cogió una caña de pescar para ir á distraerse un rato: hubiérase dicho que se envanecía mostrando que podía di-

vertirse con un pasatiempo tan pueril. Constantino quería ir á vigilar los trabajos y examinar las praderas, por lo cual ofreció á su hermano conducirle en cabriolé hasta el río.

Era el período del verano en que ya se marca la cosecha, y en que comienzan las preocupaciones de la sementera siguiente. Las espigas, formadas ya, pero aún verdes, balan-



ceábanse al soplo del viento; la avena brotaba con irregularidad en los campos, donde se había sembrado tarde; el trigo moruno cubría ya vastos espacios; y el olor del estiércol, diseminado en montones en los campos, mezclábase con el perfume de las yerbas, que se extendían como un inmenso mar. Este período del año era la calma que precede á los trabajos de la siega, al poderoso esfuerzo impuesto todos los años al campesino. La cosecha prometía ser magnífica, y á los días largos y claros correspondían noches cortas con abundante rocío.

Para llegar á las praderas era preciso atravesar el bosque, cuya espesura agradaba mucho á Sergio; al pasar por allí, éste señaló á su hermano un añoso tilo á punto de florecer; pero á Constantino no le gustaba hablar de las bellezas naturales, ni tampoco oir ensalzarlas, porque las palabras, según decía, echaban á perder las mejores cosas. Contentóse, pues, con aprobar lo que su hermano le manifestaba, y concentró su atención en un campo en barbecho que se hallaba á la salida del bosque. Los trineos llegaban en fila; Levine los contó, y quedó muy satisfecho del trabajo que se hacía; pero al punto preocupóle la grave cuestión de la siega, que para él tenía la mayor importancia. Poco después detuvo el caballo, porque las yerbas altas y espesas estaban cubiertas de rocío; pero Sergio Ivanitch, temiendo mojarse los pies, rogó á su hermano que le condujera en cabriolé hasta el sitio donde se pescaban las percas. Constantino accedió, aunque sintiendo pisar aquel hermoso prado, cuyas blandas yerbas rodeaban los pies de los cuadrúpedos, dejando caer sus simientes bajo las ruedas del pequeño vehículo.

Sergio fué á sentarse junto á la orilla del agua y lanzó su sedal: no cogió nada, pero tampoco se aburría, y parecía estar de muy buen humor.

Levine, por el contrario, estaba impaciente por volver á casa para dar sus órdenes respecto á los segadores que sería necesario contratar el día siguiente; pero esperó á su hermano, pensando en la grave cuestión que le preocupaba.

III

—Pensaba en ti—dijo Sergio.—¿No te parece que es casi escandaloso cuanto pasa en el distrito, á juzgar por lo que dice el doctor, joven muy listo y muy alegre? Esto me hace pensar en lo que ya te he manifestado: haces mal en no asistir á las asambleas y mantenerte aislado. Si los hombres que valen no quieren mezclarse en los negocios, todo se lo llevará el diablo; y el dinero de los contribuyentes no servirá para nada, pues no hay escuelas, ni enfermeros, ni comadronas, ni boticas, ni nada.

—Ya he tratado de hacerlo—contestó Levine forzadamente—pero no me es posible, no puedo.

—¿Por qué? Te aseguro que no me lo explico. No admitiré que sea incapacidad ó indiferencia, y por lo tanto me pregunto si debo atribuirlo á pereza.

—Nada de eso; he tratado de asistir, y me he convencido de que nada podría hacer.

Levine no profundizaba mucho lo que su hermano decía, y contemplando el río y la pradera, trataba de distinguir en lontananza un punto negro, tal vez el caballo del intendente.

—Te resignas con demasiada facilidad—replicó Sergio.—¿Cómo es que no pones un poco de amor propio?

—Porque no le concibo en semejante materia—contestó Levine, resentido por aquella censura.—Si en la Universidad me hubiesen censurado por ser incapaz de comprender el cálculo integral como mis compañeros, hubiera tenido amor propio; pero aquí se debería comenzar por creer en la utilidad de las innovaciones á la orden del día.

—¿Y las crees tú inútiles?—preguntó Sergio, resentido á su vez al ver que su hermano daba tan poca importancia á sus palabras.

—No; pero ¿qué quieres que haga? No veo nada útil, y por lo tanto no me intereso—replicó Levine, que acababa de reconocer á su intendente á lo lejos.

—Escucha—dijo el hermano mayor, cuyas bellas facciones parecían haberse oscurecido—todo tiene un límite: admitamos que sea una cosa muy buena odiar las apariencias y la mentira, pasando por un original; nada tengo que decir á esto, pero lo que acabas de contestar carece de sentido común. ¿Te parece á ti indiferente que el pueblo á quien amas, á lo que tú dices...

—Yo no he asegurado nunca nada de eso—interrumpió Levine.

—¿Que ese pueblo á quien amas se muera sin auxilio?—continuó Sergio.—¿Te será igual que unas comadronas ignorantes sean causa de la muerte de los recién nacidos, y que los aldeanos vegeten en la ignorancia, siendo presa del primer escribano que se presente?

Y Sergio Ivanitch planteó el dilema siguiente: «Ó bien tu

desarrollo intelectual es defectuoso, ó bien procedes así por tu amor al descanso, tu vanidad, ó qué sé yo qué.»

Constantino comprendió que para que no se le acusase de indiferencia por el bien público debería someterse.

—No veo—repuso resentido y descontento—que sea posible...

—¿Cómo, no ves, por ejemplo, que vigilando mejor el empleo de las contribuciones, sería posible obtener un auxilio médico cualquiera?

—No lo veo posible en una extensión de cuatro mil verstas cuadradas, como la de nuestro distrito, sin contar que no tengo la menor fe en la eficacia de la medicina.

—Eres injusto; te podría citar mil ejemplos... ¿Y las escuelas?

—¿Para qué se quieren las escuelas?

—¡Cómo para qué se quieren! ¿Podrá dudar nadie de las ventajas de la instrucción? Si tú la reconoces útil para ti, ¿por qué se la has de negar á los demás?

Constantino se vió entre la espada y la pared, y en su irritación confesó involuntariamente la verdadera causa de su indiferencia.

—Todo eso puede ser cierto; pero ¿por qué he de inquietarme yo respecto á las estaciones médicas de que no me utilizaré nunca, y á las escuelas, donde jamás han de ir mis hijos, y donde los campesinos no quieren enviar los suyos, siendo dudoso para mí que sea bueno hacerles ir á ellas?

Sergio quedó desconcertado por esta brusca contestación, y sacando su sedal del agua silenciosamente, dijo á su hermano sonriendo:

—Tú has reconocido, sin embargo, la necesidad del médico, puesto que le enviaste á buscar para Agata Mikhaïlovna.

—Pero creo que no por eso quedará su mano menos estropeada.

—Falta saberlo... Y dime, cuando el campesino sabe leer ¿no te presta mejor servicio?

—¡Oh! esto sí que no—contestó Levine resueltamente;—todos te dirán que el aldeano que sabe leer vale menos como trabajador; no irá á reparar los caminos; y si se le emplea en la construcción de un puente, procurará ante todo llevarse las tablas.

—Aquí no se trata de eso—repuso Sergio frunciendo el ceño, porque le molestaba la contradicción y sobre todo aquella manera de saltar de un asunto á otro, produciendo argumentos sin enlace aparente.—La cuestión se ha de plantear así: ¿convienes tú en que la educación sea un bien para el pueblo?

—Convengo en ello—dijo Levine, sin reflexionar que no lo pensaba así; pero al punto comprendió que su hermano haría un arma de esta confesión para combatirle, y que le demostraría fácilmente su inconsecuencia, lo cual fué muy fácil.

—Desde el momento en que lo comprendes así—continuó Sergio—no puedes rehusar, como hombre honrado, tu cooperación en la obra.

—Pero si yo no considero aún esa obra como buena—dijo Levine ruborizándose.

—¿Pues no acabas de decir...?

—Lo que digo es que la experiencia no ha demostrado todavía que fuese verdaderamente útil.

—Tú no lo sabes porque no has hecho esfuerzo alguno para convencerte de ello.

—¡Pues bien! admitamos que la instrucción del pueblo sea un bien—replicó Constantino;—aun en este caso ¿por qué me he de atormentar?

—¡Cómo!

—Explícame tu idea bajo el punto de vista filosófico, puesto que ahí hemos llegado.

—No creo que la filosofía tenga nada que ver con lo que tratamos—contestó Sergio con un tono que parecía indicar dudas sobre el derecho de su hermano para hablar de filosofía.

—Voy á explicarme—repuso Levine, excitándose á medida que hablaba.—En mi concepto, el móvil de nuestras acciones será siempre el interés personal, y yo no veo en nuestras instituciones provinciales nada que contribuya á mi bienestar. Los caminos no son mejores, ni lo serán tampoco; y por otra parte, mis caballos me conducirán tanto por los buenos como por los malos. Yo no hago aprecio alguno de los médicos ni de las boticas; el juez de paz es para mí inútil, y nunca me ocurrirá la idea de apelar á él. En cuanto á las escuelas, no sólo me parecen ociosas, sino que, como ya te lo he dicho,

me perjudican. Por lo que hace á las instituciones provinciales, para mí no representan más que la obligación de pagar un impuesto sobre mis tierras, ir á la ciudad para dormir entre las chinches y oir necedades de toda especie: nada de esto entra en mi interés personal.

—Dispensa—replicó Sergio Ivanitch sonriendo:—no era nuestro interés trabajar en la emancipación de los campesinos, y sin embargo lo hemos hecho.

—¡Oh! la emancipación es otro asunto—replicó Constantino, animándose cada vez más;—en esto se trataba de nuestro interés personal, pues nosotros, los hombres honrados, queríamos sacudir un yugo que nos pesaba; pero ser individuo del consejo de la ciudad para discutir sobre los conductos que se han de colocar en calles por donde no paso; formar parte de un jurado para juzgar á un campesino á quien se acusa de haber sustraído un jamón; escuchar durante seis horas las necedades del defensor y del procurador; y preguntar, en calidad de presidente, á mi antiguo amigo Alejo, hombre casi idiota, que si se reconoce culpable de lo que se le acusa...

Y Constantino representó esta escena vivamente, imaginándose continuar así la discusión.

—¿Qué entiendes por eso?—preguntó Ivanitch, encogiéndose de hombros.

—Entiendo que cuando se trate de los derechos relacionados con mis intereses personales, sabré defenderlos con todas mis fuerzas; cuando estudiaba, y los gendarmes iban á practicar un registro en nuestro domicilio, sabía defender mis derechos á la libertad y á la instrucción. Discutiré el servicio obligatorio, porque es cuestión que interesa á la suerte de mis hijos y de mis hermanos; pero entretenerme en averiguar cómo se gastan los cuarenta mil rublos de impuestos é instruir el proceso de un idiota, no me creo capaz de ello.

El dique se había roto; Constantino hablaba sin detenerse, y esto hizo sonreir á Sergio.

—Y si mañana tienes un proceso—dijo—¿preferirás ser juzgado por los tribunales de otra época?

—Yo no tendré proceso, porque no asesinaré á nadie, y todo esto no me sirve á mí de nada. Nuestras instituciones provinciales—añadió, saltando de un asunto á otro, según su

costumbre—me recuerdan los pequeños abedules que clavábamos en tierra el día de la Trinidad para similar un bosque: este último ha crecido de por sí, pero en cuanto á nuestros pequeños abedules, me es imposible regarlos ni creer en ellos.

Sergio Ivanitch se encogió de hombros con aire de asombro al oir á su hermano hacer mención de los abedules en la discusión, si bien comprendió la idea.

—Este no es un razonamiento—dijo.

Pero Constantino, queriendo explicar aquella falta de interés por los asuntos públicos, falta de que se reconocía culpable, añadió:

—Creo que no hay actividad duradera si no se funda en el interés personal: esta es una verdad general *filosófica*—añadió, recalcando en esta palabra cual si quisiera probar que tenía tanto derecho como otro cualquiera para hablar de filosofía.

Sergio volvió á sonreir, diciendo para sí: «Mi hermano se hace una filosofía para ponerla al servicio de sus inclinaciones.»

—Deja en paz á la filosofía—repuso en voz alta—pues su objeto ha sido precisamente en toda época hallar ese lazo indispensable que existe entre el interés personal y el general. Lo único que haré es rectificar tu comparación. Los pequeños abedules de que hablabas, no fueron clavados en tierra sino plantados, y se han de tratar con la debida consideración. Las únicas naciones que tienen porvenir, las únicas que pueden titularse históricas, son aquellas que reconocen la importancia y el valor de sus instituciones, y las aprecian en lo que valen.

Y para demostrar con más evidencia el error que su hermano cometía, trató la cuestión bajo el punto de vista filosófico é histórico, terreno en que no podía Constantino seguirle.

—En cuanto á tu poca afición á los negocios—acabó diciendo—dispénsame que la atribuya á nuestra pereza y á nuestras antiguas costumbres de grandes señores; pero confío que ya reconocerás este error pasajero.

Levine no contestó; conocía que su hermano le había batido en brecha, aunque sin comprender su pensamiento, ó apa-

rentando no comprenderle. ¿Sería porque no se explicaba claramente, ó porque Sergio no quería entenderle?

Sergio Ivanitch retiró sus sedales, desató el caballo, y seguido de Levine emprendió la marcha.

IV

El año anterior, Levine se había encolerizado un día contra su intendente en ocasión de estar los trabajadores ocupados en la siega, y para calmarse cogió la hoz de un campesino y comenzó á trabajar. La operación le divirtió tanto, que la repitió después varias veces; segó por su mano el prado que se extendía delante de su casa, y prometióse ocuparse el año siguiente en este trabajo días enteros con los campesinos.

Desde la llegada de Sergio, preguntábase si podría realizar su proyecto; avergonzábale abandonar á su hermano durante todo un día, y también temía un poco sus bromas. Mientras atravesaba la pradera, recordó las impresiones del año anterior.

«Necesito de todo punto un ejercicio violento—pensó—porque si no le practico llegaré á tener un carácter intratable; arrostraré el enojo que puedan causarme las observaciones de mi hermano y de mi gente.»

Aquella misma noche, al dar sus órdenes para los trabajos del día siguiente, Levine, disimulando su confusión, dijo al intendente:

—Envíe usted mañana mi hoz á Tite para afilarla, porque tal vez trabajaré un poco.

—Está bien—contestó el intendente sonriendo.

Más tarde, al tomar el té, Levine dijo á su hermano:

—Decididamente tenemos buen tiempo fijo; mañana segaré.

—Á mí me gusta mucho ese trabajo—dijo Sergio.

—Yo soy en extremo aficionado—repuso Levine;—el año último le practiqué y mañana quiero ocuparme en segar todo el día.

Sergio levantó la cabeza y miró á su hermano con asombro.

—¿Cómo, vas á trabajar todo el día como un jornalero?

—Sí, es muy divertido.

—Convengo en que es un excelente ejercicio físico; pero ¿podrás soportar semejante fatiga?—preguntó Sergio sin ninguna intención irónica.

—Ya lo he probado: al principio es algo duro, pero después agrada; creo que llegaré hasta el fin.

—Pero ¿con qué ojo verán eso los jornaleros? ¿No temes que ridiculicen las *manías* del amo? ¿Y cómo te arreglarás para comer? Supongo que no tratas de que lleven allí una botella de Burdeos y un capón asado.

—Volveré á casa mientras los hombres descansan.

Á la mañana siguiente, aunque se levantó más temprano que de costumbre, Levine encontró ya varios segadores trabajando cuando llegó á la pradera, que se extendía al pie de la colina, y en la cual veíanse las líneas de yerbas ya cortadas y los montoncitos formados por las ropas de los trabajadores. Estos últimos avanzaban lentamente unos tras otros sobre el suelo desigual; Levine contó cuarenta y dos hombres, y pudo distinguir entre ellos algunos conocidos: el anciano Ermil, con su camisa muy blanca y algo encorvado, y el joven Wasia, en otro tiempo su cochero.

También estaba allí Tite, su maestro, un anciano muy enjuto que manejaba la hoz con suma facilidad.

Levine se apeó, ató el caballo á un árbol y acercóse á Tite, que sacando una hoz oculta de detrás de un matorral, presentósela al punto.

—Ya está bien afilada, Barine—dijo;—es una navaja de afeitar, que siega por sí sola.

Levine cogió el instrumento: los segadores, después de haber terminado su línea, volvían bañados en sudor, pero alegres y contentos; todos saludaban al amo con una sonrisa, y ninguno se atrevió á decir nada hasta que un anciano, que vestía un chaquetón de piel de carnero, exclamó:

—Atención, Barine; cuando se comienza una faena es preciso concluirla.

Levine creyó oir una risa ahogada entre los segadores.

—Trataré de que nadie me adelante—contestó, colocándose detrás de Tite.

—Atención—repitió el anciano.

La yerba era corta y dura; Levine no había segado hacía largo tiempo, y perturbado por las miradas fijas en él, comenzó mal, aunque manejaba la hoz vigorosamente.

Dos voces dijeron detrás de él:

«Ha cogido mal el mango, y tiene la hoz muy alta; mira cómo se encorva.»

«Se ha de apoyar más en el talón.»

—No está mal—dijo el anciano;—vamos, ya adelanta, pero se cansará pronto. En otro tiempo habríamos recibido golpes si hubiésemos hecho un trabajo como ese.

La yerba comenzaba á ser más suave, y Levine, escuchando las observaciones sin contestar, seguía á Tite; así recorrieron unos cien pasos, y el campesino avanzaba sin detenerse; pero Levine se cansaba, temiendo no poder llegar hasta el fin, y ya iba á decir á Tite que se detuviera, cuando éste lo hizo de por sí, é inclinándose para coger un puñado de yerba, comenzó á limpiar su hoz. Levine se enderezó, dirigiendo una mirada en torno suyo, y dejando escapar un suspiro de desahogo.

Al comenzar la siega de una segunda línea, sucedió lo mismo; Tite avanzaba un paso de cada golpe, y Levine, que iba detrás, no quería que le adelantasen; pero en el instante en que el esfuerzo era tal que creía agotadas sus fuerzas, Tite se detenía para afilar su instrumento.

Levine no deseaba otra cosa sino llegar al término de su faena tan pronto como los demás; sólo oía el ruido de las hoces tras sí, y no veía más que á Tite siempre delante, y el semicírculo descrito por aquellas, en las yerbas. De repente experimentó una agradable sensación de frescura en la espalda, y al mirar al cielo fijó su atención en una inmensa nube negra y vió que llovía. Algunos jornaleros habían ido á buscar su ropa; mientras que otros, imitando á Levine, recibían con gusto la lluvia.

El trabajo avanzaba, y Constantino, sin echar de ver cómo pasaban las horas, complacíase en su trabajo; hallábase en un estado inconsciente en que, libre y sin preocupaciones, olvidaba del todo lo que hacía, aunque su trabajo valiese en aquel momento tanto como el de Tite.

Sin embargo, este último se había acercado al segador viejo y examinaba el sol.—«¿Por qué no continuamos?» se pre-

guntó Levine, sin reflexionar que los jornaleros trabajaban sin descanso hacía cuatro horas y que era tiempo de almorzar.

—Es preciso tomar un refrigerio, Barine—dijo el anciano.

—¿Tan tarde es? En tal caso, almorcemos.

Levine entregó la hoz á Tite, y cruzando con los campesinos el considerable espacio en que se había segado la yerba, fué á buscar su caballo, mientras que los hombres se disponían á comenzar su almuerzo. Levine observó entonces que no había calculado bien el tiempo, y que su heno se mojaría.

—Se echará á perder—dijo.

—No tenga usted cuidado, Barine—dijo el viejo—esta lluvia no perjudicará á la siega.

Levine desató su caballo y volvió á casa para tomar el café. Sergio Ivanitch acababa de levantarse, y antes de que se hubiese vestido para pasar al comedor, Constantino estaba ya en el prado.

V

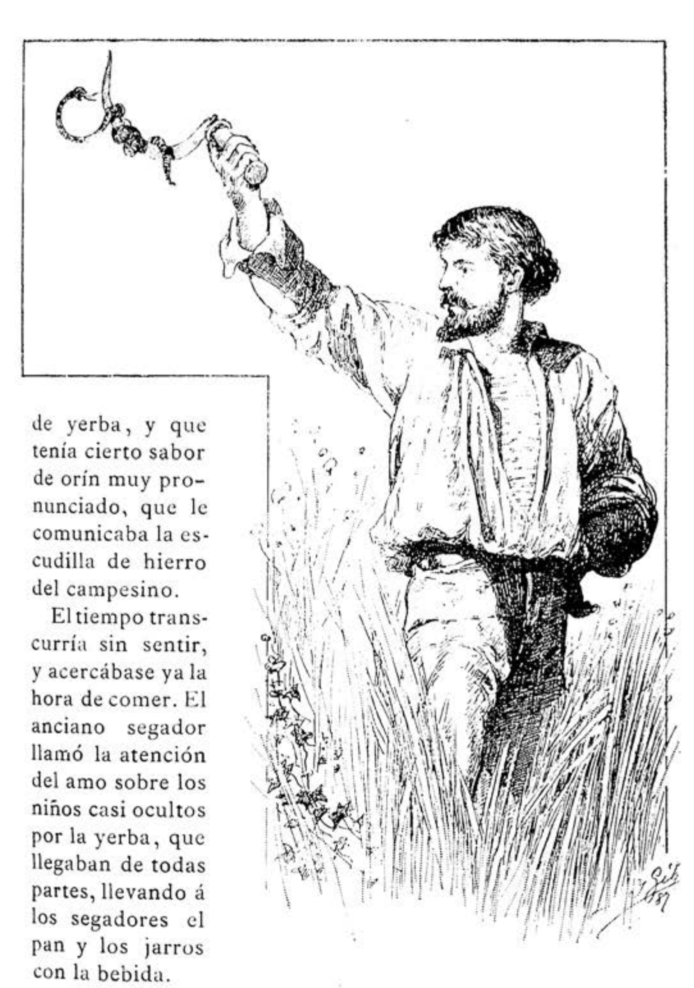
Después de almorzar, Levine continuó su trabajo, colocándose entre un viejo segador, que le invitó á ser su vecino, y un joven jornalero que trabajaba aquel año por primera vez.

El anciano avanzaba á paso regular, pareciendo que segaba sin el menor esfuerzo; veíase sólo el balanceo de sus brazos y su bien afilada hoz, y hubiérase dicho que ésta trabajaba sola.

La siega pareció á Levine menos penosa durante el calor del día; refrescábale el sudor que le bañaba; y el sol, calentando su espalda, la cabeza y los brazos, desnudos hasta el codo, comunicábale fuerza y energía. ¡Felices instantes eran aquellos en que lo olvidaba todo! Cuando se acercaban al río, el anciano, que iba delante de Levine, limpiaba su hoz con la yerba húmeda, para lavarla después, y sacando agua de la corriente, ofrecía un poco á su amo.

—¿Qué te parece mi bebida, Barine?—le preguntaba el segador.

Constantino creía no haber bebido nunca nada tan bueno como aquella agua templada, en la cual se veían fragmentos



de yerba, y que tenía cierto sabor de orín muy pronunciado, que le comunicaba la escudilla de hierro del campesino.

El tiempo transcurría sin sentir, y acercábase ya la hora de comer. El anciano segador llamó la atención del amo sobre los niños casi ocultos por la yerba, que llegaban de todas partes, llevando á los segadores el pan y los jarros con la bebida.

—Ya están ahí los moscones—dijo el segador á Levine,

mostrándole los chicos, y poniendo una mano sobre sus ojos á guisa de pantalla para examinar el sol.

La obra continuó un rato más, y después el segador dijo con tono resuelto:

—Es preciso comer, Barine.

Los jornaleros se dirigieron hacia el sitio donde tenían depositada su ropa, y donde los niños esperaban para comer; unos se colocaron cerca de los trineos, y los otros en una arboleda. Levine quiso sentarse junto á ellos, y no experimentaba el menor deseo de separarse de su gente. Ya había desaparecido toda cortedad por la presencia del amo y los segadores se dispusieron á comer y dormir; laváronse, comieron su pan, destaparon sus vasijas, y entretanto los niños bañáronse en el río.

El segador anciano desmigajó pan en una escudilla, aplastándole después con el mango de la cuchara; y llenando casi el recipiente del líquido contenido en su vasija, añadió después algunas rebanadas de pan y la sal necesaria. Hecho esto, comenzó á orar, volviéndose hacia oriente, y cuando hubo concluído dijo á Levine:

—Vamos, Barine, ven á probar mi sopa.

Constantino la probó, y parecióle tan buena que no quiso ir ya á su casa; prefirió comer con el viejo, y su conversación giró sobre los asuntos domésticos de éste, en los que el amo se interesó mucho. Levine habló á su vez de los proyectos que trataba de llevar á cabo, refiriéndose particularmente á lo que podía interesar á su compañero, cuyas ideas estaban más en armonía con las suyas que las de su hermano.

Terminada la comida, el anciano rezó su oración y se tumbó en el suelo después de formar una almohada de yerba; Levine hizo otro tanto, y á pesar de las moscas y de los insectos que corrían por su rostro bañado en sudor, durmióse muy pronto y no se despertó hasta que el sol, dando la vuelta al matorral, comenzó á brillar sobre su cabeza: el anciano afilaba ya su hoz.

Levine miró á su alrededor, sin poder explicarse al principio dónde estaba; tan cambiado le parecía todo: la pradera, cuyas yerbas se habían segado ya, extendíase en un espacio inmenso iluminado de otra manera por los rayos oblicuos del sol; el río, en parte oculto antes por la espesura, deslizábase

ahora limpio y brillante como el acero entre sus orillas descubiertas; y en las regiones aéreas cerníanse las aves de rapiña.

Levine calculó lo que se había hecho y lo que faltaba hacer: el trabajo de aquellos cuarenta y dos hombres, era considerable, pero hubiera querido adelantarle más aún; él no experimentaba cansancio alguno.

—¿Te parece—preguntó al anciano—que tendremos tiempo para segar la colina?

—Si Dios lo permite. El sol está bastante alto aún, y se podrá animar á los *chicos* prometiéndoles para después una copita.

Cuando los fumadores hubieron apurado sus pipas, el anciano les dijo que si segaban la colina no faltaría un trago.

—No hay inconveniente; adelante, Tite; despacharemos eso en una vuelta de mano, y se comerá de noche—dijeron algunos hombres.

—¡Vamos, hijos míos, ánimo! — exclamó Tite, abriendo la marcha á la carrera.

—¡Vamos!—repitió el viejo, apresurándose á reunirse con los demás;—si llego el primero, lo cortaré todo.

Viejos y jóvenes segaron á porfía, y apenas los últimos trabajadores terminaban su línea, cuando los primeros se dirigían ya á lo colina; muy pronto llegaron todos al pequeño barranco, donde las yerbas, espesas y suaves, les alcanzaban á la cintura.

Después de un breve conciliábulo para resolver si se haría el trabajo á lo largo ó á lo ancho, un segador de barba negra, Piotr Ermillitch, célebre en su oficio, marchó solo para dar la primera vuelta; y cuando hubo regresado, todos le siguieron para subir desde el barranco á la colina, saliendo luego al lindero del bosque.

El sol desaparecía poco á poco detrás de aquél; los segadores no divisaban ya su globo brillante sino en la altura; del barranco elevábanse blancos vapores; y en la vertiente de la montaña, la fresca sombra estaba impregnada de humedad: el trabajo avanzaba rápidamente.

Levine iba siempre entre sus dos compañeros: la yerba, tierna y suave, se podía segar con facilidad, pero era algo duro subir y bajar por la escarpada pendiente del barranco.

El viejo no manifestaba fatiga, y manejaba con ligereza su hoz, aunque á veces se estremecía todo su cuerpo. Levine, que iba detrás, temía caer á cada paso y decíase que jamás volvería á trepar con una hoz en la mano por aquellas alturas, tan difíciles de escalar aunque se llevaran las manos libres. Sin embargo, hizo como los demás, sin desanimarse, y como si le sostuviera alguna fiebre interior.

VI

Terminado el trabajo, los segadores se pusieron sus caftanes para dirigirse alegremente á sus casas. Levine volvió á montar á caballo y separóse con sentimiento de sus compañeros, tanto que desde una altura volvió la cabeza para mirarlos por última vez; pero los vapores de la tarde le impidieron verlos. Sólo se oía el choque de las hoces y la algazara que promovían con sus risas y gritos.

Sergio Ivanitch había comido hacía mucho tiempo, y tomando una limonada en su cuarto, revisaba los diarios y revistas que acababa de traer el correo, cuando Levine entró de pronto, con el cabello en desorden y pegado á la frente por el sudor.

—¡Hemos segado toda la pradera!—exclamó;—no puedes figurarte qué bueno es trabajar así. ¿Y qué has hecho tú?—añadió, olvidando completamente las impresiones de la víspera.

—¡Santo Dios, no sé qué pareces!—dijo Sergio, fijando en su hermano una mirada de descontento.—Pero, hombre, ante todo cierra la puerta, pues ya has dejado entrar lo menos una docena!

Ivanitch se refería á las moscas, que le causaban horror; para librarse de ellas, jamás abría las ventanas de su cuarto sino de noche, y cuidaba siempre de tener las puertas cerradas.

—Te aseguro que no he dejado entrar una sola—replicó Levine.—¡Si supieras qué bueno ha sido este día para mí! ¿Y cómo le has pasado tú?

—Muy bien. Supongo que no quieres hacerme creer que

has segado todo el día. Debes tener un apetito de lobo. Kousma te ha preparado la comida.

—No tengo gana; he comido con los trabajadores. Ante todo quiero ir á limpiarme.

—Muy bien; ya me reuniré contigo—dijo Sergio encogiéndose de hombros;—pero despáchate—añadió sonriendo, satisfecho al ver la viveza y animación de Constantino.—¿Dónde estabas durante la lluvia?

—¿Qué lluvia? Apenas han caído algunas gotas. Vamos, me alegro que hayas pasado bien el día. En seguida vuelvo.

Poco después, los dos hermanos se hallaban en el comedor. Levine, creyendo no tener apetito, sentóse á la mesa solamente para no ofender á Kousma; pero cuando hubo comenzado á comer, parecióle todo excelente. Sergio le miraba sonriendo.

—Se me olvidaba decirte que abajo hay una carta para ti—dijo;—Kousma, vé á buscarla y ten cuidado de cerrar bien la puerta.

La carta era de Oblonsky, que escribía desde San Petersburgo. Constantino leyó en alta voz:

«Recibo una carta de Dolly, que está en el campo: las cosas andan allí al revés; y como tú lo sabes todo, te agradecería que fueses á verla para ayudarla con tus consejos, pues la pobre mujer está sola. Mi cuñada continúa en el extranjero con toda su gente.»

—Ciertamente iré á verla—dijo Levine;—y tú deberías venir conmigo. ¿No te parece que es una buena mujer?

—Sus tierras no están lejos de aquí, según creo.

—Á unas treinta verstas, ó acaso cuarenta; pero el camino es muy bueno, y le franquearemos rápidamente.

—Iré con gusto—dijo Sergio sonriendo, pues sólo la vista de su hermano le ponía alegre.—¡Qué apetito tienes!—añadió, observando el rostro curtido de Levine, inclinado sobre el plato.

—Esto es excelente. No puedes imaginar hasta qué punto este régimen ahuyenta del cerebro muchas necedades.

—Me parece que tú no necesitas ese régimen.

—Pues te aseguro que es muy bueno para combatir las enfermedades nerviosas.

—La experiencia podrá demostrarlo. Has de saber que he

querido ir á verte trabajar; pero el calor era tan insoportable, que me detuve en el bosque; desde aquí pasé al pueblo y encontré á tu nodriza, á la cual hice varias preguntas para saber cómo te juzgan los campesinos: he creído comprender que no te aprueban. «Ese no es asunto de los amos», me contestó la nodriza. Yo creo que el pueblo forma generalmente ideas muy precisas sobre lo que «conviene á los amos hacer»; y parece que no le gusta verlos extralimitarse en sus atribuciones.

—Es posible; pero yo te aseguro que no he experimentado más vivo placer en toda mi vida. ¿Hago algún daño con esto?

—Vamos, veo que el día te ha satisfecho completamente.

—Sí, estoy muy contento; se ha segado toda la pradera y además he trabado conocimiento con un buen hombre que me interesa mucho.

—Pues si estás contento de tu día, yo lo estoy también del mío. Por lo pronto he resuelto dos problemas de ajedrez, uno de ellos muy bonito; y además he pensado en nuestra conversación de ayer.

—¿Qué conversación?—preguntó Levine, cerrando á medias los ojos después de comer, por efecto de una impresión de bienestar, y sin acordarse de la discusión de la víspera.

—He reflexionado que tienes en parte razón: la diferencia de nuestras opiniones consiste en que tú tomas el interés personal por móvil de nuestras acciones, al paso que yo pretendo que todo hombre, llegado á cierto desarrollo intelectual, debe tener por móvil el interés de todos; pero probablemente estás en lo cierto al decir que es preciso que la acción y la actividad se interesen en estas cuestiones. Tu naturaleza es variable, y necesitas obrar enérgicamente, ó no hacer nada.

Levine escuchaba sin comprender, ó sin tratar de entender, temiendo que su hermano le dirigiese alguna pregunta, por la que se reconociera la ausencia de su espíritu.

—¿No tengo yo razón, amigo?—dijo Sergio, apoyándole la mano en el hombro.

—Seguramente; y además, yo no pretendo estar en lo firme—dijo Levine, sonriendo como un niño culpable.

«¿Qué discusión hemos tenido?—pensó;—evidentemente los dos teníamos razón, y más vale así. Ahora iré á dar mis órdenes para mañana.»

Levantóse, estirando las piernas, y se dispuso á salir.

—¡Dios mío!—exclamó de pronto, tan vivamente que su hermano se alarmó.

—¿Qué hay?—preguntóle.

—¡La mano de Agata!—repuso Levine golpeándose la frente;—se me había olvidado.

—Ya está mejor.

—¡Qué importa! voy á verla, y estaré de vuelta antes de que te hayas puesto el sombrero.

Y bajó precipitadamente, haciendo resonar sus tacones en la escalera.

VII

Mientras que Estéfano Arcadievitch iba á San Petersburgo á cumplir con ese deber natural en los funcionarios públicos, deber que nunca discuten, por incomprensible que parezca á los otros, y que consiste en «hacerse presente al ministro»; y mientras se disponía al mismo tiempo, provisto de la cantidad necesaria, á pasar agradablemente algunos días en las carreras y otras partes, Dolly marchaba al campo, á su propiedad de Yergushovo, perteneciente á su dote, y cuyo bosque había sido vendido la primavera anterior; hallábase á cincuenta verstas del Pakrofsky de Levine.

La antigua mansión señorial de Yergushovo había desaparecido hacía largo tiempo, pues el príncipe se contentó con ensanchar una de las alas para formar una habitación conveniente.

Cuando Dolly era niña, veinte años antes, dicha parte del edificio tenía bastante capacidad y no dejaba de ser cómoda; pero ya estaba ruinosa. Cuando Arcadievitch fué al campo para vender la madera, su esposa le rogó que viese la casa para arreglarla un poco, á fin de que se pudiese vivir en ella; y Estéfano, deseoso, como todo marido culpable, de proporcionar á su mujer una vida material tan cómoda como fuese posible, mandó revestir los muebles de cretona y dispuso que pusieran cortinas; también se limpió el jardín, plantáronse flores, y se construyó un puentecillo por la parte del estan-

que; pero en cambio descuidáronse muchos detalles esenciales, como lo reconoció con dolor Dolly Alexandrovna. Arcadievitch olvidaba siempre que era padre de familia, y sus inclinaciones eran las de un soltero. De regreso á Moscou, anunció con orgullo á su mujer que la casa quedaba perfectamente arreglada, y aconsejóla que se trasladase á ella: esto convenía á Estéfano por varios conceptos: los niños se divertirían en el campo, los gastos disminuirían; y por último, él quedaría del todo libre. Dolly, por su parte, pensaba que era necesario que los niños respirasen aires más puros después de sufrir la escarlatina; y además, dejaba en la ciudad, entre otros enojos, las cuentas pendientes de los abastecedores, que la molestaban de continuo. Por último, pensaba atraer á su casa á Kitty, á la cual habían recomendado baños fríos, y que debía volver á Rusia á mediados del verano. Kitty la escribió diciendo que nada la agradaría tanto como terminar la temporada en Yergushovo, aquel lugar tan lleno de recuerdos de la infancia para las dos.

El campo, visto por Dolly á través de sus impresiones de la juventud, parecíale desde luego un refugio contra todos los enojos de la ciudad; y aunque no hubiese elegancia, por lo menos esperaba encontrar comodidad y economía; pero cuando estuvo en Yergushovo pudo reconocer que se había forjado ilusiones.

Al día siguiente de su llegada llovió á torrentes, y el agua, filtrándose por el tejado, cayó en el corredor y en la habitación de los niños; no se pudo encontrar una cocinera; de las nueve vacas que se hallaban en el establo, unas estaban preñadas, y las otras eran demasiado jóvenes, de modo que no se podía obtener leche ni manteca; faltaban también gallinas y huevos, y no se encontraba ninguna mujer para limpiar los suelos. Como uno de los caballos era muy indómito hasta el punto de no dejarse enganchar, se hubieron de suprimir los paseos en coche; en cuanto á los baños, no se debía pensar en ellos, pues los animales habían socavado las orillas del río, que estaban además descubiertas; y hasta los paseos á pie eran peligrosos, atendido que por las cercas poco seguras del jardín escapábase á cada momento el ganado, y había un toro temible, al que se acusaba de varias fechorías. En la casa no se encontró un solo armario útil para las ropas,

pues los pocos que había no se podían cerrar; en la cocina faltaban las ollas; en el lavadero la caldera; y ni siquiera se encontró una plancha para alisar la ropa.

He aquí cómo Dolly, en vez de hallar el descanso que esperaba, se entregó á la desesperación, sin que le fuera posible contener sus lágrimas en aquel apuro. El intendente, antiguo



funcionario que agradó á Estéfano Arcadievitch, y á quien éste confió su nuevo cargo, no hizo aprecio de las quejas de Dolly, y contentábase con responder: «¡Es imposible obtener nada, porque el mundo es muy malo!»

La posición hubiera sido intolerable si en casa de los Oblonsky, como en las más de las familias, no hubiese habido una persona útil y de buena voluntad, á pesar de sus modestas atribuciones: era Matrona Filemonovna, que siempre solícita, calmaba á su señora, asegurándola que todo se arre-

glaría. Apenas llegada á la localidad, Matrona trabó conocimiento con la mujer del intendente, y desde los primeros días fué á tomar el té con ella y su esposo; allí se comenzó á discutir sobre los asuntos de la casa; organizóse un círculo con el alcalde y un tenedor de libros, y poco á poco allanáronse las dificultades de la vida. El tejado se reparó, hallóse una cocinera, se compraron gallinas, las vacas comenzaron á dar leche, se compusieron las arcas, arregláronse los armarios, se reparó el lavadero, y no faltaron las planchas necesarias.

Hasta se halló medio de construir con tablas una barraca en la orilla del río, y Lilí pudo comenzar á bañarse; de modo que al fin la esperanza de vivir cómodamente, ya que no tranquila, llegó á ser una realidad para Dolly. Un período de calma con sus hijos era para la pobre mujer cosa rara; las inquietudes y los enojos asediábanla de continuo; pero tal vez á esto mismo debía que no se apoderasen de su ánimo las más negras ideas á causa de aquel esposo que no la amaba ya.

Por otra parte, si los niños la preocupaban por su salud ó sus defectos, distraíanla en cambio con sus alegrías. La soledad del campo contribuyó á que éstas fueran más frecuentes; y aunque Dolly se acusase á menudo de parcialidad maternal, no podía menos de admirar la pequeña familia agrupada á su alrededor, diciéndose que era raro encontrar seis niños tan hermosos, cada cual por su estilo.

En tales momentos juzgábase feliz y estaba orgullosa.

VIII

Durante la cuaresma de San Pedro, Dolly llevó á sus niños á comulgar. Aunque sus parientes y amigos extrañaban á veces su libertad de pensamiento en las cuestiones de fe, Daría Alexandrovna no dejaba de tener su religión, que apenas relacionada con los dogmas de la Iglesia, asemejábase singularmente á la metempsícosis, lo cual no impedía que Dolly hiciera cumplir extrictamente en su familia las prescripciones de la Iglesia. No sólo quería dar así el ejemplo, sino que obe-

decía á una necesidad de su alma. Inquietada por la idea de que sus hijos no hubiesen comulgado en todo el año, quiso hacerles cumplir con este deber.

Habíanse adoptado con anterioridad las disposiciones necesarias para arreglar el traje de los niños, á los que se pusieron, después de bien lavados y planchados, botones nuevos y lazos de cintas. Terminados todos los preparativos, los hijos de Dolly, bien engalanados y radiantes de alegría reuniéronse un domingo en el zaguán, delante del vehículo que debía conducirlos, esperando á su madre para ir á la iglesia. Gracias á la protección de Matrona Filemonovna, el caballo indómito había sido reemplazado por el del intendente. Daría Alexandrovna se presentó vestida de blanco, y un momento después emprendióse la marcha.

Dolly se había vestido cuidadosamente, casi con emoción. En otro tiempo gustábale engalanarse con elegancia á fin de agradar; pero ya había perdido el gusto á los adornos, obligándola esto á reconocer que su belleza había desaparecido. Sin embargo, aquel día, deseosa de no hacer sombra en el cuadro, junto á sus hijos, quiso esmerarse un poco, aunque no para embellecerse.

En la iglesia no había más que algunos campesinos y gente de la casa; pero Dolly observó la admiración que sus niños y ella producían al pasar. Tania, semejante á una mujercita, cuidaba de sus hermanos, y Lilí iba la última, haciendo gracia á todos por el asombro que manifestaba á cada paso, cuando veía alguna cosa nueva.

De regreso á su casa, después de comulgar, los niños, bajo la impresión del acto solemne en que acababan de tomar parte, fueron muy juiciosos hasta la hora del almuerzo; pero en aquel momento, Grisha se permitió silbar, rehusando obedecer á la inglesa, por lo cual se le privó del postre, castigo que Dolly debió confirmar, porque era justo: este episodio, sin embargo, turbó la alegría de todos.

Fortuna fué que Tania, con el pretexto de hacer una comida para sus muñecas, obtuvo permiso de tomar un trozo de pastel, y llevóselo á Grisha, á quien encontró llorando.

Terminado el almuerzo, y cuando se hubo desnudado á los niños para ponerles la ropa de cada día, Dolly dispuso que se les condujera en la tartana al bosque para buscar setas.

En medio de sus gritos de alegría, pronto llenaron un cesto, y hasta Lilí, la más pequeña, encontró por sí sola una, lo cual produjo un entusiasmo general.

El día terminó con un baño en el río; se ataron los caballos á los árboles, y el cochero Terenti, dejándoles cazar las mos-



cas con sus colas, se tumbó debajo de un abedul, encendió su pipa, y distrájose oyendo las carcajadas y gritos de las criaturas.

Complacíale á Dolly bañar por sí misma á los niños, aunque no era cosa fácil impedirles que hicieran locuras, ni encontrar completa la colección de medias y zapatitos cuando

llegaba el momento de vestirles. Los graciosos cuerpos que sumergía en el agua, los brillantes ojos de aquellas cabezas de querubines, las exclamaciones de espanto al hundirse en el líquido elemento; todo, en fin, era motivo de diversión para la madre.

Los niños estaban á medio vestir, cuando acertaron á pasar por aquel sitio varias campesinas con su traje dominguero, que se detuvieron tímidamente ante la barraca. Matrona Filemonovna llamó á una de ellas para que hiciera el favor de secar alguna ropa que había caído en el río, y Dolly les dirigió la palabra. Las buenas mujeres comenzaron por reirse, ocultando la boca con una mano, pues no comprendían bien las preguntas, pero después tomaron confianza y granjeáronse la simpatía de Dolly por su sincera admiración al contemplar los niños.

—Mira qué hermosa y qué blanca es esa!—dijo una de ellas señalando á Tania...—parece un terrón de azúcar, pero está muy flaca.

—Es porque ha padecido una enfermedad.

—¿Y se baña también ésta?—preguntó otra aldeana, señalando á la niña más pequeña.

—¡Oh, no! ésta no tiene más que tres meses—contestó Dolly con orgullo.

—¿De veras?

—Sí. ¿Y tienes tú hijos?

—He tenido cuatro; pero sólo quedan dos, niño y niña.

—¿Qué edad tiene el más pequeño?

—Pronto cumplirá dos años.

Continuaron hablando algún tiempo sobre los niños y sus enfermedades, pues Dolly se interesaba en esta conversación tanto como las campesinas, y además estaba contenta porque éstas la envidiaban el número de sus hijos y su belleza. Una de las aldeanas miraba fijamente á la inglesa, que se estaba vistiendo y se ponía varios refajos uno sobre otro. Al llegar al tercero, la campesina no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, y gritó involuntariamente: «¡Mira, mira, esa señora no acabará de vestirse nunca!» Esto excitó la hilaridad de todos.

IX

Daría Alexandrovna, cubierta la cabeza con un pañuelo, y rodeada de los pequeños bañistas, acercábase ya á la casa, cuando el cochero se detuvo y gritó: «He ahí un caballero que viene á nuestro encuentro; debe ser el dueño de Pakrofsky.»

Con la mayor alegría Dolly reconoció, efectivamente, el paletó gris, el sombrero de anchas alas y el rostro amigo de Levine; agradábale siempre verle, pero se regocijó particularmente aquel día, por hallarse un poco arreglada y con sus hijos, pues Constantino podía comprender mejor que nadie la causa de su contento.

Al divisarla, Levine creyó ver la imagen de la felicidad íntima, que tantas veces había soñado.

—Parece usted una madre de familia verdaderamente dichosa—dijo á Dolly.

—¡Cuánto me alegro ver á usted!—replicó ésta, ofreciéndole la mano.

—¡Contenta, y no me decía usted nada!—repuso Levine.—Tengo á mi hermano en casa, y por Estéfano he sabido que se hallaba usted aquí.

—¿Por Estéfano?—preguntó Dolly con asombro.

—Sí, me escribió diciéndome que estaba usted en el campo, y piensa que se me permitirá servirla en cualquier cosa.

Al pronunciar estas palabras, Levine se turbó, y andando junto al vehículo, arrancaba á su paso ramitas de tilo para morderlas: reflexionaba que á Dolly le parecería sin duda penoso ver á un extranjero ofrecerla el auxilio que debía recibir de su marido. En efecto, la manera de cumplir Levine con su encargo desagradó á Dolly, pero comprendiendo que aquél lo sentía, apreció su tacto y delicadeza.

—He supuesto—dijo Levine—que era una manera delicada de manifestarme que me vería usted con gusto, y me ha conmovido verdaderamente. Imagino que á usted, acostumbrada á la ciudad, le parecerá el país muy salvaje; y de todos modos, si puedo servirla en alguna cosa, la ruego que disponga de mí.

—¡Mil gracias!—contestó Dolly;—al principio no nos han faltado enojos; pero ahora todo va bien, gracias á mi buena servidora Matrona Filemonovna.

Esta última saludó á Levine al oir pronunciar su nombre, pues conocíale bien, y pensaba que sería muy buen partido para su *señorita*.

—Tome usted asiento con nosotras—dijo la sirvienta;—nos estrecharemos un poco.

—No, prefiero seguir á ustedes á pie. Vamos á ver cuál de esos niños quiere acompañarme para ir á buscar los caballos.

Los niños conocían poco á Levine, y no recordaban bien cuándo le habían visto, pero no les inspiraba desconfianza. Á veces se riñe á las criaturas porque no son amables con las personas mayores; pero si se muestran así, es porque el niño de más limitada inteligencia no se deja engañar por una hipocresía que con frecuencia escapa al hombre más penetrante: en este punto su instinto es infalible. Ahora bien, aunque Levine tuviera defectos, nadie podía acusarle de falta de sinceridad; y así es que los niños participaron de los buenos sentimientos que el rostro de su madre expresaba. Los dos mayores contestaron á la invitación, corriendo á reunirse con Levine; Lilí quiso ir también, y Constantino la colocó sobre sus hombros y comenzó á correr también, gritando á la madre:

—No tema usted nada, Daría Alexandrovna, que va bien segura.

Y al ver el aplomo de los movimientos de Levine, Dolly no experimentó la menor desconfianza.

Constantino se hacía tan criatura como las que llevaba, con tanto mayor gusto, cuanto que Dolly le inspiraba una verdadera simpatía. Agradábale á la madre ver á su amigo en tan buena disposición de espíritu, y le complacía que divirtiera á sus hijos y á la señora Hull, su aya, con la cual hablaba en inglés.

Después de comer, y cuando estuvieron solos en el balcón, se trató de Kitty.

—¿Sabe usted ya—dijo Dolly—que vendrá á pasar el verano conmigo?

—¿De veras?—contestó Levine ruborizándose; pero al punto cambió la conversación y repuso:—Voy á enviar á usted

dos vacas, y si se empeña absolutamente en pagar, y no se avergüenza por ello, dará cinco rublos al mes.

—Le aseguro á usted que no es necesario, pues podemos arreglarnos muy bien.

—En tal caso, permítame al menos examinar sus vacas y el alimento que les dan.

Y para no reanudar la espinosa conversación que tanto deseaba, expuso á Dolly todo un sistema sobre la alimentación de las vacas, sistema que las convertía en simples máquinas para transformar el forraje en leche.

—Tal vez tenga usted razón—dijo Dolly;—pero todo eso exige cierta vigilancia que yo no puedo ejercer.

Como ya se había restablecido el orden en la casa, Dolly no tenía el menor deseo de hacer cambios, y por otra parte, los conocimientos científicos de Levine eran para la buena señora tan sospechosos, como dudosas sus teorías. El sistema de Matrona era incomparablemente más sencillo, pues reducíase á dar mayor cantidad de heno á las dos vacas de leche, é impedir que el cocinero llevase las aguas de la cocina á la vaca de la lavandera. Lo que Dolly quería era hablar de Kitty.

X

—He recibido una carta de Kitty—comenzó á decir Dolly —en la cual me indica que desea la soledad y el reposo.

—¿Ha mejorado ya su salud?—preguntó Levine con emoción.

—Á Dios gracias, ya está restablecida del todo. Jamás he creído que padeciese del pecho.

—Me alegro muchísimo—repuso Levine, en cuyo rostro creyó leer Dolly la expresión de un dolor inconsolable.

—Dígame usted, Constantino—continuó Alexandrovna, sonriendo con bondad y un poco de malicia—¿por qué conserva usted rencor á Kitty?

—¡Pero si yo no le tengo ninguna mala voluntad!

—Pues entonces, ¿por qué no ha visitado usted á ninguna de nosotras la última vez que fué á Moscou?

—Daría Alexandrovna—replicó Levine sonrojándose hasta la raíz de los cabellos—¿cómo es que siendo usted tan buena, no tiene compasión de mí, puesto que sabe...

—Yo no sé nada.

—¿Puesto que sabe que se me ha rechazado?

Y toda la ternura que sentía antes por Kitty desvanecióse al recordar el desaire recibido.

—¿Por qué supone usted que yo lo sé?

—Porque todo el mundo lo sabe.

—En eso se engaña usted; yo lo sospechaba, pero no sabía nada de positivo.

—Pues bien, ya lo sabe usted todo.

—Lo que yo sabía era que Kitty estaba muy atormentada por un recuerdo sobre el cual no permitía alusiones; y si á mí no me ha confiado nada, es porque no ha dicho á nadie la menor cosa. Dígame usted ahora qué ha ocurrido entre los dos.

—Ya se lo he dicho.

—¿Cuándo sucedió?

—La última vez que estuve en casa de sus padres.

—Sepa usted que Kitty me da mucha lástima—dijo Dolly; —pero también comprendo que el amor propio de usted se ha resentido...

—Es posible—dijo Levine—pero...

—La pobre niña—interrumpió Dolly—es verdaderamente digna de compasión. Ahora lo comprendo todo.

—Dispénseme usted si me retiro, Daría Alexandrovna—dijo Levine levantándose.—Hasta la vista.

—No, espere usted—exclamó Dolly, reteniendo á su interlocutor por la manga del paletó;—siéntese un momento más.

—Le suplico que no hablemos más de eso—repuso Levine sentándose, mientras que se infiltraba en su corazón una esperanza que él creía para siempre perdida.

—Si no le apreciase á usted—dijo Dolly con los ojos llenos de lágrimas—si no le conociese como le conozco...

El sentimiento que Levine creía extinguido para siempre, llenaba más que nunca su corazón.

—Sí, ahora lo comprendo todo—continuó Dolly.—Ustedes, los hombres, libres en la elección, pueden saber ciertamente á quien aman; mientras que una joven debe esperar con la re-

serva impuesta á las mujeres; á usted le es difícil comprender esto, pero una muchacha puede hallarse en el caso de no saber qué contestar.

—Sí, cuando su corazón no habla.

—Y aunque su corazón hable. Reflexiónelo bien: usted, que tiene sus miras respecto á una joven, puede ir á casa de sus padres, acercarse á ella y observarla; y no pide su mano hasta que está seguro que le agrada.

—No siempre sucede así.

—Pero no es menos cierto que usted no se declara hasta que su amor ha madurado, ó cuando, habiendo dos personas, fija usted en una su preferencia. ¿Y la joven? Preténdese que elija, y nunca puede hacer más que contestar, sí ó no.

«Se trata de la elección entre mí y Wronsky»—pensó Levine. Y parecióle que la imagen que resucitaba en su alma, volvía á desvanecerse, martirizando su corazón.

—Daría Alexandrovna—repuso—se puede elegir un vestido, ó cualquier otro objeto de poca importancia, pero no el amor. Por lo demás, la elección quedó hecha; tanto mejor; estas cosas no se vuelven á comenzar.

—¡Vanidad, vanidad!—replicó Dolly desdeñosamente, por la bajeza del sentimiento que Levine expresaba, comparado con los que sólo las mujeres comprenden.—Cuando usted se declaró á Kitty, ella estaba precisamente en una de esas situaciones delicadas en que no se sabe qué contestar; fluctuaba entre usted y Wronsky; éste visitaba la casa todos los días, y usted no se había presentado hacía largo tiempo. Si hubiese tenido más edad, no habría vacilado; para mí, por ejemplo, no hubiera habido duda ni vacilación.

Levine recordó en aquel momento la contestación de Kitty: «No, eso no puede ser.»

—Daría Alexandrovna—replicó secamente—me conmueve mucho su confianza, pero creo que se engaña. Con razón ó sin ella, este amor propio, que usted desprecia en mí, es causa de que todas mis esperanzas respecto á Catalina Alexandrovna sean ya imposibles; y compréndalo usted bien, imposibles.

—Una palabra más: usted comprende bien que le hablo de una hermana, tan querida para mí como mis propios hijos; no pretendo que ella le ame; solamente deseaba decirle que

su negativa, en el momento en que la hizo, no significaba nada.

—¡No comprendo á usted!—exclamó Levine saltando de la silla;—y no sabe cuánto daño me hace en este momento. Es como si hubiese usted perdido un niño y viniese alguno á decirle: He aquí cómo sería si hubiese vivido, para ser su alegría: pero desgraciadamente ha muerto...

—¡Qué singular es usted!—dijo Dolly con triste sonrisa al observar la emoción de Levine.—¡Ah! le comprendo cada vez más—añadió con aire pensativo.—Quiere decir que no vendrá usted cuando Kitty esté aquí.

—¡No! Nunca huiré de Catalina Alexandrovna; pero en cuanto sea posible, le evitaré el enojo que mi presencia pueda causarla.

—Es usted muy original—dijo Dolly mirando afectuosamente á su interlocutor.—Supongamos ahora que no hemos dicho nada... ¿Qué quieres, Tania?—añadió en francés, al ver á su hija que acababa de entrar.

—¿Dónde está mi pala, mamá?

—Yo te hablo en francés; contéstame en el mismo idioma—replicó la madre.

Como la niña no recordaba la palabra, Dolly se la dijo en voz baja, indicando luego, siempre en francés, dónde estaba el objeto pedido.

Aquel francés desagradó á Levine, á quien le pareció todo cambiado en casa de Dolly; hasta sus niños no eran ya tan graciosos.

«¿Por qué habla francés á sus hijos?—pensó.—Esto es poco natural, y los niños lo conocen; se les enseña el francés y se les hace olvidar la sinceridad.»

Levine ignoraba que Dolly se había hecho veinte veces el mismo razonamiento, deduciendo que, á pesar de perjudicarse lo natural, no había otro medio de enseñar una lengua extranjera á los niños.

—¿Dónde va usted tan de prisa?—le preguntó Dolly;—acompáñenos otro ratito.

Levine permaneció hasta la hora de tomar el té; pero toda su alegría se había desvanecido, y experimentaba cierta contrariedad.

Después del té, Levine salió para dar orden de enganchar,

y cuando volvió al salón halló á Dolly muy trastornada, con los ojos llenos de lágrimas. Durante su breve ausencia, el orgullo de la buena madre respecto á sus hijos acababa de resentirse dolorosamente. Grisha y Tania se habían pegado por una pelota; al oir sus gritos Dolly acudió presurosa y hallóles en un estado lastimoso; Tania tiraba de los cabellos á su hermano, y éste, con las facciones descompuestas por la cólera, descargaba puñetazos sobre su adversaria. Ante aquel espectáculo, parecióle á Dolly que algo se rompía en su corazón y que todo se cubría de un velo negro: aquellos niños de que estaba tan orgullosa, resultaban ser ahora malos y de perversas inclinaciones; y esta idea perturbó de tal modo á la madre, que no pudo hablar ni explicar su pena á Levine. Éste la consoló de la mejor manera posible, asegurándola que el hecho de pegarse los niños no tenía nada de terrible, pues todos lo hacían, pero al mismo tiempo decíase: «No, no me molestaré para hablar francés á mis hijos, porque no se debe desnaturalizar el carácter de las criaturas; esto las impide ser seductoras. ¡Oh! mis hijos serán muy diferentes.»

Y despidiéndose de Dolly, retiróse sin que ésta tratase de retenerle.

XI

Hacia mediados de Julio, Levine vió llegar al intendente de la hacienda de su hermana, situada á unas veinte verstas de Pakrosfky, que llevaba su informe sobre el estado de los negocios y el resultado de la siega. El principal rendimiento de aquella tierra provenía de los extensos prados que se inundaban en la primavera; y que los campesinos arrendaban en otro tiempo. Cuando Levine se encargó de la administración de aquella propiedad, reconoció al examinar los terrenos, que el precio pagado por aquellos era excesivamente módico, y en su consecuencia, aumentóle en la proporción que le pareció equitativa. Los campesinos rehusaron arrendar con las nuevas condiciones, y como lo sospechaba Levine, hicieron lo posible para retraer á otros solicitantes. Fué preciso trasladarse á la localidad, buscar jornaleros y segar por cuen-

ta propia. Los aldeanos hicieron cuanto estuvo en su mano para entorpecer este nuevo plan; mas á pesar de ello, las praderas produjeron ya más del doble desde el primer verano. La resistencia de los campesinos se prolongó dos años más; pero después propusieron encargarse del trabajo reteniendo para sí la tercera parte de la cosecha; y el intendente iba sólo para anunciar que todo estaba terminado. Dijo que á causa de la lluvia se habían dado prisa á concluir los trabajos, y que era preciso comprobar la repartición para entregar al propietario las once cargas que le correspondían. Levine sospechó, por el apresuramiento del intendente para hacer la distribución, sin haber recibido orden del administrador principal, que se había cometido alguna irregularidad, y en su consecuencia juzgó prudente ir por sí mismo á poner el asunto en claro. Llegó al pueblo á la hora de comer, dejó sus caballos en casa de un anciano campesino amigo suyo, y marchó en busca de éste, esperando obtener de él algún informe sobre el asunto de las praderas. El buen hombre recibió á Levine con demostraciones de alegría, enseñóle su pequeño dominio y le condujo al sitio donde estaban sus colmenas; pero contestó vagamente á las preguntas que Levine le hizo, lo cual bastó para confirmar las sospechas de éste. Dirigióse al sitio donde estaban las gavillas, examinólas, y pareciéndole inverosímil que contuvieran cincuenta carretadas, dió orden de conducirlas á un cobertizo, donde resultó de la comprobación que sólo había treinta y dos. El intendente juró y perjuró que se había procedido con la mayor honradez; pero Levine replicó que no aceptaba aquella distribución, y al fin, después de un largo debate, acordóse que los campesinos se quedaran con las once cargas y se diera al amo la parte que exigía. Arreglado el asunto, Levine fué á sentarse sobre una gavilla y contempló admirado la animación de la pradera con su mundo de trabajadores.

Delante de él extendíase el río, que en aquella parte formaba un recodo, y en sus orillas veíanse mujeres moviéndose en animados grupos al rededor del heno; removíanle, levantándole en masas ondulantes de un bonito color verde claro, y le alargaban á los hombres, que con largas horquillas formaban los haces. Por un lado llegaban ruidosamente los telegas, en los cuales se cargaba la parte de los campesinos;

y en las carretas amontonábase el heno sobre los caballos.

—¡Qué hermoso tiempo!—dijo el anciano, sentándose junto á Levine.—El heno está seco como el grano que damos á las gallinas, y desde la hora de comer hemos alineado ya lo menos la mitad... ¿Es esa la última carretada?—preguntó á un joven que pasaba por delante de ellos en su telega.

—La última, padre—contestó el campesino sonriendo, y volviéndose á una mujer fresca y rolliza que le acompañaba.



—¿Es tu hijo?—preguntó Levine.

—Sí, el menor—contestó el anciano con una sonrisa.

—¡Guapo muchacho!

—¿No es verdad?

—¿Está ya casado?

—Sí; hace dos años.

—¿Tiene hijos?

—¡Ya lo creo! Durante un año se hizo el inocente, y fué preciso avergonzarle... En fin, ya tiene familia.

Levine miró con atención á la joven pareja, que comenzaba á cargar su vehículo; el marido, en pie, recibía enormes brazadas de heno que su compañera le alargaba con una horquilla, y cuando la carreta estuvo llena, la mujer se introdujo por debajo para atar la carga. En el semblante de los jóvenes cónyuges retratábase el amor y la felicidad.

XII

Terminada la operación de cargar, el joven campesino, llamado Iván, saltó á tierra, empuñó la brida del caballo y púsose en marcha con las demás telegas en dirección al pueblo; mientras que la mujer iba á reunirse con otras trabajadoras. Aquellas mujeres, con sus zagalejos de brillantes colores y sus horcas al hombro, alegres y animadas, comenzaron á cantar, y una de ellas entonó con voz robusta una estrofa, la cual repitieron en coro otras voces frescas y argentinas.

Levine veía acercarse á las mujeres como una nube que pronto lo arrollaría todo. Al ritmo de aquella canción salvaje con su acompañamiento de silbidos y agudos gritos, los campos lejanos parecían animarse. Semejante alegría hizo experimentar á Levine un sentimiento de envidia; hubiera querido participar de ella, mas él no sabía hacer tales manifestaciones, y por lo tanto debía limitarse á mirar y escuchar.

Cuando aquella multitud hubo pasado, reflexionó sobre su aislamiento y su pereza física, pensando en la especie de hostilidad que existía entre él y aquel mundo de campesinos.

Aquellos mismos hombres con quienes había disputado, infiriéndoles una injuria, si su intención no fué engañarle, saludábanle ahora alegremente al paso, sin rencor y sin remordimiento, porque el trabajo había borrado todo mal recuerdo. Dios, que daba aquel día, comunicaba á todos la fuerza necesaria para salir de él, y nadie pensaba en preguntarse por qué trabajaba y para quién sería el beneficio. Levine, bajo la impresión que le había causado la vista de Iván y su mujer, experimentaba más que nunca el deseo de cambiar su existencia, ociosa, artificial y egoísta, por la de aquellos campesinos que le parecía tan seductora y pura.

Solo y sentado en su gavilla, mientras que los habitantes de las inmediaciones entraban en sus casas, y los que venían de lejos se instalaban en la pradera, Levine miraba y escuchaba sin ser visto, y pasó casi sin dormir aquella breve noche de estío.

Durante la cena, los aldeanos hablaron y rieron largo tiem-

po, entonando alegres canciones; pero un poco antes de la aurora prodújose un profundo silencio: sólo se oía el canto incesante de las ranas en los pantanos y el rumor de los caballos que pastaban en la pradera. Entonces Levine volvió en sí, levantóse y echó de ver, mirando á las estrellas, que la noche había pasado.

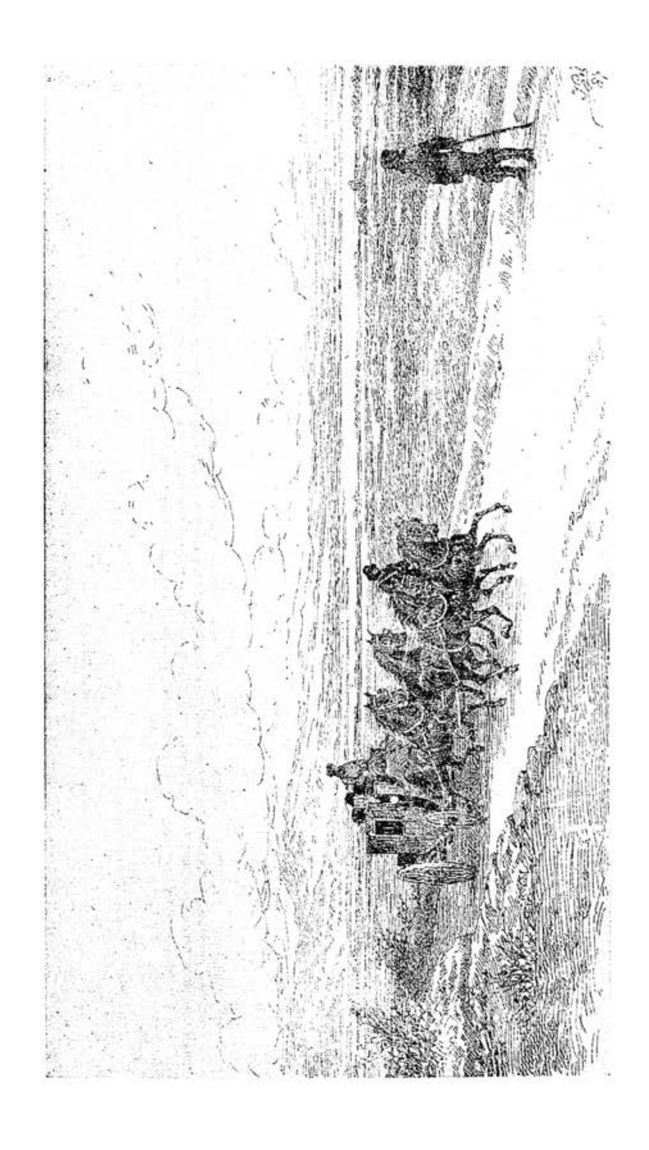
«¿Y qué haré yo?—se dijo, procurando dar forma á los pensamientos que le preocuparon durante la noche—¿cómo realizaré mi proyecto?»

Por lo pronto, sería preciso renunciar á su vida pasada, á su inútil cultura intelectual, cosa fácil y que no le costaría mucho. Pero esto le hacía reflexionar sobre su futura existencia, sencilla y pura, la cual le devolvería la calma y tranquilidad del espíritu que no conocía ya. Sin embargo, ¿cómo efectuar la transición de su vida actual á la otra? Sobre este punto nada le pareció claro; debería casarse con una campesina, imponerse un trabajo, abandonar Pakrofsky, comprar un terreno, hacerse individuo de una comunidad... ¿Cómo realizar todo esto?

«Á decir verdad—pensó—mis ideas no son claras, porque no he dormido en toda la noche; pero una cosa me parece positiva, y es que estas pocas horas han decidido de mi suerte. Mis sueños de otro tiempo no son más que una locura; lo que yo quiero es más sencillo y mejor.» «¡Qué hermoso es—se dijo después, admirando las ligeras nubes sonrosadas que se deslizaban por el cielo, semejantes al fondo nacarado de una concha—qué hermoso es cuánto veo en esta magnífica noche! ¿Cómo ha tenido tiempo de formarse esa concha? ¡Hace un momento observé el cielo y sólo ví fajas blancas! Así se han transformado, sin que yo lo notase, mis ideas sobre la vida.»

Levine salió de la pradera para dirigirse hacia el pueblo; comenzaba á soplar un aire fresco, y todo adquiría, en aquel instante que precede á la aurora, un tinte gris y melancólico, como para revelar mejor el triunfo del día sobre las tinieblas.

Constantino andaba de prisa para entrar en calor, cuando de repente divisó en el camino, á unos cuarenta pasos de distancia, un coche tirado por cuatro caballos; la carretera era mala, y para no rozarse con las ortigas, los cuadrúpedos se oprimían contra la lanza, pero el postillón los dirigía tan



bien, que las ruedas pasaban sólo por el suelo llano del camino.

Levine contempló distraídamente aquel coche sin pensar en lo que podría contener.

Una anciana dormitaba en el fondo, mientras que junto á la portezuela, una joven jugaba con la cinta de su gorro de viaje; su rostro, de expresión tranquila y pensadora, parecía revelar un espíritu superior; en aquel instante contemplaba las claridades del alba, y ya iba á desaparecer la visión, cuando dos ojos brillantes fijaron en él una mirada. Levine reconoció á la viajera y su rostro pareció iluminarse; no se podía engañar; aquellos ojos eran únicos en el mundo, y sólo un sér humano personificaba para él la luz de la vida y su propia razón de ser. Era ella, era Kitty. Constantino comprendió que se dirigía desde la estación del camino de hierro á Yergushovo; y todas sus resoluciones, adoptadas durante una noche de insomnio, desvaneciéronse al punto; la idea de casarse con una campesina le infundió horror. Allí, en aquel coche que se alejaba, estaba la contestación al enigma de la existencia que le atormentaba tan penosamente. El rumor de las ruedas dejó de oirse, apenas se percibía el sonido de las campanillas, y Levine reconoció por los ladridos de los perros que el coche cruzaba por el pueblo. De aquella visión no quedaban para él más que los campos solitarios, la aldea lejana y el silencio profundo.

Levine miró al cielo, esperando hallar esas tintas anacaradas que antes viera y que le habían parecido personificar el movimiento de sus ideas y de sus impresiones durante la noche; pero nada recordaba ya los tintes de la concha. Allá arriba, en alturas inconmensurables, habíase efectuado la misteriosa transición que sustituyó al nácar una vasta alfombra de pequeñas nubes blanquecinas; el cielo comenzaba á clarear y matizarse de un hermoso azul, y contestaba con igual dulzura y menos misterio á su mirada interrogadora.

«No—pensó—por hermosa que sea esa vida sencilla y laboriosa, no me es posible adoptarla. Á *ella* es á quien amo.»

XIII

Excepto sus familiares, nadie sospechaba que Alejo Alexandrovitch, aquel hombre frío y reflexivo, fuese presa de una debilidad que estaba en contradicción absoluta con la tendencia general de su naturaleza. No podía ver llorar á un niño ó una mujer sin alterarse; al ver las lágrimas se trastornaba, y hasta perdía el uso de sus facultades. Sus subordinados lo sabían tan bien, que juzgaban necesario advertírselo á las solicitantes, para no comprometer su demanda, por haber dado origen á un acceso de sensibilidad. «Se incomodará y no seréis escuchadas», las decían siempre. En efecto, la perturbación que las lágrimas producían en Alexandrovitch, traducíase por una cólera agitada. «Nada puedo hacer por usted—contestaba el señor de Karenine en semejante caso;—sírvase retirarse.»

Cuando al volver de las carreras Ana le hubo confesado sus relaciones con Wronsky, y cubriéndose el rostro comenzó á sollozar, Alexandrovitch, aunque irritado contra su esposa, no pudo menos de experimentar una profunda perturbación; y para evitar toda señal exterior, trató de reprimir su emoción, permaneciendo inmóvil sin mirar á su esposa, con una rigidez mortal que llamó mucho la atención de Ana.

Al acercarse á la casa hizo un gran esfuerzo para bajar del coche y separarse de su esposa con la acostumbrada cortesía, y sólo dijo algunas palabras insignificantes, resuelto á no tomar ninguna determinación hasta el día siguiente.

Las palabras de Ana habían confirmado sus peores sospechas, y el daño que le hicieron, agravándose con las lágrimas, era verdaderamente cruel; pero una vez solo en el coche, Alexandrovitch se sintió aliviado de un gran peso, pareciéndole que ya no pesaban sobre él las dudas, ni los celos, ni la piedad. Experimentaba la misma sensación del hombre que, aquejado de un fuerte dolor de muelas, se hace arrancar la que está dañada, y aunque el dolor es terrible, siente después un consuelo y alivio indecibles. El dolor que había emponzoñado su vida tan largo tiempo no existía ya;

en lo futuro le sería dado pensar, hablar é interesarse en otra cosa que no fuese su mal.

Alexandrovitch había experimentado un sufrimiento singular y terrible; pero ya estaba concluido, y en adelante podría pensar en otra cosa que no fuera su mujer.

«Es una mujer perdida—decíase—sin honor, sin corazón y sin religión; siempre lo pensé así, y sólo por compasión á ella he tratado de hacerme ilusiones.» Y Alexandrovitch creía sinceramente haber sido perspicaz, recordando diversos detalles del pasado, en otro tiempo inocentes á sus ojos, y que ahora le parecían otras tantas pruebas de la corrupción de Ana. «He cometido un error—decíase—al unir mi existencia con la suya, pero mi error no ha tenido nada de culpable, y de consiguiente no debo ser desgraciado; la culpable es ella, y cuanto la toque no me concierne ya, pues para mí ha dejado de existir...» No se interesaba en las desgracias que pudieran recaer sobre su hijo, para el cual cambiaban también sus sentimientos del mismo modo; lo importante era salir de aquella crisis de una manera juiciosa, lavando el cieno con que Ana le había manchado, y sin que se resintiera su vida, honrada, útil y laboriosa.

«¿He de ser yo desgraciado—pensaba—porque una mujer despreciable haya cometido un error? No soy el primero ni el último que se halla en semejante caso.» Y sin hablar del ejemplo histórico que la bella Elena hacía revivir en todas las memorias, Alexandrovitch recordó una serie de episodios contemporáneos en que maridos de más alta posición debieron deplorar la infidelidad de sus esposas.

«¡Darialof, Poltovsky, el príncipe Karibanof, Dramm! Supongamos que sobre esos hombres recae un *ridículo* injusto; en cuanto á mí, jamás pensé sino en su desgracia, y siempre los compadecí.» Esto no era verdad: Alexandrovitch no sintió nunca compasión por ellos, y la desgracia de los otros le había servido para crecerse en su propia estimación.

«Pues bien, el dolor que otros han sufrido, me hiere á mi vez; pero ante todo importa hacer frente á la situación.» Y el señor de Karenine pensó en la manera de proceder de los citados hombres cuando se hallaron en igual caso.

«Darialof—se dijo—optó por batirse...» En su juventud, y á causa de su temperamento tímido, Alexandrovitch había

pensado á menudo en el duelo; nada le parecía tan terrible como la idea de ver una pistola apuntada contra su pecho; y jamás había hecho uso de arma alguna. Este horror instintivo le inspiró muchas reflexiones, y trató de acostumbrarse á la eventualidad posible ó á la obligación de arriesgar su vida. Más tarde, llegado á una alta posición social, estas impresiones se borraron; pero la costumbre de temer su propia cobardía llegó á ser tan poderosa, que en aquel momento deliberó largo rato consigo mismo, considerando la perspectiva de un duelo y examinándola en todas sus fases, á pesar de su convicción de que no se batiría en ningún caso.

«El estado de nuestra sociedad es aún tan salvaje—pensaba—que muchos hombres aprobarían un duelo: aquí no es como en Inglaterra. ¿Á qué conduciría esto, suponiendo que yo le provoque?» En este punto, Alexandrovitch se representó vivamente la noche que pasaría después de la provocación y la pistola apuntada contra él, estremeciéndose al reflexionar que jamás podría soportarlo. «Admitamos—continuó—que aprendo á tirar, que me coloco delante de él, que oprimo el gatillo de mi pistola y que le mato.» El señor de Karenine cerró los ojos y movió la cabeza como para desechar esta idea absurda. «¿Qué lógica habría en matar á un hombre para reanudar sus relaciones con una mujer culpable y su hijo? ¿Se resolvería con esto la cuestión? ¿Y si el herido ó el muerto soy yo, lo cual me parece más probable? Entonces, sin culpa alguna, yo sería la víctima expiatoria. ¿No sería esto más absurdo aún? Y por otra parte, ¿sería honroso que yo fuese á provocar á ese hombre, seguro como estoy de que mis amigos intervendrían, para no exponer la vida de un individuo que es útil al país? ¿No parecería que trato de llamar la atención, promoviendo un lance que no podría conducir á nada? Nadie espera de mí ese duelo tan absurdo, y mi único objeto debe ser conservar mi reputación intacta, sin consentir que ninguna cosa pueda entorpecer mi carrera.» El «servicio del Estado,» siempre importante á los ojos de Alexandrovitch, lo era más en aquel momento.

Descartada la cuestión del duelo, quedaba la del divorcio: alguno de aquellos hombres cuyo recuerdo evocaba, habían apelado á él; los casos de esta especie ocurridos en la alta sociedad le eran bien conocidos; pero Alexandrovitch no halló

uno solo en que semejante medida hubiera llenado el objeto que él se proponía; en cada uno de ellos el esposo había cedido ó vendido á su mujer; y la culpable, la que no tenía derecho alguno á un segundo matrimonio, era la que contraía un nuevo lazo. En cuanto al divorcio legal, el que tendría por sanción el castigo de la mujer adúltera, no se podía recurrir á él, en concepto de Alexandrovitch, porque no sería posible suministrar, en las complicadas condiciones de su vida, las pruebas brutales exigidas por la ley; aunque hubiesen existido, no le era dado hacer uso de ellas, pues el escándalo rebajaría al esposo en la opinión pública más que á la culpable. Los enemigos de Alexandrovitch se aprovecharían de esto para calumniarle, procurando comprometer su elevada posición oficial, y entonces no se llenaría su objeto, que era salir con el menor ruido posible de la crisis en que se hallaba.

Por otra parte, el divorcio rompería toda relación con su esposa, dejando á ésta en manos de su amante; lo cual quería evitar el señor de Karenine, porque á pesar del desprecio indiferente que pensaba sentir por su mujer, quedábale en el fondo del alma un afecto muy vivo, inspirándole horror todo cuanto tendiese á favorecer sus relaciones con Wronsky para que se aprovechase de su falta. Esta idea le arrancó casi un grito de dolor, púsose de pie en su coche y cambió de asiento, tapándose las piernas, muy sensibles al frío.

«También se podría—continuó, procurando calmarse—imitar á Karilanof y á Dramm, exigiendo la separación; pero esta medida tendría casi los mismos inconvenientes que el divorcio; equivaldría á dejar á mi esposa en brazos de Wronsky.»

«No, es imposible, imposible; yo no puedo ser desgraciado, y ellos no deben ser felices.»

Sin confesárselo, Alexandrovitch deseaba en el fondo del corazón ver á su esposa sufrir por haber atacado así su honor, turbando su tranquilidad.

Después de pesar los inconvenientes del duelo, del divorcio y de la separación, Alexandrovitch se convenció de que el único medio de salir de aquel mal paso era conservar su mujer, ocultando su desgracia al mundo, y procurar por todos los medios imaginables romper las relaciones de Ana con Wronsky, y castigar á la culpable: Alexandrovitch, sin embargo, no se confesaba esto último.

«Debo decirla que, dada la situación en que ha puesto á nuestra familia, juzgo el *statu quo* aparente preferible para todos, y consiento en conservarla bajo la expresa condición de que rompa las relaciones con su amante.» Adoptada esta resolución, el señor de Karenine se sirvió de un argumento que la sancionaba en su espíritu. «De esta manera—se dijo—obro conforme á la ley religiosa, no rechazo la mujer adúltera; la ofrezco el medio de enmendarse; y por penoso que sea para mí, me consagro en parte á su rehabilitación.»

Alexandrovitch no ignoraba que no podría tener influencia alguna en su esposa, y que las pruebas que se proponía intentar eran ilusorias; durante las tristes horas que acababan de transcurrir, no había pensado un instante en buscar un punto de apoyo en la religión; mas apenas reconoció que ésta se hallaba de acuerdo con lo que acababa de resolver, semejante sanción le tranquilizó. Aliviábale pensar que nadie tendría derecho para acusarle de haber obrado en una crisis tan grave de su vida en oposición con la fe, cuya bandera llevaba tan alta en medio de la indiferencia general.

Reflexionando más aún, el señor de Karenine acabó por pensar que ninguna razón se oponía á que las relaciones con su esposa siguieran siendo poco más ó menos lo que eran últimamente. Sin duda no podría apreciarla ya; mas no veía motivo para trastornar toda su vida y sufrir personalmente porque ella hubiese delinquido.

«Ya llegará el tiempo—se dijo—ese tiempo que resuelve tantas dificultades, en que nuestras relaciones se reanudarán como antes; es preciso que ella sea desgraciada; pero como yo no soy culpable, no debo sufrir.»

XIV

Al acercarse á San Petersburgo, Alejo Alexandrovitch tenía ya trazada la línea de conducta que debía observar con su esposa, y hasta había ideado también la carta que se proponía escribirla. Al entrar en su casa dirigió una ojeada á los papeles depositados en la portería, y dió orden para que los llevaran á su despacho.

—Que desenganchen y que no se reciba á nadie—dijo al portero, recalcando sus últimas palabras con una especie de satisfacción, indicio evidente de que se hallaba en las mejores condiciones de espíritu.

Llegado á su despacho, Alexandrovitch, después de dar dos ó tres vueltas, haciendo crugir las falanges de sus dedos, detúvose delante de su mesa, donde su ayuda de cámara acababa de encender seis bujías; sentóse, tocó sucesivamente varios objetos y con la cabeza inclinada comenzó á escribir, después de reflexionar un momento. Prefirió servirse del idioma francés, sin poner nunca el nombre de Ana, y empleó la palabra *usted*, por juzgarla menos fría y solemne que en ruso.

«En nuestra última entrevista manifesté á usted que le comunicaría mi resolución sobre el asunto de que hablamos; y después de reflexionar maduramente voy á cumplir mi promesa. He aquí lo que he determinado: cualesquiera que fuere la conducta de usted, no me reconozco el derecho de romper lazos que una autoridad suprema consagró. La familia no debe estar á la merced de un capricho, de un acto arbitrario, como lo es el delito de uno de los esposos; y por lo tanto nuestra vida no se debe alterar. Conviene que sea así en beneficio mío, de usted y de su hijo. Estoy persuadido de que ya se arrepiente del hecho que me obliga á escribir esta carta, y confío que me ayudará á extirpar en su raíz la causa de nuestra diferencia, olvidando el pasado. En el caso contrario, debe usted comprender lo que la espera, á usted y á su hijo. Cuando volvamos á vernos, supongo que podremos hablar detenidamente. Como la estación de verano toca á su fin, le agradeceré que vuelva á la ciudad lo más pronto posible, antes del martes, pues ya se habrán adoptado todas las medidas necesarias para el cambio de domicilio. Ruego á usted observe que doy mucha importancia al cumplimiento de mis deseos.

A. Karenine.

P. S.—Acompaño con esta carta el dinero que ahora podrá usted necesitar.»

Alexandrovitch releyó su carta y quedó satisfecho, y la

idea de enviar dinero le pareció feliz; no había escrito ni una sola palabra dura, ni hecho la menor reprensión; pero tampoco manifestaba debilidad; llenaba el objeto esencial, y ponía un puente de oro para que su esposa volviese. Después de doblar la carta, alisóla con una gruesa plegadera de marfil, introdújola en el sobre con el dinero y tiró de la campanilla.

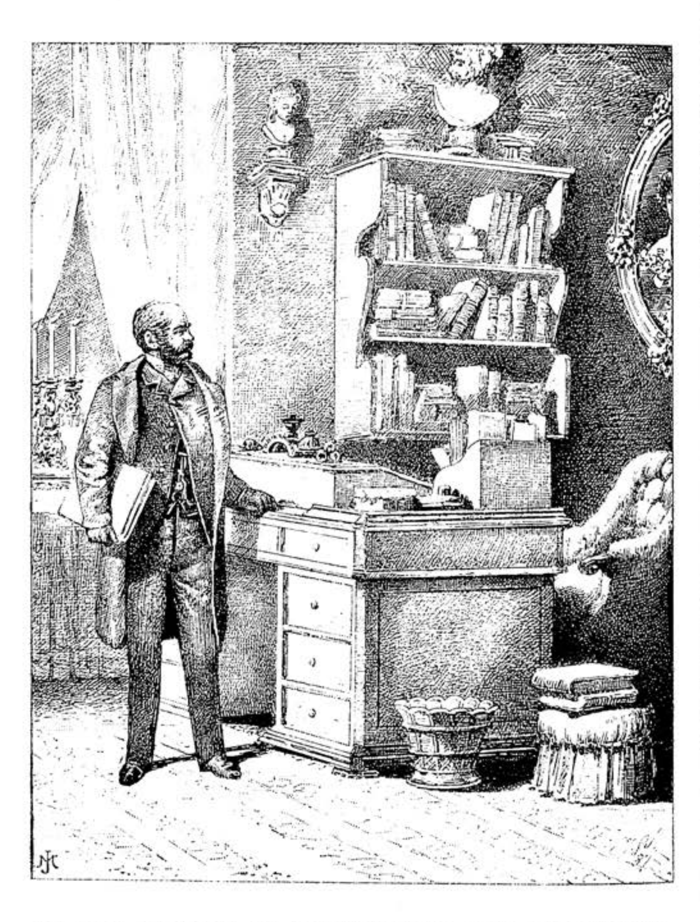
—Entregarás esta carta al correo para que la lleve mañana á Ana Arcadievna—dijo al criado que se presentó.

—Está muy bien. ¿Se ha de traer el té á vuecencia aquí?

Alexandrovitch contestó afirmativamente y acercóse al sillón, colocado junto á una mesa, en la cual se veía un quinqué y un libro francés. El retrato de Ana, obra notable de un pintor célebre, realzado por su marco, estaba suspendido sobre aquel sillón, y Alexandrovitch fijó en él su mirada. Los ojos impenetrables de la imagen le contestaron con otra llena de ironía, casi insolente; todo parecía serlo en aquel magnífico retrato, desde el encaje que adornaba la cabeza y el negro cabello, hasta la blanca y admirable mano, llena de sortijas. Después de contemplar la imagen durante algunos minutos, estremecióse, sus labios temblaron y apartó la vista con una exclamación de disgusto. Sentóse, abrió el libro y trató de leer, pero ya no encontró el interés que le había inspirado aquella obra, relativa al descubrimiento de inscripciones antiguas; sus ojos miraban las páginas, y su pensamiento estaba en otra parte. Sin embargo, no le preocupaba su esposa, sino cierta complicación sobrevenida recientemente en asuntos importantes relacionados con su servicio. Juzgábase más dueño de la cuestión que nunca, y sin vanidad podía confesarse que la concepción germinada en su espíritu facilitaba el medio de resolver todas las dificultades, y veíase en vísperas de obtener una victoria sobre sus enemigos, prestando un gran servicio al Estado, lo cual le engrandecería á los ojos de todos.

Cuando Alexandrovitch estuvo completamente solo, acercóse á su mesa, buscó la cartera de los asuntos corrientes, cogió un lápiz y absorbióse en la lectura de los documentos relativos á la dificultad que le preocupaba, con una imperceptible sonrisa de satisfacción. El rasgo característico de Alexandrovitch, que le distinguía especialmente y había con-

tribuído á su renombre, al menos tanto como su moderación y honradez, era un absoluto desprecio á la documentación oficial, y su firme empeño en disminuir las escrituras inúti-



les, para despachar los negocios rápida y económicamente. Sucedió que, en la célebre comisión del dos de Junio, habiéndose suscitado la cuestión de fertilizar la provincia de

Zarai, que correspondía al servicio ministerial de Alexandrovitch, se tuvo un ejemplo notable de los pocos resultados obtenidos por los gastos y correspondencias oficiales. Esta cuestión databa del predecesor de Alexandrovitch, y al entrar éste en el ministerio, quiso dirigir el asunto por su mano; pero, no hallándose en un terreno bastante sólido al principio, reconoció que resentiría los intereses de muchas personas si no procedía con discernimiento: más tarde, preocupado con otros muchos negocios, olvidó aquél. La fertilización del gobierno de Zarai seguía entre tanto su curso como antes, es decir, por la simple fuerza de la inercia; muchas personas seguían aprovechándose de esto, y entre ellas una familia muy respetable, cada una de cuyas hijas tocaba un instrumento de cuerda (Alexandrovitch había servido de *padre asis* (1) á una de ellas). Los enemigos del ministerio se hicieron un arma de este asunto, y censuráronle por él con tanta menos razón cuanto que había otros análogos en todos los ministerios, y en el mismo caso. Como le arrojaban el guante, recogióle sin vacilar, exigiendo el nombramiento de una comisión extraordinaria para estudiar la situación de las poblaciones extranjeras, asunto que, promovido en el comité del dos de junio, fué apoyado enérgicamente por Alexandrovitch, con el carácter de urgente. Siguiéronse los más vivos debates entre los ministerios, y el que era hostil al señor de Karenine probó que la posición de los extranjeros era floreciente, y que si algo había que lamentar debía atribuirse tan sólo al descuido con que el ministerio Alexandrovitch hacía observar las leyes. Para vengarse, el señor de Karenine pensaba exigir: 1.º la formación de un comité encargado de estudiar en el terreno la situación de las poblaciones extranjeras; 2.º instituir una nueva comisión científica, en el caso de ser verdaderos los datos oficiales sobre dicha situación, á fin de averiguar las causas de tan triste estado de cosas bajo el punto de vista político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso; y 3.º pedir un informe al ministerio sobre las medidas adoptadas durante los últimos años para evitar las deplorables condiciones impuestas á los extranje-

(1) El que reemplaza al padre en la ceremonia del matrimonio ruso.

ros, exigiéndose además una aclaración sobre el hecho de haber obrado en contradicción absoluta con la ley orgánica y fundamental.

El rostro del señor de Karenine se coloreó al escribir rápidamente algunas notas para su uso particular: cuando hubo llenado una carilla, envió al criado con una esquela para el jefe de la cancillería, á fin de que le facilitaran algunos datos que necesitaba; levantóse después y comenzó á pasear por la habitación, fijando á veces la vista en el retrato con una sonrisa de desprecio. Al cabo de un rato cogió su libro, y entonces la lectura le pareció tan interesante como la víspera. Cuando se acostó, á eso de las once, y hubo repasado en su memoria, antes de dormir, los sucesos del día, no los vió bajo el mismo aspecto desesperado.

XV

Aunque rehusando admitir, con Wronsky, que su posición fuese muy falsa y poco honrosa, Ana no dejaba de reconocer que tenía razón. Hubiera querido salir á toda costa de aquel estado deplorable; y cuando, bajo el imperio de su emoción, hubo confesado todo á su esposo, al volver de las carreras, sintióse aliviada. Después de esto, repetíase sin cesar que al menos todo estaba explicado, y que no le sería ya necesario engañar ni mentir; su situación podría ser mala, pero no equívoca: era la compensación del mal que su confesión había causado á su esposo y á ella misma. Sin embargo, cuando Wronsky fué á verla, aquella misma noche, no le dijo nada de su confesión ni le hizo advertencia alguna para resolver sobre el porvenir.

Al despertar á la mañana siguiente, su primer pensamiento fué recordar las palabras dichas á su esposo, y pareciéronle tan odiosas en su extraña brutalidad, que no comprendió cómo había tenido valor para pronunciarlas.

¿Qué sucedería ahora?

Alexandrovitch se había marchado sin contestar.

«He visto á Wronsky después, pensó, y no le he dicho nada; cuando se iba quise llamarle, pero renuncié al reflexio-

nar que tal vez le parecería extraño que no le hubiese referido todo desde luego.» ¿Por qué no le hablaría, puesto que lo deseaba? El rostro de Ana se cubrió de rubor al hacerse esta pregunta, pues comprendió que la vergüenza era lo que la había retenido. Y su situación, que juzgaba tan despejada el día antes, parecióle ahora más sombría y espinosa que nunca. Temió la deshonra, en la cual no había pensado hasta entonces, y reflexionando en las diversas resoluciones que su esposo podría adoptar, acosáronle las más terribles ideas. Á cada momento temía ver entrar al regidor para expulsarla del domicilio y proclamar su falta ante el universo entero; y preguntábase dónde se refugiaría si la obligaban á dejar la casa.

«Wronsky, pensó, no la amaba ya tanto; comenzaba á cansarse, y por lo mismo no debía imponerse á él.» Esta idea le produjo un sentimiento de amargura; y al reflexionar en las declaraciones hechas á su esposo, figurábase haberlas pronunciado ante todo el mundo. ¿Cómo mirar á la cara á los que vivían con ella? No se atrevió á llamar á su camarera, ni menos á bajar al comedor para almorzar con su hijo.

La camarera había ido á escuchar varias veces á la puerta, extrañando que no la llamasen, y al fin se decidió á entrar. Ana la miró con aire interrogador, é intimidada Annouchka, excusóse diciendo que había creído oir llamar; llevaba un vestido y una carta; esta última era de Betsy, quien la decía que Lisa Merkalof y la baronesa Stoltz, con sus adoradores, se reunirían aquella noche en su casa. «Venga usted á verlos, escribía, aunque sólo sea para hacer un estudio de costumbres. La espero.»

Ana leyó la carta y exhaló un suspiro profundo.

—No necesito—dijo á su doncella, que arreglaba el tocador;—voy á vestirme ahora, y bajaré. No necesito nada.

Annouchka salió; pero Ana no pensó en vestirse: sentada, con la cabeza baja y los brazos caídos, quería decir alguna cosa, pero estaba como entorpecida; sólo de vez en cuando murmuraba: «¡Dios mío, Dios mío!» La idea de buscar un refugio en la religión érale tan extraña como la de buscar amparo junto á su esposo, aunque jamás dudó de la fe en que la habían educado. Ya sabía que la religión le impondría desde luego como un deber renunciar á lo que para ella representaba su única razón de existir; padecía, y experimen-

taba además un sentimiento nuevo y desconocido hasta entonces, que se apoderaba de todo su sér. ¿Qué deseaba principalmente?

«¡Dios mío, qué me pasa!»—pensó, al sentir de pronto un vivo dolor en ambas sienes. Y echó de ver entonces que se había cogido maquinalmente el cabello con ambas manos y le estiraba por los dos lados de la cabeza; saltó del lecho y comenzó á pasear por la habitación.

—El café está servido, y el aya espera con Sergio—dijo la doncella entrando.

—¿Qué hace Sergio?—preguntó Ana, animándose al pensar en su hijo, del cual se acordaba por primera vez.

—Me parece que ha cometido una falta—dijo la doncella sonriendo.

—¿Qué ha hecho?

—Ha cogido un albérchigo que estaba en el salón, y se lo ha comido á escondidas, según parece.

El recuerdo de su hijo bastó para que Ana saliese de su entorpecimiento moral.

Entonces pensó en la sinceridad, algo exagerada, con que se había consagrado como tierna madre á su hijo, y creyóse dichosa al pensar que aún le quedaba, después de todo, un punto de apoyo además de su esposo y de Wronsky: este apoyo era Sergio, pues fuera cual fuese la situación que la impusieran, no le sería posible abandonar á su hijo. Su esposo podría expulsarla, cubriéndola de oprobio; y Wronsky alejarse de ella para volver á su vida independiente; pero el hijo no quedaría abandonado, y al menos su vida tendría un objeto. Era preciso, pues, obrar á toda costa para asegurar su posición en cuanto á su hijo; debía llevársele si era necesario, y para esto importaba ante todo calmarse, desechando la angustia que la martirizaba: la idea de ejecutar un acto que tuviese por objeto el niño, para marcharse con él á donde quiera que fuese, bastaba ya para tranquilizarla.

Ana se vistió rápidamente, bajó con paso firme y entró en el comedor, donde la esperaban para almorzar, según costumbre, Sergio y su aya.

El niño, vestido de blanco, de pie junto á una mesa, y la cabeza inclinada, arreglaba unas flores que había cogido, con una atención fija que le hacía parecerse á su padre.

El aya tenía cierto aire severo.

Al ver á su madre, Sergio profirió una exclamación, como lo hacía á menudo.

—¡Ah! ¡mamá!—dijo. Y detúvose vacilante, no sabiendo si arrojar las flores para correr hacia su madre, ó acabar de hacer su ramo á fin de ofrecérsele.

El aya saludó, y después refirió detalladamente las fechorías de Sergio. Ana no la escuchaba, y preguntábase si debería llevar consigo al aya en su viaje.—«No—pensó después de reflexionar un momento—iré sola con Sergio.»

—Sí, ha hecho mal—dijo al fin, cogiendo á Sergio por el brazo y mirándole sin severidad.—Déjemele usted—añadió, dirigiéndose al aya, y abrazando al niño, que estaba un poco atemorizado.

—Mamá—balbuceó Sergio, tratando de adivinar por la expresión de su madre lo que pensaba de la historia del albérchigo—yo... yo no...

—Sergio—replicó Ana, cuando se hubo retirado el aya—has obrado mal, pero supongo que no lo harás más. ¿Me quieres?

La madre se enternecía y pensaba, al observar la tierna mirada de Sergio: «¿Me sería posible no amarle? ¿Querría él irse con su padre para castigarme, sin compadecerme?» Al hacer esta reflexión, asomaron las lágrimas á sus ojos, y para ocultarlas levantóse bruscamente y se dirigió hacia el terrado.

Á las lluvias tempestuosas de los últimos días había seguido un tiempo claro y frío, á pesar del sol que brillaba en el follaje. Aquella desagradable temperatura, agregándose á un sentimiento de terror, hizo estremecer á Ana.

—Vé á buscar á Marieta — dijo á Sergio, que la había seguido; y comenzó á pasear por el terrado.

Detúvose un momento para contemplar las cimas de los árboles, que, llenos de agua, brillaban á los rayos del sol, y parecióle que todo el mundo sería tan desapiadado para ella como aquel cielo frío y aquel follaje húmedo.

«No se ha de pensar — díjose de pronto; — es preciso irse; pero ¿dónde, cuándo y con quién...? Á Moscou, por el tren de la noche; sí, me iré con Annouchka y Sergio, y solamente llevaremos lo más necesario; pero antes será preciso escribir á los dos.»

Y entrando vivamente en su gabinete, sentóse á la mesa para escribir á su esposo la siguiente carta:

«Después de lo que ha pasado no puedo vivir ya con usted; me marcho con mi hijo; no conozco la ley, é ignoro por lo tanto con quién debe permanecer, pero me le llevo porque no podría vivir sin él; sea usted generoso y déjele conmigo.»

Ana había escrito estas líneas rápidamente; mas al hablar de una generosidad que no reconocía en su esposo, y deseando terminar con algunas palabras conmovedoras, se detuvo.

«No puedo hablar de mi falta ni de mi arrepentimiento; —pensó;—por eso...» Interrumpióse de nuevo, y no hallando palabras para expresar su idea, se dijo: «No, nada puedo añadir.» Rasgó la carta y escribió otra, suprimiendo lo que decía respecto á la generosidad de su esposo.

La segunda carta debía ser para Wronsky.

«Lo he confesado todo á mi marido», escribió; pero no pudo continuar, porque esto le pareció demasiado brusco. «¿Qué puedo escribirle?» se dijo. El rubor de la vergüenza tiñó sus mejillas; y al recordar la calma que Wronsky sabía conservar, rasgó el papel en mil pedazos. «Más vale callar», pensó, cerrando su pupitre, y salió de la habitación para anunciar al aya y á los criados que aquella noche saldría para Moscou. Era preciso apresurar los preparativos de viaje.

XVI

En la casa comenzó á reinar la agitación que precede á un viaje; en la antecámara veíanse dos cofres y un saco de noche, y el carruaje esperaba delante del zaguán. En la prisa del momento, Ana había olvidado un poco sus tribulaciones, y de pie junto á la mesa de su gabinete arreglaba su saco de viaje, cuando Annouchka llamó su atención sobre el ruido de un coche que se acercaba á la casa. Ana miró por la ventana y vió al correo de Alexandrovitch que llamaba á la puerta.

—Vé á ver lo que es—dijo á su doncella; y cruzándose de brazos, esperó resignada.

Un criado entró con un paquete, cuyo sobre estaba escrito por mano de Alexandrovitch.



—El correo espera contestación— dijo.

—Está bien— contestó Ana. Y con mano temblorosa rasgó el sobre.

Algunos billetes de banco cayeron al suelo, pero Ana pensaba sólo en la carta, la cual comenzó á leer por el fin.

«Se habrán adoptado todas las medidas necesarias para el

cambio de domicilio...; doy mucha importancia al cumplimiento de mis deseos», leyó.

Volvió á repasar la carta desde el principio hasta el fin, y terminada la lectura sintió frío, como si le sucediese alguna desgracia inesperada y terrible.

Aquella misma mañana se arrepentía de su confesión, y hubiera querido recoger sus palabras; y ahora que recibía una carta, considerándolas como no dichas, aquellas cortas líneas parecíanle peores que todo cuanto pudiera suceder.

«¡Tiene razón!—murmuró.—¿Cómo no había de tenerla siempre, siendo cristiano y magnánimo? ¡Oh! ¡qué vil y despreciable es ese hombre! ¡Y pensar que nadie le comprende ni le comprenderá más que yo, que nada puedo explicar! Todos dicen que es un hombre religioso, moral, honrado é inteligente; pero no ven lo que yo he visto; no saben que durante ocho años ha oprimido mi vida, sofocando todo cuanto palpitaba en mí. ¿Ha pensado él alguna vez que yo era una mujer viviente que necesitaba amar? Nadie sabe que me insultaba á cada momento, y que se complacía en ello. ¿No me he esforzado yo para que mi existencia tuviera un objeto? ¿No he hecho yo todo lo posible para amarle, fijándome después en mi hijo al ver que no lo podía conseguir? Por fin, llegó el tiempo en que comprendí que no podía hacerme ilusiones. No es culpa mía si Dios me ha hecho así; necesito respirar y amar. Si me matase, á mí y á él, podría comprender, perdonarle; pero no, ahora... ¿Cómo no habré adivinado yo lo que haría? Debía obrar según su cobarde carácter, manteniéndose en su derecho, para que yo, desgraciada, me perdiese más aún... «Debe usted comprender lo que la espera, á usted y á su hijo», escribe en un párrafo de su carta; esto es la amenaza de quitarme á Sergio, pues seguramente sus absurdas leyes le autorizan para ello. Mas ya sé por qué me lo dice: no cree que ame á mi hijo, y tal vez desprecie este sentimiento, del cual se ha burlado siempre; pero harto sabe que no le abandonaré, porque sin mi hijo la vida me sería insoportable, aun con aquel á quien amo; y si le abandonara, sería una de las mujeres más despreciables. Dice en su carta que «nuestra vida debe seguir siendo la misma.» Esta vida era un tormento antes, y peor en los últimos tiempos. ¿Qué sería, pues, ahora? Mi marido sabe también que no podría arrepentirme

de respirar, de amar, y que todo lo que él exige sólo puede dar por resultado la falsedad y el engaño; pero desea prolongar mi tormento. Le conozco y sé que náda en la mentira como el pez en el agua, y no le daré esta satisfacción; quiero romper de una vez ese tejido de falsedades en que trata de envolverme. Suceda lo que quiera, todo es mejor que engañar y mentir; pero ¿cómo lo haré...? ¡Dios mío, Dios mío, qué mujer fué nunca tan desgraciada como yo! Romperé con todo» añadió, acercándose á su mesa para escribir otra carta, aunque en el fondo del alma reconocía que era impotente para resolver cosa alguna y salir de la situación en que se hallaba, por falsa que fuese.

Sentada á su mesa, en vez de escribir, apoyó la cabeza en los brazos y comenzó á llorar como los niños, con sollozos que levantaban su pecho.

Lloraba al ver desvanecidos sus sueños de pocas horas antes, y aquella nueva posición que se había creado, bien definida y determinada; ahora todo quedaría como estaba, y hasta mucho peor. Comprendía también que aquella posición en el mundo de que hacía caso omiso algunas horas antes, le era muy cara y que no tendría fuerza para cambiarla por la de una mujer que hubiese abandonado á su esposo y á su hijo para seguir á un amante. Jamás conocería el amor en su libertad; sería siempre la mujer culpable, continuamente amenazada de una sorpresa, y engañando á su esposo por un hombre de cuya vida no podría participar nunca. No se le ocultaba nada de esto; pero semejante destino era tan terrible, que no podía aceptarle ni prever un desenlace. Ana lloraba como un niño castigado.

Los pasos de una criada la hicieron volver en sí, y ocultando el rostro, aparentó que escribía.

—El correo pide la contestación—dijo la criada.

—¿La contestación? Bueno, que espere—dijo Ana—ya llamaré.

«¿Qué podré escribir?—pensó.—¿Cómo he de escribir yo sola?» Y aprovechándose del primer pretexto para eludir el sentimiento de dualidad que la espantaba, se dijo: «Es preciso que vea á Alejo, pues sólo él podrá decirme lo que debo hacer; iré á casa de Betsy, y tal vez le encuentre allí.» Olvidaba completamente que la víspera había dicho á Wronsky

que no iría á casa de la princesa de Tverskoï y que aquél contestó que no quería visitarla tampoco. Acercóse á la mesa y escribió á su esposo lo siguiente:

«He recibido la carta de usted.

Ana.»

Llamó y entregó la esquela al criado.

—Ya no marchamos—dijo á su doncella al verla entrar.

—¿Ni ahora ni más tarde?

—No; pero deja el equipaje tal como está hasta mañana, y que el coche espere.

—¿Qué vestido debo preparar?

XVII

La sociedad que se reunía en casa de la princesa Tverskoï, que había invitado á Ana á su tertulia particular, componíase de dos damas y de sus adoradores, siendo aquellas las personalidades más notables de una especie de club á que se daba el nombre de «las Siete maravillas del mundo», por imitación de alguna otra imitación. Las dos damas pertenecían á la más alta sociedad, pero á un centro hostil al que Ana frecuentaba. El anciano Stremof, uno de los personajes más influyentes de San Petersburgo, admirador de Elisa Merkalof, era enemigo declarado de Alejo Alexandrovitch; y por eso Ana, después de rehusar una primera invitación de Betsy, había resuelto ir á su casa, con la esperanza de encontrar á Wronsky.

Fué la primera en llegar á casa la princesa.

En el mismo momento el criado de Wronsky, muy semejante á un gentil hombre de cámara, con sus patillas rizadas, detúvose á la puerta para dejarla pasar, descubriéndose al saludarla.

Ana recordó que Wronsky la había dicho que no iría, y supuso que habría enviado una esquela por medio de su ayuda de cámara para excusarse.

Tuvo la idea de preguntar á éste dónde estaba su amo, y

volver para escribir á Wronsky rogándole que viniese, ó ir á buscarle; pero la campana había anunciado ya su visita, y el lacayo esperaba cerca de la puerta para que entrase en la habitación contigua.

—La princesa está en el jardín, y ahora la pasan recado—dijo otro lacayo.

Sin haber visto á Wronsky, y sin serle posible resolver nada, érale preciso quedarse con sus preocupaciones en aquel centro extraño, de un carácter tan diferente al suyo; pero sabía que llevaba un traje que le sentaba bien; érale familiar la atmósfera de ociosidad en que se hallaba, y por último, no estando sola, no debía pensar en resolver cosa alguna.

Ana respiró más libremente.

Al ver á Betsy que le salía al encuentro con un traje blanco de exquisita elegancia, sonrió como siempre. La princesa iba acompañada de Toushkewitch y de una parienta de provincia, que con alegría de la familia iba á pasar el verano en casa de la célebre princesa.

Ana tenía sin duda una expresión extraña, pues Betsy se lo advirtió al punto.

—He dormido mal—contestó Ana, mirando á hurtadillas al lacayo que, á su entender, llevaba el billete de Wronsky.

—Cómo me alegro que haya usted venido!—dijo Betsy—pues precisamente quería tomar una taza de té antes de que ellos llegasen. Y usted—añadió volviéndose hacia Toushkewitch—mejor será que vaya con María para ver si está preparado el terreno del *croquet*. Ya tendremos tiempo de hablar un poco al tomar el té—dijo á Ana con una sonrisa, ofreciéndole la mano.

—Con tanto más gusto, cuanto que no puedo permanecer aquí mucho tiempo, porque he de ir á casa de la anciana Wrede, á quien prometí una visita hace cien años.

La mentira era contraria al carácter de Ana, pero acostumbróse á ella con facilidad y casi con agrado.

¿Por qué decía una cosa en que ni siquiera pensaba cinco minutos antes? Era porque, sin explicárselo, quería dejarse abierta una salida, á fin de ir á buscar á Wronsky en el caso de que no viniese: el resultado demostró que de todas las astucias de que podía valerse, aquella era la mejor.

—¡Oh! no la dejaré á usted marchar—dijo Betsy mirando fijamente á su amiga; y si no fuera porque la amo tanto, hasta me ofendería; diríase que teme que yo la comprometa... Que sirvan el té en el salón pequeño—añadió dirigiéndose al lacayo, y tomando el billete que éste presentaba.

—Alejo nos deja hoy en blanco—dijo en francés, con el tono más sencillo y natural, como si no hubiera podido figurarse que Wronsky sintiese por Ana más interés que el de jugar un rato al *croquet*.—Dice que no puede venir.

Ana no dudó que Betsy supiera á qué atenerse; mas al oirla, convencióse momentáneamente de que lo ignoraba todo.

—¡Ah!—exclamó, como si aquel detalle le importase poco. —¿De qué modo—continuó—puede la sociedad de usted comprometer á nadie?

Esta manera de ocultar su secreto jugando con las palabras, tenía para Ana un encanto particular.

—Yo no podría ser—añadió—más católica que el Papa, Stremof y Merkalof...; y además estos son la nata de la sociedad, y se les recibe en todas partes. En cuanto á *mí*—añadió, recalcando en esta palabra—yo no he sido nunca severa ni intolerante, porque no tengo tiempo para ello.

—No; pero tal vez no quiera usted encontrarse con Stremof; dejemos á éste cogerse por los cabellos con Alexandrovitch, que á nosotras nos importa poco. Lo cierto es que no hay hombre más amable en el mundo, ni jugador más aficionado al *croquet;* ya verá usted con qué talento desempeña su papel cómico de enamorado de Elisa; es un hombre seductor. ¿Y no conoce usted á Safo Stoltz? Es el tipo del buen tono, pero del verdadero tono.

Al mismo tiempo que hablaba, Betsy miraba á su amiga con una expresión que hizo comprender á ésta que su interlocutora conocía su apuro y buscaba medio de sacarle de él.

—Por lo pronto—dijo la princesa—es preciso contestar á Wronsky.

Y sentándose á una mesita, escribió cuatro letras y puso la esquela en un sobre.

—Le contesto—dijo la princesa—que venga á comer, pues necesito caballero para una de mis damas; vea usted si soy imperativa. Y ahora dispénseme un momento porque voy á dar una orden; entre tanto cierre usted la carta y envíela.

Sin vacilar un momento, Ana ocupó la silla de Betsy y añadió las siguientes líneas en el billete: «Necesito ver á usted á toda costa; le espero en el jardín Wrede á las seis.» Y cerró la carta, que Betsy se apresuró á enviar apenas volvió al salón.

Las dos damas conversaron mientras tomaban el té, hablando sobre todo de las personas á quienes se esperaba.

—Elisa Merkalof es encantadora, y siempre fué para mí simpática—dijo Ana.

—No hace usted más que corresponderla, porque ella la quiere mucho. Ayer tarde, después de las carreras, acercóse á mí y se contristó al no encontrarla. ¡Dice que es usted una verdadera heroína de novela, y que si fuese hombre haría locuras para que la amase. Stremof la contestó que no necesitaba ser hombre para cometer locuras.

—Pero dígame usted una cosa que jamás he comprendido —repuso Ana después de una pausa, y demostrando por su tono que no hacía una pregunta ociosa;—¿qué relaciones hay entre ella y el príncipe Kalougof, ese que llaman Michka? Rara vez los he visto juntos.

Betsy sonrió, mirando fijamente á su interlocutora.

—Es un género nuevo—dijo;—todas esas damas le han adoptado descaradamente, aunque no haya razón para ello.

—Pero ¿qué relaciones existen entre esa dama y Kalougof?

Betsy dejó escapar una carcajada, cosa que rara vez le sucedía.

—Va usted siguiendo las huellas de la princesa Miagkaïa —contestó Betzy, riendo de tal modo que se le saltaban las lágrimas;—esa es una pregunta infantil, y debería usted hacérsela á ellos.

—Usted se ríe—dijo Ana, dejándose llevar de la hilaridad; —pero la verdad es que nada comprendo. ¿Qué papel hace el esposo?

—¡Oh! el marido de Elisa Merkalof la lleva el abrigo y está á su servicio; pero nadie tiene empeño en conocer el fondo de la cuestión. Ya sabe usted que hay artículos de tocador de los cuales no se habla nunca en buena sociedad, y cuya existencia se aparenta ignorar. Pues lo mismo sucede con esas cuestiones.

—¿Irá usted á la fiesta de los Rolandaki?—preguntó Ana para cambiar de conversación.

—No lo creo—contestó Betsy.

Y sin mirar á su amiga, llenó de perfumado té unas tacitas transparentes y tomando un cigarrillo comenzó á fumar.

—La mejor de las situaciones es la mía—añadió después de una pausa;—comprendo á *usted* y á Elisa. Esta última tiene un carácter ingenuo é inconsciente, como los niños, que no distinguen el bien del mal; por lo menos, así era en su juventud, y desde que ha comprendido que su candidez la sentaba bien, aparenta no comprender. Se pueden considerar las mismas cosas de distinta manera: unas personas toman los acontecimientos de la vida por el lado trágico y se atormentan por ellos; mientras que las otras los toman á broma... Tal vez considere usted las cosas bajo un punto de vista demasiado dramático.

—Quisiera conocer á las demás personas tanto como á mí misma—repuso Ana con aire pensativo.—¿Seré yo mejor ó peor que las otras? Me parece que soy peor.

—Es usted una niña sensible—dijo Betsy.—¡Ah! ya están ahí.

XVIII

Oyéronse pasos, una voz de hombre y otra de mujer, y después una carcajada, entrando á poco los visitantes en el salón: eran Safo Stoltz y un joven que contestaba al nombre de Waska, cuyo rostro expresaba la satisfacción y una salud algo exuberante: las trufas, el vino de Borgoña y las carnes casi crudas, habían producido en aquel hombre un efecto demasiado activo. Waska saludó á las dos damas al entrar, pero su mirada fué fugaz, y atravesó el salón detrás de Safo, fijos en ella sus brillantes ojos. La dama, una rubia de ojos negros, entró con desenvoltura, irguiéndose sobre sus tacones enormes, y fué á estrechar vigorosamente la mano á las damas, como lo hacen los hombres.

Ana quedó admirada al ver la hermosura de aquella nueva deidad, que aún no conocía, y cuyo traje tocaba en los últimos límites de la elegancia. La baronesa llevaba en la cabeza una verdadera armazón de cabello verdadero y postizo, de

un bonito color de oro; este tocado, muy alto, comunicaba á la cabeza poco más ó menos la misma altura del busto; el vestido, oprimiéndose mucho por detrás, dibujaba las formas de las rodillas y de las piernas á cada movimiento; y al ver el balanceo de tan abultado conjunto, cualquiera se habría preguntado involuntariamente dónde podía terminarse aquel pequeño cuerpo elegante, tan descubierto por arriba y tan oprimido por abajo.

Betsy se apresuró á presentar á su amiga Ana.

—Figúrese usted—comenzó á decir la baronesa, guiñando los ojos con una sonrisa, y desviando la cola de su vestido— que hemos estado á punto de aplastar dos soldados. Yo iba con Waska... ¡Ah! se me olvidaba que usted no le conoce.

Y designó al joven por su nombre de familia, ruborizándose por haberle llamado así delante de extraños. El joven saludó segunda vez, sin decir palabra, y volviéndose hacia Safo, repuso:

—Han perdido la apuesta; hemos llegado primero, y de consiguiente sólo falta que paguen.

—No ahora—replicó Safo, riendo á carcajadas.

—Es igual; pagarán más tarde.

—Bueno, bueno. ¡Ah! Dios mío—exclamó de pronto, volviéndose hacia la dueña de la casa; soy una aturdida; se me olvidaba decir á usted que le traigo un huésped: hele aquí.

La persona presentada por Safo, un joven á quien no se esperaba, resultó tener una importancia tal, que las damas se levantaron para recibirle.

Era el nuevo adorador de Safo, y así como Waska, seguíala por todas partes.

En aquel momento entraron el príncipe Kalougof y Elisa Merkalof con Stremof. Elisa era una morena algo flaca, de aspecto indolente, tipo oriental, con ojos que se juzgaban impenetrables; su traje oscuro, que Ana observó desde luego, estaba en perfecta armonía con su género de belleza. Si Safo era brusca y resuelta, Elisa, en cambio, se caracterizaba por su abandono.

Cuando Betsy hablaba de ella, solía criticar sus modales de niña inocente; pero no tenía razón, pues Elisa era en realidad una mujer encantadora por su indolencia y dejadez. Así como Safo, siempre llevaba cosidos á la falda dos adora-

dores que la devoraban con la vista, uno joven y otro viejo; pero había en ella algo superior á las personas que la rodeaban; era como un diamante entre simples abalorios; y de sus hermosos ojos enigmáticos radiaba el brillo de la piedra preciosa; al verla creíase leer en su interior, y no se podía verla sin amarla. Al divisar á Ana su rostro expresó la mayor alegría.

—¡Ah! cuánto me alegro verla!—exclamó acercándose;—ayer tarde quise hablarla en las carreras, pero acababa usted de marcharse cuando pude llegar á su tribuna. ¿No es verdad que aquello era horrible?—añadió con una mirada en que se leía su sinceridad.

—Ciertamente; jamás hubiera creído que eso pudiese conmover tanto—contestó Ana ruborizándose.

Los jugadores de *croquet* se levantaron para ir al jardín.

—Yo no bajo—dijo Elisa, sentándose junto á Ana;—y supongo que usted tampoco—añadió mirando á ésta.—¿Qué diversión puede haber en ese juego?

—Pues no deja de agradarme á mí—repuso Ana.

—¿Cómo se arregla usted para no aburrirse? Usted vive y yo me muero de hastío.

—¿Pero cómo puede usted aburrirse, siendo su casa una de las más alegres de San Petersburgo?—preguntó Ana.

—Tal vez aquellos que nos creen alegres se aburren acaso más que nosotros, aunque yo no me divierto nunca y me acosa el tedio cruelmente.

Safo encendió un cigarillo, y seguida de los jóvenes, se fué al jardín; Betsy y Stremof permanecieron junto á la mesa del té.

—Vuelvo á repetirlo—continuó Elisa;—¿cómo hace usted para no conocer el aburrimiento?

—No hago nada—replicó Ana, ruborizandose por aquella insistencia.

—Es lo mejor que se puede hacer—dijo Stremof, mezclánclándose en la conversación.

Era hombre de unos cincuenta años, de cabello gris, pero bien conservado; aunque feo, distinguíase por su tipo original y su rostro de expresión inteligente: Elisa Merkalof era sobrina de su mujer, y pasaba junto á ella todos sus ratos de ocio. Al encontrar á Ana en sociedad procuró mostrarse con

ella amable, como hombre bien educado, y precisamente porque estaba en mala inteligencia con su marido.

—El mejor medio es no hacer nada—repitió Stremof—y hace ya mucho tiempo que se lo he dicho. Para no aburrirse basta no creer en el aburrimiento, así como cuando se padece de insomnio no se ha de pensar que no se dormirá nunca. Esto es lo que ha querido decir Ana Arcadievna.

—Me complacería haber dicho efectivamente eso—repuso Ana sonriendo—puesto que es una verdad.

—Pero, ¿por qué es tan difícil dormir como no aburrirse?

—Para dormir es preciso haber trabajado, y para divertirse también.

—¿Qué trabajo podría hacer yo que aprovechase á nadie? —preguntó Elisa.—No entiendo nada en eso, ni quiero entender tampoco.

—Es usted incorregible—replicó Stremof.

—Ruego á usted que no se vaya—dijo Elisa, al saber que Ana pensaba retirarse.—Stremof intervino también.

—Hallará usted un contraste demasiado notable—dijo—entre la sociedad de aquí y la de la anciana Wrede, y además, siempre será usted blanco de su maledicencia; mientras que entre nosotros despierta sentimientos muy diferentes.

Ana quedó pensativa un momento: las palabras lisonjeras de aquel hombre de talento, la simpatía infantil y cándida de Elisa, y aquel centro mundano á que estaba acostumbrada, y en el cual le parecía respirar en libertad, comparado con lo que la esperaba en su casa, hiciéronla vacilar. Pensó si podría aplazar el momento terrible de la explicación; pero recordando la necesidad absoluta de adoptar un partido, y su profunda desesperación de la mañana, levantóse y se despidió.

XIX

Á pesar de su vida mundana y de su aparente ligereza, Wronsky aborrecía el desorden. Cierto día, estando aún en el cuerpo de pajes, hallóse escaso de dinero, y habiendo pedido una cantidad á préstamo, recibió una negativa. Desde

entonces juró no exponerse jamás á semejante humillación, y guardó su palabra. Cinco ó seis veces al año hacía su balance, y conservaba así sus asuntos en orden.

Al día siguiente de las carreras, habiéndose despertado tarde, Wronsky se puso su capote de soldado, antes de bañarse y afeitarse, y procedió al examen de sus cuentas y el arqueo. Petritzky, conociendo el mal humor de su amigo en tales casos, levantóse y se esquivó sin ruido.

Todo hombre cuya existencia es algo complicada, cree fácilmente que las dificultades de la vida son una adversidad personal, una desgracia que le está reservada á él solo, y de la cual se hallan libres los demás hombres. Wronsky pensaba así, enorgulleciéndose, no sin razón, de haber evitado hasta entonces apuros á que otros hubieran sucumbido; pero á fin de no agravar la situación, quería poner en claro cuanto antes sus asuntos, y sobre todo la cuestión de metálico.

Escribió, pues, con una letra muy fina, el estado de sus deudas y halló un total de más de 17,000 rublos; mientras que todo su haber no ascendía sino á 1,800, sin esperar ingreso alguno antes de fin de año. Wronsky clasificó entonces las deudas en tres grupos: en primer lugar las urgentes, que importaban unos 4,000 rublos, de los cuales 1,500 eran para su caballo y 2,000 para pagar á un individuo que estafó dicha suma á uno de sus compañeros. Esta deuda no le concernía directamente, pero había dado su firma para garantizar, y deseaba tener á mano la suma necesaria, para poder arrojarla á la cabeza del petardista en caso de reclamación.

Estos 4,000 rublos eran por lo tanto indispensables, y después venían las deudas por gastos de cuadra para las carreras, que eran unos 8,000 rublos, incluso el heno y la avena: con 2,000 podía arreglar esto provisionalmente.

En cuanto á las deudas con su sastre y otros industriales se podría aplazar el pago.

En resumen, necesitaba 6,000 rublos inmediatamente, y sólo tenía 1,800.

Para un hombre á quien se suponían 100,000 rublos de renta, estas deudas eran insignificantes; pero dicha renta no existía, pues la fortuna paternal era indivisa, y Wronsky había cedido la parte de 200,000 rublos, que le correspondían, á su hermano, cuando éste se casó con una joven sin fortuna,

la princesa de Tchirikof, hija del Decembrista. Alejo no se había reservado sino una renta de 25,000 rublos, diciendo que bastaría hasta que se casase, lo cual no sucedería nunca. Su hermano, cargado de deudas, y siendo comandante de un regimiento que imponía grandes gastos, no pudo rehusar el obsequio. La anciana condesa, cuya fortuna era independiente, agregó 20,000 rublos á la renta de su hijo segundo, que lo gastaba todo sin pensar en la economía; pero su madre, descontenta por su manera de salir de Moscou, y por sus relaciones con Ana Karenine, había dejado de enviarle dinero; de modo que Wronshy, acostumbrado á un gasto de 45,000 rublos anuales, vióse reducido de pronto á 25,000. Apelar á su madre era imposible, pues la carta que de ella recibiera le irritaba, sobre todo por las alusiones que contenía; deseaba ayudarle para que adelantase en su carrera, mas no para continuar un género de vida que escandalizaba á toda la buena sociedad. La especie de condición impuesta por su madre, le había resentido mucho, y su indiferencia para con ella era mayor que antes; el recoger la palabra generosa que diera á su hermano, algo aturdidamente, era también inadmisible. El recuerdo de su cuñada, de la buena Waria, que siempre le hacía comprender que no olvidaba su generosidad, hubiera bastado para impedirle retraerse; y, sin embargo, comprendía que sus relaciones con Ana podían hacer tan necesaria su renta como si estuviese casado.

La única cosa práctica, y Wronsky se fijó en ella sin vacilar, era tomar á préstamo á un usurero 10,000 rublos, lo cual no ofrecía ninguna dificultad, disminuir después sus gastos y vender su caballeriza. Adoptada esta resolución, escribió á Rolandaki, que le había propuesto comprar sus caballos, envió á buscar al inglés y al usurero, y repartió entre diversas cuentas el dinero que le quedaba. Hecho esto, escribió dos letras á su madre, y después de buscar las tres cartas que tenía de Ana, leyólas por última vez antes de quemarlas: el recuerdo de su conversación de la víspera, le sumió en una meditación profunda.

XX

Wronsky se había hecho un código de leyes para su uso particular, código que se aplicaba á varios deberes poco extensos, pero extrictamente determinados, y no debiendo extralimitarse apenas de ellos, Wronsky no necesitó vacilar nunca sobre lo que le convenía hacer ó evitar. Su código le prescribía, por ejemplo, pagar una deuda de juego á un tahur, pero no declaraba indispensable pagar la cuenta del sastre; prohibía la mentira, excepto con una mujer; y también el engaño, no tratándose del esposo; admitía la ofensa, mas no el perdón de las injurias.

Estos principios podían carecer de razón y de lógica, pero como Wronsky no los discutía, habíase atribuído siempre el derecho de llevar alta la cabeza cuando los observaba. Desde el principio de sus relaciones con Ana, echó de ver, sin embargo, ciertas faltas en su código; y habiendo cambiado las condiciones de su vida, no encontraba ya contestación á todas sus dudas, por lo cual vacilaba al pensar en el porvenir.

Hasta entonces, sus relaciones con Ana y el señor de Karenine entraban en el cuadro de los principios conocidos y admitidos: Ana era una mujer honrada que, habiéndole dado su amor, tenía todos los derechos imaginables á su respeto, más aún que si hubiese sido su esposa legítima; y se habría dejado cortar la mano más bien que permitirse una palabra, una alusión ofensiva, ni nada que pudiera parecer contrario al aprecio y consideración con que una mujer debe contar.

Sus relaciones con la sociedad eran igualmente claras; todos podían sospechar sus amores, pero nadie debía atreverse á decir nada sobre ellos; estaba dispuesto á imponer silencio á los imprudentes, obligándoles á respetar el honor de aquella á quien había deshonrado.

En cuanto á sus relaciones con el esposo, eran más claras aún; desde el momento en que amó á Ana, sus derechos sobre ella le parecían imprescriptibles: el marido era un personaje inútil, molesto, y su posición muy desagradable para él; pero esto no se podía remediar. El único derecho que le quedaba era reclamar una satisfacción por medio de las armas; y Wronsky estaba dispuesto á dársela.

Sin embargo, en los últimos días habíanse producido nuevos incidentes, y Wronsky no estaba dispuesto á juzgarlos. Ana le había anunciado la víspera que estaba en cinta, y no se le ocultaba que ella debía esperar una resolución enérgica de su parte: los principios que dirigían su vida no determinaban cuál habría de ser aquella; en el primer momento, su corazón le impulsó á exigir que abandonase á su esposo, pero ahora preguntábase, después de reflexionar, si sería apetecible semejante rompimiento.

«Inducirla á separarse de su esposo—pensaba—es unir su existencia con la mía. ¿Estoy yo preparado para esto? ¿Puedo yo llevármela careciendo de recursos? Admitamos que los encuentro: aun así, dudo que me sea dado hacerlo mientras me halle en el servicio. En el punto á que hemos llegado, debo estar dispuesto á presentar mi dimisión y á buscar dinero.»

La idea de abandonar el servicio le conducía á considerar una parte secreta de su vida, que sólo él conocía.

La ambición había sido el sueño de su infancia y de su juventud, sueño capaz de debilitar en su corazón el amor que Ana le inspiró, aunque él no se lo confesase; sus primeros pasos en la carrera militar habían sido tan felices como su entrada en el mundo; pero hacía dos años que sufría las consecuencias de una insigne torpeza.

En vez de aceptar un adelanto que se le propuso, rehusó, confiando que por su negativa podría engrandecerse y probar su independencia; pero había presumido demasiado del valor que se atribuía á sus servicios, y desde entonces no se ocuparon más de él. De grado ó por fuerza, veíase reducido á la condición de hombre independiente, que no pidiendo nada, no podía llevar á mal que se le dejase divertirse en paz, aunque, á decir verdad, ya no se divertía. Su independencia le pesaba, y ya temía que se le considerara como un buen muchacho destinado sólo á ocuparse de sus placeres.

Sus relaciones con Ana habían contenido un momento al gusano roedor de la ambición, atrayendo sobre Wronsky la atención general cual si fuese un héroe de novela; pero el regreso de un amigo de la infancia, el general Serpouhowskoï, acababa de despertar sus antiguos sentimientos. El general había sido su compañero de clase, su rival en los estudios y el compañero de sus locuras de la juventud; volvía del Asia

central cubierto de gloria, y apenas llegado á San Petersburgo, esperábase su nombramiento para un cargo importante, pues se le consideraba como un nuevo astro de primer orden. Comparado con el general, Wronsky, libre, brillante y amado de una mujer encantadora, no dejaba por eso de parecer una triste figura, como simple capitán de caballería, á quien era permitido vivir independiente.

« Á decir verdad—pensaba—yo no envidio á ese Serpouhowskoï; pero su ascenso prueba que á un hombre como yo le basta esperar su hora para hacer carrera muy pronto. Apenas hace tres años, el general estaba lo mismo que yo; si abandono el servicio, quemo mis naves, y permaneciendo en él no pierdo nada. Ella misma me dijo que no quería cambiar su situación. Y poseyendo su amor ¿puedo yo envidiar á Serpouhowskoï? »

Wronsky se retorció lentamente la punta del bigote y comenzó á pasear por su habitación; sus ojos brillaban, y sentía esa calma de espíritu que experimentaba siempre después de arreglar sus asuntos; esta vez todo quedaba en orden, y por le tanto comenzó á afeitarse muy tranquilo, tomó un baño y dispúsose á salir.

XXI

—Venía á buscarte—dijo Petritzky entrando en la habitación;—tu balance ha durado mucho hoy. ¿Está ya corriente?

—Sí—contestó Wronsky sonriendo.

—Cuando sales de esos balances, diríase que acabas de tomar un baño. Acabo de ver á Gritzky (el coronel de tu regimiento) y me ha dicho que te esperan.

Wronsky miraba á su compañero sin contestarle, porque su pensamiento no estaba allí.

—¡Ah!—exclamó de pronto, escuchando el aire bien conocido de las polkas y valses de la música militar, que se oía á lo lejos—en su casa será donde hay música. ¿Qué fiesta es?

—La llegada de Serpouhowskoï.

—No lo sabía—repuso Wronsky, cuyos ojos brillaron con más viveza.

Había resuelto sacrificar su ambición á su amor y ser feliz; de modo que no podía resentirse de que el general no hubiese ido á verle aún.

El coronel Gritzky ocupaba una gran casa señorial, y cuando Wronsky llegó, todos los concurrentes estaban reunidos en el terrado bajo; los cantantes del regimiento permanecían de pie en el patio, alrededor de un pequeño tonel de aguardiente; en el primer escalón del terrado, el coronel y sus oficiales gritaban con fuerza, dominando su voz los acordes de la música, y daba órdenes á un grupo de soldados que con algunos sub-oficiales acercábanse al balcón al mismo tiempo que Wronsky.

El coronel, que había vuelto á la mesa, con una copa de champaña en la mano, pronunció el brindis siguiente: «Á la salud de nuestro antiguo compañero é intrépido general, príncipe Serpouhowskoï. ¡Hurra!»

Detrás del coronel iba el general, también con una copa en la mano.

Wronsky no le había visto hacía tres años, y le pareció tan gallardo como antes, aunque de expresión más enérgica; la regularidad de sus facciones llamaba la atención mucho menos aún que la nobleza y dulzura de toda su persona, y Wronsky observó en él la transformación propia de los que triunfan y saben lo que esto vale.

Al bajar la escalera el general, vió á Wronsky, y una sonrisa de alegría iluminó su rostro; hizo una señal con la cabeza levantando su copa y envióle un saludo afectuoso.

—Me alegro verte—gritó el coronel—pues Yashvine aseguraba que estabas estos dias de mal humor.

En aquel momento acercóse el general á Wronsky.

—¡Mucho celebro verte!—exclamó, estrechándole la mano y separándose de los demás.

—Cúidese usted de ellos—gritó el coronel á Yashvine.

Y bajó para hablar á los soldados.

—¿Por qué no fuiste ayer á las carreras? — preguntó Wronsky al general—esperaba verte allí.

—Llegué demasiado tarde... dispénsame—añadió, volviéndose hacia un ayudante de campo. Y sacando de su cartera tres billetes de cien rublos, le dijo:—Distribúyase eso de mi parte.

—Wronsky, ¿quieres comer ó beber?—preguntó Yashvine.

—¡ Hola ! que traigan algo al conde ; y entretanto bebe esto.
La fiesta se prolongó largo tiempo, bebióse mucho y el ge-



neral fué conducido en triunfo, así como también el coronel: este último bailó después una danza de carácter, y algo can-

sado al fin, sentóse en un banco para demostrar á Yashvine la superioridad de Rusia sobre Prusia, particularmente en las cargas de caballería. El general fué á lavarse las manos en el gabinete tocador, donde encontró á Wronsky que se perfumaba la cabeza, y que después de terminar sus abluciones, se sentó en un pequeño diván junto á su amigo.

—He sabido siempre por mi esposa cuanto á ti se refería, y me alegro que la veas á menudo.

—Es una amiga de Waria, y son las únicas mujeres de San Petersburgo á quienes tengo el gusto de visitar—contestó Wronsky con una sonrisa, previendo el giro que iba á tomar la conversación, nada desagradable para él.

—¿Las únicas?—preguntó el general sonriendo también.

—Sí; yo sabía también todo lo concerniente á ti, pero no era sólo por tu esposa—dijo Wronsky, eludiendo toda indirecta por la grave expresión de su rostro.—He celebrado tus triunfos, sin sorprenderme de ellos, pues todavía esperaba más.

El general sonrió, porque esta opinión le lisonjeaba y no veía motivo para disimularlo.

—No esperaba tanto—repuso;—pero estoy muy contento, pues tengo la debilidad de ser ambicioso, y no lo oculto.

—Tal vez lo ocultaras si no te salieran tan bien las cosas.

—También lo creo. No llegaré á decir que sin ambición no valdría la pena de estar en este mundo; pero la vida sería monótona. Acaso me engañe, mas me parece que poseo las cualidades necesarias para el género de actividad que he elegido, y que el poder entre mis manos, cualquiera que fuese, estaría mejor colocado que en las de otros muchos que yo conozco. He aquí por qué cuanto más me acerque al poder, más contento estaré.

—Esto será verdad para ti, mas no para todo el mundo; yo también he pensado como tú, y sin embargo, vivo y me parece que la ambición no es el único objeto de la existencia.

—Ya estamos—dijo el general sonriendo.—Comienzo por decirte que he sabido el incidente de tu negativa, y como era natural, ha merecido mi aprobación; opino que has obrado bien en el fondo; pero no en las condiciones que debías hacerlo.

—Á lo hecho pecho; ya sabes que yo no reniego de mis actos y por otra parte, no me va mal.

—Lo que dices será bueno por algún tiempo, pero no siem-

pre te contentarás. Tu hermano será un buen muchacho, todo cuanto quieras; pero á ti no te basta con esto.

—No digo que me baste.

—Y además, los hombres como tú son necesarios.

—¿Á quién?

—¿Á quién? Á la sociedad, á Rusia. Nuestro país necesita hombres y un partido; si esto falta, todo se lo llevará el diablo.

—¿Y qué entiendes por eso? ¿El partido de Bertenef contra los comunistas rusos?

—No—contestó el general, haciendo una mueca al pensar que se le pudiera creer capaz de semejante disparate;—todo eso me parece una farsa: lo que ha sido, será siempre. No hay comunistas, y sí sólo hombres que necesitan inventar un partido peligroso cualquiera, por espíritu de intriga. Lo que necesitamos es un grupo poderoso de hombres independientes como tú y yo.

—¿Para qué? Yo conozco varias personas de influencia, y que sin embargo no son independientes (Wronsky citó varios nombres).

—Si esos no lo son—repuso el general—es porque desde su nacimiento no tuvieron independencia más que de nombre, ni han vivido, como nosotros, cerca del sol. Con el oro ó los honores se puede comprarlos; mas para mantenerse deben seguir una dirección á la que ellos mismos no atribuyen á veces ningún sentido, que puede ser mala, pero cuyo objeto es asegurarles una posición oficial y cierto sueldo. Cuando observan sus manejos, no se ve más en el fondo. Tal vez yo sea peor que ellos, ó más torpe; mas en todo caso tengo, como tú, la gran ventaja de que sea más difícil comprarme. Semejantes hombres son ahora más necesarios que nunca.

Wronsky escuchaba atentamente, no tanto por el valor de las palabras como porque comprendía el alcance de las miras de su amigo. Mientras que él no se fijaba sino en los intereses de su escuadrón, el general, teniendo en cuenta la lucha con el poder, creábase un partido en las esferas oficiales.

No sin avergonzarse, Wronsky conoció que experimentaba un sentimiento de envidia.

—Me falta una cualidad esencial para elevarme—repuso Wronsky—y es el amor al poder: le tuve y le perdí.

—No lo creo—dijo el general en tono de broma.

—Pues te aseguro que es la verdad, al menos *ahora*, si he de hablar con franqueza.

—*Ahora*, tal vez; pero esto no durará siempre.

—Es posible.

—Tú dices que «es posible», y yo digo «ciertamente no»—continuó el general, como si adivinase el pensamiento de su interlocutor:—he aquí por qué deseaba hablar contigo. Admito tu primera negativa; mas para el porvenir te pido carta blanca. No la echo de protector contigo, aunque no sé por qué no lo haría, pues con frecuencia tú lo has sido mío. Nuestra amistad se sobrepone á todo. Sí, dame carta blanca y yo te empujaré sin que se conozca.

—Advierte que yo sólo pido que el presente subsista.

El general se levantó, y colocándose delante de su interlocutor, le dijo:

—Te comprendo, pero escúchame; nosotros somos contemporáneos; tal vez hayas conocido más mujeres que yo (su sonrisa y ademán revelaron á Wronsky la delicadeza con que tocaba este punto sensible); pero yo soy casado, y no aseguraría quién sabe más sobre ello, si aquel que sólo ha conocido y amado la suya, ó el que ha tratado con mil...

—Ya vamos—gritó Wronsky al oir á un oficial que se presentaba para llamarlos de parte del coronel: tenía curiosidad por saber en qué terminaría la explicación del general.

—En mi concepto—continuó Serpouhowskoï—la mujer es la piedra de toque en la carrera del hombre; difícil es amar á una y hacer nada bueno; y la única manera de no verse reducido á la inacción por el amor, es casarse.—¿Cómo te explicaré esto?—continuó el general, á quien agradaban mucho las comparaciones.—Suponte que llevas una carga; mientras no te la sujeten al hombro, de poco te servirán las manos; y esto es lo que me ha sucedido á mí al casarme, pues yo las tenía sujetas, y después me quedaron libres; pero llevar esa carga sin el casamiento es imposibilitarse para toda acción. Acuérdate de Masonkof y de Kroupof... gracias á las mujeres, perdieron su carrera.

—¡Sí, pero qué mujeres!—exclamó Wronsky, al pensar en la actriz y en la francesa que habían encadenado aquellos dos hombres.

—Cuanto más elevada es la posición social de la mujer,

mayor es la dificultad: entonces ya no es llevar una carga, sino aliviar de ella á otro.

—Tú no has amado—murmuró Wronsky, pensando en Ana.

—Tal vez, pero piensa en lo que te he dicho, y no olvides lo que voy á decirte: todas las mujeres son más materiales que los hombres; nosotros tenemos una concepción grandiosa del amor, pero ellas se quedan siempre muy bajas en este punto...—Ahora iremos—dijo á un criado que entraba en la habitación; pero éste no iba á buscarlos, sino que llevaba una carta á Wronsky.

—De la princesa Tverskoï—dijo.

Wronsky rasgó el sobre y se sonrojó al leer el contenido.

—Me duele la cabeza y vuelvo á casa—dijo al general.

—Entonces, adiós—dijo Serpouhowskoï;—supongo que me das carta blanca; ya hablaremos en San Petersburgo.

XXII

Eran más de las cinco. Á fin de no faltar á la cita, y para no ir con sus caballos, conocidos de todo el mundo, Wronsky se utilizó del vehículo de Yashvine y dió orden al cochero de apretar el paso; era un carruaje de cuatro asientos, y Wronsky se instaló cómodamente, apoyando los pies en la banqueta.

La idea de que había restablecido el orden en sus negocios, la amistad del general y sus palabras lisonjeras, y, por último, la seguridad de ver á Ana dentro de poco, comunicábanle una alegría que le hizo sonreir; pasóse la mano por la contusión recibida la víspera, y respiró con fuerza.

«¡Qué bueno es vivir!»—se dijo, recostándose en el fondo del coche con las piernas cruzadas.

Y la plenitud de vida que experimentaba en aquel momento hacíale agradable hasta el dolor ocasionado por su caída en las carreras.

Aquel claro y frío día de Agosto, que tan dolorosamente impresionó á Ana, estimulábale y le excitaba.

Todo cuanto veía á las últimas claridades en aquella atmósfera pura parecíale fresco y alegre: los tejados de las casas, donde se reflejaban los rayos del sol poniente, los contornos

de las empalizadas que flanqueaban el camino; el follaje de los árboles y el verdor del césped, los surcos de los campos labrados, donde se proyectaban sombras oblicuas; todo, en fin, contribuía á embellecer el paisaje.

—¡Más de prisa, más de prisa!—dijo al cochero, alargándole por la ventanilla del coche un billete de tres rublos.

El auriga castigó los caballos, y el vehículo rodó con redoblada rapidez por la uniforme superficie de la calzada.

«¡Sólo necesito esa felicidad!—pensó, representándose á Ana tal como la viera la última vez;—cuanto más la veo, más la amo... ¡Ah! ya veo el jardín de Wrede. ¿Dónde estará Ana? ¿Por qué me habrá escrito dos palabras en el billete de Betsy?»

Pensaba en esto por primera vez, pero no tenía tiempo para reflexionar. Antes de llegar á la avenida mandó al cochero parar, y apeóse sin que el vehículo se detuviera. Al entrar en la casa no vió á nadie; pero después divisó en el parque á Ana, que tenía el rostro cubierto con el velo; reconocióla en el andar, por la forma de los hombros y su tocado especial, y sintió como una corriente eléctrica circular por todo su cuerpo. Su alegría de vivir comunicábase á sus movimientos y á su respiración.

Una vez reunidos, Ana cogió de la mano á Wronsky.

—Supongo—dijo—que no te enojará mi llamamiento.—Necesitaba verte á toda costa—añadió con cierto aire severo, que hizo perder al punto su alegría á Wronsky.

—¡Yo enojarme! Pero, ¿por qué estás aquí?

—Poco importa—repuso Ana, cogiendo del brazo á Wronsky;—ven; es preciso que hablemos.

El conde comprendió que ocurría algún incidente, y que su conversación no tendría nada de lisonjera, por lo cual experimentó la misma agitación que Ana, sin comprender la causa.

—¿Qué hay?—preguntó, estrechándola el brazo, y procurando leer en su semblante.

—¿No te he dicho ayer—replicó Ana, después de dar algunos pasos, y deteniéndose de pronto—que al volver de las carreras con Alexandrovitch le he confesado todo .. que le he dicho que no podía ser ya su esposa... en fin, todo?

Wronsky escuchaba atento, inclinado sobre Ana, como si hubiera querido dulcificar la amargura de aquella confidencia; pero cuando hubo hablado, irguióse altiva y severa.

—Sí, sí—dijo—eso era mil veces mejor, y comprendo lo que has debido sufrir.

Ana no escuchaba, tratando sólo de adivinar los pensamientos de su amante. ¡Podría ella imaginar que la expresión de sus facciones revelaba la primera idea que habían despertado las palabras que acababa de oir, el duelo que creía inevitable! Jamás lo hubiera creído Ana, y la interpretación que dió al cambio de fisonomía de Wronsky fué muy distinta.

Desde que recibió la carta de su esposo, presagiaba que todo quedaría como antes, que no tendría fuerza para sacrificar su posición en el mundo, ni su hijo, á su amante. La mañana pasada en casa de la princesa venía á confirmar su convicción; mas á pesar de todo, atribuía mucha importancia á su entrevista con Wronsky, esperando que cambiaría su respectiva situación. Si en el primer momento hubiese dicho sin vacilar: «Déjalo todo y vente conmigo», habría abandonado á su mismo hijo; pero no manifestó ningún impulso de este género, y más bien pareció resentido y descontento.

—No he sufrido—contestó Ana con cierta irritación;—esto se ha hecho de por sí. Mira...—añadió, sacando de un guante la carta de su esposo.

—Comprendo, comprendo—interrumpió Wronsky, tomando la carta sin leerla, y esforzándose para calmar á Ana;—yo no deseaba más que esta explicación para consagrar enteramente mi vida á tu felicidad.

—¿Por qué me dices eso? ¿Puedo yo dudar? Si así fuese...

—¿Quién viene?—preguntó de pronto Wronsky, señalando dos damas que se dirigían hacia ellos.

Y condujo rápidamente á Ana á otra alameda.

—A mí me es indiferente—dijo la señora de Karenine, cuyos labios temblaban, y que fijaba en Wronsky, según le pareció á éste, una singular mirada de odio á través de su velo. —Repito que en todo este negocio no dudo de ti. — Pero lee esa carta—añadió, deteniéndose de nuevo.

Al leer el escrito, Wronsky se entregó involuntariamente, del mismo modo que al saber el rompimiento de Ana con su esposo, á la impresión que despertaba en él la idea de sus relaciones con aquel esposo ofendido ; á pesar suyo, representábase la provocación que recibiría al día siguiente, el duelo, el instante en que, siempre frío y sereno, se vería en frente de

su adversario, y después de descargar su arma al aire, esperaría á que éste tirase sobre él... Y recordó de pronto las palabras de Serpouhowskoï: «Más vale no encadenarse.» ¿Cómo haría comprender esto á Ana?

Después de leer la carta fijó en su amante una mirada indecisa, la cual hizo comprender á Ana que había reflexionado, y que todo cuanto dijese no sería el fondo de su pensamiento; no había contestado lo que ella esperaba de él, y su última esperanza se desvanecía.

—Ya ves qué hombre!—murmuró Ana con voz temblorosa.

—Dispénsame—interrumpió Wronsky—pero yo no lo llevo á mal... Déjame concluir —añadió con mirada suplicante— dame tiempo para explicar mi idea. No lo siento porque es imposible dejar las cosas así, como él lo supone.

—¿Por qué?—replicó Ana con voz alterada, sin dar sentido á las palabras, al reconocer que estaba decidida su suerte.

Wronsky quería decir que después del duelo, el cual juzgaba inevitable, la situación cambiaría forzosamente; pero dijo una cosa muy distinta.

—Esto no puede durar así. Espero que ahora le abandonarás, permitiéndome (en este punto se sonrojó y turbóse) ocuparme del arreglo de nuestra vida común; mañana...

Ana no le dejó concluir.

—¿Y mi hijo? Ya ves lo que escribe; sería preciso abandonarle, y yo no puedo, ni quiero hacerlo.

—Pero, en nombre de Dios, ¿prefieres no separarte de tu hijo y continuar esa existencia humillante?

—¿Para quién es humillante?

—Para todos, pero sobre todo para ti.

—¡Humillante! No digas eso; esta palabra no tiene sentido para mí—murmuró Ana con voz temblorosa.—Comprende que desde el día que te amé, todo se ha transformado en mi vida; nada existe á mis ojos fuera de tu amor, y si me pertenece, siempre me creo á una altura en que nada puede alcanzarme. Estoy orgullosa de mi situación porque... lo estoy...

No concluyó, pues las lágrimas de la vergüenza y de la desesperación sofocaron su voz, y comenzó á sollozar.

Wronsky sintió también alguna cosa que le oprimía la garganta, y por la primera vez de su vida, vióse á punto de llorar, sin saber lo que le enternecía más, si su compasión por

aquella á quien había hecho desgraciada, ó el sentimiento de haber cometido una mala acción.

—¿No sería posible un divorcio?—preguntó con dulzura.—¿No podrías abandonarle, conservando el niño?

—Lo primero, no; lo segundo, sí; pero todo depende de él ahora. Es preciso que le hable—añadió con sequedad.

Su presentimiento se realizaba; todo seguiría como antes.

—El martes estaré en San Petersburgo y resolveremos—dijo Wronsky.

—Sí—replicó Ana—pero no hablemos más de todo eso.

El coche de la señora de Karenine se acercaba á la verja del jardín Wrede, en cumplimiento de la orden que aquella diera, y al verle, Ana se despidió y alejóse.

XXIII

La comisión del 2 de Junio se reunía generalmente los lunes. Alexandrovitch entró en la sala, saludó al presidente é individuos de la comisión, y fué á ocupar su sitio, poniendo la mano sobre los papeles colocados delante de él, entre los cuales estaban sus documentos particulares y las notas sobre la proposición que pensaba someter á sus colegas. Estas notas eran superfluas, pues tenía muy presente todo su plan, pero quería repasar en su memoria hasta el último momento los asuntos que debían tratarse. Sabía además que, llegado el momento, cuando se viera frente á su adversario, le sería fácil el uso de la palabra. Entre tanto escuchaba la lectura del informe con el aspecto más inocente; y nadie hubiera creído, al ver aquel hombre con la cabeza inclinada, y al parecer fatigado, que pocos minutos después iba á pronunciar un discurso que promovería una verdadera tempestad, obligando al presidente á llamar al orden á los individuos de la comisión. Terminada la lectura del informe, Alexandrovitch dijo con voz débil que debía hacer algunas observaciones sobre la cuestión de que se trataba, y entonces la atención de todos se fijó en él. El señor de Karenine tosió ligeramente, y sin mirar á su adversario, según su costumbre cuando pronunciaba un discurso, dirigió la palabra á la persona más

próxima, que era un viejecillo sin importancia. Al llegar al punto capital, á las leyes orgánicas, su adversario se agitó en su sitial y contestóle al punto, como lo hizo también Stremof, individuo de la comisión, á quien se atacaba vivamente. La sesión fué muy tempestuosa, pero Alexandrovitch triunfó y aceptóse su proposición; nombrándose tres nuevas comisiones. Al día siguiente no se hablaba en ciertos círculos más que de la victoria de Alexandrovitch, que había excedido á sus esperanzas.

Á la mañana siguiente el señor de Karenine recordó con placer su triunfo al despertar, y no pudo menos de sonreir, cuando el jefe de negociado le refirió lo que se decía en la ciudad sobre el asunto, aunque trataba de demostrar indiferencia.

Alexandrovitch, absorto por el trabajo, olvidó completamente que aquel día era el fijado para el regreso de su esposa, y por lo tanto, experimentó cierto enojo cuando un criado entró para anunciarle que acababa de llegar.

Ana había entrado en San Petersburgo por la mañana temprano y su esposo no lo ignoraba, puesto que le envió un telegrama pidiendo coche; pero no quiso salir á recibirla. Después de anunciar su llegada, Ana entró en su habitación dando orden para que desempaquetasen sus efectos, y allí esperó al señor de Karenine; mas pasó una hora sin que éste se presentara. Bajo el pretexto de dar algunas órdenes, dirigióse al comedor, y habló con el criado en alta voz á fin de que su esposo supiera que estaba allí, y viendo que esto no daba resultado, decidióse al fin á entrar en el despacho de Alexandrovitch, pues quería verle á todo trance para resolver sobre sus futuras relaciones. El señor de Karenine, vestido de uniforme, sin duda para salir, estaba apoyado en una mesita y su mirada era triste; Ana le vió antes que él notase su presencia, y comprendió que pensaba en ella. Karenine quiso levantarse, vaciló, sonrojóse, lo cual sucedía rara vez, y poniéndose en pie al fin bruscamente, adelantóse hacia Ana, fijando la vista en su frente y su tocado para evitar su mirada. Cuando estuvo junto á su esposa, cogióle la mano y la invitó á sentarse.

—Me alegro que haya usted vuelto—dijo, sentándose á su lado, con el evidente deseo de hablar, pero deteniéndose cada vez que abria la boca.

Aunque preparada para esta entrevista, y dispuesta á despreciar á su esposo, Ana no sabía qué decirle, y le compadecía. El silencio se prolongó bastante.

—¿Sigue bien Sergio?—preguntó al fin Karenine. Y sin esperar respuesta añadió :—No comeré hoy en casa; debo irme ahora mismo.

—Pensaba marchar á Moscou—contestó Ana.

—No; ha hecho usted bien en volver—dijo Alexandrovitch.

Siguióse otra vez el silencio, y viendo Ana que su esposo no podía abordar la cuestión, tomó la palabra.

—Alexandrovitch—dijo mirándole fijamente—yo soy una mujer culpable, pero continúo siendo lo que le confesé á usted que era, y he venido á decirle que no podía cambiar.

—Yo no le pregunto á usted eso—repuso Alexandrovitch con tono resuelto, pues la cólera le devolvía todas sus facultades: y mirando esta vez fijamente á su mujer con expresión de odio, añadió:—Ya suponía yo que fuese así, pero según le he dicho y escrito, y según se lo repito de nuevo, no estoy obligado á saber tales cosas, y quiero ignorarlas. No todas las mujeres tienen, como usted, la bondad de apresurarse á dar á sus esposos tan agradable noticia. Ignoro todo mientras que el mundo no esté advertido ni mi nombre deshonrado; y he aquí por qué le previne que nuestras relaciones deben seguir siendo lo que fueron siempre; no trataré de poner á salvo mi honor sino en el caso de que usted se comprometa.

—Pero nuestras relaciones no pueden ser ahora lo que eran —repuso Ana tímidamente, mirando á su esposo con temor.

Al observar su ademán tranquilo y al oir su voz sarcástica, aguda y un poco infantil, toda la compasión que al principio le inspirara desapareció ante un sentimiento repulsivo: sólo temió una cosa, y era el no explicarse de una manera bastante precisa sobre lo que debían ser sus relaciones.

—Yo no puedo ser esposa de usted cuando...

Karenine profirió una carcajada burlona y fría.

—El género de vida que usted ha tenido á bien elegir, se refleja hasta en su manera de comprender; pero yo desprecio y respeto demasiado, con lo cual quiero decir, que respeto su vida pasada y desprecio bastante su presente, para que mis palabras puedan prestarse á la interpretación que usted les da.

Ana suspiró, inclinando la cabeza.

—Por lo demás—continuó el señor de Karenine, excitándose más—apenas comprendo que, no habiendo hallado nada censurable en confesarme su infidelidad, tenga ahora escrúpulos sobre el cumplimiento de sus deberes de esposa.

—Alexandrovitch, ¿qué exige usted de mí?

—Exijo que no vuelva usted á ver á ese hombre; exijo que se conduzca de tal manera, que *ni el mundo ni los nuestros* puedan acusarla; y exijo, en fin, que no vuelva usted á recibirle. Me parece que no es mucho pedir. Nada más tengo que decirle; ahora me marcho y le advierto que no comeré en casa.

Levantóse y se dirigió á la puerta, y como Ana hiciera lo mismo, saludóla sin hablar y la dejó salir primero.

XXIV

Á pesar de la abundancia de la cosecha, Levine no había tenido nunca tantos enojos como aquel año, ni había reconocido tampoco más claramente sus malas relaciones con los campesinos. Tampoco consideraba ya sus negocios bajo el mismo punto de vista, ni le inspiraban igual interés, pues de todas las mejoras introducidas por él con tanto trabajo, sólo resultaba una lucha incesante, en la que el amo defendía su hacienda y los jornaleros sus intereses. Unas veces, encontrábase con que el trébol reservado para la sementera se había segado como forraje, sólo porque parecía más fácil de cortar; otras, rompíase una nueva máquina porque su conductor no sabía dirigirla; nadie se decidía á emplear las carretas perfeccionadas; y en fin, para poner más á prueba la paciencia de Levine, tres de sus mejores vacas habían muerto por culpa del pastor. Se trató de consolar al amo diciéndole que su vecino había perdido doce en tres días.

Levine no atribuía estos enojos á rencores personales de parte de los campesinos; pero reconocía con pesar que sus intereses seguirían siendo opuestos á los del trabajador.

Hacía largo tiempo comprendía que su barco comenzaba á zozobrar, sin que pudiera explicarse cómo se introducía el agua; había tratado de hacerse ilusiones, pero el desaliento le embargaba; el campo le era ya antipático, y perdía el gusto para todo.

La presencia de Kitty agravó aquel malestar moral; hubiera querido visitarla y no podía resolverse á ir á casa de su hermana. Aunque comprendió al verla en el coche que la amaba siempre, la negativa de la joven levantaba entre ambos



una barrera infranqueable. «No podría perdonarla que me aceptase, porque no ha conseguido casarse con otro,» se decía; y este pensamiento le hacía casi odiar á Kitty.

«¡Ah! si Daría Alexandrovna no me hubiese dicho nada, yo hubiera podido encontrarla por casualidad y tal vez se habría arreglado todo; pero en adelante es imposible.»

Dolly le escribió un día pidiéndole una silla de montar para Kitty, é invitándole á llevarla él mismo. Este fué el golpe de

gracia. ¿Cómo una mujer de sentimientos delicados podía rebajar así á su hermana?

Levine rasgó diez cartas que había escrito en contestación. No podía ir, ni tampoco inventar excusas inverosímiles, ni menos pretextar una marcha; y al fin envió la silla sin contestar cosa alguna; pero al día siguiente, comprendiendo que había cometido una grosería, marchó para hacer una visita lejana, dejando á su intendente encargado de los negocios que le eran ya tan molestos. Swiagesky, uno de sus amigos, le había recordado últimamente su promesa de ir á cazar la becada, la cual no había cumplido hasta entonces á causa de sus ocupaciones; y ahora alegrábase de tener esta ocasión para alejarse de la inmediación de los Cherbatzky, sin contar que la caza era el remedio á que recurría en sus días de tristeza.

XXV

No había en el distrito de Sourof ni vías férreas ni caminos postales, y Levine partió en un cochecillo con sus caballos. Á media jornada detúvose en casa de un rico labrador, un anciano calvo, pero bien conservado, de espesa barba gris, que al ver á Levine le rogó que entrase á descansar.

Una joven decentemente vestida, calzados con chanclos los pies desnudos, y que fregaba el suelo en la entrada de la vivienda, se asustó al ver el perro de Levine, pero tranquilizóse cuando le dijeron que no mordía, y extendiendo el brazo desnudo, indicó la puerta de la habitación de honor; volvió después el rostro, como para que no le viesen, y continuó en su trabajo.

En la habitación grande, caldeada por una estufa holandesa, y dividida en dos por un tabique, no había más muebles que una mesa adornada con dibujos iluminados; veíanse pendientes en la pared varias imágenes; en un rincón un banco y dos sillas, y junto á la puerta un armario pequeño que contenía la vajilla. Los postigos de las ventanas, herméticamente cerrados, no dejaban penetrar las moscas, y todo estaba tan limpio, que Levine obligó á Laska á echarse en un ángulo, á fin de que no ensuciase el suelo, después de haberse enfangodo en todos los pantanos del camino.

—Seguramente va usted á casa de Nicolás Ivanitch Swiagesky—dijo el anciano labrador acercándose á Levine cuando éste salió de la habitación para examinar el patio y sus dependencias.—También él se detiene aquí cuando pasa.

Mientras hablaba, la puerta cochera rechinó sobre sus goznes para dar paso á varios trabajadores que volvían de los campos con los útiles de labranza.

El anciano, separándose de Levine, acercóse á los caballos, robustos y vigorosos, y ayudó á desenganchar.

—¿Qué se ha labrado?—preguntó.

—Los campos de patatas.

En aquel momento entró la joven que fregaba, llevando dos cubos, seguida de otras mujeres, jóvenes y viejas, lindas y feas, conduciendo sus hijos.

Los obreros se fueron á comer cuando hubieron desenganchado, y Levine, después de retirar sus provisiones del vehículo, invitó al anciano á tomar el té, oferta que éste aceptó, visiblemente lisonjeado.

Levine aprovechó la ocasión para hacerle hablar sobre sus asuntos.

El labrador había arrendado diez años antes á una señora cierto terreno, el cual pudo adquirir en propiedad hacía diez ó doce meses; tenía sub-arrendada una parte de esta tierra, y explotaba el resto con sus hijos y dos auxiliares.

El anciano aseguraba que todo iba muy mal, pero difícilmente disimulaba el orgullo que sentía por su bienestar, las buenas condiciones de su ganado y sobre todo la prosperidad de su explotación. En el curso del diálogo demostró que no rechazaba las innovaciones; cultivaba las patatas en gran escala, hacía uso de las carretas llamadas de «propietario,» y sembraba trigo.

—En las operaciones con el trigo—dijo—ocupo mujeres.

—Nosotros, los propietarios, no podemos hacerlo.

—¿Pues cómo se han de arreglar bien las cosas sólo con los jornaleros? Lo que ustedes hacen es muy ruinoso. Ahí tiene usted á Swiagesky, por ejemplo, cuya tierra conocemos, y que por falta de vigilancia rara vez recoge buena cosecha.

—¿Pero cómo te arreglas con tus jornaleros?

—¡Oh! aquí somos todos campesinos; trabajamos por nuestra cuenta, y si el operario es malo se le despide.

—Padre, piden alquitrán—dijo la joven desde la puerta.

El anciano se levantó, y después de dar gracias á Levine, persignóse delante de las imágenes y salió.

Al entrar Levine en la habitación común para llamar á su cochero, vió á toda la familia sentada á la mesa, y á las mujeres sirviendo de pie. Un robusto mancebo refería, con la boca llena, una historia que hacía reir á todos, particularmente á la hija del amo, ocupada en llenar de sopa una cazuela, de la cual tomaba cada uno su parte.

De aquella vida íntima de los campesinos acomodados, Levine conservó un grato recuerdo durante su viaje.

XXVI

Swiagesky, que era mariscal de su distrito, tenía cinco años más que Levine y estaba casado hacía largo tiempo. Con él vivía su cuñada, joven muy simpática, y Levine sabía, como todos los solteros saben estas cosas, que se deseaba verle casado con ella. Aunque pensase en el matrimonio, y por más que aquella joven fuera encantadora, tan inverosímil le habría parecido volar por los aires como tomarla por esposa; y el temor de que se le mirara como pretendiente, disminuyendo el placer que debía proporcionarle la visita, habíale hecho reflexionar al recibir la invitación de su amigo.

Swiagesky era un curioso tipo de propietario, muy dado á los negocios del país; pero había poca relación entre las opiniones que profesaba y su manera de vivir y de obrar. Despreciaba á la nobleza, acusándola de ser hostil á la emancipación; trataba á Rusia de país podrido, cuyo detestable gobierno apenas valía más que el de Turquía; y no obstante, había aceptado el cargo de mariscal del distrito, que desempeñaba concienzudamente. El aldeano ruso representaba para él un término medio entre el hombre y el mono; pero á los campesinos era á quienes más estrechaba la mano durante las elecciones. No creía en Dios ni en el diablo, pero preocupábase mucho de mejorar la suerte del clero. En el asunto de la emancipación de las mujeres se pronunciaba en favor de las teorías más radicales; pero, viviendo en perfecta armonía

con su esposa, no la dejaba ninguna iniciativa. Aseguraba que no se podía residir sino en el extranjero, mas poseía en Rusia tierras, las cuales explotaba por procedimientos muy perfeccionados, utilizándose de todos los progresos del país.

Á pesar de sus contradicciones, Levine trataba de comprenderle, considerándole como un enigma viviente, y gracias á sus amistosas relaciones, esforzábase en traspasar lo que él llamaba el «umbral» de aquel espíritu.

La cacería á que su amigo le invitó fué mediana, pues los pantanos estaban secos y las becadas escaseaban. Levine anduvo todo el día para cazar tres piezas, pero en cambio se le abrió el apetito, y experimentó cierta excitación intelectual, como le sucedía después de un violento ejercicio físico.

Por la noche, al tomar el té, Levine se halló sentado junto á la dueña de la casa, una rubia de cara redonda, embellecida con dos graciosos hoyuelos. Obligado á hablar con ella y su hermana, sentadas en frente, experimentaba cierta turbación al verse cerca de aquella joven, cuyo vestido escotado, dejando ver un blanco seno, le desconcertaba; no se atrevía á mirarla, estaba inquieto, y su malestar parecía comunicarse á la linda cuñada. La dueña de la casa aparentaba no observar la menor cosa y sostenía la conversación.

—Ustedes creen que mi marido no se interesa en lo que es ruso—decía;—pero es todo lo contrario; más feliz es aquí que en ninguna otra parte, pues tiene mucho qué hacer en el campo. ¿No ha visto usted nuestra escuela?

—Sí; es esa casita cubierta de yedra.

—Justamente; es obra de Nastia—repuso, señalando á su hermana.

—¿Da usted lecciones?—preguntó Levine, mirando como un culpable el corpiño escotado.

—Sí, pero tenemos una maestra excelente.

—No, gracias, no tomaré más té—dijo Levine, comprendiendo que hacía un desaire,—oigo allá una conversación que me interesa mucho.

Y se levantó sonrojándose.

El dueño de la casa hablaba con dos propietarios en la extremidad de la mesa, y tenía la vista fija en un hombre de bigote gris que le divertía con sus quejas contra los campesinos. Swiagesky parecía tener contestación para todas las

acusaciones de su interlocutor, y hubiera podido refutarlas al punto si su posición oficial no le hubiese obligado á guardar consideraciones.

El propietario campesino era evidentemente adversario reconocido de la emancipación, lo cual se reconocía en el antiguo corte de su traje, en su manera de llevarle y en su modo de hablar con ademanes imperiosos.

XXVII

—Si no fuera por el dinero gastado y el trabajo hecho—dijo el anciano—más valdría abandonar sus tierras é irse, como Nicolás Ivanitch, á oir la «Bella Elena» en el extranjero.

—Lo cual no impide que se quede usted—repuso Swiagesky—y de consiguiente es porque le tiene cuenta.

—Es porque aquí me dan casa y alimento, y porque, á pesar de todo, espero siempre reformar el mundo; pero aquí la embriaguez y el desorden son increíbles; muchos no tienen ya ni caballo ni vaca y se mueren de hambre. Sin embargo, si para sacarles de apuros se les toma como jornaleros, lo destrozarán todo, y aun tendrán algún motivo para citar al perjudicado ante el juez de paz.

—Pero también puede usted quejarse á esa autoridad—replicó Swiagesky.

—Por nada en el mundo lo haría. Ya sabe usted la historia de la fábrica. Los obreros, después de tocar las arras, abandonáronlo todo y se marcharon; apelóse al juez de paz, y éste los absolvió. El único recurso que nos queda es el tribunal del distrito; allí se vapulea al culpable como en los antiguos tiempos y todo queda arreglado. Si no fuera por el *starchina* (1) sería preciso huir hasta el confín del mundo.

—Sin embargo, me parece que ninguno de nosotros llega á tal punto, ni Levine, ni yo, ni ese caballero—dijo Swiagesky, señalando al segundo propietario.

—Sí, pero pregunte usted á Miguel Petrovitch cómo se arregla para que sus negocios marchen. ¿Es eso verdaderamente una administración *racional?*

---

(1) El *anciano* elegido cada tres años por el distrito, del cual es jefe.

—Á Dios gracias, yo manejo mis asuntos muy sencillamente—dijo Miguel Petrovitch;—toda la cuestión está en ayudar á los campesinos á pagar los impuestos en otoño; ellos mismos vienen á buscarnos después. Yo adelanto un tercio de impuesto, diciendo: «Atención, hijos míos; yo os ayudo, y es preciso que me ayudéis á vuestra vez, para sembrar y segar.» Así lo arreglamos todo en familia, aunque es verdad que á veces se encuentran hombres sin conciencia.

Levine conocía de largo tiempo estas tradiciones patriarcales, é interrumpiendo á Miguel Petrovitch, dirigió la palabra al propietario de bigote gris.

—¿Y cómo se debe hacer según usted?—preguntó.

—Como Miguel Petrovitch, á menos de que se arriende la tierra á los campesinos ó se comparta el producto con ellos; todo esto está en lo posible, pero no es menos cierto que la riqueza se va con tales medios. En ciertos puntos donde la tierra daba antes nueve granos por uno, ahora no produce más de tres. La emancipación ha arruinado á Rusia.

Swiagesky miró á Levine con expresión burlona; pero éste escuchaba atentamente las palabras del anciano, pareciéndole que eran hijas de reflexiones personales, maduradas por una larga experiencia de la vida campestre.

—Todo progreso se hace por la fuerza—continuó el propietario viejo:—tómense las reformas de Pedro, de Catalina y de Alejandro; y hasta la historia europea, y se verá que en la cuestión agronómica, sobre todo, es en la que se ha debido emplear la autoridad. ¿Cree usted que la patata se haya introducido sin recurrir á la fuerza? ¿Se ha labrado siempre la tierra como ahora? Nosotros, los antiguos propietarios, hemos podido mejorar nuestros sistemas de cultivo, é introducir instrumentos perfeccionados, porque lo hacíamos por nuestra propia autoridad, y porque los propietarios, resistiéndose al principio, obedecían y acababan por imitarnos. No existiendo ahora nuestros derechos, ¿dónde hallaremos esa autoridad? Por eso no se sostiene nada, y después de un período de progreso volvemos á caer fatalmente en la barbarie primitiva. He aquí cómo comprendo las cosas.

—Pues yo no—repuso Swiagesky.—¿Por qué no continúa usted sus perfeccionamientos, ayudándose con los obreros pagados?

—¿Y cómo lo haría, careciendo de autoridad?

«He ahí la fuerza elemental»—pensó Levine.

—¿Y los obreros?

—No quieren trabajar convenientemente, usando buenos instrumentos. Nuestro jornalero no hace más que emborracharse como un animal y echar á perder todo cuanto toca, incluso el caballo que se le confía y el arnés nuevo. Todo lo que no se hace según sus ideas le causa repugnancia, y por eso la agricultura decae visiblemente, y la tierra se descuida si no se cede á los campesinos; de modo que en vez de producir millones de cuarteras de trigo, sólo da algunos centenares de miles y la riqueza pública disminuye. Se hubiera podido hacer la emancipación, pero progresivamente.

Y desarrolló su plan, en el que se evitaban todas las dificultades; pero á Levine no le interesaba, y volvió á su primera cuestión, con la esperanza de inducir á Swiagesky á explicarse.

—Es muy cierto—dijo—que el nivel de nuestra agricultura baja, y que en nuestras relaciones actuales con los campesinos es imposible obtener una explotación regular.

—No soy de ese parecer—contestó Swiagesky.—No niego que la agricultura está en decadencia desde la época á que ustedes aluden, aunque entonces se hallaba en mísero estado, porque nunca hemos tenido ni máquinas, ni ganado conveniente, ni buena administración; y tampoco sabemos contar. Pregúntese al propietario, y no sabrá decir cuánto le cuesta lo que compra y lo que obtiene.

—Sin duda querrá usted la teneduría de libros italiana—dijo irónicamente el viejo propietario;—por mucho que se cuente, todo es embrollo y no se encuentra nunca beneficio.

—¿Por qué se ha de embrollarlo todo? No veo la razón; y en cuanto al beneficio, ténganse buenos instrumentos, robustos caballos en vez de rocines, y mejoras en todo lo demás, y se tocará el resultado. La agricultura ha necesitado siempre un poderoso impulso.

—Para eso se necesitan medios, Nicolás Ivanitch; usted podrá hacerlo, pero cuando se tiene, como yo, un hijo en la Universidad y otros en el Gimnasio, falta para comprar caballos percherones.

—Hay bancos.

—Sí, para vender mis tierras en pública subasta. ¡Muchas gracias!

Levine intervino en el debate.

—Esa cuestión del progreso agrícola me ocupa mucho—dijo;—tengo medio de aventurar intereses en mejoras, pero hasta aquí no me representan más que pérdidas. En cuanto á los bancos, no sé de qué pueden servir.

—Eso es verdad—dijo el propietario viejo con una sonrisa de satisfacción.

—Y no soy el único—continuó Levine;—apelo á todos los que han hecho pruebas como yo, pues con raras excepciones todas se han perdido. Y usted mismo, ¿tiene motivos para estar contento?—preguntó á Swiagesky, en cuyo rostro se leía la confusión que le causaba aquella tentativa para sondear su pensamiento.

La pregunta no era de buena ley, pues la señora de Swiagesky había confesado á Levine, mientras tomaba el té, que un alemán, procedente de Moscou, que por quinientos rublos se encargó de arreglar las cuentas de su explotación, había reconocido una pérdida de 3,000 rublos.

El propietario viejo sonrió, sin duda porque sabía á qué atenerse respecto al producto de las tierras de su vecino.

—El resultado podrá no ser brillante—contestó Swiagesky—pero esto probará cuando más que no soy muy buen agrónomo, ó que mi capital vuelve á la tierra á fin de aumentar la renta.

—¡La renta!—exclamó Levine;—ésta existe tal vez en Europa, donde se paga el capital empleado en la tierra; pero entre nosotros no hay nada de eso.

—Sin embargo, la renta debe existir: es una ley.

—Entonces, será que estamos fuera de ella; para nosotros la palabra renta no explica ni aclara nada; muy por el contrario, lo embrolla todo; dígame usted cómo la renta...

—No tomarían ustedes un poco de nata?—interrumpió Swiagesky, volviéndose hacia su esposa.

Y se levantó, persuadido sin duda de que acababa de cerrar la discusión, mientras que Levine suponía que sólo empezaba. Por esto continuó hablando con el propietario viejo, para demostrarle que todo el mal procedía de que no se tuviera en cuenta el carácter del obrero, sus costumbres y tendencias

tradicionales; pero el anciano, así como aquellos que están acostumbrados á reflexionar solos, no penetraba fácilmente en el pensamiento de otro. El campesino ruso no era para él sino un animal que sólo se podía dirigir con el palo.

—¿Por qué cree usted que no se pueda llegar á un equilibrio que utilice las fuerzas del trabajador, haciéndolas productivas?—preguntó Levine, volviendo á la primera cuestión.

—Esto no se verá nunca en Rusia, porque se necesita autoridad—repitió el propietario.

—Pero ¿dónde quiere usted que se vayan á buscar nuevas condiciones de trabajo?—preguntó Swiagesky, acercándose á los que discutían, después de comer la nata y fumar un cigarrillo.—¿No tenemos en el distrito la garantía solidaria, este resto de barbarie, que decae poco á poco por sí mismo? Y ahora que está abolida la servidumbre, ¿no tenemos todas las formas del trabajo libre?

—Sí, pero hasta la misma Europa está descontenta de estas formas.

—Busca otras, y tal vez las hallará.

—Entonces, ¿por qué no hemos de buscar nosotros también?

—Porque es como si quisiéramos inventar nuevos procedimientos para construir vías férreas; están inventados ya, y sólo debemos aplicarlos.

—Pero ¿y si en vez de convenir á nuestro país son perjudiciales?—preguntó Levine.

Swiagesky pareció atemorizado.

—¿Tendríamos—repuso—la pretensión de hallar lo que Europa busca? ¿Conoce usted los trabajos que se han hecho en Europa sobre la cuestión obrera?

—Muy poco.

—Es una cuestión que ocupa á los primeros talentos, y que ha producido una literatura considerable. Schulze-Delitzsch y su escuela, Lasalle, el más avanzado de todos, Mulhausen... ¿Conoce usted todo eso?

—Tengo una vaga idea.

—Por vaga que sea, seguramente sabe usted tanto como yo sobre el particular. Yo no soy profesor de ciencia social, pero estas cuestiones me interesan, y á usted también, por lo cual debería ocuparse de ellas.

—¿Á qué han conducido todas?

—Dispense usted...

Los propietarios acababan de levantarse, y Swiagesky detuvo otra vez á Levine en la pendiente fatal que se empeñaba en seguir para sondear el pensamiento de su amigo, que acompañó á sus convidados hasta la puerta.

XXVIII

Levine se despidió de las damas, prometiendo pasar con ellas el día siguiente para dar un paseo á caballo.

Antes de acostarse entró en el gabinete de su amigo, á fin de buscar los libros que trataban de la reciente discusión.

El gabinete de Swiagesky era una habitación grande, que contenía varios estantes de libros y dos mesas; una de ellas, muy maciza, ocupaba el centro de la habitación, y la otra estaba cargada de diarios y revistas en varias lenguas, alineadas al rededor de una lámpara; cerca de la mesa de escribir veíase una especie de aparador con varias carpetas rotuladas.

Swiagesky cogió varios volúmenes é instalóse en un sillón de báscula.

—¿Qué mira usted?—preguntó á Levine, que detenido junto á la mesa revisaba algunos diarios;—en ese periódico que tiene usted en la mano hay un artículo muy bien escrito, según el cual parece que el principal autor de la repartición de Polonia no es Federico.

Y refirió con la claridad que le era propia el asunto de aquellas nuevas publicaciones. Levine le escuchaba, preguntándose lo que podría haber en el fondo de su amigo. ¿Qué le interesaba á él la repartición de Polonia? Cuando su amigo hubo acabado de hablar, Levine le rogó que continuase; pero Swiagesky, limitándose á decirle que la publicación era curiosa, juzgó inútil explicar en qué le interesaba especialmente.

—Lo que me ha interesado á mí es el viejo gruñón que nos acompañaba en la mesa—dijo Levine;—tiene buen criterio, y dice cosas muy juiciosas.

—¡Bah! es un antiguo enemigo de la emancipación, como lo son todos ellos.

—Pero usted se ha puesto á su cabeza.

—Sí, pero sólo para dirigirlos en sentido contrario—repuso Swagesky sonriendo.

—Pues á mí me ha llamado la atención la exactitud de sus argumentos, al pretender que en punto á sistemas administrativos, los únicos que dan buen resultado entre nosotros son los más sencillos.

—Nada tiene esto de extraño. Nuestro pueblo está tan poco desarrollado, moral y materialmente, que se debe oponer á todo progreso. Si las cosas marchan en Europa es por efecto de su civilización, y, por lo tanto, lo esencial para nosotros es civilizar á nuestros campesinos.

—¿Cómo?

—Fundando escuelas y más escuelas.

—Pero si usted conviene en que el pueblo carece de todo desarrollo material, ¿qué remediarán las escuelas?

—Usted me recuerda una anécdota sobre los consejos que daban á un enfermo. Le convendría á usted purgarse.—Lo he probado y me ha hecho daño.—Póngase usted sanguijuelas.—Ya lo he hecho y no me ha sentado bien.—Pues entonces ruegue usted á Dios.—También me ha hecho mal.—Usted hace como el enfermo que rechaza todos los remedios.

—Es porque no veo el beneficio que pueden reportar las escuelas.

—Crearán nuevas necesidades.

—Tanto peor si el pueblo no se halla en estado de satisfacerlas. ¿Y en qué mejorará su situación material, cuando sepa sumar y restar y el catecismo de memoria? Anteayer encontré una campesina que llevaba un niño de pecho; la pregunto de dónde viene, y me contesta que de casa de la comadrona, á donde le ha llevado para que le cure porque llora.—¿Y qué ha hecho la comadrona?—«Ha presentado el niño á las gallinas, que estaban en la percha, y ha murmurado algunas palabras.»

—Ya ve usted—dijo Swiagesky sonriendo—que para creer semejantes necedades...

—No—interrumpió Levine contrariado;—las escuelas de usted como remedio para el pueblo son las que comparo con

el de la comadrona. ¿No sería lo esencial curar primero la miseria?

—Hace usted las mismas deducciones que un hombre á quien no aprecio mucho, Spencer, quien pretende que la civilización puede provenir de un aumento de bienestar, y de abluciones más frecuentes; pero que el alfabeto y las cifras no pueden hacer nada.

—Tanto mejor ó tanto peor para mí, si estoy de acuerdo con Spencer; pero crea usted que no serán nunca las escuelas las que civilizarán á nuestro pueblo.

—Sin embargo, ya ve usted que la instrucción comienza á ser obligatoria en toda Europa.

—Pero, ¿cómo se entiende usted con Spencer sobre este capítulo?

—La historia de la campesina es excelente—replicó Swagesky con cierta turbación.—¿Es usted verdaderamente quien la oyó?

Lo que agradaba á aquel hombre sin duda era el razonamiento; el objeto le importaba poco.

Aquel día había perturbado mucho á Levine: Swiagesky y sus inconsecuencias, el viejo propietario, que á pesar de sus ideas justas desconocía una parte de la población, tal vez la mejor...; y tantas impresiones diversas, produjeron en su alma una especie de agitación é inquietud. Acostóse y pasó una parte de la noche sin dormir, acosado por las reflexiones del anciano; nuevas ideas y proyectos de reforma germinaban en su espíritu, y resolvió marchar al día siguiente para poner por obra sus planes lo más pronto posible. Por otra parte, el recuerdo de la cuñada y su vestido escotado le turbaba, y era mejor marchar desde luego, para arreglarse con los campesinos antes de la sementera de otoño, á fin de reformar su sistema administrativo, basándole en una asociación entre el amo y los trabajadores.

XXIX

El nuevo plan de Levine ofrecía dificultades que éste no se ocultaba; pero persistió, aun reconociendo que los resulta-

dos obtenidos no eran proporcionados á sus esfuerzos. Uno de los principales obstáculos con que tropezó, fué la imposibilidad de interrumpir en medio de su marcha una explotación ya organizada: reconocía la necesidad de hacer sus reformas poco á poco.

Al entrar en su casa, por la noche, Levine mandó llamar á su intendente y expúsole sus nuevos proyectos, que fueron acogidos con la mayor satisfacción, porque probaban que lo hecho hasta entonces era absurdo é improductivo. El intendente aseguró que lo había indicado así sin que se le escuchara; pero cuando Levine habló de una asociación con los campesinos, el buen hombre tomó una expresión melancólica y habló de la necesidad de fomentar cuanto antes las segundas labores, alegando que la hora no era propicia para largas discusiones. Levine comprendió que todos los trabajadores estaban en demasía ocupados para tener tiempo de comprender sus planes.

El que pareció conformarse mejor con las ideas del amo fué el pastor Iván, un campesino ingenuo á quien Levine propuso tomar parte como asociado en la explotación de la lechería; pero mientras le escuchaba, Iván manifestó inquietud y descontento, y entregóse á varias ocupaciones, como si no pudiera retardarlas y no tuviera tiempo de pensar.

El principal obstáculo con que Levine tropezó fué el escepticismo arraigado de los aldeanos, los cuales no podían admitir que el propietario no tratase de explotarlos; ningún razonamiento bastó para hacerles desechar la idea de que el objeto del amo permanecía oculto.

Levine se acordó del propietario viejo cuando sus trabajadores pusieron por condición primera, en los nuevos planes, que no se les obligaría nunca á usar instrumentos perfeccionados, y que no entrarían para nada en los procedimientos introducidos por el dueño. Sin desconocer sus ventajas, alegaron mil razones para no ponerlos en práctica; y Levine hubo de renunciar á innovaciones evidentemente beneficiosas, consintiendo en que desde el otoño sólo se adoptasen algunas de sus reformas.

Hacia fines de Agosto, Dolly envió la silla, y Levine supo por el mensajero que la llevó que los Oblonsky habían vuelto á Moscou. El recuerdo de su grosería con aquellas damas le

hizo sonrojarse; y su conducta con los Swiagesky no había sido mejor, pero tenía la imaginación demasiado ocupada para entregarse al remordimiento. Sus lecturas le absorbían; tenía los libros que le prestara Swiagesky, y otros que envió á buscar. Mill, el primero que estudió, interesóle sin ofrecerle nada aplicable á la situación agraria de Rusia; y el socialismo moderno no le satisfizo tampoco: no encontraba en ninguna parte el medio de hacer beneficioso el trabajo de los propietarios y campesinos rusos. Á fuerza de leer, proyectó al fin estudiar en el terreno ciertas cuestiones especiales: en el fondo ya sabía lo que deseaba saber: Rusia tenía un suelo admirable que, en ciertos casos, producía mucho, pero que, tratado á la europea, apenas daba nada; y este contraste no era un efecto de la casualidad.

«El pueblo ruso—pensó—destinado á colonizar espacios inmensos, persiste en sus tradiciones, en sus propios procedimientos. ¿Quién podrá decir que está en un error? El libro que proyectaba escribir debía demostrar esta teoría, y los procedimientos populares se debían poner en práctica en sus tierras.»

XXX

Levine pensaba marchar, cuando las lluvias torrenciales le obligaron á permanecer en su casa. Una parte de la cosecha y todas las patatas no se pudieron almacenar; dos molinos fueron arrastrados por las aguas, y los caminos quedaron impracticables. Por fin, el 30 de Setiembre apareció el sol, y Levine, esperando un cambio de tiempo, envió á su intendente á casa del corredor para negociar la venta del trigo. Por su parte resolvió girar la última visita de inspección, y volvió por la noche, calado hasta los huesos, á pesar de sus botas y su impermeable; pero de muy buen humor, pues había hablado con varios campesinos que aprobaban sus planes, habiéndose brindado un anciano guarda á formar parte de alguna de las nuevas asociaciones.

«Sólo se trata de perseverar—pensó—y mi trabajo no habrá sido inútil; no procuro sólo para mí, pues lo que intento

puede tener considerable influencia en la condición del pueblo. En vez de la miseria tendremos el bienestar, y á la sorda hostilidad sucederá la armonía, y todos los intereses serán solidarios. ¿Qué importa que el autor de esta revolución, sin efusión de sangre, sea Constantino Levine, aquel que, vestido de etiqueta, fué desairado por la señorita Cherbatzky?

Cuando Levine entró en su casa ya había cerrado la noche. El intendente se presentó con alguna cantidad á cuenta sobre el importe del trigo, y después de oirle, Levine se instaló en su sillón para tomar té y entregarse á sus meditaciones sobre el viaje proyectado. Su espíritu estaba lúcido y sus ideas se traducían en frases que expresaban la esencia de su pensamiento. Quiso aprovechar esta disposición favorable para escribir; pero como le esperaban algunos campesinos en el recibimiento, fué preciso verlos á fin de darles instrucciones para el día siguiente. Cuando los hubo despedido, Levine entró en su despacho y comenzó á trabajar: Ágata Mikhaïlovna, con su calceta, ocupó el sitio de costumbre.

Después de escribir algún tiempo, Levine se levantó y comenzó á pasear por la habitación: el recuerdo de Kitty y de su negativa le acosaba vivamente.

—Hace usted mal en preocuparse—le dijo Ágata.—¿Por qué permanece usted en casa? Mejor sería que se fuera á los países cálidos, ya que está resuelto.

—Pienso marchar pasado mañana, pero he de arreglar antes mis negocios.

—¿Qué negocios? ¿No ha dado usted ya bastante á los campesinos? Por eso dicen «que Barine espera sin duda una gracia del Emperador.» ¿Por qué ha de ocuparse usted de ellos?

—No pienso en ellos, sino en mí mismo.

Ágata conocía en detalle todos los proyectos de su amo, porque se los había explicado ya, disputando á veces con ella; pero en aquel momento dió á sus palabras un sentido muy diferente del que tenían.

—Seguramente se debe pensar en el alma—repuso suspirando;—Dios nos haga á todos la gracia de morir como el bueno de Parfene Denisitch, que aunque ignorante, entregó su alma bien confesado y administrado.

—Yo no hablo de eso—replicó Levine;—lo que yo hago es

por mi propio interés, y si los campesinos trabajan, bien ganaré.

—Por más que haga usted, el perezoso será siempre un gandul, y el que tenga conciencia trabajará. Usted no puede cambiar esto.

—Sin embargo, usted misma cree que Iván cuida mejor las vacas.

—Lo que yo digo, y lo que sé—repuso la anciana, siguiendo evidentemente una idea fija, nada nueva—es que usted debe casarse: he aquí lo que necesita.

Esta observación, relacionándose con los pensamientos que le dominaban, resintió á Levine, y frunciendo el entrecejo, volvió á sentarse para trabajar.

Poco después llamó su atención un sonido de campanillas y el sordo rumor de un coche.

—Ya viene alguna visita y no estará usted aburrido—dijo Ágata dirigiéndose hacia la puerta; pero Levine se adelantó, comprendiendo que ya no podría trabajar, y satisfecho de que llegase alguno.

XXXI

Al bajar la escalera, Levine oyó una tos bien conocida; alguien entraba en el vestíbulo, pero el ruido de los pasos impidióle oir claramente, y esperó un momento haberse engañado, aun al ver á un individuo de elevada estatura que, tosiendo con fuerza, se despojaba de sus pieles. Aunque amaba á su hermano, no podía tolerar la idea de vivir con él; y bajo la impresión de los pensamientos despertados en su alma por Ágata, hubiera deseado un visitante alegre que le distrajera de sus preocupaciones. Su hermano, conociéndole á fondo, le obligaría á confesar sus secretos íntimos, que era lo que más temía.

Arrepintiéndose de sus malos sentimientos, Levine corrió al vestíbulo, y cuando reconoció á su hermano desfallecido y semejante á un esqueleto, sólo experimentó una profunda compasión. Nicolás trataba de quitarse el tapabocas que rodeaba su flaco cuello, y sus labios se entreabrieron con una

extraña y dolorosa sonrisa. Constantino sintió oprimírsele el corazón.

—¡Vamos, ya he podido llegar hasta ti!—dijo Nicolás con sorda voz, sin apartar la vista de su hermano;—hace mucho tiempo deseaba venir, pero me faltaban fuerzas. Ahora estoy mucho mejor.

—Sí, sí—contestó Levine, tocando con sus labios el rostro seco y demacrado de su hermano, mientras observaba con inquietud el singular brillo de sus ojos.



Constantino le había escrito algunas semanas antes, diciéndole que, realizada la pequeña parte de su escasa fortuna común, tenía á su disposición 2,000 rublos. Este dinero era el que Nicolás iba á buscar, y también deseaba ver otra vez la antigua casa paterna tomando fuerzas en el país natal, como los héroes de los tiempos antiguos. Á pesar de estar encorvado y de su espantosa flacura, sus movimientos eran todavía bruscos. Levine le condujo á su gabinete.

Nicolás se vistió con cuidado, lo cual no hacía nunca antes, peinó sus escasos y rígidos cabellos y subió sonriendo. Estaba de buen humor y mostrábase cariñoso, tal como lo era en su infancia, y hasta habló de Sergio Ivanitch sin amargura. Al ver á Ágata, chanceóse con ella, y la interrogó sobre los antiguos servidores de la casa: la muerte de Parfene Denisitch pareció impresionarle vivamente, y en su rostro se pintó una expresión de espanto, pero se repuso muy pronto.

—Era muy viejo—dijo; y cambiando al punto de conversación, añadió:—voy á permanecer aquí un mes ó dos, y después iré á Moscou, donde Miagkof me ha prometido una

colocación. Pienso cambiar de género de vida. Sabrás que me he separado de esa mujer.

—De María Nicolaevna? ¿ Por qué ?

—Era una mala mujer, que me ha dado muchos disgustos. No confesaba que la había despedido porque hacía mal el té, y porque le trataba como enfermo.

—Sí, quiero cambiar de género de vida—repitió;—he cometido locuras, como todo el mundo; pero no me arrepiento de la última. Con tal que recobre las fuerzas, todo irá bien.

Levine escuchaba, buscando una contestación que no podía encontrar. Nicolás le interrogó sobre sus asuntos, y Constantino, satisfecho de poder hablar sin disimulo, le habló de sus planes de reforma, sin que su hermano manifestara el menor interés. Aquellos dos hombres se conocían tan bien que se adivinaban nada más que por el sonido de la voz; el mismo pensamiento les absorbía en aquel instante y anteponíase á todo : la enfermedad de Nicolás y su próxima muerte. Ni uno ni otro osaban hacer la menor alusión sobre este punto, y lo que decían no expresaba en manera alguna sus ideas.

Jamás Levine vió llegar con tanta satisfacción la hora de acostarse; nunca se había mostrado tan falso, ni sentido tanto malestar. Mientras que su corazón se oprimía al ver á su hermano moribundo, era preciso sostener con él una conversación engañosa sobre la vida que Nicolás pensaba observar.

Como en la casa sólo había una habitación caldeada, Levine, para evitar toda humedad á su hermano, ofrecióle compartir con él la suya.

Nicolás se acostó; durmió como un enfermo, revolviéndose á cada instante en su cama; y Constantino le oyó suspirar, murmurando: «¡Oh, Dios mío !» Algunas veces, no pudiendo escupir, enojábase y decía: «¡Vaya al diablo!» Constantino le escuchó largo tiempo sin poder dormir, pues dominábanle pensamientos que le conducían siempre á la idea de la muerte.

Era la primera vez que esta idea le acosaba así, y despertábala aquel hermano querido que, agitado en su lecho, invocaba indistintamente á Dios y al diablo. Pero la muerte inevitable vendría también para él, si no aquel mismo día, al siguiente, ó dentro de treinta años. ¡ Qué importaba el momento ! ¿ Cómo no había pensado en esto jamás?

«¡Trabajo—pensó—persisto en conseguir un objeto, y olvido que todo acaba, y que la muerte está cerca de mí!»

Recogido en su lecho en la oscuridad, tal era la tensión de su espíritu, que retenía la respiración. Cuanto más pensaba, más claramente veía que en su concepción de la vida sólo había omitido este ligero detalle, la muerte, que vendría inexorable á poner fin á todo, sin que nada pudiera impedirlo. ¡Era terrible!

«Pero aún vivo—pensó.—¿Qué haré ahora?» Y cogiendo una bujía levantóse muy despacio, se acercó al espejo y examinó su rostro y su cabello; en las sienes vió ya algunos hilos plateados; sus dientes comenzaban á malearse; pero en cambio sus brazos se conservaban musculosos y llenos de fuerza. El pobre Nicolás, por el contrario, respiraba penosamente con el escaso pulmón que le había quedado, aunque también tuvo en otro tiempo un cuerpo vigoroso. «¡He ahí á mi pobre hermano—pensó—con su pecho hueco y convertido en un esqueleto viviente; ante este espectáculo, me pregunto yo lo que será de mí, y no sé nada, nada!»

—¿Qué diablos haces ahí, y por qué no duermes?—preguntó la voz de Nicolás.

—No sé nada; es un insomnio.

—Yo he dormido bien, y no sudo; ven á tocarme y lo verás.

Levine obedeció, y después se acostó de nuevo, apagando la bujía, pero en vez de dormir siguió reflexionando.

«Sí—se dijo—morirá en la primavera. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarle? ¿Qué puedo decirle? Hasta había olvidado que era preciso morir.

XXXII

Levine había observado á menudo hasta qué punto la cortesía y la excesiva humildad de ciertas personas, se transforman súbitamente en exigencias y malas intenciones, y preveía que la dulzura de su hermano no duraría largo tiempo. En efecto, Nicolás se irritaba por las menores cosas y complacíase en zaherir á su hermano en sus puntos más sensibles.

Constantino se acusaba de hipócrita; mas no podía expresar abiertamente su pensamiento. Si aquellos dos hermanos hubiesen sido sinceros, se hubieran mirado de frente, y Constantino habría repetido siempre: «¡Vas á morir, vas á morir!» Á lo que Nicolás hubiera contestado: «Ya lo sé, y tengo un miedo terrible.» Tal era la preocupación de ambos; pero la sinceridad no era posible, y Constantino intentaba lo que siempre hacía sin resultado: hablar de asuntos indiferentes. Nicolás adivinaba su pensamiento, irritábase y pesaba cada una de sus palabras.

Al día siguiente Nicolás quiso tocar la cuestión de las reformas de su hermano, á quien criticó y censuró por sus principios sobre el comunismo.

—Tú has tomado las ideas de otro—le dijo—para desfigurarlas y aplicarlas aquí donde no son aplicables.

—Yo no quiero—repuso Levine—copiar al comunismo que niega el derecho á la propiedad, al capital y á la herencia; y estoy lejos de negar estimulantes de tal importancia. Sólo trato de regularizar.

—En una palabra, tú tomas una idea extraña, le quitas su fuerza, y quieres hacerla pasar por nueva—repuso Nicolás, estirándose la corbata.

—Pero, puesto que mis ideas no tienen relación alguna con...

—Esas doctrinas—continuó Nicolás, sonriendo irónicamente y con expresión irritada—tienen al menos el atractivo, que yo llamaré geométrico, de ser claras y lógicas. Son tal vez utópicas, pero compréndese que se pueda producir una nueva forma de trabajo si se consigue prescindir del pasado, sino hubiese ya propiedad ni familia; pero tú no admites esto.

—¿Por qué confundes siempre? Yo no he sido nunca comunista.

—Pues yo sí, y me parece que si el comunismo es prematuro, tiene porvenir y lógica; como el cristianismo de los primeros siglos.

—Y yo creo que el trabajo es una fuerza elemental, que es preciso estudiar bajo el mismo punto de vista de una ciencia natural, de la que es necesario reconocer las propiedades y...

—Es del todo inútil; esa fuerza obra de por sí, y según el

grado de civilización toma formas diferentes. En todas partes ha habido esclavos, y después labradores y obreros libres. ¿Qué más buscas?

Levine se excitó al oir estas últimas palabras, tanto más cuanto que creía que su hermano tuviese razón al censurarle por querer descubrir un término medio entre las formas de trabajo existentes y el comunismo.

—Bueno—dijo animándose—una forma de trabajo que aproveche á todos, lo mismo á mí que á los obreros.

—No, tú has buscado la originalidad toda tu vida, y ahora quieres probar que no explotas á tu gente, sino que introduces principios.

—Puesto que lo comprendes así, dejemos este asunto—contestó Levine, que sentía ya estremecérsele el músculo de su mejilla derecha.

—Tú no has tenido jamás convicciones; tú no tratas más que de lisonjear tu amor propio.

—Está bien; pero ahora déjame en paz.

—Ciertamente que te dejaré en paz; ya debía haberlo hecho. ¡Que el diablo te lleve! Sólo siento haber venido.

Levine trató en vano de calmar á Nicolás, pero éste no quiso escuchar nada, y persistió en decir que era mejor separarse; mientras Constantino hubo de confesarse que la vida en común no era posible. Sin embargo, fué á buscar á Nicolás, cuando éste se preparaba á marchar, para ofrecerle sus excusas, no sin alguna violencia, rogándole que le dispensase si le había ofendido.

—¡Ah, ah!—exclamó Nicolás sonriendo—¡ahora te la echas de magnánimo! Si te atormenta la necesidad de tener razón, supongamos que estás en lo cierto, pero de todos modos me marcho.

En el último instante, sin embargo, Nicolás miró á Constantino con expresión grave y díjole:

—¡Kostia, no me guardes rencor!

Estas fueron las únicas palabras sinceras cambiadas entre los dos hermanos. Levine comprendió que significaban: «¡Tú lo ves, tú lo sabes, me voy, y tal vez no volveremos á vernos jamás!» Las lágrimas asomaron á sus ojos; abrazó otra vez á su hermano, y no pudo decirle nada.

Al día siguiente, Levine marchó también; en la estación

encontró al joven Cherbatzky, primo de Kitty, que extrañó su tristeza.

—¿Qué tienes?—preguntó el joven.

—Nada; la vida no me parece alegre.

—¿Que no es alegre? Ven á París conmigo, en vez de irte á un punto como Mulhouse, y ya verás si la existencia es divertida.

—No, para mí ha concluído todo; ya es hora de morir.

—¡Vaya una ocurrencia!—exclamó Cherbatzky riéndose.—Pues yo me preparo á comenzar la vida.

—Yo pensaba lo mismo hace poco tiempo; pero ahora sé que moriré pronto.

Levine decía lo que pensaba, sin ver ante sí más que la muerte, lo cual no le impedía interesarse en sus proyectos de reforma, porque era preciso ocupar su vida hasta el fin. Todo le parecía tinieblas, pero sus proyectos le servían de hilo conductor, al que se acogía con todas sus fuerzas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



